





LA LIGA DE AVILA.

LA LIGA DE AVILA

LA LIGA DE AVILA

LA LIGA DE AVILA,

NOVELA

DEL TIEMPO DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.



MADRID: 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO,

CALLE DE SANTA TERESA , NUMERO 8.

LA LIGA DE AVILA

REVISTA

DEL TIEMPO DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA



MADRID 1927

EDITADO EN LA OFICINA DE LA REVISTA DE LA LIGA DE AVILA
CALLE DE SANTA TERESA, 12, MADRID

LA LIGA DE AVILA.

I.

E preso.

Algunas horas hacia ya que la noche habia echado su negro manto sobre la ciudad de Toledo. Las once acababan de sonar en la maciza torre de la vieja catedral, fundada por el santo rey Fernando en el año de gracia 1228, cuando los vecinos se retiraban á sus casas, mas tarde en verdad de lo que acostumbraban ordinariamente.

—¡Por san Cosme, que el día ha sido bien caloroso! gritaba un hombre de pequeña estatura, que en sus ademanes burlescos y en las fuertes carcajadas que arrancaba á sus compañeros, reconocíase bien á Lopez Cueva, el barbero de mas fama en los barrios bajos de la ciudad. El grupo que se divertía á costa de sus chistes, atravesaba entonces la plazuela del Alcázar.

—¿Quisieras tú que nevára el 24 de junio? Como dice el refran, ¿estamos aquí ó en Flandes?

—¡Vive Dios! ¡que de algun tiempo acá bien podia creerse que estamos allí, señor Lorenzo!

Esta reflexion politica del barbero, tan hablador como discreto, fué acogida con numerosos aplausos.

—Basta de alusiones, añadió bajando la voz, porque esta mañana han costado bien caras á mi vecino Gil Mendo el tabernero. ¡Infeliz! habia querido remojarse el tragadero en honor de San Juan Bautista, y el maldito Valdepeñas le afiló la lengua demasiado. Cuando pasó la procesion por delante de su puerta, comenzó á gritar brindando con su vaso: «¡A la salud de nuestro arzobispo Guillermo de Croi de Flandes! ¡A la salud de nuestro rey Carlos, tambien del país de los flamencos! Brindo por ellos, amigos míos, mientras están en la ciudad de Gante sin acordarse de nosotros mas que para atesorar los doblones que nos llevan, y sin cuidarse de implorar á san Juan

Bautista ni por ellos ni por nosotros, los buenos y leales vecinos de Toledo.»

—*In vino veritas*, dijo una voz energética y vigorosa por la estrecha abertura de una capucha de sayal.

—El hermano tiene razon, Mendo decia la verdad, gritaron á la vez todos los paisanos.

—Hablad mas bajo, repuso el cauteloso Lopez Cueva, porque podrán taparnos la boca como al pobre Mendo, á quien han cerrado su taberna y han enviado á dormir á una prision, acompañado de los amigos que partian con él su vino y su patriotismo. En vano el señor don Juan de Padilla y otros caballeros han interpuesto su influencia para que no les prendiesen; no ha habido remedio, y los desgraciados roncan ahora seguramente sobre las frias losas de un calabozo.

—¡Esto es una picardía! ¡Fuera las cabezas redondas de Flandes! exclamaron á una voz nuestros ciudadanos; ¡la España se cansará al fin de ver sus riquezas malversadas por estrangeros! ¡nuestros privilegios han caido en el olvido y en el desprecio! ¡pronto no existirá España!

—¡Nada hay ya sagrado! dijo el fraile, alzando su voz sobre la de los otros; desde que Toledo es ciudad cristiana, ¿se ha visto jamás hasta ahora á un estrangero, á un jóven de veinte años, ocupar la primera silla episcopal del reino?

—Por Santiago, patron de España, añadió un valenton aragonés, que mi larga tizona no está destinada á servir á la tiranía y á los caprichos de un príncipe de Flandes ó de Austria!

En este momento llegaba nuestra alegre cuadrilla á la esquina de la plaza, formada por el ángulo prolongado del muro del Alcázar, y entraba en la calle nueva, llamada de Jimenez en aquella época, y que se estendia hasta la orilla del Tajo.

—Si, decia una que otra voz; tanto van á picar á la mula que ha de acabar por encabritarse y romper el freno.

—¿Cuándo callareis? interrumpió Lopez Cueva; ¿olvidais que el condestable, bajo el pretexto de impedir que se renueven los desórdenes del año último con motivo de las hogueras de San Juan, tiene esta noche sobre las armas toda la tropa de la guarnicion? Yo he encontrado hace poco dos patrullas del tercio de Aragon. ¡Eh! mirad á la luz de aquella hoguera que hay delante de la puerta del Alcázar, ¿no veis un centinela?... ¡Dios me perdone! pero ya está anunciando nuestra llegada.

En efecto, muchos hombres armados con la librea del condestable avanzaron hácia nuestros descontentos vecinos.

—¡Hola! ¡Alto ahí! gritó el que venia á la cabeza de la avanzada; ¿qué teneis que disputar vosotros tan fuerte á esta hora? ¿No sabeis que está prohibida toda reunion?

—Señor capitan, se adelantó á responder el cauteloso barbero que tenia alguna fanfarronada de parte de sus compañeros; nosotros somos unos pacíficos vecinos del arrabal, que nos dirigimos á nuestro barrio, disputando de nuestras cosas como buenos y pacíficos ciuda-

danos que somos; mil perdones, si hemos podido turbar vuestro reposo. La culpa tiene nuestro amigo Lorenzo, que queria sostener á este reverendo, que por el tiempo caloroso de hoy, todas estas hogueras no serian muy gratas á San Juan Bautista, por poco que el calor llegára hasta él.

Una terrible carcajada acogió este chiste del barbero.

—San Juan Bautista está ahora durmiendo, y eso tambien deberiais estar haciendo vosotros, dijo el gefe de la avanzada; el *cubre-fuego* ha sonado ya, y debeis retiraros sin ruido cada uno á vuestra casa, ó en nombre de monseñor el condestable....

—¡En nombre de monseñor el condestable! replicaron á una voz muchos paisanos. ¡Muy gordo habla el señor soldado para el tiempo que corremos!

—¡Qué! ¿tu condestable nos tiene por gallinas? dijo el matamoros aragonés, acariciando con su mano la empuñadura de su largo espadon.

—Monseñor sabe por lo menos encerrar en una jaula á pájaros de vuestra especie cuando quieren cantar demasiado fuerte, respondió el hombre del condestable: despues, volviéndose á los suyos, prendedme á esos bellacos, dijo.

El prudente barbero no aguardó el resultado de esta intimacion, y con la agilidad que le daba el miedo, atravesó de un solo brinco los montones de rescoldo de las hogueras, á riesgo de quemarse las piernas, desapareciendo bien pronto en la sombra. Sus compañeros, animados por su ejemplo, le siguieron poco despues; nuestro valiente, que con el chafarote en la mano parecia animado del mas héroe valor, viéndose asi abandonado, creyó como hombre prudente que debia guardar su valentía para mejor ocasion, y poniendo el fuego entre él y sus adversarios, bien pronto estuvo al abrigo de su persecucion.

Un hombre solo habia quedado en el sitio de la escena; envuelto en una capa oscura y cubierto con un sombrero sin pluma, no podia distinguírsele ni el talle ni la fisonomía. En el momento en que el aragonés se habia puesto á la defensiva, habíasele visto aproximársele, y á la luz de una hoguera los soldados de la avanzada habian observado que se disponia á socorrer a nuestro Aquiles abandonado por sus compañeros, cuando viéndose solo contra cinco hombres bien armados, creyó que seria muy conveniente y un acto de valentía evitar el combate. Entonces el misterioso personaje, lejos de imitar á los que se dispersaron, hizo ademán de retroceder hácia la plaza del Alcázar. Adivinando su proyecto el gefe de la fuerza armada, aligeró el paso, y haciendo detenerle por sus gentes:

—Rendios, toda resistencia os será inútil! le dijo. Despues, acercándose al desconocido añadió: ¡Vuestra espada!

—Soy gentil-hombre y caballero de Santiago, respondió con altivez el desconocido, y nadie sino el rey ó su condestable tiene derecho para pedírmela. Luego, descubriéndose al gefe de la tropa, añadió: estoy á vuestra disposicion.

—¡Qué! ¿sois vos, señor don Juan? dijo en voz baja el gefe hacien-

do señal á sus gentes para que se retiráran. ¿Qué vá á decir monseñor el condestable á quien ya la noticia de lo que ha sucedido en la procesion ha prevenido contra vos? huid, ya que la oscuridad os es favorable.

—No, Moreno, yo lo he dicho delante de tus camaradas por tí mismo. Debo seguirte, repuso don Juan de Padilla; así como así, este será un medio como otro cualquiera para penetrar en el Alcázar. Una hora hace que rondo en derredor del muro; tres veces he hecho la señal convenida debajo de la torrecilla, y no he visto luz alguna en el oratorio de tu señora.

—Si tanto tiempo habeis esperado, no culpeis á la señora, sino a su tío el condestable, que temiendo algun ataque de los toledanos en favor de los presos de esta mañana, ha mandado á todos los habitantes del castillo que no salgan de él sin su espresa licencia, bajo las penas mas graves. Por esto yo no he podido cumplir las órdenes de la señora doña María, que me habia encargado que os dijera que no os presentáeis en las inmediaciones del Alcázar, porque estaban espíadas todas sus avenidas.

—Yo no temo nada, repuso con brio el impetuoso jóven. Moreno: ya que mi buena estrella me ha conducido aquí, aunque pierda la vida ó la libertad es preciso que yo vea á doña María, que la hable. Una vez dentro del Alcázar, yo podré con tu auxilio llegar hasta ella. Ayúdame tú, Moreno, su servidor mas querido, tú, el depositario del secreto de nuestros corazones.

—Pero, señor, una vez dentro de esos macizos muros, ¿cómo habeis de salir despues?

—¡Qué importa! La oscuridad de que hace poco querias que me aprovechase para huir, podrá servirme mas tarde. Vamos, seguidme.... Y se dirigieron hácia la puertecilla de arco del Alcázar, de modo que si una luz hubiera podido repentinamente alumbrar aquella escena á los ojos de los soldados, no hubieran podido seguramente distinguir cuál de los dos era el preso.

—El pájaro ha caído por sí mismo en la red, dijo para sí Moreno, ¡insensato!.... Pero es demasiado pronto, aun no ha llegado el momento.

Luego que hubieron llegado al cuerpo de guardia, Moreno para imponer respeto á los soldados de servicio, recomendó el preso á su vigilancia, mientras él fingia encender su linterna y buscar en los bolsillos de sus calzones la llave de la puerta que conducia al interior del viejo palacio; despues, haciendo señal á don Juan para que le siguiese, le condujo á través de un corredor oscuro á una de aquellas salas bajas destinadas en España á hospedar á los estrangeros, y que en aquella época en toda casa grande se tenia en reserva para este objeto, lejos de la vivienda principal, habitada únicamente por los dueños de la casa.

—Escuchadme, señor don Juan, dijo Moreno: en esta pieza no llamareis la atencion de nadie, y para mayor seguridad, voy á llevarme la llave.

—Bien, repuso el impaciente jóven; pero en nombre del cielo,

adelántate á prevenir á doña María, y avisame los medios de acercarme á ella.

Salió Moreno, y el enamorado caballero para calmar su inquietud, se abandonó á las dulces ilusiones de su imaginacion; pero su paciencia no estuvo á prueba mucho tiempo, porque apenas se habian pasado algunos momentos cuando sintió ruido de pasos en el corredor. En el mismo instante se abrió la puerta, y muchos hombres armados se presentaron delante de sus ojos sorprendidos. Moreno, que venia á la cabeza, se dirigió al caballero don Juan:—Señor de Padilla, seguidnos á la presencia de monseñor el condestable: monseñor tiene que interrogaros por sí mismo.

—¿Interrogarme á mí? replicó don Juan con altivez; ¿y sobre qué?

—Monseñor no nos ha dicho sobre qué, repuso Moreno, y haciendo un signo de inteligencia á su prisionero: venid sin tardanza, añadió. Despues acercándose á su oido, le dijo en voz baja: señor don Juan, dejáos conducir.

—¿Dónde me llevas?

—A presencia del condestable.

—¿Y es cierto eso, Moreno? Esplicame....

—Señor don Juan, la esplicacion es muy fácil; y despidiendo á los importunos testigos que le acompañaban continuó: ahora que estamos solos yo os la daré tan cumplida como podais desearla. Vuestro arresto no ha podido estar reservado mucho tiempo. Cuando los soldados de la avanzada de que yo formaba parte, fueron relevados de sus guardias por los soldados del segundo tercio de Aragon, dispersáronse al momento por el interior del castillo, contando á todos los que se encontraban sus hazañas y haciendo alarde de sus proezas; como sucede de costumbre, hicieron los fanfarrones de una pulga un elefante. Bien pronto corrió la nueva de que la pequeña puerta habia estado espuesta á ser forzada por un grupo numeroso de paisanos, pero que habían sido rechazados con alguna pérdida; que muchos habian salido heridos y que su gefe habia sido preso y conducido por mí á la cárcel del Alcázar. Estas noticias, pasando con exageracion de boca en boca, han llegado hasta los oidos del condestable que me ha hecho llamar. «¿Qué es lo que ha sucedido? me ha dicho: ¿quién son los revoltosos que han intentado penetrar en el castillo y libertar á Gil Mendo y á sus compañeros? Su gefe está en vuestro poder; ¿cómo se llama?» Antes de pronunciar vuestro nombre, continuó Moreno, tuve que rectificar los hechos. «Muy bien, replicó el condestable; ¿cómo se llama vuestro prisionero?» Entonces, señor don Juan, dije vuestro nombre; pero estad tranquilo, pues no resulta ningun cargo contra vos, y mañana por la mañana estareis en libertad. Una noche pronto se pasa, sobre todo cuando es bajo el mismo techo en que está la muger que se ama.

—¿Con que yo la veré y podré confiarle las penas de mi alma? respondió don Juan. ¡Estar cerca de ella y no poder hablarla! Moreno, esta vez agota todos los recursos de tu genio. Cumple mis deseos, haz que esta noche tenga yo una entrevista con tu ama, y cuenta siempre con nuestra gratitud.

—Si, vos vereis á la señora, dijo Moreno despues de algunos momentos de reflexion. Escuchad, señor, vos sois mi prisionero y sey por consiguiente el encargado de velar sobre vos.

—¿Y bien?

—Despues de vuestra entrevista con el condestable, en lugar de volver á conducirnos á la sala baja os haré atravesar el patio desierto donde están las caballerizas de monseñor, despues por una escalera secreta os llevaré á mi aposento, que está en la gran torre cuadrada que dá sobre la esplanada y que se halla, como sabeis, no lejos de la habitacion de mi ama, la señora doña Maria.

—¡Que no tuviera yo todo el oro de Motezuma para recompensarte de tus afanes! exclamó don Juan apretando fuertemente la mano de Moreno.

—¡Oro! murmuró el orgulloso criado. Pero reprimiendo un gesto de desden que había asomado involuntariamente á su rostro, yo lograré algo mas que todo eso, dijo para sí, si el cielo me ayuda.

No se apercibió don Juan de aquella contraccion rápida y desdeñosa de la fisonomía de Moreno. Toda la atencion de nuestro héroe se dirigia entonces hácia el movimiento extraordinario que reinaba en el gran patio del Alcázar, donde acababan de llegar en aquel momento; el puente levadizo se había levantado, y una compañía del segundo tercio de Aragon estaba entrando en el castillo. Las dos torrecillas que guarnecian la gran puerta morisca, y que eran como dos centinelas avanzadas delante de ella, se encontraban cubiertas de guardias. Todas aquellas precauciones manifestaban claramente los temores del condestable.

—Alguna novedad debe haber, dijo Moreno, porque yo no creo que sean solo las noticias exageradas de nuestros fanfarrones, los que hayan determinado á monseñor á rodearse de todo ese aparato de guerra.

Hablando asi nuestros dos héroes, dirigianse á buen paso hácia la habitacion principal, de forma irregular, que ocupaba el centro del alcázar, y penetraron en una vasta sala octógona, donde la luna que acababa de triunfar de las nubes que la oscurecian, arrojaba en aquel momento su viva claridad al través de los vidrios, haciendo brillar las espadas y las partesanas de los criados de la casa, que habían sido armados precipitadamente, y que dormian entonces sobre las losas, dispuestos á levantarse á la primera voz de alerta. Dirigiéndose Moreno á la derecha, hizo subir á su compañero la escalera de caracol que conducia al primer piso, y atravesando muchas piezas asaz de bella apariencia, que se comunicaban entre sí, segun la costumbre de la época, llegaron, por fin, á la puertecilla de la cámara de monseñor el condestable. Moreno dió tres golpes en ella, y segun la orden que partió del interior de la cámara, abrió la puerta y levantando la vieja tapicería de Brujas, que disimulaba la entrada, introdujo al caballero Juan de Padilla.

El corazon de nuestro héroe, como el de cualquiera que se hubiese colocado en su lugar, latia entonces con violencia y experimentaba aquella agitacion que, sin ser efecto de temor ni cobardia, es el

resultado de la impresion que produce involuntariamente la presencia de un alto personaje, cuando para imponer mas respeto, los años, han blanqueado los pocos cabellos que quedan en su calva frente; estrago del tiempo que la gloria habia sabido reparar en el condestable, ciñendo sus sienes con los laureles que habia recogido en los cien combates en que se habia hallado en Andalucia, en Navarra y en Italia.

Don Iñigo de Velasco, gran condestable hereditario de Castilla, habiase hecho en su juventud distinguir de sus soberanos, Fernando é Isabel, en las últimas guerras contra los moros, señaladamente en la célebre toma de Granada; mas adelante habia tenido tambien su parte en los triunfos de Gonzalo de Córdoba, el gran capitán, ayudándole á conservar al rey de Aragon los Estados napolitanos, mucho tiempo disputados por los reyes de Francia, que peleaban á la cabeza de sus tropas. Habiendo heredado despues, por muerte de su padre, el insigne cargo de condestable de Castilla, volvió á España, donde le esperaba otro género de glorias, llegando á hacerse el alma de los consejos de Fernando el Católico; por lo que cuando este monarca murió, quiso asociarle al cardenal Jimenez para dirigir la nave del estado hasta la mayoría del principe don Carlos.

Menos severo que el anciano arzobispo de Toledo, habia sabido durante la larga regencia de este prelado, hacerse estimar de todos los partidos; y aunque educado en los campos de batalla, era de amable trato y de carácter conciliador. Gran condestable y consejero de la corona, la defendia con lealtad, sin tener con el poder real una condescendencia culpable y contraria á los intereses y derechos de sus compatriotas. Descendiente de la noble sangre de los Velascos, una de las casas mas nobles de Castilla, no desmentia jamás su hidalguía, y nunca se olvidaba de que si debia fidelidad al monarca, debia tambien sus desvelos y su apoyo á la defensa de los privilegios de los diferentes órdenes del estado que reunidos constituian la nacion española y eran los verdaderos elementos de su prosperidad, los conservadores de sus libertades y los celosos depositarios del antiguo honor castellano, considerado grande entre todos los pueblos. Asi la eleccion del condestable fué la que solo mereció la aprobacion general, cuando Carlos V llamado poco despues á ocupar el trono imperial de Alemania, al partir para aquel imperio le nombró miembro del consejo de regencia de Castilla y Aragon, bajo la presidencia del cardenal Adriano de Utrecht.

A esta hora avanzada de la noche, todavia velaba el condestable, discurriendo los medios de calmar los ánimos exaltados, no solo por la ausencia indeterminada del soberano, sino irritados tambien cada dia mas, por los actos arbitrarios y las maneras insolentes de aquellos advenedizos flamencos, borgoñones y alemanes, que, ocupando los primeros puestos del estado, querian humillar el teson patriótico y el natural altivo de los españoles bajo el yugo tiránico de los estrangeros.

Don Iñigo de Velasco, sentado en un magnífico sitial forrado de cuero de Oriente y apoyando el codo sobre una mesa de nogal, pasa-

ba la vista distraída sobre los diversos papeles esparcidos sin orden sobre aquella. Una lámpara con molduras árabes, suspendida de la llave de la bóveda de este gabinete gótico, arrojaba su luz perpendicularmente sobre la hermosa cabeza del anciano, mientras que los ángulos del muro que se levantaban elegantemente en forma de arcos ojivales, estaban en una profunda oscuridad. El reflejo argentino de su blanca barba, destacándose sobre su vestido de terciopelo negro, aumentaba la nobleza de su venerable fisonomía, y completaba uno de aquellos ilustres retratos que supo crear un siglo despues el genio de Van Dick, en los que de un fondo oscuro se desprende un rostro lleno de espresion y de dignidad. Al ruido que hizo Moreno, levantó el condestable la cabeza y fijó los ojos en don Juan, que aun permanecia á la entrada de la cámara.

—¡Ah! ¿con que sois vos, jóven aturdido, quien nos ha dado hoy ocupacion?... dijo con una voz, en cuyo acento estaba mezclada la ironía y la reprension.

—Monseñor, replicó con firmeza el caballero, yo no comprendo de ninguna manera lo que quereis decir con eso; solamente sé que contra todo derecho, vuestras gentes me han arrestado cuando pasaba por la calle pacíficamente.

—¡Pacíficamente! ¡pacíficamente! interrumpió el anciano condestable meneando la cabeza; ¿y los alborotadores con quien vos estábais? Señor don Juan, estoy bien informado de vuestros pasos y de vuestras intenciones, vuestro nombre está ligado á ciertos proyectos temerarios contra nuestro soberano, y repetido constantemente en todas partes donde fermenta la sedicion. ¿Ignorais la severidad de las órdenes del emperador para evitar que volvamos á nuevas discordias civiles? ¿y valiente como sois, ¿habeis olvidado las penas con que se castiga el crimen de rebelion?

—¿Yo un rebelde? gritó don Juan. ¿Y sois vos quien lo decís, señor condestable? ¿habeis olvidado por ventura la jornada de 11 de abril de 1512? Yo tenia entonces diez y siete años y hacia mis primeras armas en uno de los tercios de Castilla que vos mandábais en aquella desgraciada batalla de Rávena, en la que, á pesar de nuestros esfuerzos, la victoria quedaba por los franceses que nos envolvian por todas partes; y en aquel peligro, ¿quién supo defender el estandarte real y salvarle de las manos de los enemigos? Yo, señor condestable; y cuando todos nuestros gefes huyeron, cuando Pedro de Navarra acababa de ser hecho prisionero y Raymundo de Cardona, el virey, se salvaba precipitadamente ¿quién restableció el orden en la retirada? ¿Quién supo conservar al rey Fernando los restos de la armada española, que huía delante del duque de Nemours? Mi abuelo, señor condestable, mi abuelo don Pedro Lopez de Padilla, gran comendador de Calatrava que pagó ¡ay! bien cara su adhesion al rey, porque habiendo recibido un lanzazo vino á morir á vuestro lado al concluir aquella infausta jornada.

—¡Ay! suspiró el anciano guerrero.

—Y, finalmente, en Navarra, de donde llego ahora, continuó el fogoso jóven, ¿no he gastado una parte de mi corto patrimonio en

hacer la guerra en las montañas contra Andrés Lesparre, que con una masa de franceses amenazaba á Pamplona? Pero si á egemplo de mis abuelos he servido siempre bien á mi rey, tambien he aprendido igualmente de ellos que todo noble español se debe á su pais, hasta el mismo rey que se debe á la España. Yo no sé como haya podido desmerecer á los ojos de don Carlos por ser uno de los que han firmado una esposicion, en la que se manifiestan de una manera respetuosa los sentimientos de todos aquellos que tienen corazon y sangre española, cuando ven á su soberano ausentarse de su patria y abandonarlos al yugo, siempre pesado, de regentes extranjeros.

—¡Teneos! replicó el condestable levantándose de su sitial y enderezando su cuerpo, ya encorvado por los años. ¡Usar en mi presencia tal language! ¿Olvidais que soy miembro del consejo de regencia y que vos sois súbdito de don Carlos, rey de España?

—Yo sé todo el respeto que debo al condestable de Castilla, dijo el impetuoso Padilla; ¿pero será por ventura faltar á él, manifestarle el mismo ardor patrio que el que Gonzalez Velasco sintió en su alma en presencia del rey Alfonso X? ¿Soy yo menos leal ó menos honrado que vuestro abuelo que acertó á persuadir á su soberano que rehusase el vano título de emperador para conservarse todo entero á su hermoso reino de Castilla? ¿Es por ventura ser un rebelde querer fijar el ánimo del monarca sobre las necesidades de los pueblos que le están encomendados y descubrirle hasta las exigencias de su adhesion hácia su persona, para que él les pague á su vez con un igual y recíproco amor? Los rebeldes son aquellos que rodean al príncipe y que por una condescendencia culpable ó por una perfidia criminal impiden que la verdad penetre hasta él, precipitándole así en un camino resvaladizo y peligroso. Los verdaderos rebeldes y los traidores son aquellos individuos de las cortes, representantes indignos de la nacion, siempre aduladores, ya del rey, ya del pueblo y que falsos y cobardes acaban por ceder á las exigencias del mas poderoso y por irritar al uno contra el otro, al pueblo y al rey, á quien ellos hubieran querido dominar!

La voz sonora y enérgica de don Juan vibraba en aquel momento con toda la fuerza del sentimiento del corazon. Mientras estaba hablando agitábase su negro bigote sobre sus labios temblorosos, sus ojos centelleaban el fuego del entusiasmo, sus cejas ligeramente arqueadas se contraian con fuerza, su frente naturalmente elevada lo estaba aun mas en aquel instante, todos sus movimientos, en fin, demostraban bien claramente la profunda conviccion de que se hallaba poseido. El condestable le escuchaba en silencio; tanta elocuencia habia en las palabras de Padilla para un corazon noble y español, como el de don Iñigo de Velasco! Pero hábil, despues de tantos años pasados en la corte, en reprimir los sentimientos de su alma, el anciano condestable sabia dominarse lo bastante para que no apareciesen en su fisonomía los afectos encontrados con que luchaba su corazon, y con una voz severa:

—Lo veo con dolor, dijo paseándose á grandes pasos para disimular mejor la agitacion en que se hallaba; lo que me manifiestan

estos despachos es demasiado cierto; la sedicion de los segovianos no os es desconocida, y el asesinato de don Mateo Tordesillas, su diputado....

—¿Qué es lo que decis? interrumpió don Juan; yo he podido como buen español, reprobar su conducta en la última reunion de las córtes, y ver con sentimiento la facilidad con que sacrificaba los intereses de sus conciudadanos á los caprichos de la córte; pero ser cómplice de su muerte, señor condestable, yo ós juro á fe de caballero que estoy inocente de ella, y en cuanto á la revuelta de Segovia, hasta este momento en que la he sabido de vuestra boca, no habia tenido el mas leve conocimiento de ella.

—Podrá ser así y sin embargo, si yo hubiera de creer el contenido de estos despachos, vuestro nombre se ha oido repetir en lo mas recio de la sedicion: los rebeldes os designaban como uno de los gefes que debian mandarlos.

—Pero esas noticias, dadas con tanta ligereza, carecen enteramente de pruebas.

—Si, continuó Velasco, si vuestra conducta de esta mañana y vuestro arresto de esta noche en medio del grupo de los revoltosos, no viniese á confirmar esta acusacion contra vos. Así, caballero, permitidme que asegure vuestra persona hasta que Segovia esté sometida á la autoridad real, y estén apagados en Toledo todos los elementos de discordia. Entre tanto permaneceréis aquí en este Alcázar bajo mi propia vigilancia; por lo demas, yo cuidaré que vuestro cautiverio sea lo menos riguroso posible, y recomendaré á Moreno que no olvide las distinciones y los miramientos que os son debidos y que teneis derecho á exigir.

Pero no pudiendo ya don Juan contener su indignacion, exclamó:

—Una palabra señor condestable. Lo que vos haceis es una cosa injusta; temed que tales violencias...

—¡Amenazas á mi, caballero! interrumpió con voz de trueno el condestable; ¿olvidais que sois mi prisionero? Cambiando luego de tono para suavizar el efecto de sus palabras: Señor don Juan de Padilla, añadió, en nombre del emperador Carlos V, vuestro señor y el mio, entregadme vuestra espada.

—Tomadla, señor, dijo Padilla poniéndola en manos del condestable; hasta hoy yo no la he desenvainado nunca sino para el servicio del rey; y en su nombre, añadió tristemente, ¡es como hoy me la quitan! ¡maldicion á los intérpretes imprudentes de su voluntad! ¡sobre ellos solo caiga toda la responsabilidad de lo que suceda.

—¡Caballero! interrumpió Velasco, mi paciencia puede cansarse y....

—¿Qué me importa? gritó don Juan en el último grado de la exaltacion; ¡pedir la espada á un caballero cuando no ha empañado su brillo con ninguna accion indigna de su hidalguía, es robarle su honor! Señor condestable, apelo á vuestra conciencia, y os hago responsable de este acto; si en el nombre del rey me habeis privado de mi buena espada, ¡temblad que la patria me ciña otra!

Durante esta violenta discusion, Moreno habia permanecido reti-

rado en uno de los ángulos de la cámara, y olvidado en la sombra no ponía gran cuidado en disimular que se reflejara en su rostro la alegría que le habia causado la escena de que habia sido testigo; separado del lugar de aquel vivo debate, no habia podido llamar la atención sobre su persona. Una señal del condestable le mandó acercarse.

—Conducid, dijo, al señor don Juan de Padilla, no al calabozo donde están los otros presos, sino á una habitacion cómoda y segura á la vez: vos me respondeis de su persona.

Obedeció Moreno sin replicar, y balbuciendo algunas palabras al oido del jóven preso, salió del gabinete viéndoles alejarse:

—¡Valiente jóven! dijo para sí don Iñigo de Velasco. ¡Ah! ¿por qué el emperador abandona así á su verdadero reino, y no quiere gobernar por sí mismo á estos nobles de Castilla, confiándolos al cuidado de ministros estrangeros é impopulares?

II.

Panorama histórico.

¿Cuál es el corazón que no late con violencia, cuál la imaginacion que no se siente seducida al considerar los mil hechos brillantes de una época toda llena de poesia y que ofrece un campo tan vasto de ilusiones deslumbradoras, cuando abriendo el gran libro de la historia, fije su vista sobre aquellas páginas de oro que terminan la grande epopeya caballeresca de la edad media, á la que con justo título puede referirse el origen de las constituciones modernas de las diversas sociedades de Europa?

Si colocados en una torre elevada, dirigis la vista al oriente á los primeros rayos del alba, os sentís arrebatados al ver al astro del dia estender por grados en el horizonte su cabellera de oro. El principio del siglo XVI ¿no egerce en vuestra alma la misma influencia y escita las mismas ilusiones? ¿Qué cosa mas bella que verlo desarrollarse así delante de vuestros ojos?

Mirad á la Francia, orgullosa como una recién desposada, ataviada con sus nuevas galas; ved como ostenta arrogante los nuevos productos de las artes, y las obras recientes de su génio. En el seno de la córté de su rey caballero, brilla la llama del fuego sacro que Francisco I acaba de sacar de la Italia su antigua depositaria. Pero afortunadamente nuestra patria conserva aun las virtudes generosas y las instituciones libres de nuestros padres. La luz del mediodía la ha alumbrado sin consumirla; las costumbres de la nacion se han suavizado, pero su noble carácter, tan bien templado como el acero de su armadura, no se ha alterado aun con los vicios de una civilizacion que con el tiempo puede siempre descomponer los elementos mejor combinados, si no se opone un remedio eficaz á los males producidos

por sus gérmenes perniciosos, y si no se vela incesantemente sobre sus temibles progresos.

Dirigid vuestra vista á la Inglaterra, y la vereis desviarse del camino recto y marchar á ciegas detrás de su rey, ó por mejor decir, de su tirano, mas ciego aun que ella, porque mil pasiones agitan el corazon de Enrique Tudor y cubren con un velo los ojos de su inteligencia. Pueblos y rey, vense marchar al resplandor de una nueva antorcha; pero es pura su luz cuando resulta del choque de las pasiones brutales del soberano? ¡Desgraciado el monarca que en su orgulloso delirio no teme comprometer la felicidad de tantos hombres como ha puesto Dios á su cuidado y de que algun dia tendrá que darle cuenta! ¡Desventurado tambien el pueblo, que por una sumision culpable, vende su conciencia y su porvenir al capricho de su rey, y se lanza en las vias del error, donde el alma cansada á la vista de los mil caminos que se cruzan delante de ella, no puede llegar jamás al verdadero puerto de salvacion!

En el fondo de un monasterio de Alemania aparecen los primeros gérmenes de un meteoro terrible y peligroso que en pocos momentos debe deslumbrar al mundo, y señalar con sus estragos las huellas de su camino á través de las naciones. Pero lo que en este momento debe fijar la atencion, es la pompa fastuosa que se despliega en Aix-la-Chapelle para la coronacion del nuevo emperador. La fria y mediatubunda Alemania se ha engalanado con su traje de fiesta, y espera con impaciencia al jóven príncipe que ha preferido á Francisco I de Francia y á Enrique VIII de Inglaterra, sus dos rivales.

Tambien se ocupa la Italia de la ceremonia por la cual el sucesor de los Césares debe ver consagrado su poder por la uncion religiosa, debiendo asistir á ella la mayor parte del sacro colegio, segun orden terminante del soberano pontífice. Y es que la Santa Sede ha creído propio de su politica que debia hacer todo lo posible para ganarse la voluntad del emperador Carlos V, y predisponerle á pelear contra la heregía que comenzaba á levantar la cabeza. Sin embargo, á pesar de las borrascas que amenazan en derredor del Vaticano, Leon X, mas deseoso de aparecer á los ojos de sus contemporáneos el protector de las artes y de las letras, que el digno sucesor de San Pedro, primer obispo de Roma, no pensaba en otra cosa que en los medios de acabar la sublime Basilica de San Pedro, fundada por Julio II, su predecesor. Bajo su pontificado, la Italia era el pais de los prodigios; pero ¡qué bien caro pagaba este esplendor! porque si Leon de Médicis trabajaba afanoso para hacer su nombre inmortal y asegurar para el porvenir el cetro del génio de las artes en manos de sus compatriotas, no lograba afianzar la paz y la felicidad á la desventurada Italia, desgarrada tanto por sus largas discordias civiles, como por las guerras extranjeras; porque objeto de la codicia de los soberanos que la rodeaban, esta hermosa comarca habia perdido toda esperanza de defender contra ellos su independencia. ¡Ay! no es poco para ella haber podido resistir á las discordias de los Guelfos y de los Gibelinos, haber luchado con ventaja durante siglos enteros contra la invasion de los emperadores de

Alemania, haber hecho frente á las pretensiones rivales de Fernando de Aragon y de Carlos VIII, y despues de Luis XII de Francia, que se disputaban su division. Ya le ha llegado el tiempo de sucumbir, y no le queda otro medio que la triste eleccion entre el rey de Francia, Francisco I, ó el de don Carlos, nuevo emperador.

Pero puede preverse con razon, que don Carlos se colocará tambien esta vez sobre su arrogante competidor. ¿Hay en el mundo un monarca mas poderoso que el hijo primogénito del archiduque Felipe y de la princesa Juana, hija de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla? Heredero por su padre del ducado de Borgoña, del condado de Flandes y de la soberania de los estados de la casa de Austria, cuya influencia le habia conducido últimamente al imperio de Alemania, estaba llamado tambien por su madre á reinar sobre comarcas aun mas estensas. Fernando Cortés, el mas atrevido de sus capitanes, acababa entonces de someter á sus leyes el Nuevo-Mundo, descubierto por Colon en el reinado anterior; sus derechos sobre el reino de Nápoles, disputados por largo tiempo, son reconocidos por el papa, que le ha conferido últimamente la investidura de una de las mas hermosas provincias de Italia; su pabellon ondea victorioso en las costas africanas; lleva, finalmente, en la cabeza, la corona real de las Españas, la mas grande que ciñe su frente, tan sobrecargada ya de honores. Mirad, pues, ¡cómo este monarca orgulloso se complace en el sentimiento de su poderío, y cómo, á despecho de los reyes, sus hermanos en dignidad, se abroga dos meses despues el pomposo título de magestad! ¿Quién podria rehusar esta insigne calificacion al soberano de estados tan estensos, que bien podia decir con orgullo que jamás el sol se ponía en su vasto imperio?

Pero, ¿qué importa á los navarros, á los castellanos y á los aragoneses obedecer á un rey tan poderoso, si no han de ver nunca la mano que los gobierna, si ha de hallarse en adelante su patria reducida á la triste condicion de una humilde provincia del inmenso reino de Carlos V, y sobre todo, en fin, si han de verse despojados de sus antiguos privilegios, de cuya custodia son con razon tan celosos, porque nobles y plebeyos sin distincion desde Pelayo, los han adquirido á precio de su sangre, reconquistando su país palmo á palmo de poder de los moros? Y si don Carlos es ahora rey de España, ¿no lo debe al valor y al natural independiente y soberbio de la nacion española, que no pudiendo sufrir nunca la dominacion estrangera, combatió sin tregua á los musulmanes durante seis siglos, al mando de los gefes que ella misma se elegia, y á cuyos descendientes confirió despues por su libre voluntad la suprema autoridad real?

Ademas, el castellano y el aragonés del siglo XVI, sirviendo bien á su rey, defendian tambien con orgullo sus libertades y sus derechos, y estaban siempre vigilantes para hacer que se conservasen los que habian gozado sus antecesores en tiempo del rey Alfonso VI, cuando el famoso Cid de Bivar hizo jurar á este monarca sobre una espada y un crucifijo, que respetaria los privilegios de los nobles y las inmunidades de los pueblos. Una vez recibido el juramento del

monarca, le prestó él á su vez obediencia en nombre de sus conciudadanos, y se dirigió á Castilla para poner sitio al castillo de Rueda, cuyo ataque habia diferido hasta que estuviese jurado el pacto sacramental entre el rey y sus fieles súbditos.

Observad ahora con atencion el carácter del catalan, y bajo su ligereza aparente, le vereis dispuesto á desenvainar la espada y defender sus fueros, como lo habian hecho sus padres en el siglo último, cuando ya causados de las exigencias repetidas de Juan II de Aragon, juzgaron conveniente el famoso alzamiento del año 1462, oponiéndose á las injustas pretensiones de este monarca, enseñándole que lo mismo los pueblos que los reyes tienen sus derechos, y que es del interés comun de los unos y de los otros, respetarlos recíprocamente.

Que se guarde sobre todo el poder real de atentar á los legítimos privilegios de las provincias de Vizcaya y Alava, que les conceden el derecho de elegir por sí mismos los diez y siete individuos de los ayuntamientos ó municipalidades que las han de administrar, sacando siempre los cinco primeros dignatarios municipales de la nobleza, y los doce restantes de las otras clases del pueblo, y quedan tambien derecho á todo individuo que pruebe ser de pura raza vizcaína para gozar de las inmunidades de la nobleza en toda la estension de los dominios de España, y por su desgracia la corona aprenderá tal vez que no es por otra cosa por lo que los individuos de los estamentos de estas provincias, antes de reunirse bajo el álamo de Guernica, pronuncian con el mas religioso fervor sobre un puñal clavado en la muralla, este terrible juramento: «Quiero que con este puñal me corten la cabeza, sino defendiendo bien los fueros del pais.»

Tal vez los pueblos de los treinta y cinco valles de Navarra opusieran una resistencia mas vigorosa á las audaces tentativas de sus vecinos los franceses, si no temieran mas bien de Carlos V que de Francisco I las usurpaciones de sus franquicias, que les concedian el privilegio de señalarse sus cuotas y de votar libremente los impuestos, como tambien de cuidar de la defensa de su territorio, sin el oneroso concurso de guarniciones estrangeras.

Y el castellano, á quien habeis visto durante estos últimos años poner su dinero y su vida al servicio de la reina Isabel ó de Fernando el Católico, no podreis imaginaros que haya olvidado la grande leccion popular de 1463, que es un testimonio permanente de los azares que acompañan al poder soberano. La llanura de Avila es testigo aun de la degradacion pública del indigno Enrique IV, cuya sombra sin cetro y sin corona no ha dejado de aparecer á los ojos de las nuevas generaciones, que leen con satisfaccion en la frente del espectro real la sentencia de su deposicion, tal como la pronunció el arzobispo de Toledo, mientras que los pecheros, los hidalgos y los ricos hombres, la escuchaban levantadas las manos al cielo.

En cuanto á los aragoneses, ya ha llegado á hacerse proverbial su valor, para lo que tienen dadas pruebas irrecusables. Acompañados á una reunion de las córtes, que hasta el reinado de Fernando el Católico se celebraban todos los años en la ciudad de Zaragoza, y los

vereis marchar hácia la antigua catedral y colocarse segun su orden en la iglesia, los diputados, que el clero, la nobleza y el pueblo han enviado para la defensa de los derechos particulares y de los intereses comunes.

Todas estas órdenes están revestidas de un veto terrible; ni la paz ni la guerra puede hacerse sin su aprobacion, y sin su consentimiento no se acuñarán nuevas monedas ni se impondrán subsidios. Al cerrarse las sesiones de las córtes es cuando la asamblea nacional redobla su vigilancia. Mirad la manera imponente con que las tres órdenes proceden al nombramiento del Justicia, y la madurez que preside á la eleccion de este magistrado, que desempeña las funciones de juez supremo, y es el guardador de las libertades públicas y el representante de la nacion en el consejo del soberano durante el intervalo que separa cada reunion de las córtes. Alto dignatario del pueblo, el Justicia reasume en su persona todos los poderes de los estados generales, y de cualquier modo que se le considere, el Justicia es el reino de Aragon personificado para aconsejar y velar al mismo tiempo al soberano. Así, esta dignidad es la mas venerada de todas y la mas deseada tambien de los infanzones y caballeros de alto linage, á cuyo noble rango ha pertenecido siempre este insigne magistrado. Pero en el advenimiento al trono de los nuevos reyes, es cuando esta dignidad eclipsa á todas las otras, porque entonces en nombre de las tres órdenes que constituyen el reino de Aragon, el Justicia se presenta el primero delante del monarca con la cabeza cubierta, y le dice en alta é inteligente voz:

—«Nosotros que valemos cada uno tanto como vos, y que todos juntos somos mas poderosos que vos, nos obligamos á obedecer á vuestro gobierno, si nos conservais nuestros derechos y nuestros privilegios: si no lo haceis así, no os obedeceremos.»

Ya que conoceis el natural varonil y generoso de los pueblos sobre los cuales estaba don Carlos llamado á reinar, es preciso convenir en que hubiera hecho mejor en quedarse en España, y que hubiera obrado con mas sabiduría modificando lo que las instituciones tenian tal vez de demasiado independientes y que servia de embarazo al libre ejercicio del poder supremo, en lugar de querer combatir presuntuoso el carácter de los españoles y las constituciones del pais. Mas fácil seria ciertamente arrasar las numerosas sierras que dominan á España y allanar su montañoso suelo. ¡Proyecto insensato! El señor de Chievres, por mas hábil político que fuera, segun lo calificaba la córte de Austria, no habia enseñado á su real discípulo que debia ser el protector de sus pueblos lejos de oponerles resistencia. El jóven emperador en su pensamiento orgulloso de dominar sin mas trabas que su voluntad soberana á súbditos leales, pero todos pequeños delante de su grandeza, debia reflexionar que su trono quedaba abandonado á la suerte, privado de su mas sólido fundamento y de su mas fuerte sosten, y mas espuesto á las borrascas; que su dinastía, acabando por hacerse estrangera á los intereses nacionales, corría el peligro de no encontrar simpatías en ninguna parte, por poco que el viento de la desgracia viniese á soplar sobre ella.

No es muy frecuente en verdad que un príncipe de veinte años ponga gran cuidado en mirar á través del horizonte brumoso de los siglos, sobre todo cuando la fortuna sonríe su juventud, y le rodea la perfidia con toda la ilusion de sus encantos, acumulando tron o sobre tron al pedestal de gloria de su favorito, y rodeándole de una multitud de aduladores que contribuyen á cegar al que es objeto de su solicitud y de sus perniciosos favores.

Por consiguiente no debéis admiraros si el jóven don Carlos, aunque dotado de una penetracion superior á su edad, no ha podido ver en algun tiempo sin sentirse deslumbrado tantos reinos poderosos como le han tocado en herencia, sobre todo ahora que para completar su glorioso destino, acaba de suceder en el trono de los Césares á su abuelo Maximiliano I. Y vosotros, críticos severos, tomaos el trabajo de estudiar estos tiempos dificiles, y tal vez encontrareis mas culpables que al jóven príncipe, á los pérfidos consejeros, que no atendiendo mas que á sus intereses personales, han estraviado los primeros pasos del que estaba llamado á hacer la felicidad de sus pueblos.

Si, nobles habitantes de la antigua España, solo á estos hombres es á quienes debéis culpar de la prolongada ausencia de vuestro deseado monarca. Si en 1515, cuando murió Fernando su augusto padre, no permaneció el emperador entre vosotros, como se lo suplicaba en vuestro nombre el cardenal Jimenez, era porque pérfidos estrangeiros alucinaban su jóven entendimiento y le detenian en las opulentas ciudades de Flandes.

Asi, valientes castellanos y aragoneses, vosotros os habeis conducido como hombres de prudencia, cuando por la primera vez, habeis, olvidándoos de vuestros usos antiguos, consentido en reconocer por vuestro rey al jóven don Carlos, sin embargo de habitar un pais estrangero y de contar los primeros dias de su reinado de las Españas en la ciudad de Gante; pero al mismo tiempo os habeis portado honrosa y lealmente, defendiendo con valor los derechos de una señora desgraciada, no sufriendo que falte nadie al respeto y sumision debidos á vuestra amada reina Juana, á pesar de la debilidad de su razon, que no perdeis la esperanza de ver restablecida. Los que han obrado de una manera vil, son aquellos que han persuadido á su hijo Carlos V á que escluya el nombre real de su madre de los actos del gobierno; pero honor á vosotros, fieles castellanos, que deseais que sea aun administrada la justicia en nombre de aquella á quien hace diez y seis años saludásteis con entusiasmo á su advenimiento al trono, en el cual sucedia á su madre Isabel, y cuyo sagrado derecho supisteis despues proteger de los ataques ambiciosos de su padre, Fernando de Aragon.

Pero quien no ha sabido enseñar que se respeten los derechos de una madre, ¿podrá tener mas consideraciones á los que pertenecen á los pueblos? Maldicion á la conducta de Guillermo de Croi, señor de Chevres, en la provincia de Henáo; este cortesano, aunque de profundo saber, de costumbres licenciosas y de corazon harto interesado para consejero de un monarca, detenia en Flandes á su

real discípulo, sin cuidar mas que de enseñarle la teoría de los negocios públicos y de los secretos de la política de aquel tiempo, sin considerar que la primera ciencia de un soberano debe ser la de conocer bien los pueblos sobre que ha de reinar, y que su principal cuidado ha de ser hacerse popular á sus ojos viniendo á vivir entre ellos.

Sin embargo, el cardenal Jimenez, regente de España, nombrado por Fernando de Aragon, hizo de tal manera presente esta necesidad al monarca, que logró persuadirle en nombre de sus compatriotas la vuelta á su patria. Tuvo esta lugar á principio del año 1518, deteniéndose en Villaviciosa antes de hacer su entrada triunfal en Valladolid, que verificó poco despues entre la turba de cortesanos que le habian acompañado de Flandes. Ningun español podia menos de ver con sentimiento que habia un asiento desocupado al lado del monarca: era el que correspondia al venerable arzobispo de Toledo, que acababa de morir en desgracia de su soberano por haberse atrevido á suplicarle que alejase de su real persona todos aquellas estrangeros; pero venerado en cambio de sus conciudadanos que le canonizaron casi en el mismo lecho de muerte por su celo patriótico; porque el verdadero patriotismo tiene sus preciosas reliquias como la religion del cielo.

Juzgad ahora lo que sufriria el carácter natural sombrío de los españoles cuando vieron cernerse sobre su país todas aquellas aves de rapiña, procedentes del Norte. Por desgracia su presentimiento era demasiado fundado. En la primera asamblea celebrada en Valladolid, fué conterido á Carlos V el título de rey, pero con la condicion espresa de que habia de preceder el nombre de su madre al suyo en todos los actos públicos, y le votaron las córtes un donativo gratuito de seiscientos mil ducados. Pero antes de concluirse el año 1519, ya habia el rey Carlos olvidado sus compromisos, queriendo en su nombre solo gobernar el reino. El señor de Croí, la señora Chievres, Sauvage el de Bruselas, el astuto La Chau y los demas advenedizos de Flandes, habian ya dilapidado los seiscientos mil ducados, y habian partido entre sí los honores, los empleos y los cargos mas importantes y lucrativos del estado. Sauvage era canceller de Castilla, y presidia como tal las córtes del reino. Guillermo de Croí, jóven imberbe, compañero de placeres de don Carlos, habia sido revestido con la primera dignidad episcopal de las Españas, sucediendo al venerable Jimenez en el arzobispado de Toledo. La débil salud de este jóven estrangero y su natural voluptuoso, le impedian abandonar su ciudad de Gante y venir á tomar posesion de su silla arzobispal; queria disipar mas bien este jóven afeminado las inmensas rentas de su mitra en frivolidades de todo género en el seno de su país natal, que prodigarlas en buenas obras en su ciudad metropolitana.

¡Caiga toda la afrenta sobre aquellos ambiciosos consejeros que precipitan al jóven monarca en una senda, cuya peligrosa direccion no apercibirá tal vez sino demasiado tarde! Pero lo mismo el destino que los hombres parece que se han conjurado para alucinar su razon. El conde palatino mismo, á la cabeza de los caballeros mas brillan-

tes de Alemania, se presenta en Valladolid á ofrecer á don Carlos en nombre de la dieta la corona imperial; ya le es, pues, preciso partir para Aix-la-Chapelle. En esta ciudad ha de ser reconocido por sus electores el nuevo César, debiendo celebrarse su coronacion públicamente para que fuese acatada su autoridad y legitimos todos los actos de su gobierno: así lo exigian las constituciones alemanas.

La venida de estos extranjeros acabó de irritar el ánimo de los españoles, que no veian en el rey de todo el mundo, el que ellos deseaban; por que su corazon era tan celoso de su príncipe como de su dama. Pero en vano querian oponerse á que don Carlos aceptase el pomposo título de emperador, al que acompañaban atractivos demasiado poderosos para que lo rehusase el orgulloso jóven. A los enviados de Alemania se unieron los cortesanos flamencos para hacer que saliese de España el príncipe don Carlos. Un obstáculo, sin embargo, vino á oponerse en aquel momento á la realizacion de su proyecto: para marchar, y sobre todo para presentarse de una manera decorosa en la asamblea de los príncipes reunidos en Aix-la-Chapelle, se necesitaba dinero, y ya no quedaba nada absolutamente de los 600,000 ducados que habia recibido el monarca aun no hacia diez y ocho meses. Para salir del apuro en que se encontraban, dijeron á don Carlos:—Convocad las córtes, no en Valladolid, por que esta ciudad es enemiga de vuestro gobierno, sino en Compostela: restableced la antigua costumbre y haced que se celebren en la iglesia de Santiago de Galicia. Allí, en aquel rincon de España, dominareis mejor estas turbulentas córtes, y los diputados sediciosos tendrán que hacerse dóciles cuando se encuentren solos y privados del apoyo de sus provincias.

Al instante fué publicado en toda España el edicto del rey, anunciando la nueva convocacion de los estados en Compostela. Esta última violacion de las costumbres llevó á su colmo el descontento nacional; la mayor parte de las ciudades se resistieron á enviar sus representantes á esta asamblea impopular; Valencia, Toledo, Salamanca y Valladolid protestaron contra su legalidad, y elevaron respetuosas esposiciones al soberano, que se manifestó sordo á sus súplicas. Una vez tomada su determinacion no quedaba al monarca otro medio que sostenerla; toda concesion, era, segun los flamencos y los alemanes, un acto de debilidad, que debia evitarse. Don Carlos, pues, continuó su marcha, aunque con alguna repugnancia, hácia Compostela.

A pesar del ejemplo dado por las principales ciudades, se reunió en Compostela un número considerable de diputados. Y entonces fué cuando el jóven soberano puso por primera vez en juego aquella destreza y aquella política sagaz que constituia el fondo de su carácter, y que habian desarrollado en él las lecciones de Chevres, su maestro. Gracias á las maneras engañosas de los flamencos y al dinero hábilmente distribuido, hizose temer á los individuos de las córtes que su oposicion demasiado obstinada podia acarrear inmensas desgracias á la patria, obligándoles así á votar de nuevo subsidios considerables. Poco tiempo fué necesario para hacer que estos

ingresáran en el real tesoro. Cuando el subsidio estuvo realizado, Carlos V, acompañado de todos sus cortesanos alemanes y flamencos y aprovechando los días bonancibles de la primavera, se hizo á la vela el 22 de mayo del mismo año de 1520, pareciéndosele tarde lo mismo que á su comitiva dejar á España, cuya exasperacion no dejaba de temer.

Sin embargo de hallarse el emperador ya en Alemania, no por eso hacia menos progresos en España el fuego de la rebelion que amenazaba estallar de un momento á otro. El poder del jóven monarca estaba ya minado en sus cimientos, y aun no habia pasado un mes despues de su marcha, cuando sordos rumores anunciaban próximos trastornos. Todo en fin hacia presagiar que al consejo de regencia le costaria mucho trabajo conjurar la tormenta, si es que el mismo no se estrellaba en medio de los desórdenes. Preciso es convenir que don Carlos apreciaba en poco las simpatias y las opiniones de los españoles. El consejo de regencia á quien acababa de conferir el poder soberano mientras durase su ausencia; estaba compuesto de individuos elegidos entre el clero, la nobleza y el pueblo, segun previene espresamente la constitucion nacional? De ninguna manera. Los flamencos, por el contrario, eran los que estaban en mayoria.

Presidia el consejo de regencia el cardenal Adriano de Utrech. El carácter amable de este virtuoso prelado era enemigo de toda tirania; pero no era seguramente el hijo de un carnicero de Holanda el que convenia en el eminente puesto de regente de España. Sentábase despues á su lado Sauvage, el diestro La-Chau y el inflexible Almerstof, objeto todos del odio público. Los nombramientos que solo habian merecido la aprobacion general eran, el de don Inigo de Velasco, gran condestable, y el de don Fadrique Enriquez, gran almirante de Castilla. Pero estos dos nobles caballeros, no eran bastante poderosos para calmar el ardor de las pasiones públicas y el odio general que escitaban sus cólegas, los estrangeros. Y de temer era que el poder real, como sucede ordinariamente, no se fuera tambien á confundir con el aborrecimiento con que se miraba á sus ministros.

La irritacion popular hacia por instantes nuevos progresos. Apenas han pasado quince dias y ya habia dado la señal la ciudad de Valencia; habia publicado su alcalde un edicto del gobierno, en el que el pueblo creia ver cierta parcialidad con el consejo de regencia, y apoderándose de su persona le sacrificaba á su furor, persuadido de que su muerte era un acto de buena justicia. Desde entonces el conde de Melito, virey de Valencia, tiene necesidad de acomodarse á las exigencias de los valencianos, que estimaban ya en muy poco su autoridad. Ocho dias despues, Córdoba, Sevilla y Toro daban un testimonio público del extremo á que puede llegar el furor popular. Los vecinos de estas ciudades, descontentos ya de que los diputados que habian enviado á Compostela se hubiesen agregado á la mayoria de los que habian votado los subsidios á la corte, se entregaban á la mas furiosa desesperacion, amenazando á estos mandatarios si se

atrevia á volver á ponerse en su presencia, habiendo corrido algunos de los mas exaltados ciudadanos en busca de estos odiosos representantes. Por fortuna para ellos fueron avisados con tiempo, y pudieron sustraerse á la triste suerte que no pudo evitar el alcalde de Valencia, pero se consideraron vengados con ver desde lejos sus efigies pendientes de un patibulo, sus casas convertidas en ruinas, y ardiendo sus muebles amontonados en terribles hogueras. Pero por desgraciados que aquellos hoy fueran, tenian el consuelo y la esperanza de que llegaria un dia en que el poder real tuviese en cuenta lo que entonces sufrían por defender su causa.

Mas aciago fué aun el destino de don Mateo Tordesillas, víctima de su doble adhesion á su rey y á su patria. Cuando llegó á Compostela, fué su primer objeto defender con ardor los intereses de su pueblo, pero despues creyó de su deber satisfacer en parte á las exigencias de la córte, con la noble intencion de evitar asi mayores males; pero esta sábia y moderada conducta no fué comprendida ni apreciada por sus conciudadanos: en tiempos de revueltas y de agitaciones populares, la imparcialidad no es la virtud que mas se estima; por el contrario, el hombre pacífico y honrado que la observa se le acusa de criminal. Don Mateo Tordesillas, hubiera hecho mejor reservando para dias mas tranquilos la satisfaccion á sus conciudadanos de su conducta en las córtes; pero tranquilo en su conciencia de haber obrado en justicia, se presentó á sus comitentes amotinados que no le quisieron escuchar, prorumpiendo en descompasados gritos de: «¡Está vendido á la córte! ¡Es traidor á la patria! ¡Muera Tordesillas!» La antigua catedral se convirtió en aquel momento en teatro de confusion y desórdenes. Tordesillas es arrojado del púlpito donde se habia subido, y manos sanguinarias, numerosas siempre en un pueblo sublevado, le arrancaron la vida, haciendo pedazos su cuerpo inanimado. En vano don Antonio de Fonseca, ayudado del primer tercio de Aragon, intentó, en uso de su autoridad, reprimir tan crueles excesos; tuvo que ceder al mayor número. En pocos instantes se estendió el fuego de la rebelion á toda la ciudad, viéndose obligado el gobernador á salir de Segovia con sus tropas y retirarse á Valladolid.

¡Dios solo podia saber lo que en adelante sucederia! La conducta de los segovianos debia sin duda ser reprimida, porque podia estenderse el contagio, sino le seguia un castigo egemplar: sin embargo, que proceda en ello la regencia con moderacion y templanza, porque irritados los ánimos por todas partes, era de temer que el triunfo obtenido por los segovianos acabase por exaltar las ideas de sedicion que fermentaban sordamente en las ciudades vecinas. Tres dias habian pasado apenas y ya eran conocidas las ocurrencias de Segovia en todos los alrededores. Una secreta simpatía mas bien que una pueril curiosidad, escitaba á adquirir toda clase de noticias, sobre todo aquellas que eran favorables á los rebeldes, haciéndolas circular con la velocidad del rayo. ¡Cuántos ecos para repetir las á porfía! ¡Ya están los toledanos informados de todo! Oid lo que dicen aquellos dos paisanos colocados delante de la puerta de la tienda de Lo-

pez Cueva, en una calle situada en la orilla del Tajo. ¡Pero si es nuestro barbero mismo! ¡Hablador! ¡apenas ha amanecido y ya está dándole aire á la lengua!

—Bien por los segovianos! ¡Es verdad, monseñor, que han zurrado de firme á las casacas encarnadas y pajizas?

—Tan cierto es, como llamarme yo don Pedro Tellez Pacheco y Giron.

—Descendiente por línea materna de Giron el Cortés, el esforzado caballero de la Tabla redonda, dijo un nuevo interlocutor, jóven de buena apostura, de mirada franca, y afable sonrisa; sois como nuestro abuelo, que siempre fué el primero en acudir á una cita. Perdonadme, si he tardado; la culpa tiene nuestro amigo don Juan que aun no ha vuelto á su casa.

—¿Pues qué, no le habeis visto?

—No, y esto me tiene inquieto.

—¡Por San Isidoro de Sevilla! yo temo que no le hemos de volver á ver por ahora, señor Maldonado; la noche ha sido bastante borrascosa, interrumpió el barbero. Despues continuó con aire de jactancia. Yo, que os hablo en este momento, he tenido esta noche que batirme con los soldados del condestable; afortunadamente me hallaba en compañía de amigos tan valientes como yo, y nuestra presencia de ánimo nos ha salvado de ir á juntarnos con mi pobre vecino, Gil Mendo. ¡Ah! ¡Si los toledanos se entendieran!...

—¡Debemos ponerle en libertad y sacudir el yugo de los estrangeros! dijeron muchos vecinos agrupados delante de la casa desierta del desgraciado tabernero.

—¿Qué nos detiene? gritó con entusiasmo el jóven Maldonado; ¡amigos, la ocasion es favorable! Los segovianosacaban de darnos el ejemplo, arrojando de sus muros á los soldados que un poder odioso paga con nuestro oro para encadenar nuestra independencia. Ellos son ya libres y dueños de su ciudad; imitémosles.

—¡Si, vivan los valientes segovianos! respondieron todos los descontentos, cuyo número crecia por instantes.

—La ciudad de Segovia se encuentra á estas horas sitiada, dijo con voz sombría un fraile de San Francisco. Yo llego ahora de Nuestra Señora de Fuencista, y he dejado furioso al alcalde Ronquillo en la puerta de Segovia, sin atreverse á entrar, aunque lleva plenos poderes del regente para restablecer el órden en la ciudad; y dudo que pueda abrirse paso, segun el extremo á que ha llevado las cosas, comenzando por declarar rebeldes y traidores á los habitantes de Segovia, y cortar todas las avenidas de la ciudad con las pocas tropas que le escoltaban. Estómagos hambrientos, ha dicho, servirán esta vez de oídos.

—¡Seria una infamia dejarlos perecer asi! gritó Maldonado.

—Si, socorrámosles, replicaron nuestros indignados ciudadanos; que Toledo en masa responda á nuestro grito de libertad ¡y nosotros salvaremos á nuestros hermanos de Segovia! que todos los gems ó barrio, hombres buenos y maestros de oficio llamen á las arcaofdelos habitantes de la ciudad! Y vosotros, señores, añadieron di-

rigiéndose á los caballeros Giron y Maldonado, avisad á los nobles, á los donceles, á los hidalgos, á todos, en fin, los que gozan del derecho de ciudadanos, que ha llegado la hora de obtener la justicia, empuñando las espadas y desplegando las banderas.

—¡Por Sant'ago, que eso es lo que se llama hablar á estilo de nuestros padres! dijo con voz de trueno Lopez Cueva, á quien inspiraba confianza y seguridad la vista de tantos valientes como le rodeaban. ¡Ah! en aquel tiempo se hubieran guardado bien los mandarines de hacerse sordos á las quejas de los ciudadanos, como ayer sucedió con las reclamaciones del señor don Juan de Padilla.

—¡Valiente jóven! respondió el auditorio entusiasmado, ¿Por qué no se halla en medio de nosotros?

—Don Juan de Padilla, interrumpió el franciscano, paga ahora bien cara su intercesion en favor de nuestro amigo Gil Mendo, pues se encuentra en una prision por órden del condestable.

—¡A la prision! ¡á la prision! se oyó en aquel instante decir á todos unánimemente. Y el grupo, engrosado con los obreros que se dirigian entonces á su trabajo, y con los curiosos de toda especie que el ruido habia atraído á aquel sitio, diseminóse por los barrios bajos, gritando: ¡Abajo los estrangeros! ¡abajo la regencia! ¡Vivan los segovianos! ¡viva la libertad! ¡viva don Juan de Padilla!

—¿Te has querido burlar de ellos, Moreno? le dijo en voz baja don Pedro Giron.

—No, señor; lo que he dicho es la verdad, respondió el falso religioso de San Francisco, no poniendo ya cuidado en ocultar su rostro; el señor de Padilla ha sido cogido esta noche y llevado delante de mí á la prision del Alcázar.

—¡Bien! ¡tanto mejor! dijo el caballero, despues de haber reflexionado algunos instantes; ¡tan bueno es este motivo como otro cualquiera para empeñar el combate! Y apretando el paso hácia un grupo que parecia esperarle, añadió en alta voz: ¡Al Alcázar, amigos! ¡corramos á romper los grillos de nuestros conciudadanos y á poner en libertad á don Juan de Padilla!

—Corre en hora buena á salvar á tu rival! murmuró Moreno viendo alejarse á don Pedro Giron, y una sonrisa sardónica asomó á sus pálidos y contraídos lábios; luego, tomando las tortuosas calles en que aun no habia penetrado el movimiento popular, llegó al castillo, sin haber escitado las indiscretas miradas de ningun importuno.

III.

La entrevista.

—María, mi bien amado, ¿por qué desviar así vuestras miradas? ¿Por qué robar á mi abrasada frente esa lágrima que cae de vuestros ojos? Una lágrima, María, es un acento de amor mas dulce para el corazon que ama, que el esplendor bullicioso de los festines y el ruido animado de las fiestas!

Pero la hermosa jóven, victima de las tristes emociones que atormentaban su corazón, procuraba evitar las miradas del enamorado caballero don Juan de Padilla; porque él era el que estaba allí. Moreno habia cumplido su palabra: don Juan estaba á los pies de su amada, cubriendo de besos la adorada mano, que doña María queria en vano retirar.

—¡Don Juan! suspiraba la jóven, fijando en el caballero una de esas miradas profundas en que se descubre el amor, mas tal vez de lo que él mismo cree; ¡nuestros dias dichosos han pasado ya! Por vuestro reposo, por el mio, añadió suspirando, alejaos y no penseis mas mas en mí.

—¡No pensar mas en vos, María! ¿y sois vos quien me lo demanda? interrumpió con voz apagada el infortunado don Juan. ¡Cruel! demasiado cierto es que no queriais volverme á ver; Moreno no me ha engañado; mi presencia os incomoda.

—¡Injusto estais en acusarme así! replicó doña María, ¡cuando el sonido de vuestras palabras me embelesa! Y dejando el tono de reconvencion que era demasiado pesado á su alma: don Juan, dijo, olvidadme, porque yo no puedo ser vuestra. Y la voz de la hermosa jóven espiró bajo el peso de sus últimas palabras.

—¡Oh! eso que decís, es imposible, María. He entendido mal ¿no es así? ¡No respondeis!... ¿No me amareis ya?... ¡Ah! ¡mi razon se extravía!... Y levantándose de repente: María, añadió con el acento de la desesperacion, vuestra resolucion es ineficaz delante de los recuerdos de nuestro amor; á pesar de ella conservarán nuestros nombres enlazados los naranjos de Aranjuez; vos no podreis mirar esta habitacion, donde otras veces fui yo tan dichoso, sin que mi imágen siga vuestros pasos; por todas partes que dirijais la vista, allí estaré yo, delante de vos; y las orillas del Tajo, lo mismo que este sombrío palacio, todo os recordará nuestro amor; hasta este mismo oratorio, continuó llevándose á la jóven hácia un gabinete cerrado con una ancha cortina de damasco de Génova; ¿no es aquí donde recibí vuestros juramentos la víspera del dia que partí para Navarra? Juan, me dijiste entonces arrodillada delante de aquel altar, suceda lo que quiera, nadie sino vos será mi esposo. Y en presencia de Inés y de Moreno puse en vuestro dedo el anillo de boda... ¡Gran Dios! ó me engaño mucho, ó es el mismo que veo brillar en vuestra mano. ¡Ah! ¡María! ¡mi adorada María! ¡una palabra por favor! una palabra de vuestra boca: la ausencia ¿no me ha sido funesta? ¡Oh! decidme, ¿vuestro corazón no me ha sido perjuro?

—¡Yo perjura! replicó tristemente la señora, á quien la viva emocion que experimentaba hacia vacilar en su resolucion; ¡Oh! ¡Juan mio! ¡tal acusacion á la que es todo amor!

Y diciendo esto, fijó en su amante sus grandes ojos negros, en que se reflejaba toda entera su alma apasionada. ¡Qué hermosa estaba en aquel momento! ¡Qué bien merecido tenia el nombre de la *perla de Castilla*. Sus largos cabellos, negros como el ébano, que habían roto al movimiento de don Juan el nudo del cordon de seda encarnado que los sujetaba, cayendo sobre su espalda, guarnecian con sus on-

dulcantes rizos el óvalo gracioso de su rostro, en el que las facciones finas y regulares, y el cutis trasparente entre morena y pálida, color natural de las mugeres nacidas bajo el resplandeciente sol de España, completaba el original de una de aquellas figuras castellanas tan admirablemente copiadas por el místico pincel de Morales, cuando quiso representar una virgen cristiana, ó á la misma María, madre del Salvador.

—¡Oh! mi bien amado, interrumpió don Juan, perdona la amargura de mis palabras, que yo quisiera á costa de mi sangre no haber dicho! ¡Dudar de tí, María! ¡Oh! ¡jamás! Y oprimia contra su corazón á la jóven, cuya alma subyugada no podia luchar con los trasportes de su amante. Y es que el amor cuando se apodera de nosotros, nos penetra por todas partes. Amor hay en el aire que respiramos, lo mismo que en el fuego de nuestras miradas ó en el sonido de la voz; todas nuestras sensaciones ayudan á comunicarlo á nuestro ser, y una vez penetrado en nuestra alma, domina todas nuestras facultades.

—¡María! ¡mi adorada María! ¡tuyo para siempre!

Un ruido confuso se hizo oír repentinamente.

—¡Cielos! es la voz del condestable, dijo con horror la enamorada doncella. ¡Oh! ¡Juan mio! ¡huye!... aun es tiempo.... por la cámara de Inés..... ¡Gran Dios! ya es tarde, el condestable se dirige hácia aquí.

—Yo saldré á recibirlo, replicó don Juan tirando de una especie de daga afilada, que todo caballero, en aquella época, acostumbraba llevar consigo.

—¡Detente! gritó María. ¿Cómo librate de su cólera? ¿cómo salvar mi honor?

En este momento llamaron á la puerta y dijeron en alta voz:

—¿Estais durmiendo, María?

La jóven no respondió, y el cielo, ó por mejor decir, el peligro de su situacion, le inspiró la idea de entrar á su amante en el oratorio, corriendo luego á abrir la puerta á su tío, que aguardaba con impaciencia á la parte de afuera. Entonces, despidiendo este al soldado que le acompañaba, entró y se dirigió á doña María:

—Sin duda os sorprenderá mi visita á estas horas.

—En efecto, monseñor..... respondió María con visible emocion.

—Tranquilizaos, hija mia, repuso el anciano con dulzura; y acercando uno de los cogines de estrado que habia segun la moda de la época arrimados á la pared, sentóse é hizo señal á su sobrina para que hiciese lo mismo á su lado. María, continuó el condestable, ha llegado el momento de fijar vuestra indecision; por mi porvenir, por el de mi hijo, por mi propia responsabilidad, no podeis diferir por mas tiempo el cumplimiento de una union, que debe estrechar aun mas los lazos que me unen á vos.

—¡Tratar á estas horas de un asunto como este! observó doña María, cuyo rostro reflejaba su inquietud. Monseñor, ¿no podríamos dejar para mañana esta conversacion?

—No, María, replicó el condestable con tono severo; si he venido en este momento á pedirlos que fijeis una resolucion de esta importancia, es porque lo he creido necesario, y porque estoy persuadido que el menor retraso podia ser funesto á nuestros proyectos en las dificiles circunstancias que atravesamos. La insurreccion se estiende por todas partes; muchas ciudades están completamente sublevadas; el mismo Valladolid, donde el gobierno reside, infunde serios temores al regente, que no le permiten desmembrar las tropas y marchar sobre Segovia. Asi me lo manifiesta un despacho que he recibido, en el que se me manda salir á campaña con las pocas tropas que tengo aqui, y hacer yo mismo entrar en la obediencia á los segovianos. Hija mia, continuó el anciano con aquel tono afectuoso que le era tan familiar, yo ignoro lo que podrá durar mi ausencia, asi como el destino que me espera bajo los muros de Segovia; pero á mi edad y en estos tiempos de revueltas, la vida no está muy asegurada: yo no puedo decidirme á abandonaros asi, jóven, huérfana, sin apoyo; y creeria faltar á mi deber como tutor y á mi amor hácia vos, la nieta de María de Velasco, mi amada hermana, si antes de separarme de vuestro lado no os dejase confiada á un protector que tenga un título sagrado para defenderos; ¿y quién mas digno de este título, que vuestro primo el conde de Haro?

Estremecióse la jóven al pronunciar el condestable este nombre, y dirigió una mirada con disimulo al oratorio.

—Esta union, continuó el anciano, colmará mis deseos y os asegurará la posesion de estos bienes y de estos honores que, si no os casais con mi hijo, recaerán en don Pedro Pacheco y Giron, vuestro primo paterno y vuestro mas encarnizado enemigo; porque vos no sabeis, María, la vigilancia activa que he tenido que egercer constantemente para destruir los pérfidos manejos de este hombre contra vos, y contra vuestro hermano; ¡pobres niños! que jamás habeis conocido los cuidados de una madre, cuya muerte causó vuestro nacimiento, quedándoos poco despues huérfanos, por el asesinato que una mano misteriosa cometió en vuestro padre, don Diego Pacheco, la tarde misma de la batalla de Cerisola, cuando ya estaba la victoria decidida, y habia cesado la carnicería.

Al llegar aqui, debilitóse la voz del condestable, comunicándose la emocion que experimentaba á doña María, como sucedia siempre que su tio contaba las desgracias de su familia. Pasados algunos instantes de silencio, recobró poco á poco su habitual energía el anciano, y prosiguió:

—Desde hace dos años, cuando Alfonso, vuestro hermano, murió en Méjico, en la batalla de Tabasco, es desde cuando he tenido principalmente que redoblar los cuidados y los desvelos, para conservaros vuestro patrimonio contra las pretensiones de vuestro primo, que reclama las tierras y señorío del marquesado de Mondejar y la grandeza que le va unida, haciendo valer su derecho de primogénito en la línea masculina de los Pachecos, y en este concepto, el único y legítimo heredero de los honores y los feudos de esta casa.

Ya habia ganado don Pedro la accion sobre ellos, cuando me pre-

senté, como último recurso, al rey, que afortunadamente se hallaba en España entonces. «Señor, le dije, quieren despojar de su patrimonio á una pobre huérfana, cuyo padre y hermano han muerto en el campo del honor. Yo soy, señor, el tutor de doña María Pacheco, como su pariente mas próximo, y no creo que deba quedar así reducida á la indigencia, la hija de aquellos que han servido con lealtad á vuestra dinastía. «Pero como el rey se escusase de fallar sobre este negocio y me mandara que me presentase al gran consejo de Castilla: «Señor, le repliqué, un antiguo adagio asegura, que es mejor defender una causa delante de Dios, que delante de sus santos. Permitidme que os recuerde que estas tierras y la grandeza que les es aneja, no fueron concedidas á la casa de Pacheco, sino á mi hermana, María de Velasco, cuando el rey Enrique IV, hermano de vuestro abuelo, la hizo desposar, en el año 1471, con su favorito Juan Pacheco, marqués de Villena. Colmado este de los favores del monarca, poseía ya dos grandezas, con las que fijaba el futuro destino de los dos hijos que tenía de su primer matrimonio. Mi hermana María, entonces, creyó y con razon, que era bastante noble para transmitir tambien en su línea, un honor semejante á sus descendientes: obtuvo, pues, la grandeza con el título del marquesado de Mondejar. Pero su hijo y su nieto han ido á juntarse á la tumba, y su nieta representa sola actualmente á su abuela, María de Velasco. ¡Ah! señor, añadí con amargura, y esto diciendo, el anciano guerrero erguia la cabeza con orgullo, ¿la sangre de los Velascos de Haro, no es todavía bastante pura y noble para poder transmitir en adelante honores y dignidades á sus descendientes? ¿Ha de ser mi nieta privada tambien de la herencia de su abuela, Velasco, como yo y mi hijo lo hemos sido del ducado de Frias, erigido en la cabeza de mi padre por vuestros antecesores, Fernando é Isabel? Sin embargo, yo no creo que hayauos dejado de merecerlo»

—Ciertamente que no, repuso al instante el jóven principe, y pienso acallar todas las quejas de los vástagos de la casa de Velasco, y satisfacer á todos, concediéndoles una gracia comun. Condestable, que se case vuestra sobrina con el conde de Haro, y con esta condicion, yo aseguraré la herencia de la grandeza y del marquesado de Mondejar, en doña María de Pacheco; os empeño mi palabra real.

—De vos, María, prosiguió el anciano apretando afectuosamente la mano de su pupila, depende el porvenir de los Velascos; ¿por qué esponerse á comprometerlo insistiendo en una indecision que yo no puedo comprender? María, añadió el condestable en tono de reconvenccion, vacilar por mas tiempo, seria no agradecer lo que he hecho por vos, y no respetar, como es debido, la memoria de vuestra abuela y mi hermana.

—¡No permita Dios, replicó la señora de Pacheco con dignidad, que yo olvide jamás la sangre que corre por mis venas, ni que intente faltar nunca al reconocimiento que os debo por el esmero con que habeis cuidado de mi infancia!

—Bien, María, interrumpió su tutor satisfecho, consentis al fin

con el mandato del rey y con los deseos de vuestra familia. Os dejo, y voy á hacer que se disponga la capilla; en esta mañana debe estar de vuelta el conde de Ilaro del campo de Antonio de Fonseca: luego que llegue, yo vendré á buscaros y os conduciré al altar, y podré partir tranquilo, pues os dejaré en compañía de mi hijo.

Aterrada la jóven con lo que acababa de oír, sentia abandonarle todo su valor. En este momento, el sol, que habia salido durante aquella escena, alumbraba con sus rayos las ricas pinturas de que estaba adornada la habitacion. De repente vió la jóven moverse la cortina que cerraba la puerta del oratorio, y á través de sus pliegues... No era una ilusion, distinguió la mirada colérica de don Juan que le echaba en cara su debilidad. Aquella mirada le volvi6 toda su resolu6ion, y con voz firme

—Monseñor, gritó al condestable que se alejaba, vos habeis interpretado mal mi silencio: esa union no puede verificarse esta mañana!

—Dilaciones aun! dijo el condestable sorprendido; pensad, María, en los peligros que nos cercan. Tengo motivos poderosos para creer que el fuego de la sedicion se propaga hasta el mismo Toledo, y que tal vez estalle al momento que yo parta. ¿Qué será entonces de vos, cuando ni mi hijo ni yo estemos aqui para defenderos?

—Otro sabrá protegerme, replicó doña Maria con exaltacion.

—¡Otro! repitió el condestable cada vez mas sorprendido.

—Si, otro, continuó su pupila bajando la voz y asustada de la audacia de su language; este otro será Dios; permitid, monseñor, que me retire al convento de San Gerónimo que está cerca de Segovia. Supuesto que vais á tomar esta direccion, vos mismo podeis acompañarme á ese piadoso asilo; el venerable religioso que está á la cabeza de él, fué el director de mi infancia, y este santo monasterio, fundado por uno de mis antepasados, ha tenido en todo tiempo reservada una habitacion particular para los Pachecos que tengan necesidad de ella; alli podré aguardar con toda seguridad á que se haya restablecido la calma en todas partes, y que vos hayais vuelto á Toledo.

—María, murmuró el condestable con voz sofocada por la cólera, estas dilaciones envuelven un misterio que yo procuraré descubrir.

Un ruido sordo y prolongado vino repentinamente á interrumpirlo, y corriendo hacia la ventana, vió una turba de paisanos desembocar de todas las calles de la plaza, y oyó el nombre de Padilla resonar entre las mil voces de los grupos.

—¿Si se habrá escapado? gritó el condestable; ¿dónde está el prisionero don Juan de Padilla? preguntó á sus criados que corrian hacia él asustados de las demostraciones hostiles de los vecinos, reunidos al rededor de los muros del Alcázar. Su nombre acaba de ser pronunciado!

—Nosotros lo hemos cido, dijo uno de ellos, cuando veniamos por la galería larga; y habiéndonos llegado á la cámara donde creiamos

encerrado al caballero don Juan de Padilla, nos la hemos encontrado desocupada.

—Que se haga un registro general en todo el castillo, repuso el condestable. ¡Por la muerte de Cristo! añadió adelantándose hacia Moreno que entraba en aquel instante: ¿qué es esto? decid: ¿será cierto que se ha fugado don Juan de Padilla?

—En efecto, monseñor, que no está donde debía estar, dijo Moreno sin perder su serenidad por la mirada terrible del anciano caballero. Y como todos los asistentes se dispusiesen á salir, aprovechándose de la confusion general, se aproximó al oído del señor de Velasco y continuó en voz baja, de manera que solo el condestable pudiese oírle:

—Aquí está; el centinela del pié de la torre me ha hecho su retrato en la persona de un desconocido que me ha asegurado haber visto subir la escalera de este lado.

—Tú me iluminas, Moreno; la turbacion de María, sus obstinadas negativas.... Si, no hay duda.... ¡Deteneos! gritó con voz de trueno á sus criados que se retiraban; antes de ir mas lejos, quiero registrar este aposento.

La emocion de doña María llegaba á su colmo. Sola en el fondo de la cámara, estaba en pié delante de la entrada del oratorio, que procuraba cubrir con su cuerpo:

—Lo que vos haceis es una cosa vil, dijo con tono resuelto; y pues que no temeis delante de tantas personas faltar al respeto á una muger y violar su habitacion, este será el que la haga respetar, añadió armándose de un puñalito, que no faltaba jamás debajo de la saya de ninguna española.

—No hay duda que está en el oratorio, dijo en voz baja Moreno al condestable; pero por el honor de vuestra sobrina, monseñor, haced retirar á todo el mundo y obtendreis mejor resultado cuando esteis solo con ella.

—¡Si, retiraos todos! gritó el señor de Velasco. En este momento subia de la esplanada una especie de murmullo sordo, parecido al que sale de un enjambre de abejas. La seguridad del castillo os llama á vuestros puestos; y tú, prosiguió, házme anunciar al consejo, que he hecho convocar esta mañana en el salon de la torre del homenaje.

Despues que no hubo alrededor quien observase sus movimientos:

—Moreno, dijo con voz imperiosa, te mando que entres en ese oratorio y saques muerto ó vivo á don Juan de Padilla.

—Yo le evitaré ese tiempo y ese trabajo, dijo con voz firme el caballero, poniéndose delante de don Iñigo de Velasco.

—Desleal caballero, le dijo el enojado anciano; ¿cuándo yo cumplo con mi deber asegurando la persona de un rebelde, quereis vengaros llevando el deshonor al seno de mi familia!

—¡El deshonor! interrumpió con dignidad don Juan, cuyas ideas habia calmado la vista de doña María y el sentimiento de su posicion, señor condestable, la cólera os alucina, amo á vuestra sobrina y estoy

lejos de hacer de ello un misterio, porque cuento con pediroslo en tiempo oportuno.

— ¡Vos tal pretension!

— Si, yo, replicó Padilla; soy pobre, es cierto; el servicio de los reyes mas bien arruina que enriquece; pero un caballero de cuya casa han salido tres grandes maestros de Santiago, dos de Calatrava, y que ha dado mas de un rey á los tronos de Castilla y de Navarra, un Padilla, en fin, bien puede aspirar á la mano de una Pacheco sin deshonor ni para ella ni para su blason.

Los gritos de los revoltosos le impidieron continuar. Las voces de ¡viva Padilla! ¡viva la libertad! resonaban á lo lejos.

— ¿Ois, caballero? por todas las partes sois la tea de la discordia; pero yo aseguro que mantendré el jorden; Moreno, con tu cabeza me respondes de la persona del caballero don Juan de Padilla hasta ponerle en poder del carcelero de los calabozos en que están encerrados todos los revoltosos de ayer. Obedece al instante.

Despues acercándose al oido del criado:

— Toma la escalera de caracol y pasa por el patio interior donde están las caballerizas, porque no quiero que nadie vea á estas horas salir á este jóven de la habitacion de mi pupila. Vos, mi sobrina, permaneceréis aquí y no saldréis de esta cámara sin mi orden expresa.

Mientras que hablaba el condestable, ciertos signos de inteligencia de Moreno hicieron entender á Padilla que de nada le serviría una resistencia mas obstinada, y que le seria mas útil confiarse á la discrecion de un hombre, que le habia servido bien en mas de una ocasion. Entonces se decidió á seguir á Moreno. Salió en seguida el condestable lanzando á su sobrina una mirada llena de ira, que la huérfana no pudo observar, porque en aquel momento se entregaba, con la cabeza baja y tapada la cara con las manos, á las mil ideas dolorosas que absorbian su alma.

IV.

La sublevacion.

Mientras que el condestable se entregaba á los arrebatos de su indignacion contra su sobrina y don Juan de Padilla, la gran sala de la torre del homenaje ofrecia tambien escenas que no cedian en interés y violenta agitacion, á aquellas de que acabamos de ser testigos en el aposento de doña Maria.

— Con vuestras medidas de rigor, irritareis mas á los españoles y comprometeréis la autoridad real, gritaba don Fadrique Henriquez, almirante de Castilla.

— Muy moderado sois para militar, replicó con ironía un caballero jóven de mediana talla, cuyos rubios cabellos y colorado rostro, indicaban bien claro que procedia de Bruselas ó de Gante.

—¡Señor almirante! interrumpió el flamenco picado en lo vivo, y llevando la mano á la empuñadura de su espada.

—¿Habeis perdido el juicio, señores? dijo uno de los asistentes interponiéndose entre nuestros dos campeones; ¿me ha enviado aquí el regente para ser testigo de semejantes disputas? Creedme, envainad vuestras espadas, que ocasiones tendreis sin duda, tanto el uno como el otro, de satisfacer vuestro genio belicoso.

Así se esplicaba Guillermo de la Chau, caballero walon, y el mas hábil de los consejeros de Carlos V. El cardenal Adriano, atemorizado de los rápidos progresos de la sedicion, le habia enviado á Toledo para obligar al condestable á salir á campaña y obrar en combinacion con las tropas de Antonio de Fonseca. ¿Sabeis, señores, continuó La Chau, que soy portador de la noticia de que Burgos y Zamora acaban de imitar á Segovia, y que es de temer que sigan su ejemplo todas las grandes ciudades, si no marchamos al instante sobre la ciudad rebelde, y arrancamos en su origen los gérmenes de revueltas que amenazan propagarse á la España entera?

—Razon mas para emplear los medios de la templanza, observó el almirante, y para no desplegar una severidad intempestiva en el momento que vamos á dejar desguarnecido de tropas á Toledo. Si quisierais creerme, pondriais en libertad á Gil Mendo y á sus compañeros; una noche de prision, es suficiente para enseñarles á no embriagarse y á hablar con mas moderacion; si les concedeis el perdón, estos pobres diablos irán por todas partes publicando vuestras alabanzas, y tal vez el pueblo concluirá por reirse á sus expensas, no viendo en ellos los mártires de la libertad. En cuanto al señor de Padilla, que está, segun dicen, preso, yo usaria con él de la misma moderacion. Don Juan de Padilla, señores, es un jóven de corazon; su nombre de bastante influencia en Castilla, y mejor seria atraerlo á nuestro bando, que irritarlo por medio de procederés violentos; opino, pues, por que se le ponga en libertad, exigiéndote palabra de honor, de no abusar de ella y de no tomar parte en adelante con los descontentos y los alborotadores.

—Eso es en lo que yo no consentiré, dijo el condestable, que habia entrado al concluir el almirante su discurso. No, señores, añadió dominado por su resentimiento particular mas bien que por el interés nacional, don Juan de Padilla es un sedicioso, que, con su moderacion estudiada, quiere colocarse como mediador entre el poder y el pueblo. Su nombre se invoca por todos los amotinados, y soy de opinion que por el reposo del estado, no nos deshagamos de su persona, y que lejos de ponerle en libertad, sea conducido al momento á un lejano castillo, donde deberá permanecer encerrado, hasta que pierda la influencia que se le atribuye sobre las masas.

—El condestable tiene razon, respondió el flamenco Alberto Sauvage; la influencia de un particular es siempre peligrosa; sólo el nombre del emperador es el que debe ser popular.

—Pues, no obstante eso, no es el suyo el que resuena en este momento, dijo el almirante; ¿qué significan esas voces que se oyen afuera?

—Y vos, señor Sauvage, respondió bruscamente el almirante, me parece que sois mas batallador de lo que cumple ser á un canciller de Castilla. Para un flamenco, sin embargo, es un destino demasiado honroso y bello, si no se olvidara de ejercerlo siempre con la dignidad y el ardor patriótico del cardenal Jimenez, de venerable memoria.

—Ved como acuden á las armas los soldados de Aragon, interrumpió Guillermo de La Chau, asomándose á una ventana que daba al patio interior del Alcázar.

—Como gobernador de la ciudad y Alcázar de Toledo, dijo el canciller Sauvage, interpellando al condestable, vos debeis estar informado sin duda de lo que pasa; ponédlo pues, en nuestro conocimiento, y decidnos... La violenta detonacion de una descarga de fusilería, cortó la palabra al consternado flamenco.

—Ya se han encargado ellos de hacerlo por sí mismos, dijo con ironía el almirante. Despues, añadió con tono de resolucion: señores, es preciso presentarnos en lo mas recio de la sedicion, para combatirla y sofocarla; y si el señor condestable lo permite, dejaremos para otra ocasion celebrar el consejo.

La alarma estaba pintada en todas las fisonomías, porque el ruido de los tiros se aproximaba con rapidez, y la grande algazara popular se percibía cada vez mas furiosa. De repente, y en el momento que don Fadrique Henriquez acababa de hablar, entró un soldado herido del tercio de Aragon, pudiendo apenas tenerse en sus piernas:—La poterna de la calle de Jimenez, dijo, acaba de ser forzada por los insurgentes; nuestra guardia, demasiado escasa, no ha podido resistir al número; mis camaradas, sin embargo, defienden aun palmo á palmo la gran galería. ¡Socorros, señor condestable, socorros pronto al ala izquierda del castillo!—No pudo el soldado pasar adelante, su cuerpo se bamboleó sobre sus débiles piernas, y no pudiendo sostenerle, cayó para no levantarse mas.

—¡A las armas! gritó el condestable blandiendo su espada: es preciso que todos tengamos ocupacion. Vos, mi buen sobrino, dijo al almirante, que le llamaba así á causa del reciente matrimonio de don Fadrique Henriquez con una de las hijas de Laura de Velasco, su hermana menor, casada con el difunto conde de Ureña, id y tomad el mando del destacamento del tercio de Castilla, que está de guardia en la prision, y haced una buena carnicería en esos revoltosos; nada de cuartel. Los bellacos saben bien que por aquella parte del castillo es por donde pueden mejor librar á los prisioneros; no hay que darles tiempo; ¡pronto, señor don Fadrique, y desátoladme esa canalla de la gran galería! Vos, señor canciller, permaneceréis aqui; vuestro deber es estar al lado del archiyo de los documentos del gobierno, para defenderlo en caso de ataque. En cuanto á mí, yo me encargo de dar ocupacion á los rebeldes; á la cabeza del segundo tercio de Aragon, voy á dejar limpia la esplanada de esos vocingleros insolentes. ¡Ah! ¿creen haberme sorprendido? dijo, poniéndose á toda priesa su fuerte coraza y su pesada armadura; pnes voy á enseñarles que están muy cerca de la muerte, al ver salir al viejo leon de su guarida.

Y seguido de Guillermo de La Chau y muchos otros caballeros, salió por la escalera de la torre del homenaje y llegó al patio, donde le esperaba su hermoso caballo de batalla, cubierto con una gualdrapa de cuero, guarnecida de planchas de acero. Montó en él el viejo condestable con una destreza y un vigor poco comun en su edad, y haciendo bajar el puente levadizo, al mismo tiempo que mandaba á los clarines tocar á la carga, se precipitó sobre los gruesos, sorprendidos de este ataque inesperado, repartiendo la muerte por todas partes.

— ¡Vive Dios! decía una voz que ya conocemos, á otros fugitivos que se ponian en salvo á buen paso, que este es el diablo en persona; y que buenos mandobles que sacude! aunque tuviera en la mano la tizona del Cid, no seria mas temible.

— Es el conde de Haro con la armadura del condestable, respondieron otros muchos, huyendo tambien con todo el poder de sus piernas.

— Es el condestable mismo: su hijo está ausente, replicó nuestro barbero; pero el miedo paralizó su lengua, porque en el mismo instante se dirigia hacia él con la espada en la mano.

— ¡Cobardes! ¡huís de un hombre de sesenta años! gritó con esforzada voz nuestro matamoros de la calle de Jimenez volviéndose de repente. Y era que nuestro perdonavidas, dirigiendo la vista hácia atras habia visto al condestable, que llevado de su ardor, se habia entrado en una callejuela estrecha y se encontraba en aquel momento lejos del tercio de Aragon. Preciso es convenir que un cuerpo de infanteria no podia secundar fácilmente el impetuoso ardor de don Inigo de Velasco y los caballeros de su escolta, montados todos en briosos corceles.

— ¡Vamos! ¡ volved caras! continuó el capitán deteniendo con su nervudo brazo á los paisanos que hallaba á su alrededor. ¡Cobardes! gritó á los otros; no teneis verguenza en dejaros cazar por una veintena de halcones *dorados*! (1) Aunque los veais demasiado altos, esta buena espada los echará abajo.

Y esperando á pié firme al señor de La-Chau que corria hacia él á rienda suelta, le metió al caballo en un hijar el puñal que tenia en la mano izquierda, mientras que con la derecha, armada con su larga tizona paraba los golpes de su adversario. El caballo cayó con su jinete y bien pronto se vió rodeado de un tropel de paisanos, á los que habia inspirado cierta especie de valentia la accion atrevida del gefe, haciéndolos mas briosos todavia la vista de los pocos caballeros que escoltaban al condestable.

— ¡Cierra! ¡cierra! gritaba entonces á los suyos el señor de Velasco precipitándose en medio de los rebeldes para socorrer á Guillermo de La Chau, cuya persona estaba en gran peligro, y dando el ejemplo, repartia fieros golpes y estocadas de muerte á diestro y siniestro. ¡Desgraciado del que se atrevia á detenerte el paso! Sin embargo su

(1) Se daba en Francia el nombre de juventud ó tropa *dorada* á los partidarios de una reaccion contra los terroristas de 1794.

posicion era bastante apurada, por que el grupo engrosaba por instantes y le rodeaba por todas partes: ¡Cerquemos al zorro viejo! oia el condestable gritar á su alrededor: un poco mas y es nuestro! De repente viose caer al caballo del señor de Velasco, arrojando en tierra á su ginete; las cuerdas atravesadas en la calle enredándole los pies le habian derribado.

—¡Victorial ¡victoria! este ya es nuestro! ¡a los otros ahora! gritaba el populacho.

Pero las largas partesanas de los soldados de Aragon tocaban ya á los mas atrevidos; las primeras filas del batallon marchaban á paso de ataque á reunirse al condestable; en un instante hicieron huir á los atrevidos rebeldes, y llegaron á ayudar á levantarse al desgraciado Guillermo de La-Chau, mas muerto que vivo; alineándose luego á lo largo de las casas, hicieron avanzar al segundo batallon, compuesto de arcabuceros, cuyo nutrido fuego acabó de despejar la calle y dispersar á los rebeldes.

El señor de Velasco, montado ya otra vez en su caballo, dió la órden de retirada y tomó el camino del Alcázar; pero ¡cuál fué su sorpresa! Apenas habia dado algunos pasos, oyó voces terribles en direccion del castillo, acabando de colmarse sus inquietudes, cuando al llegar á una de las mil revueltas de la calle, vió la bandera de la ciudad de Toledo ondear en la torre del homenaje, en lugar del estandarte imperial; y marchando mas adelante apercibió las barricadas que se habian formado con piedras y muebles precipitadamente á la entrada de cada una de las tres calles que desembocaban en la esplanada. Ademas, lo mismo aquella que todo el frente del Alcázar, estaba guarnecido por compañías de paisanos regimentados á toda priesa, y que provistos de cuatro cañones, probablemente cargados de metralla, que habian sacado del parque del castillo, se disponian á recibir de una manera brusca al gran condestable de Castilla, tan pronto como intentase avanzar hácia el Alcázar:

—¡Por la muerte de Cristo! exclamó el anciano guerrero á la vista de aquel aparato; ¿ha tomado parte toda la ciudad? Vamos, señores, no hay otro remedio: es preciso vencer ó morir.

—Salva vuestra opinion, señor condestable, replicó Guillermo de La Chau, me tomaré la libertad de manifestaros, que es muy difícil desalojar en este momento á los rebeldes de su posicion con solo los seiscientos hombres de que podeis disponer; que los soldados no pueden desplegarse en esta calle estrecha, que están desprovistos de municiones, y que no tenemos artillería. Si quereis creerme, repleguémonos á la parroquia de Santiago, donde está acantonado el tercio de Castilla. Allí estaremos seguros, y en lugar de empeñarnos en luchar con desventaja en una ciudad en que cada casa es una fortaleza, nos limitaremos á ocupar la puerta de Bensahra y las márgenes del Tajo en los dos extremos de Toledo, y yo os respondo, que sin disparar un tiro obligareis á los amotinados á entrar en la obediencia, á menos que no prefieran morir de hambre.

Despues de alguna vacilacion, fué aprobada esta idea por el condestable, que dando contraórden de marcha se dirigió á la cabeza,

de su tropa hacia el Tajo. Ningun obstáculo se oponía á su retirada por la sencilla razon de que todo el pueblo sublevado se había dirigido á lo mas alto de la ciudad y á los principales puntos donde había triunfado la sedicion, siempre en aumento, á juzgar por el sonido continuado y siniestro de la gran campana de la catedral, cuyos golpes se representaban uno á uno en el irritado corazon de don Inigo de Velasco. Pero estaba escrito que aquel dia había de ser desgraciado en todo para el condestable; porque segun se iba aproximando al punto donde estaba acantonado el tercio de Castilla, veia diversos grupos que se dirigian sobre este punto y que se aumentaban á cada paso, colmándose su sorpresa cuando al llegar en medio del barrio de Santiago no vió salir á recibirle ningun destacamento. Juzgad cuál seria su furor cuando se persuadió que la desercion había penetrado en los soldados de Castilla. Solo un batallon que no había salido del arrabal fué el que reconoció su autoridad, pero el resto de este cuerpo seducido por las palabras de Bravo y mas aun por su adhesion á don Juan de Padilla, su antiguo comandante, había hecho causa comun con el pueblo, estaba con él y secundaba sus esfuerzos por la causa de la independencia.

¡Gran Dios! bien podian tantos golpes seguidos abatir al alma mas enérgica, pero no al bien templado corazon del condestable. Jamas peligros ni dificultades habían arredrado su valor ni su perseverancia; así, pocos momentos pasaron sin que adoptara una resolucion.

—Amigos míos! gritó á sus soldados, cuanto mas rara es la fidelidad, mayor es la gloria que resulta á los leales. ¡Adelante!

Pero en el mismo momento, un fraile de San Francisco que, gracias á su venerado hábito, había podido abrirse paso hasta él, se acercó y le dijo;

—Monseñor, á qué esponer así vuestros preciosos dias en una tentativa inútil?

A esta voz conocida, detuvo el condestable su caballo.

—Moreno, gritó, ¿vienes del castillo? ¿qué novedades hay?

—Malas, monseñor. Don Pedro Giron ocupaba ya la ala izquierda del castillo, cuando llegó el señor almirante para desalojarle; los soldados del tercio de Castilla, de servicio en la prision, no le prestaron sino un socorro muy débil, luego que supieron que se hallaba en el número de prisioneros su antiguo comandante don Juan de Padilla. Sin embargo, monseñor, don Fadrique Henriquez, no se desanimó, procurando infundirles valor con su ejemplo; pero habiendo recibido un balazo, cayó anegado en su sangre.

—¿Ha muerto? suspiró el condestable.

—Ignoro lo que será de él, porque en aquel instante, aparecióse el jóven don Francisco Maldonado, el de Salamanca, para completar el triunfo de la sedicion. A la cabeza de un numeroso grupo de paisanos de todas edades y gerarquias, había aprovechado vuestra ausencia del Alcázar para forzar la puerta principal y llegar hasta la torre del homenaje, en la que logró entrar á pesar de la resistencia del caballero Sauvage. ¡Esforzado flamenco! se interrumpió Moreno; ha muerto como un valiente! pero ha tenido al menos el consueño de

ver caer á mas de uno los golpes de su espada, antes de caer el mismo. Este doble ataque, en fin, decidió la victoria completa de los toledanos, y ahora que poseen las cuatro piezas de artillería del castillo y que son dueños de la mejor parte de la ciudad, dudo que pueda arrojarseles de ella fácilmente.

—¿Qué importa? replicó el condestable picando los hijares de su caballo, no será luigo de Velasco el que retroceda delante de un populacho amotinado...

Pero la vista de su sobrino el almirante, que conducian cuatro soldados de Aragón en una camilla hecha con las astas de las lanzas rotas, suspendió un instante el ímpetu de su cólera y le hizo accesible á los hábiles consejos del cauteloso La Chau. —Nada hay aqui ya que hacer, dijo el diestro consejero de Carlos V, preciso es dejar al fuego que se apague en su mismo foco. Nuestros cujados, en adelante, deben dirigirse á impedir que se propague por fuera. Y apoyándose en la voluntad del regente:—Señor condestable, añadió, monseñor el cardenal me manda cerca de vos para transmitir su órden de marchar al instante á tomar el mando en gefe de todas las tropas que su eminencia hace marchar sobre Segovia. En este momento no debe estar lejos de aquella ciudad don Antonio de Fonseca y pondrá á vuestra disposición mas de diez mil hombres y el parque entero de artillería que ha hecho conducir de Medina del Campo. Con tales fuerzas, bien podreis abrir ventajosamente la campaña y bloquear á los sediciosos, que no osarán aventurarse lejos de sus muros y que acabarán por someterse, cansados de guerra y molestados por las privaciones.

—Si, mi noble tio, repuso con débil voz el almirante, creed al señor de La Chau; hoy nada obtendremos de los vecinos de Toledo. Dejadlos que se les pase la embriaguez de su primer triunfo, y haced salir con prudencia las pocas tropas que nos quedan. Despues se aproximó al condestable que se apeaba del caballo, y le dijo en voz baja: Temed que la conducta del tercio de Castilla no sea un ejemplo peligroso para nuestros soldados: si queremos conservarlos, es preciso alejarlos al instante del contacto de los vecinos de Toledo.

El condestable guardaba silencio: poderosas eran las razones que acababa de escuchar. Sin embargo, cruzados los brazos sobre su pecho, parecia estar poseido de la mas cruel indecision. No era esta porque hubiese decaido su valor: el porvenir de su pupila, olvidada por algunos instantes en medio de los desórdenes de esta fatal jornada, preocupaba su alma en aquel momento. ¿Podia él abandonarla así en el seno de una ciudad sublevada? Y sin embargo su deber le llamaba: á no esponer inútilmente á los pocos que le rodeaban; y como gran condestable de Castilla ¿no estaba obligado á dedicarse al servicio del emperador y á sacrificar sus intereses y afecciones personales á los intereses de la corona y del estado?

Despues de un momento de reflexion, llamó á Moreno y le dijo:—En estas circunstancias es cuando aprende un gefe á conocer que no se pertenece á sí mismo, como el último de sus soldados; así, me veo en la obligacion, si he de cumplir dignamente las altas funciones que

se me han confiado, de abandonar á mi sobrina doña María. ¡Ah! si estuviera aquí el conde de Haro para protegerla! Pero aun no está de vuelta. La desgracia me abruma hoy con todo el peso de su rigor. Moreno, tú solo puedes servirme en esta ocasion: sin llamar la atencion y sin temor de ser detenido, puedes atravesar las calles de la ciudad y llegar hasta el castillo. Marcha, pues, pronto al lado de la señora doña María, y cuando encuentres una ocasion favorable, conducéla al convento de San Gerónimo, cerca de Segovia. Le dirás que tal es mi voluntad, y que le espero que se conducirá de una manera digna del nombre que lleva, y de mí, que soy su tutor, para no contravenir en nada á mis intenciones; que se acuerde que ella fué la primera que manifestó el deseo de retirarse á este monasterio hasta que los desórdenes estuviesen apaciguados. Ahora yo partiré tranquilo, pues descanso en tu buen celo para proteger á mi sobrina. Ve, Moreno, y el cielo bendiga esta nueva ocasion de probar tu reconocimiento; acuérdate que á mi sobrino don Diego es al que debes el bautismo y la vida. Niño, criado en la casa de Pacheco, concluyó el condestable tocando cordialmente la espalda de Moreno, muéstrate agradecido y vela sobre los dias y el honor de la hija de tus amos.

En seguida se dirigió á los caballeros que habian echado pié á tierra aguardando su decision:—A caballo, señores, dijo montando en el suyo con ligereza; despues, añadió con energia: ¡al campo de Segovia, y que la toma de esta ciudad haga presentir á Toledo, la suerte que le está reservada, si se obstina en llevar adelante la sedicion! Luego disponiendo que fuese colocado el almirante en un carro tirado por dos mulas, le hizo escoltar por algunos soldados, á los que él seguía con sus caballeros, cerrando, en fin, la marcha el tercio de Aragon y un batallon de Castilla, único que habia permanecido fiel.

En este orden pasaron el condestable y su tropa el Tajo por el puente que hay cerca de la antigua puerta morisca de Benshara, y tomaron no lejos de allí, atravesando el llano, el camino que conduce á la sierra de Guadarrama en direccion á Segovia, perdiendo bien pronto de vista los almenados muros de la ciudad rebelde, cuyas altas torres, por efecto de la reververacion del sol que llegaba á su ocaso, se confundian entonces á cierta distancia con la masa gris de las rocas, sobre las que los visogodos y los moros se atrevieron á poner los cimientos de aquellas orgullosas murallas.

Así acabó aquella jornada famosa en la historia de las libertades castellanas, memorable, sobre todo, por las largas desgracias que la siguieron; jornada cuyo análisis puede ofrecer á las meditaciones del sábio un ejemplo mas para confirmar el sistema filosófico que se apoya en el principio, de que la mayor parte de los grandes acontecimientos proceden ordinariamente de causas mas pequeñas.

El siguiente día de la sublevación.

Una calma silenciosa y un vago sentimiento de terror, había sucedido á la violenta agitación y al ruido de la víspera. Ya hacia algunas horas que el sol había estendido sus rayos en el horizonte, y sin embargo los vecinos de Toledo no se atrevían á salir de sus casas sin algunas precauciones; ellos mismos estaban sorprendidos de su victoria, que había escedido en mucho á las esperanzas de unos, y á las intenciones y deseos de otros. El sosiego de la noche les había hecho reflexionar sobre su estado, y como sucede en los grandes acontecimientos populares ordinariamente, los vencedores se hallaban confusos con su triunfo y parecían inquietos por los resultados que se seguirían.

Gracias, sin embargo, á los desvelos de don Pedro Giron, don Francisco Maldonado y don Juan de Padilla, que una vez en libertad había dirigido las operaciones de los paisanos poco experimentados, toda la muralla de la ciudad estaba guarnecida de hombres bien municionados y en el mejor estado de defensa, para en caso de que el condestable, cuyos proyectos ignoraban de todo punto los toledanos, cayese repentinamente sobre la población. Aunque reinaba el mas perfecto orden en el interior de la ciudad, la circulacion estaba casi interceptada. Las entradas de las principales calles se hallaban obstruidas con las barricadas que la prudencia había aconsejado levantar, cuando no se tenían noticias exactas del camino que llevaban las tropas reales, y para que fuese mas triste la impresion que hacia el aspecto sombrío de la ciudad de Toledo, oíase de vez en cuando el ruido de los irregulares pasos de las patrullas de paisanos que recorrían las calles, y los gritos de los centinelas que se repetían como ecos lúgubres de distancia en distancia. Por lo demas, cualquiera que á las ocho ó las nueve de la mañana hubiera entrado en la ciudad, habría observado la misma animación y el mismo movimiento que en los demas dias; las orillas del Tajo, lo mismo que las plazas donde se vendían los comestibles, estaban llenas de gente; solo á un lado de la muralla, en el barrio del convento de San Francisco, fundado recientemente por la piedad de Fernando y de Isabel, es donde las calles estaban desiertas completamente.

Sin embargo, no lejos del convento, al pié de aquellos antiguos murallones de la ciudad, donde, aun en nuestros dias, se ven suspendidas las enormes cadenas, á las que ataban los moros, en tiempo de su dominación, á los esclavos cristianos; allí, en aquel parage solitario, dos hombres se hallaban ocupados al parecer del objeto de una cita anterior. Por la diferencia de sus maneras, conociase que el uno debía ser subordinado del otro, y sin embargo acercándose y escuchando su conversacion, se comprendia facilmente por la fami-

liaridad de su lenguaje, que la amistad ó el interés habian acertado la distancia que los separaba.

Era el inferior un hombre de mediana estatura en España, y que en cualquiera otra parte habria pasado por pequeño; su casaca oscura, con mangas perdidas, ajustada por un cinturón de cuero, y sus calzones de fina sarga de Segovia, ceñidos estrechamente, dejaban ver sus formas musculares y bien proporcionadas, tales como las que se admiran en la mayor parte de los pueblos del Mediodía, que aunque atléticas, en cierta manera, no carecen de flexibilidad y de gracia. Su figura espresiva, como toda figura meridional, tenia no obstante un carácter extranjero, que no podía escaparse á las miradas diestras de todo español de puro linage, porque sus ojos escondidos en sus órbitas y cubiertos por dos cejas estremadamente arqueadas, su nariz aguileña y sobre todo su rostro largo y descarnado y su color moreno bronceado, testificaban su origen infiel, y daban una prueba clara de que jamás la sangre árabe de su raza se habia mezclado con la sangre cristiana de los visogodos y de los iberos. Cierta viso blanquecino que teñia su negro pelo, cuyos numerosos rizos cubria un gorro de lana, anunciaba que nuestro personaje estaba entre los cuarenta y cincuenta años, época de la vida en que el hombre está en el apogeo de su virilidad. Para terminar, en fin, el retrato de Moreno, porque él es quien nos ocupa en este momento, diremos que habia en su fisonomía algo de repugnante y siniestro, que podía atribuirse ó á las tempranas arrugas de su frente recelosa, ó á su torcida mirada, ó á la longitud de su espesa barba, ó, mejor aun, á el conjunto que resultaba de todo esto. Su voz, aunque varonil y sonora, parecia débil en comparacion á la del caballero que hablaba con él.

A juzgar por el calor de sus palabras, no ponía este mucho cuidado en reprimir el furor de las pasiones que le agitaban. Sin embargo, ya habia pasado este caballero de su primera juventud; pero aunquetendria sus cuarenta años cumplidos, conservaba aun un talle gallardo, al que daba mayor realce un jubón de hermoso paño frisado en Flandes, moda nueva en España entonces; su capa corta, del mismo paño, guarnecida de cintas encarnadas, caida graciosamente sobre su espalda, y su sombrero de fieltro gris adornado de una pluma color de escarlata, completaban el vestido de mañana de un caballero de importancia del año 1520. Solo su figura era la que no correspondia al rango á que parecia pertenecer, porque su fisonomía falta de dignidad, sus maneras orgullosas y su mirada incierta, que huía siempre del encuentro de los ojos de los demas, anunciaban la poca franqueza de don Pedro Pacheco y Giron, y el miedo que tenia de que le penetrasen los dobleces de su alma. Este personaje, que ya hemos dado á conocer cuando se dirigía á poner en libertad á don Juan de Padilla, se explicaba en estos acalorados términos:

—Te lo repito, Moreno, mi prima doña María será mi muger, como lo fué la difunta Mencía de Guzman, que lo rehusaba igualmente, ó un convento me libraré de ella; ahora que está en mi poder, yo sabré hacerla elegir uno de los dos partidos, ó, ¡por mi alma! consiento no llamarme mas don Pedro Tellez Pacheco y Giron, primogénito de mi

casa y el solo y único heredero de las tierras y de la grandeza de Mondejar.

—No jureis así, interrumpió Moreno; vos no conocéis bien el carácter firme de la señora.

—¡Por Satanás! replicó don Pedro, que será lo que yo te digo. Puede haber una ocasión mas favorable? ¡Ah! señor de Velasco, pensáis tenerme siempre lejos de vuestra pupila, pero algunas horas bastan para echar por tierra todos vuestros proyectos! Ya me importa tan poco vuestra aprobacion como la del rey don Carlos.

—¿Y el consentimiento de la señora?

—Esta vez estoy seguro de obtenerlo: ¿tú, no podrás tambien ayudarme? Yo sé que tienes algun ascendiente sobre el alma de doña Maria. Ella no puede olvidar que tú fuiste el que asistió á su padre y á su hermano en sus últimos instantes. Ha llegado el momento de cumplir las promesas que me tienes hechas, y de reconocer al mismo tiempo todas las obligaciones que tienes contraidas con los Pachecos. Así por la memoria de don Juan mi padre que ayudado de su pariente don Diego, conservó la vida al resto de tu familia, que se convirtió al cristianismo, y por el alma de tu padre, salvada por mi tío don Rodrigo, gran maestro de Calatrava, que echó el agua del bautismo á su cuerpo casi inanimado, yo te lo pido, ayúdame en mis proyectos, y en recompensa yo haré por tí mas que todos los míos han hecho hasta ahora. Don Diego Pacheco á quien perteneciste, te dejó vejetar en su casa de simple criado; ¡que posea yo solo un día el solar y la grandeza de Mondejar y, te lo repito, tu fortuna está hecha!

Moreno guardaba silencio.

—¿Pero cuál es la dificultad de que pareces estar preocupado? Creo sin embargo, añadió con aire de jactancia, que no tendrás reparo en hacer valer las buenas prendas de que la fortuna me ha dotado. Aunque de mas edad, no soy todavía tan decrepito que no pueda competir con el conde de Haró, á quien se dice que no mira doña Maria muy favorablemente.

—Tal esa vez sea una razon para que la señora no os atienda mejor á vos.

—Esplicáte, interrumpió impaciente el caballero sujetando fuertemente el brazo de Moreno, porque creo que tus palabras ambiguas y tus subterfugios no son otra cosa que un pretesto para no cumplir tus compromisos.

—Pues bien! ya que quereis saberlo, replicó Moreno con un tono de contrariedad burlona, debo informaros que teneis un rival.

—Un rival! ¿su nombre?

—Y un rival mas afortunado que vos, añadió Moreno.

—¿Pero su nombre! ¡verdugo! ¡su nombre!

—¡Oh! bien le conocéis, continuó irónicamente el pérfido criado; y tanto, que habeis espuesto vuestra vida por salvarle de su prision.

—¿Acabarás, Satanás?

—Paciencia, señor don Pedro, que bien la necesitais cuando os diga, que este rival, es don Juan de Padilla.

—¡Don Juan de Padilla! repitió el caballero en el colmo de su admiracion; y soltando el brazo de Moreno, cayó en un profundo abatimiento, del que le sacó el sonido de las campanas de la catedral tocando á vuelo que anunciaba á los toledanos que iba á cantarse un *Te-Deum* en accion de gracias de su triunfo.

—¡No importa! ¡mia ha de ser ó desgraciada de ella! dijo Pacheco y Giron saliendo de su delirio. Moreno, añadió, yo no puedo dispensarme de ir á la catedral; vigila tú los pasos de doña Maria: despues te manifestaré mis ideas.

Alejóse luego aceleradamente, porque á la señal sagrada, salian los vecinos de sus casas, y aparecian ya grupos numerosos á la estremidad de la calle.

—¡Infame! quiere sacrificar á su ambicion su familia y su patria! Hé ahí como son todos los cristianos! ¡Un poco de constancia y el triunfo de los verdaderos creyentes está cercano! ¡Oh! ¡padre mio! ¡no en vano sobre tu tumba juré á mi madre vengar tu muerte! ¡Y tú, Mahoma! si tu Dios es realmente grande, y tú eres su profeta, favorece los esfuerzos de tu pueblo y saca á tu hijo de los muros de Valladolid; piensa que los impios para hacerlo mas adicto á su fé, le destinan á su reprobado culto. ¡Oh Mahoma! ¡asegura la victoria á tus elegidos, y salva el vástago de tu raza sagrada!....

Despues de esta piadosa súplica quedó Moreno sumergido en una profunda meditacion. Tal vez os admiren estos sentimientos en el corazon de un hombre que ha aparecido hasta aquí bajo las maneras infames de la mas páfida máscara. Preciso es decir los sentimientos que dominaban su alma. Los cristianos á sus ojos eran una raza maldita, de que Dios se había servido para que fuera el azote de su pueblo, y las secretas exhortaciones de los alféquis y de los imanes que inflamaban entonces el fanatismo y la venganza en el corazon de todos los musulmanes, habían desarrollado en Moreno un odio tanto mas exagerado, cuanto procedia de un resentimiento particular; ¿cómo podia no tener siempre presentes en su memoria las desgracias de su propia familia? En este momento debemos tener esto á la vista para poder comprender sus dolorosos recuerdos.

Era su padre el valiente Albayaldos; la ciudad de Alhama, cerca de Granada, obedecia las órdenes de este distinguido gefe de la brillante tribu de los Abencerrages, cuando de repente tres caballeros cristianos de la casa de Pacheco, bajo las órdenes de Fernando é Isabel, sitiaron en su fortaleza al esforzado moro; esto sucedia en el año de gracia 1481 y 886 de la egira. El ataque y la defensa fueron dignos de guerreros de tan alto nombre; pero el gran maestro de Calatrava, don Rodrigo Pacheco, alcanzó á Albayaldos que se habia aventurado á salir fuera de los muros, y despues de un reñido combate, cayó el moro herido de un golpe mortal; pero tan caritativo como valiente Pacheco, quiso procurar á su enemigo la vida eterna, y sobre su frente moribunda echó el agua santa del bautismo.

La ciudad de Alhama fué al instante tomada por el valor de los

otros dos Pachecos, dignos rivales de la gloria de don Rodrigo.

La toma por asalto fué fatal á la mayor parte de los habitantes de la ciudad; sin embargo, don Diego Pacheco primo del gran maestro, salvó la vida á la viuda de Albayaldos y á un hijo que tenia, al que se llevó consigo é hizo abrazar el cristianismo con el nombre de Benito; pero el apellido de Moreno que se puso al hijo del moro prevaleció á pesar de los esfuerzos de su madre, que sobrevivió pocos meses á su esposo, y del empeño de la antigua nodriza que le habia seguido en su esclavitud, quienes nunca dejaron de llamarle con el nombre venerado de su familia. Esta última, sobre todo, se habia dedicado á llenar la imaginacion del jóven Moreno de todos los hechos de gloria y de amor de sus abuelos; por ella habia aprendido los desastres de su familia y la reciente pérdida del infortunado Albayaldos, hermano de su padre, que para vengar la muerte del valeroso Soldan de Alhama, habia retado al palenque en la fuente del Pino, cerca de Granada, al gran maestro de Calatrava. En este sitio, célebre por los singulares combates celebrados entre moros y cristianos, don Rodrigo Pacheco, afortunado siempre, habia enviado al valiente Abencerrage á buscar á su hermano á la tumba; pero menos generoso esta vez el cristiano, para hacer alarde de su victoria, no habia tenido reparo en hacer atar la espada y el turbante del moro á la cola de su caballo.

La historia de estos sucesos inflamaba el alma del jóven Albayaldos y desarrollaba en él ese sentimiento de venganza, del que su madre antes de morir habia arrojado los primeros gérmenes en su alma. Estas disposiciones poco cristianas del nuevo convertido, hacian despertar las sospechas; pero el jóven Moreno, alejado ya de su nodriza, aprendió que el débil que quiera luchar contra el poderoso debe ponerse una máscara y recurrir á la astucia si ha de salir vencedor.

Segun fué creciendo Moreno, iba conciliándose con su natural dócil y atrevido la benevolencia y el cariño de sus amos; jmprudentes! olvidaron que el leon del desierto que se ve aprisionado, tarde ó temprano manifiesta sus inclinaciones salvages; y no le tuvieron encerrado en su jaula, ¡insensatos! su afecto imprevisor no temió admitirle al servicio inmediato de sus personas.

En esta época la condicion de criado estaba con justicia reconocida en España como estado honroso, de tal suerte que los primeros empleos en las casas de los grandes señores eran puestos de confianza que no degradaban á los nobles pobres que los desempeñaban, Moreno, habiendo llegado á hacerse hombre, era el criado favorito de don Diego, cuando en lo mas brillante de su carrera, cayó en un dia de triunfo herido mortalmente este esforzado caballero. Entonces se agregó Moreno á don Alfonso Pacheco y le siguió al Nuevo Mundo, donde iba á hacer sus primeras armas á las órdenes del capitán Fernando Cortés. Pero el jóven don Alfonso en aquellos lejanos paises, bien pronto dejó de existir, y á nadie ocurrió la idea de imputar á Moreno la muerte del padre ni la del hijo; además que si en cualquiera de aquellas dos épocas hubieran podido concebir sospechas de

Moreno, bien pronto se hubieran desvanecido, porque se hubiera dicho, como decimos nosotros ahora: «¿por qué Moreno, si ha comprendido en su ódio á todos los Pachecos, sus perseguidores, ha excluido de él á la señora doña María y á su primo don Pedro Pacheco y Giron, sobrino del gran maestre de Calatrava, esterminado, de su familia?»

Para juzgar á Moreno bien es preciso conocer los sentimientos que abrigaba su alma; entonces se comprenderá como el fanatismo venia á suspender por un instante los proyectos de su venganza personal. Tenia Moreno, como todos los moros de esta época, fija la vista en los bellos dias del mahometismo. La Andalucía contaba numerosos creyentes del Profeta, y las sierras de las Alpujarras alojaban los poderosos restos de las célebres tribus que habian sido el fundamento y el ornato de los califas de Córdoba, y después de los reyes de Granada: confiando en tales apoyos los famosos mahometanos, tenian esperanza de restablecer su dominacion en España; pero antes esperaban poner en libertad al jóven Abbas Abdallah, único vástago de la raza real de Granada, que prisionero en la toma de aquella ciudad, habia sido conducido al convento de los dominicos en Valladolid por el rey Fernando y la reina Isabel, y que debia, segun las intenciones laudables de estos monarcas, instruirse para llegar un dia á ser sacerdote del Dios de los cristianos. De este modo pensaban los vencedores asegurar su triunfo en adelante y quitar toda esperanza á los fieles sectarios del mahometismo.

Pero la esperanza ¿no es como el corcho que sobrenada despues de un naufragio? El jóven Abbas, el elegido de Dios, el descendiente del Profeta, ocupaba el pensamiento constante de su pueblo, y no era Moreno uno de los menos activos en trabajar por el triunfo de sus correligionarios; todo resentimiento particular callaba en su corazon en presencia del interés de su nacion proscrita: por esto se guardó bien de atentar á los dias de los dos últimos vástagos de aquella rama de la casa de los Pachecos, cuando conoció que la persona de doña María le era útil para fomentar la discordia entre los cristianos, y que era preciso mantener la desunion entre ellos indisponiendo á los unos contra los otros, especialmente á los principales gefes, como don Pedro Giron, don Juan de Padilla y los señores de Velasco de Haro. La sedicion de Toledo habia venido á colmar sus deseos; su imaginacion le representaba ya á los enemigos de su fé destruidos por las discordias civiles y subyugados unos despues de otros por los hijos del Profeta. En su alegría, saboreaba ya el placer que habia de gozar en pagar tormentos por tormentos, y su dicha sobre todo si llegaba á inmolar sobre la tumba de Albayaldos á los hijos de sus asesinos.

Quando estos pensamientos se agolpaban á la imaginacion de Moreno le absorbian de tal manera que olvidaba todos los objetos que le rodeaban; por eso no sintió venir hacia él un grupo de hombres hasta que uno de los que marchaban á la cabeza le dijo:

—¡Eh! amigo, ¿qué haces ahí pegado contra esa pared, derecho como un estandarte en tiempo del rey Almanzor?

Entonces levantó la cabeza Moreno: su fisonomía expresaba aun toda la violenta agitación de que estaba poseida su alma.

—Tu cara no es de muchos amigos, y en el tiempo que vivimos nadie debe fiarse de un hombre sin saber del pié que cojea, añadió otro vecino.

—Vamos, espícate, dijo un tercero aproximándose á Moreno, y di: ¡Viva la libertad!

—¡Oh! sí; ¡la libertad, la venganza! murmuró el moro exaltado por sus recuerdos.

—Pues ya que eres de los nuestros, síguenos á la ciudadela, replicaron todos, y ven á rogar á Dios que haga triunfar la santa causa del pueblo. Luego, empujando á Moreno se le llevaron maquinalmente sin hablar mas palabra; y bien pronto se perdió nuestro grupo confundido en el inmenso gentío que aflúa de todas partes hácia la catedral.

En el año 1520, y en España sobre todo, estaba la fé arraigada fuertemente en todos los corazones, y si alguna vez sucedia que los pueblos se alzaban para hacer respetar sus derechos, no creian que esto envolvese ni que de aquí hubieran de seguirse sacrillegios ni actos de rebellion contra la divinidad; al contrario, procuraban legitimar la susceptibilidad turbulenta con testimonios esteriore de piedad. En aquellos tiempos, pues, la religion al ménos moderaba un poco las escenas de efervescencia popular, terribles siempre, pero que cuando el ateismo y la impiedad las dirigen, llegan á hacerse odiosas y estúpidas.

En cambio es preciso convenir que nada habia mas imponente que el aspecto que ofrecia á aquella hora la plaza de la Magestad de Toledo: órdenes, comunidades, congregaciones, todas las corporaciones, en fin, así civiles como religiosas que contenia la ciudad, dirigianse en aquel momento con gran pompa hácia la iglesia metropolitana. Los gerónimos y los bernardos, que marchaban á la cabeza de esta larga procesion, debian haber penetrado ya en la nave, porque los franciscanos que iban inmediatamente detras, entraban entonces por la puerta principal, y apenas se percibian ya los pliegues de su estandarte blanco sobre el cual estaban pintados dos brazos de encarnacion, representando la cruz aspada del Salvador, patético emblema de este órden.

Seguian luego los caballeros de Santiago, que ocupaban el primer rango en las órdenes militares. Al lado izquierdo de su largo manto blanco brillaba la espada roja de su santo patron. Despues los caballeros de Calatrava, vestidos con mas esmero que los anteriores, atrayendo todas las miradas sobre la gran cruz encarnada que ornaba sus pechos. Los caballeros de Alcántara, en fin con su cruz verde, hacian alarde de sus grandes riquezas con la esperanza de que su brillo haria olvidar lo que faltaba de antigüedad á su nobleza. Con estas órdenes de caballeria marchaban tambien muchos hidalgos nobles, y aun hasta algunos ricos hombres que poseian derechos y feudos en el territorio de Toledo.

Esta larga procesion terminábase mas tumultuosa, pero no me-

nos brillante ni menos digna de nuestras miradas; porque en aquel tiempo libre y hermoso, las corporaciones populares eran una cosa tan respetable como el rango del orden de la nobleza. Marchaban primero los tres alcaldes, precedidos de uno de sus tenientes que llevaba la amada bandera de los toledanos. Esta bandera, que habia reemplazado al estandarte del emperador, era sin embargo tan real y tan imperial como el estandarte de la casa de Austria, porque no representaba nada menos que á un emperador cubierto con su manto, armado de cetro y espada y subido sobre su trono, noble y espresivo blason que debia su origen al brillante hecho de armas de Muradal, despues de cuya gloriosa victoria en el año 1212, Alfonso VIII, rey de Castilla, habia tomado el título de emperador de las Españas, y desde entonces Toledo, su capital, habia sido calificada de ciudad imperial. Despues de los dignatarios municipales, seguian todas las otras corporaciones que tenian *merced de pendon y ciudad*. Por esto era por lo que se veia venir de todas las calles adyacentes una nube de banderolas de todos colores, ondeando en medio de los numerosos y comprimidos grupos.

—¡Ah! yo conozco bien la primera; es la balanza de plata de los señores joyeros. ¡Por san Cosme! yo no sé si la tendrán siempre en el justo equilibrio que la representan en su bandera azul.

—¡Plaza! ¡plaza! gritaban las turbas.

—Y vosotros, habladores, ¿no veis que estais deteniendo las estrellas de oro de los señores mercaderes? gritó el barbero Lopez Cueva. Ahora, á nuestros puestos, añadió.

—Pero ¡Virgen Santa! pronto no habrá sitio, dijo uno de los artesanos que estaba en primera fila.

—¡Bobazo! sería curioso que la bandera de mi cofradía no entrara en la iglesia, como si no fuera una de las mas santas: dos corazones ensangrentados y encima el nombre sagrado de Jesus de oro.

No fué, sin embargo, Lopez Cueva el que menos apretó el paso para entrar á coger su sitio en la catedral, lo que logró no sin gran trabajo, porque cansado el pueblo de esperar á que entrara aquella larga procesion, habia invadido las naves laterales. Bien pronto vio-se lleno el atrio mismo, y era tal la afluencia, que fué preciso dejar medio abierta la puerta grande; porque el estrecho espacio comprendido entre la berja del crucero y la delantera de la alta basilica, estaba obstruido por una turba de pordioseros, de soldados, de artesanos y aun de nobles, que habian llegado tarde.

No obstante, el vasto arco de la puerta principal, adornado de estatuas de santos en sus nichos calados y festoneados, dejaba ver la pomposa ceremonia que se celebraba en el coro, situado, segun la costumbre de las catedrales españolas, en medio del religioso edificio, aunque por su arquitectura gótica figuraba la cruz latina de la iglesia de Occidente.

Ni un asiento siquiera veíase vacío esta vez en el coro; las catorce dignidades, los cuarenta canónigos, los cincuenta prevendados y cincuenta capellanes, los llenaban completamente; porque todo el clero de la gran diócesis de Toledo, cansado de ver con menosprecio de sus

antiguos privilegios á un jóven extranjero, Guillermo de Croi, presidiéndoles desde la silla arzobispal, estaba satisfecho en esta ocasion de poder manifestar sus simpatías por la causa de la independencia. El arcediano, primer dignidad en ausencia del prelado de Castilla, y el dean, habian querido officiar juntos en este solemne dia.

El cabildo habia desplegado tambien esta vez un lujo tal, como no se habia visto jamás despues de las exequias verdaderamente reales del cardenal Jimenez, su último arzobispo; el nombre de este santo prelado, estaba, en aquel momento en todos los labios, porque la capilla llamada de Mosarabes, restaurada por sus cuidados y dedicada al culto pomposo de San Isidoro, brillaba entonces por la primera vez con el resplandor que arrojaban sus mil velas, oscureciendo la claridad del dia, cuyos débiles rayos no podian penetrar sino difícilmente á través de los pintados vidrios, ó por la estrecha abertura del arco de la portada, interceptado en parte por la multitud.

Todo en esta capilla privilegiada, las paredes, el altar y las gradas, destellaban el luminoso resplandor de los diamantes, las perlas y otras piedras preciosas, engastadas en número infinito.—Bienaventurado Jimenez, rogado por nosotros y protegéd nuestra ciudad, gritaba el pueblo sorprendido de aquel golpe de vista, que fijaba en el ánimo de los asistentes la memoria del cardenal, mas aun que el recuerdo de las altas cualidades de este pastor venerable. El resto de la iglesia no le cedia nada en magnificencia; y cuando las numerosas arañas de la bóveda se encendieron y arrojaron su lumbre sobre las urnas, relicarios, vasos, incensarios, cruces, estátuas y báculos de oro, objetos sagrados que resplandecian alrededor del altar mayor, salpicado tambien de piedras preciosas, torrentes de luz riaban sobre aquella reunion imponente.

Mas, ¡por Jesus! que era un espectáculo digno de extasiar aun á los ángeles del cielo, cuando despues de concluido el oficio divino, todo el clero adornado de sus hábitos pontificales se levantó entonando este primer verso del cántico de accion de gracias *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*, y ver á los asistentes agitar sus banderas y mezclar sus varoniles acentos al canto sagrado de los clérigos. Entonces ya no habia almas cobardes, ni corazones tímidos. El entusiasmo habia llegado á su último grado; la causa de la independencia contaba con una simpatía universal.

De repente, habiendo cesado los cánticos, elevose un rumor extraordinario á la parte de afuera, que penetró hasta los últimos rincones de la iglesia—¡Mónstruo! gritaba el pueblo; ¡pero los toledanos volarán allí á vengar á sus hermanos! Señor de Padilla, conducidnos á Segovia, decían al ver pasar á don Juan que se habia precipitado á la plaza para averiguar la causa de aquel repentino alboroto. Júzgad cuál seria su asombro cuando mirando al grupo que se habia formado alrededor de un hombre á caballo, reconoció en él á su amigo don Juan Bravo, uno de los principales nobles de la ciudad de Segovia; cubierto de espuma el corcel del caballero, manifestaba la velocidad de la carrera que acababa de dar.

—¿Qué nuevas hay? dijo el señor de Padilla.
 —¡Socorro! don Juan; ¡pronto socorro! respondió el enviado; sino el bárbaro Fonseca reserva á la ciudad de Segovia, una suerte igual á la de Medina del Campo!

—¡Aun nuevas desgracias! interrumpió don Juan.

—¡Noble ciudad! continuó Bravo; bien cara ha pagado su obstinada resistencia á dejarse llevar el parque de artillería y las municiones que querían hacer servir contra sus compatriotas. Y elevando aquí la voz en el arrebató de su indignación:—Amigos míos: ¡Medina del Campo no existe ya! ha sido entregada á las llamas y sus habitantes pasados á cuchillo, y con todo el tren de guerra que había en el arsenal, Fonseca, el incendiario, ha marchado á bloquear á Segovia.

—Un poco alto está el nido para que lo pueda alcanzar al instante, interrumpió uno de los alcaldes de Toledo, que había salido con sus dos compañeros, y formaban parte del grupo que se había reunido alrededor del enviado de Segovia.

—Si, replicó este, á pesar de nuestras murallas medio destruidas, aun podríamos resistir á Fonseca, que ha llegado á hacerse un objeto de horror á sus mismos soldados, que no quieren reconocer por su general al verdugo de sus conciudadanos; pero hemos sabido por los desertores, que el condestable había recibido orden de marchar sobre Segovia, á tomar el mando en jefe del sitio. Al instante he salido para Toledo con la misión de suplicaros que diéseis por aquí ocupación al condestable; pero según el paso con que marchaban Faigo de Velasco y su tropa, á quienes he encontrado esta noche en la sierra de Guadarrama, me temo que no sea ya tiempo; y sin embargo, valientes toledanos, si vuestros hermanos de Segovia son degollados; ¿no os aguarda á vosotros la misma suerte?

El pueblo, cuya exaltación había llegado al mas alto punto, recibió estas palabras con mil gritos de guerra y de venganza.—¡A Segovia! ¡muera nuestros perseguidores! ¡muera Fonseca! ¡muera el condestable!

—¡Ah! el viejo lobo se nos ha escapado de entre las manos; sigámosle la pista.

—Entre nosotros y los segovianos, ni él, ni los suyos se nos han de escapar, añadieron algunos ciudadanos.

—Don Juan de Padilla es un valiente montero, replicaron los soldados del tercio de Castilla. ¡Desgraciado el enemigo que se le ponga delante!

Bravo, apeado ya de su caballo, don Juan de Padilla y los tres alcaldes, se habían unido á don Pedro Giron, don Francisco Maldonado y otros jefes de la insurrección que acudían presurosos al ruido de las voces de la multitud.

—Aprovechemos al instante estas disposiciones guerreras del pueblo, dijeron Maldonado y Bravo.

—Una desgracia sería para nosotros darle tiempo para que se entibiase su ardor, añadió el malicioso Giron; y pues que el señor de Padilla parece obtener la confianza de los pronunciados; él es quien debe dirigirlos.

—Pero tambien es preciso, repuso don Juan, atender á la defensa de Toledo. ¿Quién de nosotros quedará en la ciudad para defenderla de cualquier ataque repentino?

—Yo, se adelantó á responder el pérfido Giron, consiento sacrificar al interés de mis conciudadanos el vivo deseo que tengo de partir con vosotros la gloria y los peligros de vuestra expedicion.

Pero como guardase silencio el señor de Padilla:—¡Tomemos pronto una resolucion! gritó Bravo, porque cada instante que perdemos avanza la agonía á los desgraciados segovianos.

—¡Pues bien, marchemos, puesto que se nos ha tirado el guante! replicó don Juan. ¡A Segovia! continuó, haciendo sobre si mismo un esfuerzo que pasó desapercibido de todos menos de Giron que vió en él una nueva prueba de la verdad de las revelaciones de Moreno.

Entonces se separaron todos los gefes, y en pocos momentos, gracias á la actividad é inteligencia de Padilla, y á las acertadas disposiciones que adoptaron los alcaldes y los gefes de las corporaciones, se regimentó un cuerpo de seis mil hombres y se reorganizó el tercio de Castilla, dejando una parte de este para guarnecer la ciudad. De esto se componian las fuerzas que se pusieron á disposicion de don Juan de Padilla, quien colocándose á su cabeza partió al instante para Segovia.

Por la velocidad con que se alejaba, conociase bien que el patriotismo y el interés de sus conciudadanos, guiaba sus pasos; pero en las frecuentes miradas que dirigia sobre el viejo Alcázar, era facil sospechar que el jóven capitan dejaba allí la parte mas querida de si mismo y que tan pronto como cumpliese con la mision que se le habia confiado, su corazon le impulsaria hácia los muros de Toledo.

CAPITULO VI.

La fuga.

«¡Oh mi santa patronal velad sobre él; si es preciso que yo buya de estos sitios y que obedezca las órdenes de las personas que debo respetar, haced que al menos no tenga que temer por los dias de mi amado Juan! El es mi amante, vos lo sabeis, ¡celeste Virgen María! vos que recibisteis el juramento de la union de nuestros corazones! ¿No puedo yo verle ni amarle sin hacermé criminal?»

Y la pálida jóven para mejor mover á piedad á la Madre del Salvador, regaba con sus lágrimas los pies de su rica imagen, colocada sobre el altar, delante del cual estaba arrodillada.

¡Oh! no era ya la brillante y hermosa dama, la flor suave de Castilla, tan celebrada por los trovadores; la borrascosa jornada de la vispera habia abatido sus elegantes formas, y como el lirio del valle, doblado por la tempestad, María, siempre bella, inclinaba sobre su

cuello de alabastro su cabeza lastimada por la angustia y el dolor. Su vida desde el dia anterior, era una serie continuada de tormentos é inquietudes, no por ella, á quien durante la toma del Alcázar, sitiados y sitiadores habian respetado, no osando penetrar en su habitacion, y cuya alma elevada era inaccesible al temor, como digna hija de los Pachecos; pero en medio de los peligros, sola en su cámara, rogaba á Dios por la conservacion de los dias del anciano que le habia servido de padre, y dirigia sus votos al cielo por la salud del que poseia todo su amor. El triunfo de las armas de Padilla y la marcha del condestable, estaban muy lejos de calmar los crueles sentimientos que desgarraban su corazon. Aunque habia ya visto á Moreno y conocia la voluntad de su tutor á la que debia someterse, conocia sin embargo que al salir de Toledo una barrera insuperable la iba á separar de su amante. ¡Si pudiera al menos verle antes de partir y renovarle el juramento de su amor! Pero no tardará él en presentarse. ¡Venturoso don Juan! ¿por qué no estás á los pies de la que tanto amas? ¡Ah! ya se me figura que está dentro del Alcázar.... que siento el ruido de sus pasos.... ¡Cielos!.... La cortina se mueve.... ¡Dios mio! es Inés.... la risueña y graciosa Inés, la querida compañera de su infancia.

—¡Y bien! le dijo doña María con ansiedad al observar la tristeza que traia impresa en su semblante, ¿ha vuelto Moreno? ¿le has visto?

—¡Ay! mi buena señora, no quisiera creerlo, pero el señor don Juan acaba de partir en este instante.

—¡Ha partido! ¿es cierto, Inés? ¿Cómo, Moreno?...

—¡Moreno! ¡Moreno! yo no sé; pero me fio de él tan poco como de su bautismo, interrumpió la jóven maragata, porque Inés habia visto la luz en las montañas de Astorga, y como nacida en una de las tierras del marquesado de Mondejar, habia entrado al servicio de los señores herederos de estos dominios.

—Inés, tu prevencion contra este fiel criado es injusta. ¿Y quién te ha dicho que don Juan ha salido de Toledo?

—Yo misma le he visto desde lo alto de la plataforma del Alcázar, bajar la calle del Judio y atravesar la llanura á la cabeza de un ejército numeroso de jóvenes toledanos; detrás de él marchaba en su ética mula, el grueso alcalde Santibañez, y don Francisco Maldonado, el esforzado bachiller de Salamanca, sobre su arrogante palafren andaluz. Y un ligero sonrosado asomó á las megillas de la jóven al pronunciar el nombre del lidiador de mas fama en Castilla, y cuya gracia y destreza habia llamado la atencion en la peligrosa corrida de la fiesta de San Juan. Mas de repente se contrajeron sus facciones con una espresion de disgusto; Moreno entraba en aquel momento.

—¡Ha marchado! gritó la señora de Pacheco, interrogando con la vista al criado, confidente de su amor. Moreno, ¿le has visto?

—Si, señora, pero me ha sido imposible hablarle. Ya estaba lejos. En menos tiempo que el que necesitaron los alcaldes para resolverlo, un cuerpo considerable de toledanos bajo las órdenes del señor don Juan, estaba ya en camino con armas y bagages para volar al socorro de los vecinos de Segovia, y ¡á fé mia! que segun la velocidad

de su marcha, bien pueden estos valientes llegar bajo los muros de Segovia, mucho antes que el condestable y que vos misma tal vez, añadió el astuto criado apoyándose sobre estas últimas palabras.

—¿Qué es lo que decís? interrumpió Inés con aspereza. El teatro de la guerra no es el puesto que corresponde á una dama, y aunque no agrade al señor Moreno, yo creo que nuestra amada señora querrá mejor permanecer aquí. La expedición no durará mucho; cualquiera que sea su resultado, nosotras nada tendremos que temer. No pueden ser otros los que vengan á Toledo, que el condestable ó don Juan de Padilla, y si este último es el que triunfa, nosotras encontraremos en él ciertamente apoyo y protección.

—Tiene razón Inés, respondió doña María, asustada interiormente como su joven compañera á la idea de separarse de todo lo que mas amaba desde que vivía en compañía de su tío. Yo no me separo de estos sitios, añadió con firmeza.

—Como la señora guste, replicó Moreno; sin embargo, las últimas órdenes de monseñor, vuestro tutor, son bien terminantes. Además, en el convento de San Gerónimo, donde estaba convenido que os retiráseis, estariáis una legua distante de Segovia, y en aquel santo asilo viviríais segura, pues como sabéis bien, la capilla de Nuestra Señora de Fuencista, dependiente del monasterio, es venerada de los españoles por los milagros que hace aquella divina Virgen.

—Venerada, si, replicó Inés, por los que no tienen mezclada su sangre con la de los cristianos nuevos como vos.

—Mejor diríais como nosotros, respondió Moreno, sin turbarse y con un acento melancólico, poco familiar en él. ¿Olvidáis, Inés, que la sangre árabe corre por vuestras venas? y siendo maragata, ¿ignoráis que vuestra raza desciende de moros unidos á los hijos de España?

—Podrá ser así, dijo Inés con despecho, y en tono de hacer perder toda esperanza á las pretensiones amorosas de Moreno. En cuanto á mí, continuó, yo no aceptaré jamás por esposo sino á un descendiente de cristianos viejos.

—¿Tal como el bachiller de Salamanca? añadió Moreno con sorda voz. Luego dirigiéndose á doña María que en la preocupacion de su alma, no habia puesto cuidado en la conversacion que se tenia en su presencia: si la señora, dijo, quiere creerme, desistirá de su propósito de no salir de Toledo, á menos que no quiera caer entre las manos de su enemigo Giron.

—¿Qué es lo que dices? gritó doña María.

—Si, señora, continuó Moreno; en ausencia del señor de Padilla y de los principales gefes de la ciudad, vuestro primo don Pedro ha sido nombrado presidente del ayuntamiento de Toledo, y como tal manda ahora en gefe; así, yo no dudo que si os quedáis sola y abandonada, no tardará cuando lo sepa, en apoderarse de vuestra persona.

—¿Qué es necesario hacer para ocultarme de su persecucion?

—Poneros este traje que veis aquí, y refugiaros al convento de San Gerónimo. Y esto diciendo desenvolvía un grueso paquete que hasta entonces habia tenido debajo del brazo.

—¡Cómo! gritó Inés, ¡vestidos de maragata!

—Con este disfraz, dijo Moreno, podreis burlar la vigilancia del nuevo gobernador. De orden suya, están ya cerradas todas las puertas de la ciudad, y á nadie se deja salir, excepto á los que forman parte del cuartel de la salud, hospital improvisado, que debe seguir al pequeño ejército de los toledanos. Reunámonos á este convoy bajo el traje de maragatos, y facilmente nos tendrán por una familia de arrieros ó de mozos de mulas, cuyos servicios podrán ser útiles á nuestros belicosos conciudadanos; y para hacer la ilusion mas completa, voy á disponer las caballerías mientras os poneis esos vestidos. Dijo, y á un signo de aprobacion de su ama, salió, dejando á doña Maria y á su joven compañera abandonadas á sus emociones y ocupadas en arreglar sus vestidos maragatos.

—Tiene razon Moreno, dijo la señora, separando sus cabellos sobre la frente en dos largas trenzas á la manera de las maragatas, y colocando sobre su cabeza uno de aquellos sombreros blancos que usan habitualmente, al estilo de las antiguas moras. Yo debo obedecer á mi tio, añadió.

—Mejor tal vez seria quedarnos bajo la dependencia del señor Giron, observó Inés maliciosamente, poniendo á su señora un jubon carmesí abotonado de arriba abajo, que dejaba ver el contorno elegante de doña Maria; solamente las largas mangas, medio abiertas por detras, quitaban algo de su delicadeza á su talle esbelto.

—¡Oh! ¡oh! mejor católico es Moreno que lo que yo creía; no ha olvidado el largo rosario que llevan mis paisanas; y al decir esto rodeaba al cuello de su señora un collar de coral, del que se veían suspendidas un sin número de medallas de plata y de retratos de los santos de mas devocion entre los maragatos, costumbre religiosa que habian heredado de sus padres.

No siempre habitan los maragatos en sus altas montañas; su ocupacion ordinaria es por el contrario cruzar la España en todas direcciones en clase de arrieros. Cuando han conseguido todo el provecho que se prometieron de sus expediciones, vuelven con sus mulas á sus queridos valles de la sierra de Astorga, situados al norte de Castilla la vieja y el reino de Leon. Allí vuelve cada uno á encontrar *la amiga de su corazon*, la que mas de una vez ha hecho votos á la divina virgen por la pronta vuelta de su amante. ¡Qué día de jubilo aquel en que vuelven á verse! porque el infatigable arriero guarda á su dama la misma fidelidad que á los viajeros que conduce sobre sus mulas, para quienes es proverbial su probidad.

El maragato tiene inclinacion á casarse siempre con una joven de su pueblo. El solo, entre todos los convertidos de España, no se averguenza de descender de aquella liga que tuvo lugar en Asturias, entre el cristiano Maragato, aquel bastardo de Leon que no pudo consolidar por si solo su autoridad en aquel territorio, y los infieles, sus vecinos, que le ayudaron á asegurarla. Por lo demas, el español es siempre reconocido y generoso; así, adoptando su nombre los maragatos, dan un justo testimonio de gratitud, no olvidando jamás que á Maragato, rey de Leon, deben el agua santa del

bautismo, así como los tres valles de la sierra de Astorga que han habitado constantemente desde 771, época de la donacion hecha al príncipe cristiano, su aliado.

¡Por San Benito su patron! ¿les faltan por ventura razones para no elegir esposa sino en medio de los valles? En esto precisamente consiste que se haya conservado la hermosura árabe en las hijas de los maragatos. Mirad á Inés; ahora que viste el traje de su país, y el sombrero blanco cubre sus facciones orientales, no os parece que es el retrato de Rebeca, la judía, ó de Santa María Egipcíaca? En cuanto á los trages de los hombres, no son menos airosos que los de las mugeres. Ved á Moreno que entra en este momento con su chaqueta ajustada al cuerpo, con una faja de lana encarnada y sus calzones largos hasta mas abajo de las rodillas, donde los sujetan dos ligas color de grana, cuyas estremidades, cayendo hasta media pierna, dejan ver sus vigorosos miembros cubiertos en su parte inferior por unos botines de paño, ceñidos de arriba á abajo por una hilera de botones; y es preciso convenir en que está así mucho mejor que en su ordinario traje español. Su hermosa barba negra cae graciosamente sobre su cuello; el sombrero de figura piramidal que cubre su cabeza le hace aun mas interesante que el elegante gorro de lana que lleva habitualmente.

—Todo está dispuesto, señora, dijo á doña María; Antonio el palfrenero de monseñor, disfrazado con el mismo traje que yo, nos espera en el extremo de la calle de Jimenez, en la encrucijada solitaria que hay cerca de la orilla del Tajo. Allí tiene á nuestra disposicion cuatro mulas ensilladas y un muleto aparejado para conducir los bagages. Démonos prisa á aprovechar la confusion que reina en este momento en la puerta del campo, y á salir de la ciudad antes de ser conocidos; si nos detenemos, tal vez será difícil burlar la vigilancia de vuestro primo don Pedro.

Esta última consideracion produjo en doña María el efecto que deseaba su astuto criado. No era en Moreno la sumision á las órdenes del condestable, ni la fidelidad á su señora lo que le habia movido á persuadirla para que saliese de Toledo; sino que el corazon del pérfido y satánico móro, estaba persuadido, que aseguraba mejor el triunfo de sus proyectos, sembrando la discordia entre los cristianos é impidiendo que doña María cayese en manos de Giron, porque de allí habian de resultar el descontento y el ódio de este señor y la duracion de la guerra civil en España, favorable y necesaria para los grandes preparativos de ataque que Moreno y sus correligionarios pensaban hacer.

Nuestras dos bellas maragatas se dispusieron al punto á seguir á Moreno, que les precedia cargado de efectos y paquetes para no llamar la atencion de los curiosos, ni atraerse las miradas de los que encontrase por las calles. Habiendo despues tomado nuestros fugitivos una de las dos salidas secretas que dan detrás de la esplanada, bien pronto se encontraron al lado de Antonio, que los aguardaba con las caballerias. En el momento se puso en marcha nuestra cabalgata, y habiendo pasado el Tajo por el puente, que se hallaba lleno

de gente y de caballerías, bien pronto se hallaron fuera de la ciudad.

Entonces Moreno, en vez de seguir el camino real de la llanura, tomó, seguido de muchos otros arrieros un camino solitario, practicado detrás de las minas del antiguo anfiteatro, uno de los mil monumentos derruidos que atestiguan el poder y la grandeza de los romanos en la antigua Iberia. Habiendo marchado sin detenerse por espacio de una hora con la mayor velocidad, hizo detener el paso de las mulas, porque aun tenían que conducirles al convento de San Gerónimo, una legua distante de Segovia.

Ahora que ya tenemos á nuestros viajeros fuera del alcance de la persecucion de Giron, dejémoslos marchar tranquilamente y roguemos á Dios que les acompañe y les libre del encuentro de pícaros, de judíos y de gitanos de todos los sortilegios del diablo y de los hombres.

VII.

El sitio.

Mientras la ciudad de Segovia no temia oponer una vigorosa resistencia á los orgullosos somatenes de Ronquillo, comenzaba á resentirse de un estado de sitio vigoroso que arruinaba su comercio y comprometia su existencia entera. Dos dias hacia especialmente que las comunicaciones con el exterior de la plaza, estaban interceptadas del todo, y un formidable tren de artillería batía en brecha sus murallas. Don Antonio de Fonseca habia tomado posicion delante de la plaza, y la trataba enteramente como ciudad enemiga, como si el sol que la alumbraba no fuera el sol de España. El inhumano capitán olvidaba que el deber de un buen ciudadano, para hacer entrar á sus compatriotas en el cumplimiento de sus deberes, es emplear con preferencia los medios indulgentes y de conciliacion.

Cuarenta y ocho horas hacia apenas que habia llegado el cruel vencedor de Medina del Campo, y ya una parte de las murallas que rodeaban la ciudad hácia el Sur, tenían sus torres bastante deterioradas. Isabela, la mayor entre todas y la mas espuesta por su avanzada posicion, habia sufrido tan de cerca el nutrido fuego de los enemigos, que se habia desplomado su techo, y una ancha brecha se encontraba abierta en su pared medio derruida; y sin el Eresma que baña á Segovia por aquel lado, ya hubieran las tropas reales penetrado en la ciudad rebelde. Falta, sin embargo, saber si los vencedores hubieran podido mantenerse dentro de la ciudad, cuyas calles en forma de escalones y figurando un anfiteatro sobre una montaña escarpada, en el extremo del risueño valle que riega el Eresma, estaban dominadas por el orgulloso Alcázar, que, desde la cumbre de su roca, podia como un señor feudal, dictar imperiosamente sus leyes al terreno contenido en el alcance de sus fuegos. En

este momento era su voz terrible y atronadora, sus tiros llevaban la muerte bien lejos y servian de intérprete á su voluntad.

A juzgar por el fuego sostenido que vomitaban los flancos del Alcázar, bien podia creerse en el campo de Fonseca que la ciudad estaba abastecida de toda clase de municiones y que la duracion del sitio seria interminable; pero la triste situacion de Segovia no era un misterio para don Gil Fuentes, el corregidor, para Rainaldo de Córdova, el alcalde mayor, ni para los principales gefes de la ciudad, que no aguardando verse tan pronto atacados por las fuerzas del regente, no habian podido proveerse de los mil artículos que son necesarios para sostener un sitio en regla; y los tres mil hombres que habian reunido en sus muros, mas que de utilidad, servian de una carga embarazosa; porque siendo preciso sostenerlos y municionarlos, haciase sentir la falta de las subsistencias y las municiones. Aunque el cañon repetia sus tiros cada vez con mas frecuencia, no era porque estuviese la plaza en disposicion de continuar por mucho tiempo su obstinada defensa, sino porque el sonido redoblado de la artillería, imponia respeto por una parte á los sitiadores, y despertaba por otra el valor de las ciudades vecinas, escitándolas á reunir sus fuerzas y marchar al socorro de los segovianos.

Esta falta de recursos que tenia la ciudad debia ser ignorada hasta de los mismos sitiados, porque era muy de temer que se apoderase de ellos el desaliento. No es la constancia la cualidad que mas sobresale en una rebelion, cuando el triunfo no corona al instante la empresa; añádase á esto la noticia que habia circulado entre los sitiados de haber sido rechazados con bastante pérdida los vecinos de Abadés, Labajos y otros pueblos de alrededor, que habian atacado la noche anterior el campo de Fonseca. De aqui nacia el descontento de las masas, que se quejaban de que en lugar de haber atacado á los sitiadores en sus posiciones de concierto con sus vecinos, se les habia dado orden de permanecer siempre detrás de las murallas.

—Que pongan á nuestra disposicion, decian los mas furiosos, todas las armas del arsenal y verá Fonseca como no somos topos á quien por la fuerza se les puede tener sin salir de sus madrigueras. ¡Imprudentes! ignoraban que las murallas y las torres de la ciudad habian consumido todos los recursos del Alcázar, y que retirar las guarniciones de los puntos fortificados para hacerlas batirse en campo raso contra las tropas disciplinadas del rey, sin otro apoyo que el débil que pudieran prestar algunos paisanos inespertos, era esponer la suerte de la ciudad al mas inminente peligro. ¿Pero cuando han sido reflexivas alguna vez las turbas insubordinadas, dueñas de las armas y de la soberania? En los medios ofensivos y defensivos que emplea, procede siempre de una manera instintiva, y abandonada á la casualidad. Ayer no dudaba de la victoria; ya consideraba esterminados á Fonseca y su ejército. ¿Cómo no triunfar cuando se combate por la libertad y á las órdenes de gefes escogidos y reputados como los mas dignos ciudadanos? Pero hoy ha soplado ya un viento contrario, y se asegura que hasta los mismos gefes, tan exaltados la víspera, han desesperado de la victoria.

Los revoltosos, que siempre abundan en los alzamientos populares, rodeaban, dando furiosos gritos, la casa de ayuntamiento, en donde celebraban entonces consejo los principales gefes de la insurreccion de Segovia. Un castigo egemplar y severo ha tenido lugar; la mano del verdugo ha sofocado estos gritos. En los momentos estrechos deben emplearse los medios extremos, fiándolos á los corifeos de las revoluciones, que siendo los primeros interesados en el triunfo, no pueden retroceder delante de la arbitrariedad y de la violencia que llega á ser una necesidad. ¿Pero pueden responder del porvenir? ¿Quién puede asegurar que mañana, esta noche, dentro de una hora, no vengan nuevos gérmenes de discordia á estallar entre los segovianos? Es necesario sobre todo prevenir los horrores de la falta de comestibles, porque entonces el desaliento y la indisciplina se harian generales. Este pensamiento dominaba á don Juan Bravo, nuevamente elegido alcalde segundo.

—Señores, dijo á los demas individuos del ayuntamiento de Segovia, en el estado de apuro en que nos encontramos, es preciso triunfar á toda costa, y cuanto antes sea posible; y, sin embargo, no podemos conseguirlo sin una intervencion poderosa y amiga, y esta intervencion solo nos la puede prestar la ciudad de Toledo.

—¡Pero el condestable manda en ella! gritaron los mas prudentes.

—Si hemos de dar crédito á los desertores, debe venir con toda su tropa á reunirse á Antonio de Fonseca. ¡Qué se levante Toledo en su ausencia! y entonces todo el mediodia de Castilla la Nueva volará á nuestro socorro. No debe dudarse que Toledo se sublevará; un fuego secreto se oculta en su seno, y yo seré, sino hay nadie que se oponga, el encargado de hacer que esta ciudad abrace nuestra causa. Despues continuó con un tono de seguridad que acabó de decidir á la asamblea, yo me prometo atravesar, vestido con el uniforme de uno de los desertores, las líneas de nuestros sitiadores y llegar mañana á Toledo. Una vez dentro de sus muros, yo cuento que con la ayuda de Dios y los amigos que alli tengo, lograré mi empresa.

Un aplauso general recibió esta patriótica proposicion.—No es esto todo, continuó Bravo, sino que es preciso que hasta mi vuelta os mostreis todos con la mayor serenidad.

—Aquí no se trata mas que de vencer ó morir; dijo el corregidor don Gil Fuentes; ¿pero cómo infundir valor al pueblo si se apodera de él el desaliento?

—Yo me encargo de infundirselo, replicó el alcalde primero Rinaldo de Córdova, hombre de energia y actividad. ¡Ah! si el egemplo de Medina del Campo no es suficiente para dar á sus corazones el ardor que necesitan, yo adoptaré un medio de probar á los cobardes que para salvar la vida no hay otro recurso que esponerla defendiéndose, como hacen sus gefes y todos los que como nosotros están comprometidos. Yo sé bien que no hay amigos mas verdaderos que los que corren unos mismos peligros por defender la misma causa. Yo voy á igualarlos á todos. Es necesario que cuando Segovia despierte hoy, haga un saludo enérgico al capitán Antonio de Fonseca.

En el mismo instante; y aprovechando la suspensión de armas de la noche, hizo preparar un enorme maniquí de figura humana, lleno de paja y le puso sobre la frente esta inscripción: «Antonio de Fonseca, verdugo de Medina del Campo.» Luego, cuando fué ya bien de día, dió orden de que se pasease aquella figura por las calles de Segovia, con el fin de inflamar el resentimiento de las masas. A su vista, mil voces, mil dichos insultantes, se elevaron por todas partes, y acompañaron la colosal imagen de Fonseca, hasta la plataforma del fuerte de Toledo. Allí, á presencia del campo enemigo, fué ahorcado y quemado, en medio de las maldiciones y de los gritos furiosos de alegría de la delirante turba. Fonseca respondió á estos insultos con un cañonazo, cuya bala vino á destrozár el patíbulo, y á poner en desórden á los frenéticos que voceaban alrededor.

El fuego de los sitiadores, que en toda la mañana habia sido bastante débil, cesó de repente hácia el mediodía. Los segovianos sorprendidos, oían bien el ruido de las explosiones de las armas de fuego, pero los tiros no eran dirigidos á la ciudad, y por esto el orgullo de los sitiados aumentaba en proporción del descanso que les concedían las armas realistas. Ya pedían algunos de los mas confiados, que se hiciese al instante una salida para acabar de poner en desórden el ejército de Fonseca, que, segun su opinión, se preparaba sin duda á levantar el sitio aquella noche, cuando de repente, los centinelas apostados en la torre mas alta del Alcázar, divisaron á lo lejos una tropa de hombres armados. En efecto, ya bajaban la colina en que concluye el valle del Eresma. ¡Por Nuestra Señora de la Paz, patrona de Segovia! ¡que no es un socorro que la Virgen envía á sus habitantes; pues se dirige al campo de los realistas! ¡Qué movimiento tan extraordinario se nota en éll! No es Fonseca al que se vé recorrer las líneas, es un caballero cubierto de una armadura sin penacho, que montado en un brioso caballo negro, manda las operaciones del sitio; es un nuevo general que, á la cabeza de un destacamento del segundo tercio de Aragon, ha venido á reforzar el ejército real, y hace una hora que está recorriendo las trincheras.

—¿Qué viene á hacer aquí esta ave negra con su plumage de mal agüero? decía cierto majo de arrogante ademan, á quien estaba confiada la custodia de un reducto, no lejos de la medio arruinada torre Isabela.

—Atiende, Nuñez; yo voy á preguntárselo, repuso un jóven, fabricante de paños, que debia ser mas ágil para manejar el batán de su fábrica, que el afusté de un cañón.

¡Pero de cuánto no es capaz el patriotismo! En prueba de esta irrecusable verdad, el artillero improvisado, dirigió su falconete al caballero de las armas negras, que marchaba á la cabeza de su escolta; pero poco instruido en las curvas que describen las parábolas, el presuntuoso artesano, quedó sorprendido al ver que la bala de su cañón, habia alcanzado y derribado á unos parlamentarios que se dirigian en este momento á las murallas con una bandera en la mano; en señal de paz. Entonces, una descarga de artillería respondió al

intempestivo ataque de los dos paisanos; al estruendo de estas nuevas hostilidades, todos los vecinos corrieron á las murallas; la llamada del tambor y el sonido de las trompetas, hallaron eco hasta en el corazon de las mugeres, que sentian renacer su valor á la horrible idea de la espantosa suerte que les aguardaba, si triunfaba Fonseca, y querian en su exaltacion tener su parte en todos los peligros del sitio. En un instante se llenaron de defensores las dos atalayas, San Fernando y el Real Carlos. Con la mayor prontitud se llevaron á sus almenas los mosquetes de horquilla, las culebrinas, toda especie, en fin, de armas de fuego y proyectiles de todo género, que se tomaron de otros puntos menos espuestos al ataque del enemigo en lo que obraban con prudencia, porque todas las maniobras de los sitiadores, se dirigian á estas dos importantes fortificaciones. A juzgar por la frecuencia con que se sucedian las descargas de artilleria en el campo enemigo, bien pronto no serian aquellas, mas que un monton de ruinas y escombros.

Pero aun no habia brecha abierta, y ya sin embargo en el ejército real se notaban algunas señales de asalto; los miqueletes catalanes de Fonseca, estan ya detrás de los caballos de frisa, que les protegen contra los disparos de la plaza; ya llegan á las orillas del Eresma, ¡gran Dios! quieren atravesar el rio y marchar ¡al asalto. Ahora no retrocederán, porque los sostiene el tercio de Aragon y les inspiran valor los ojos del condestable que manda la accion en persona; porque él es; á pesar de la sencillez de su sombría armadura, ha sido reconocido por los sitiadores.

—¡Si! ¡por San Gil, mi patron, que es el señor de Velasco seguramente el que viene á nosotros con tanto brio!

—¡Y bien! dijo el intrépido Rainaldo Córdova, preparaos para entregarle el baston, porque os lo viene á pedir en nombre del emperador. Y hablando así, arrancó de manos del corregidor, aquel distintivo de la autoridad civil, y con brazo fuerte lo lanzó al condestable, acompañado de una descarga de fusileria. En aquel instante la primera compañía de miqueletes que acababa de pasar el rio, arrojaba sus escalas á la muralla:—Este es el momento de pelear á sangre y fuego, dijo al verlos acercarse el valeroso alcalde mayor; y cogiendo una caldera de pez hirviendo, la arrojó por un canalon sobre la cabeza de los temerarios catalanes que se atrevian á escalar la muralla.

El primer batallon de Navarra y una compañía de zapadores, traídos de Galicia, atacaban la ciudad por la parte del Oeste, siguiendo aun el antiguo sistema de batir las plazas; las grandes rodela de piel de buey que les servian para defender sus cabezas, formaban á lo largo de la muralla una especie de tortuga, medio que el uso de la artilleria comenzaba ya á hacer que cayese en el olvido. En el centro del plan de operaciones, tan admirablemente avanzadas hácia la torre Isabela, el condestable á la cabeza del tercio de Aragon, se reservaba el honor de abrir la brecha. Por esto hizo, bajo el mismo fuego del enemigo, cubrir con haces de leña y fagina un paso vadeable que ofrecia el rio por aquel lado, á costa distancia de las

murallas. Despues, aprovechándose de la confusion, ocasionada por los dos ataques simultáneos que habia mandado dar sobre puntos distantes para distraer las fuerzas de los sitiados y llamarles la atencion por muchos lados, avanzó hasta el pié de la torre Isabela. Ya empezaba á trepar por los escombros con lo mas escogido de su ejército, cuando los segovianos, conociendo entonces su proyecto de ataque, se arrojaron á cerrar con sus cuerpos aquel flanco vulnerable de la plaza.

Entonces se dejó ver una horrorosa carnicería; el fuego del cañon habia cesado por ambas partes, porque acababa de trabarse una lucha cuerpo á cuerpo, en que confundidos sitiados y sitiadores, cada uno podia inmolar indistintamente á sus tiros amigos y enemigos. Don Miguel Henriquez, bastardo de la casa del almirante, elegido últimamente por el pueblo comandante del Alcázar, luego que vió desde lo alto de la fortaleza lo que estaba pasando en la torre Isabela, hizo callar sus baterías, apuntadas en aquella direccion. Pero si el estruendo de las armas de fuego no resonaba por aquel lado, reemplazábante en cambio los gritos de los heridos y los ayes de los moribundos; y era tal la desesperacion con que hombres, mugeres y niños se batian en la brecha, que de cualquiera cosa hacian una arma defensiva. ¡Qué digno de admiracion era el condestable en este horrible combate! Con su ancha espada de cinco pies de largo, daba fieros y redoblados golpes y abria grandes brechas en aquellas murallas vivientes que le cerraban el paso; todo cedia á los filos de su cuchilla, y la sangre corria á torrentes. Si hubieran seguido algunos instantes mas el condestable y los suyos batiéndose de aquella manera, la posicion hubiera sido tomada; pero un nuevo refuerzo de sitiados, á cuya cabeza marchada el alcalde mayor, vino á mudar el aspecto de la pelea. Don Antonio de Fonseca que conducia los migueletes y tocaba ya á las almenas, fué el primero que se le puso delante: el vigoroso Rainaldo Córdova de un violento revés de su hacha de armas le hizo rodar hasta el pié de la torre de San Fernando con grande asombro de los soldados catalanes que, temerosos de igual suerte, abandonaron el puesto delante del valeroso alcalde y de sus bravos compañeros. Ya que tuvieron seguro este punto, volaron hácia el lado donde se oian gritos tumultuosos.

La brecha de la torre Isabela era entonces un horrible teatro de carnicería y desolacion. La noche vino durante esta horrosa lucha á aumentar aun el terror envolviéndola en el velo de sus tinieblas. Nada parecia que debia poner término á este combate encarnizado, en que vencidos y vencedores se encontraban confundidos, cuando la repentina llegada de Rainaldo Córdova, acabó de decidir el fin de esta jornada; los realistas cargados con vigor, son espulsados de la muralla; bien dichoso aun el condestable con haber salido sano y salvo y haber dejado la mejor parte de su ejército. Vióse, pues, forzado á dar la señal de retirada, pero no por eso abandonó su posicion favorable delante de la plaza, donde debia pasar la noche, para poder, cuando amaneciese, romper de nuevo las hostilidades. Bien necesitaba en aquel momento el anciano guerrero entregarse al descanso des-

pues de diez y ocho horas de marcha y seis del mas encarnizado combate: pero pocos instantes fueron suficientes para que adquiriesen nuevo vigor sus miembros endurecidos en las fatigas. Asi, apenas comenzaron á apuntar los primeros rayos del alba, mandó tocar flana en los diversos cuarteles.

Como la jornada de ayer habia diezmado las filas de los realistas, dió el condestable órden á su sobrino el almirante, que mandaba la reserva, para que se le uniese con aquel cuerpo. Apenas llegó este refuerzo, hizo de él dos divisiones; el señor de Velasco, reservando una cerca de sí, al mando de don Fadrique Henriquez, desplegó la otra sobre toda la línea de operaciones, porque el ataque esta vez habia de ser decisivo. Los sitiados por su parte estaban persuadidos de lo mismo, y trabajaban con ardor para servirse de todos los medios de defensa, aquí se apresuran á reparar los destrozos que habia sufrido la muralla con sacos de arena, haces de leña ó montones de piedras; allí, reunen numerosos proyectiles; las plataformas de las atalayas y las troneras del muro están provistas de artilleria de todos calibres, y en todas hay apostados hábiles tiradores con sus escopetas de camino, en cuyo diestro manejo son con justicia tan afamados, con órden espresa de no disparar mas que á los gefes de los sitiadores.

Para proceder, en fin, con mas órden y celeridad en la defensa de la plaza, dividiéronse los segovianos en tres cuerpos, el primero, mandado por el alcalde mayor, y á las órdenes del corregidor, el segundo, ocupaban las fortificaciones esterióres de la ciudad; los alrededores de la torre Isabela y las comunicaciones de la brecha, estaban guardadas por el tercer cuerpo, bajo las órdenes del bastardo Henriquez, que para tomar la defensa de este importante punto habia tenido que abandonar momentáneamente el mando del castillo, habiéndose en su ausencia confiado su custodia á dos frailes de San Francisco, encargados tambien de servir la artilleria del Alcázar: tanta era la necesidad que habia del concurso de todos los habitantes para la defensa de la ciudad. Pero que obren con prudencia estos intrépidos monges, porque el encarnizamiento con que se batien de una y otra parte es tal, que en medio de semejante refriega tan fácil es hacer daño á los realistas como á los segovianos.

Después de algunos momentos volvió el fuego á empezar con mas violencia que nunca sobre todos los puntos de la plaza; y era necesaria toda la solidez de los materiales que los moros habian empleado en aquellas murallas y el estremado espesor que acostumbraban dar á todas sus obras de fortificacion, para poder resistir mucho tiempo á la metralla. Sin embargo, ya estaban por muchos puntos desmoronadas. El condestable lo advirtió, y comunicó en el acto la órden de que inmediatamente se diese el asalto á Segovia. Ya en muchos sitios habia sido puesta la escala con distinto éxito, pero en la torre Isabela sobre todo es donde estaba entonces lo recio del combate. Allí, don Inigo de Velasco y su sobrino don Fadrique Henriquez, daban á sus soldados el ejemplo del mas grande valor; en la otra division, el bastardo Henriquez no cedia á nadie en bravura. Todo su deseo era encontrarse con el almirante, de quien tenia motivo para

estar quejoso, pues le rehusaba el reconocimiento de parentesco, pero en este momento el bastardo y los suyos acababan de ser rechazados hasta el interior de la ciudad. Viéndose entonces ya desesperado se armó de un trabuco y apuntó su ancha boca á don Fadrique que le perseguía.

—Toma, Henriquez, gritó aflojando el gatillo, y aprende á reconocerme una vez antes de tu muerte.

El almirante cayó herido. A su vista, los soldados del tercio de Aragón, que le amaban, prurupieron en gritos de venganza y se precipitaron con furor sobre la multitud en medio de la cual se había refugiado á Miguel Henriquez. Todo cede á la violencia de su choque, y el mismo bastardo pereció de un lanzazo, y fué á buscar en el otro mundo á sus numerosos compañeros que ya la muerte había precipitado.

Sobre los otros puntos de la ciudad la lucha se valanceaba mas ó menos indecisa; el cañon del Alcázar habia hecho bastante daño en el cuerpo de arcabuceros dirigidos por el señor de La-Chau en su frustrada tentativa de escalamiento. En cambio la victoria se declaraba por los realistas en el lado opuesto. Las dos torres, de San Fernando y el Real Carlos, estaban casi en poder de los migueleses de Cataluña, mandados por el jóven conde de Haro, en reemplazo de don Antonio de Fonseca. Que redoblen un poco mas sus esfuerzos y bien pronto será tomada la ciudad por aquel punto.... ¡Cielos! ¡el alcalde mayor ha sido herido gravemente! ¡Quién vá á defender ahora la entrada de la plaza, abierta á los sitiadores? No será ciertamente el gremio de los fabricantes de paño ni el de los tintoreros; vedlos como huyen. Ahora que su gefe está fuera de combate se han quedado desiertas las almenas, y ya los valientes catalanes acaban de ocupar la plataforma de la torre de San Fernando, mientras que los zapadores gallegos llevan por las minas subterráneas la destruccion á los cimientos de las murallas, haciéndolas volar con estruendo, y abriéndose así un camino hasta el centro de las fortificaciones. Un terror pánico empieza entonces á apoderarse de los habitantes de Segovia. Sus mas valientes capitanes no están ya á su cabeza, y muchas brechas abiertas en diferentes puntos de la muralla, ofrecen fácil paso á los realistas. Los mas cobardes de entre los sitiados en esta fatal situacion se refugian unos en el Alcázar, otros corren á invocar al Dios de las batallas en la venerada iglesia de Nuestra Señora, y muchos individuos de la cofradia de Santiago, con los canónigos á la cabeza, se postran al pié del altar del ilustre patron de las Españas implorando su asistencia. Aun no habian concluido su fervorosa oracion, cuando mil gritos de alegría se dejaron oír en direccion de la puerta de Toledo. Una nube de polvo que se ha visto en el horizonte parece dirigirse hácia la ciudad: ¿habrán sido escuchadas las súplicas de los segovianos? ¿será aquel el socorro que ellos han invocado? Ya no lo dudan, porque el sol, que está en la mitad de su carrera, ha dejado ver una tropa de caballeros. ¡Por Santiago! ¡que ya los divisan! Bien pueden, con ese paso que traen, ganar la delaptera al mismo famoso Babieca del Cid, si estuviera aun en este mundo; pero

¿será una ilusion?... ¿A su cabeza el patron de las Españas? Si, es el mismo, montado en su caballo de crin blanca, flotando al viento. Ahora, que ya está bastante cerca, se distingue bien la espada roja al lado izquierdo de su manto.

—Es el mismo, ¡y trae en sus manos el estandarte de Castilla! gritó un viejo soldado que habia vuelto á vestir aquel dia su uniforme de batalla para defender su ciudad natal; y puedo deciros que hoy se pronuncia en nuestro favor, como otras veces lo he visto yo; sí, señores, lo he visto con mis mismos ojos en el sitio de Granada, en Italia y en otros muchos combates cuando debia ser decisiva la accion.

—En ese caso, anciano, la suerte está por los segovianos esta vez, porque cerca del señor Santiago tremola la bandera imperial de Toledo; pero ¡vive Dios! ¿qué tropa es aquella que viene por allá abajo siempre en la misma direccion y á igual distancia del grupo de caballeros?

—¡Oh! pues ahora bien reconozco el estandarte de Castilla y los colores de mi antiguo cuerpo, dijo el soldado viejo.

—¡Por San Gil, mi patron! replicó el corregidor; ¿vendrá tambien á nuestro socorro el tercio de Castilla? Mirad á la primera fila: ¿no distinguís á su cabeza al valiente don Juan Bravo?

—Ciertamente que lo veo sobre su hermoso caballo negro, respondió el jóven.

—¡Amigos, firmes! gritó entonces don Gil Fuentes. Ya está aqui el refuerzo que nos envían nuestro señor Santiago y nuestros hermanos de Toledo.

—¡Viva Santiago! ¡vivan los toledanos! repitieron por todas partes.

En un instante llegó á la torre de la ciudad la nueva de la aproximacion de este inesperado socorro, que vino á infundir valor en el ánimo de los desalentados habitantes. Los sitiadores ignorando lo que pasaba entre los segovianos, se preguntaban de donde podria nacer aquella nueva resistencia; bien pronto vino don Juan de Padilla á darles aquella nueva esplicacion. La insignia de la órden de Santiago de que era caballero, habia causado la religiosa ilusion de los sitiados, que habian tomado por su santo patron al valeroso jóven toledano. En aquel momento mismo cayó sobre los realistas sin dejarles tiempo de reponerse; y despues de haber encargado á don Juan Bravo arrojarle sobre el campo enemigo y romper el fuego, cargó el mismo á los sitiadores al pie de la muralla que estaban escalando, y al obrar con esta velocidad llevó el espanto y la confusion en medio de los soldados del condestable. Cogidos estos entre los segovianos por una parte y los toledanos por otra, se acobardaron y echaron á huir en desvandada. Solo la division de preferencia, mandada por el señor de Velasco, se retiró en buen órden. Y aqui debemos decir en honor del condestable, que si poco antes hemos admirado su valor, tenemos ahora ocasion de tributar justos elogios por la habilidad y sangre fria que desplegó el anciano guerrero al verificar la retirada. Su hijo el conde de Haro, el señor de La-Chau y los demas gefes.

que habian abandonado la muralla y se habian unido al rededor del condestable, lograron mantener espedito el estrecho vado del Eresma, mientras el señor de Velasco se apresuró á hacer pasar por él á las pocas tropas que le quedaban; luego desplegó en la otra orilla del rio su ejército en batalla para contener al enemigo, colocó en el centro los heridos y el material que pudo salvar, y dió orden de replegarse en el acto sobre Valladolid, para proteger aquella ciudad en que se hallaban el cardenal Adriano y el gobierno de la regencia.

Preciso es igualmente tributar los mayores y mas justos elogios á la conducta de don Juan de Padilla por su moderacion en la victoria; luego que vió asegurado su triunfo hizo cesar la carniceria. Obrando así el diestro capitán sabia bien que siempre es peligroso desesperar al enemigo vencido, y que la clemencia del vencedor aumenta el número de sus partidarios. De esta manera, reclutó en sus filas un gran número de soldados realistas que pidieron alistarse en sus banderas, y concedió la vida á los migueletes refugiados en la casa de Minto, sobre las orillas del Eresma; y si dispuso prender fuego á este precioso edificio, el mas antiguo de los talleres monetarios del reino, fué porque le puso en la necesidad de hacerlo la obstinada defensa que en él hicieron los catalanes. Viéndose estos en fin abandonados de los suyos y acosados por las llamas, pidieron capitulacion, y don Juan de Padilla tanto por honrar el valor de estos bravos militares como para conciliarse su adhesion, les permitió retirarse con todos los honores de la guerra. La victoria habia sido completa; habian batido y dispersado las tropas reales, cogido sus bagages y apresado su caja militar, provista abundantemente.

Sin embargo no dejó por eso el prudente don Juan de dictar muchas sabias disposiciones para que no turbase su triunfo ninguna alarma; despues, á la cabeza de la juventud toledana, hizo su entrada triunfal en Segovia en medio de las estrepitosas aclamaciones de los vecinos, que le recibieron como á su Dios libertador. Ya era bien cerrada la noche cuando penetró en la ciudad; pero todas las casas iluminadas como por encanto, alumbraron su marcha triunfal hasta el Alcázar. Allí encontraron él y sus compañeros un abrigo y pudieron al fin descansar de las fatigas de aquella memorable jornada.

VIII.

La caída.

No, la magestad real no es una quimera fundada sobre la estupidez humana ó el provecho de algunos seres privilegiados. Todas las personas sensatas tienen, por respeto á ellas mismas, la conciencia de esta veneracion que reclaman las dignidades supremas, establecidas en las diversas sociedades de que forman parte: Dios mismo parece

haber querido rodear á estas insignes distinciones terrestres de una aureola sagrada, cuando á través de los siglos nos muestra constantemente que los pueblos á quienes ha concedido mas larga duracion de órden y de poderío, son aquellos que profesan mas estimacion y respeto á la grande é indispensable gerarquía social, en la que el primer grado, sobre todo, debe aparecer continuamente á los ojos de la multitud, rodeado de esplendor y magestad, llámese rey, emperador ó patricio el que se encuentre elevado á esta altura.

Así, á cualquier condicion que pertenezcais, no podreis penetrar en el palacio de los reyes, sin sentir oprimido vuestro corazon con una especie de emocion involuntaria, que tan impotente será á reprimir el mas fanático por la igualdad, como el impio ó el incrédulo, cuando atraviere sobre el pavimento de la antigua casa del Señor, levante los ojos y los dirija por la vasta estension de los santos lugares, pues tendrá que abatirlos hácia la tierra, confundido de su pequeñez, bajo el arco aereo de la nave gótica.

En la gran sala de los Reyes del Alcázar de Segovia, es sobre todo donde no podriais entrar, sin sentir os dominados al instante por la magestad que os rodea por todas partes; allí, en aquel vasto aposento de estilo compuesto, morisco y gótico, están colocados los retratos imponentes, de los diez y nueve reyes de Castilla, seis de Leon, dos de Asturias, diez y seis de Oviedo, la mayor parte sentados sobre sus tronos y colocados bajo doseles; siguiendo todos el órden de antigüedad, desde Pelayo, el animoso gefe de los montañeses, hasta la desventurada Juana, y el mismo Carlos V, su hijo, nuevo emperador de Alemania. Vense tambien los retratos de otros nobles, valientes y esforzados guerreros españoles, que despues de haber compartido durante su vida, los peligros de sus soberanos, á cuyo lado combatieron por el trono y la patria, tienen bien adquirido el derecho y el honor de figurar aun despues de su muerte, al lado de aquellos mismos gefes que tan lealmente habian defendido. Figura en primer término el de don Rodrigo Diaz de Bivar, cuyas arrogantes maneras é imperioso semblante, manifiestan haber sido dibujados sobre el campo mismo de batalla en el momento en que cinco reyes moros vencidos se arrastraban á los pies del triunfador, apellidándole con el heróico sobrenombre de Cid Campeador.

No está destinada únicamente esta sala á satisfacer el orgullo del trono, sino que, verdadera galería nacional, tiene por objeto perpetuar la memoria de todas las glorias de España. Así, nada hay en las Castillas ni en Aragon mas venerado, y nada mas apreciable al corazon de *Algo* ó el infante de Goth, para quien el pasado es una cosa santa y respetable. ¡Honor! ¡mil veces honor á estos pueblos que no abrigan el pensamiento loco y destructor de hacer que date su historia de los tiempos contemporáneos, y que, á ejemplo de las sociedades antiguas griegas y romanas, y de las naciones francas de los tiempos mas modernos, tienen el sentimiento del patriotismo en el respeto á sus abuelos, conservando y honrando su antigua morada, su imágen, sus cenizas, su religion y la memoria de sus altos he-

chos ; y de este modo están seguros ellos mismos de poder á su vez legar á sus descendientes recuerdos igualmente estimables!

¡Oh! en el seno de la vieja península es donde estas virtudes patrióticas han dominado mas á los pueblos, desde aquel tiempo en que los iberos resistieron á César y á sus lugartenientes, hasta estos dias de gloria en que vemos arraigarse con nuevo vigor este amor á la patria en el corazón de los españoles, lanzándoles en aquella larga lucha contra el islamismo, de que no pudieron menos de salir vencedores. Nuevas circunstancias vienen aun á ofrecer la ocasion de manifestar el noble carácter nacional; y si la insurreccion agita en este momento las Castillas, no es para destruir las instituciones del pasado ni para deprimir la autoridad real; es por el contrario para defender á las unas y á la otra contra esa nube de extranjeros que ha inundado los estados hereditarios de Fernando é Isabel.

Así, estos últimos dias, cuando la sedicion invadió los espléndidos salones del Alcázar de Segovia, inclinó su frente con humildad delante de las grandes sombras reales, y respetando la imágen de don Carlos niño, pintado al lado de la reina su madre, Juana la amada, no hizo recaer su enojo sino sobre el nuevo retrato pintado por Ticiano, en el cual ha representado el célebre artista de Venecia al arrogante don Carlos revestido del manto imperial y con el globo del mundo en la mano; y es que la vista de estos atributos extranjeros recordaba á los insurgentes uno de los agravios de que mas queja tenían contra su jóven rey. Siempre éxasperado en sus arrebatos el pueblo, atreviése á ponerla mano sobre la augusta figura, y bien pronto ellienzo, acrivillado ya á lanzazos, hubiera sido hecho trizas, si Bravo y los demas gefes interponiendo su autoridad, no hubieran impedido que se descolgase el cuadro de la pared. Gracias á la cooperacion de todos los ciudadanos pacíficos, la galeria de los reyes fué respetada en medio de la misma confusion que la duracion del sitio habia introducido en el castillo. Ahora bien, para acabar de salvarla de toda devastacion así de parte de algunos turbulentos de la ciudad como de la malevolencia de algunos toledanos, que parecian difíciles de reprimir, esta sala se destinó para que pasasen la noche en ella los señores Padilla, Maldonado y demas principales capitanes del ejército aliado, como aposento de honor del Alcázar. En cuanto á los soldados, fueron distribuidos entre las demas piezas del castillo y casas de la ciudad.

Ved ya al héroe de la jornada, al glorioso don Juan, instalado en la sala de los Reyes; y habiendo rehusado el lecho de reposo que le tenían dispuesto, de fino lienzo de Holanda, como era costumbre en España prepararlo á los extranjeros de alta distincion, prefirió acostarse envuelto en su capa sobre el duro pavimento para estar pronto á correr á las murallas en caso de una alarma repentina. Bien pronto su espíritu abrumado bajo el peso de los acontecimientos que acababan de tener lugar, cayó en aquel estado de delirio que, sin ser sueño, participa sin embargo del adormecimiento que nos impide ponernos en relacion con los objetos exteriores y que nos parece que soñamos, estando despiertos.

Todas las escenas en las cuales acababa nuestro caballero de tomar una parte tan activa, se presentaban entonces á sus ojos mas horrorosas aun por la aparicion repentina de las grandes sombras que proyectaban los retratos de la sala alumbrados en este momento por el astro misterioso de la noche; sus rayos herian, sobre todo, la figura lacerada del emperador que, cual un espectro terrible, parecia presentarse á la turbada imaginacion de Padilla: el marco conmovido por los esfuerzos injuriosos de los insurgentes, se valancaba en el aire, agitando así á la vista del caballero los pedazos del manto desgarrado de don Carlos. La actitud noble, la fisonomia imponente que el pintor de Venecia habia sabido dar al jóven soberano acabó de abatir al rebelde; y bien pronto los remordimientos, penetrando en su corazon, desarrollaron mas aun el desórden de su imaginacion, y dirigiéndose al emperador mismo, que creia tener delante de sus ojos;

—Detente Cárlos; suspiró don Juan con voz ahogada, yo no soy cómplice de los insultos hechos á tu persona. A tus ministros es á quien es preciso imputarlos; ellos son los verdaderos culpables, los que han abusado de su autoridad, los que han impulsado al carácter ardiente de los españoles á los excesos que yo condeno como tú....

Y despues interrumpiéndose don Juan, creyó oir en el fondo de su corazon una voz secreta que le decia que aceptando la suprema autoridad de los rebeldes era aprobar sus errores y llevar sobre sí una parte de ellos. Y ahora que la sedicion triunfa, se preguntaba á sí mismo, ¿cuál será el término de sus victorias y de sus pretensiones? ¿sabia él mismo cuál seria el fin de la carrera á que se habia lanzado tan imprudentemente?..... Cuando el pueblo se subleva, es necesaria una fuerza sobrehumana para detener sus amenazantes progresos, y poder decirle, como el Eterno á la mar embravecida: «no pasarás de aquí.»

En el horror que inspiran tales pensamientos al irresoluto don Juan, su pecho sofocado se oprime, su cabeza delirante se estrevia; quiere huir de la sombra imperial que le persigue con su mirada, quiere salir de la ciudad y abandonar un partido que á las reclamaciones legales ha sustituido la sedicion y el insulto.... ¿Pero á dónde huir? ¿puede retirarse de la lucha ó permanecer neutral entre Toledo, su ciudad natal, por una parte, y la autoridad soberana por otra? El recuerdo de Maria que domina el fondo de todos sus pensamientos; viene tambien ahora á aumentar su indecision. «¡Oh mi bien amado! suspira en la turbacion que le agita, ¡la muerte sola podrá obligarme á abandonarte y á renunciar á tí!»

En este momento la luna que llegaba al término de su carrera nocturna, alumbraba la pálida y melancólica figura de la madre de don Cárlos, de aquella desventurada princesa que por sus desgracias, merecia bien el interés y el amor que la profesaban los españoles:

—¡Oh Juana! mi verdadera reina, añadió como inspirado por una idea sobrenatural, venid en ayuda de vuestros fieles castellanos que os llaman. Protectora de vuestros súbditos, coronad con el triunfo sus justas reclamaciones: y reina, como sois, haced que se respeten

los derechos de la corona, si en la indignacion contra vuestro hijo y sus pérfidos consejeros, se viese atacado por un celo demasiado ardiente.

Esta luminosa idea volvió la calma á su espíritu, representándose ya á su soberana con las riendas del gobierno y dirigiendo el estado en ausencia de su hijo don Carlos. A estas consideraciones políticas añádase, preciso es decirlo, un motivo secreto de amor, porque una vez dueño de nuestra alma este sentimiento, el mas sutil é imperioso de todos, se combina con las causas que hacen mover y determinar nuestro ser, produciendo en nosotros el mismo efecto que aquellos olores penetrantes que se impregnan de tal manera en las paredes interiores del vaso que los encierran, que se hacen siempre sentir, sean cualquiera los nuevos aromas que se coloquen despues en él. Y esto llevó al alma de don Juan la dulce y consoladora esperanza de decidir á doña María á marchar al lado de la reina Juana: bajo semejante égida su amada no tenia nada que temer. Ya su imaginacion risueña le mostraba á su soberana sonriendo su amor y aprobando su eleccion.

Tales eran las seductoras ideas á las cuales se entregaba el conñado Padilla; tanto le cautivaban sus encantos que no advertia que brillaba el sol hacia algunos momentos á través de los vidrios de la sala, y que Maldonado y sus otros compañeros respiraban aun las dulzuras del sueño cuando la repentina llegada de Bravo vino á turbar el reposo de los unos y las agradables quimeras de los sueños dorados de los otros.

—Amigos, gritó, no solo en vencer consiste todo; preciso es tambien aprovecharnos de nuestra victoria.

—¡Vive Dios! que el señor Bravo habla hoy como un viejo de los tiempos de Annibal, interrumpió riendo el alegre bachiller de Salamanca.

—Yo hablo, replicó el caballero segoviano, como el que no quiere perder el fruto de sus trabajos y desvelos; así, propongo que sin tardanza determinemos las medidas que se han de adoptar en las críticas circunstancias en que nos hallamos.

—¡Si! gritó don Gil Fuentes el corregidor, que seguido de los magistrados municipales de Segovia acababa de entrar cuando Bravo concluía de hablar: preciso es adoptar al instante un plan de asociacion para defender nuestros intereses comunes; porque si nos separamos sin quedar ligados los unos á los otros con un lazo indisoluble, dejamos en peligro la santa causa nacional.

—Para contraer tales compromisos, interrumpió Padilla, me parece que cada uno de nosotros deberia antes dirigirse á sus conciudadanos.

—Don Juan tiene razon, replicó Maldonado, y ademas que no seria obrar con prudencia dejar de pedir el concurso de las demas ciudades del reino que no tardarian en unirse á nosotros, ahora principalmente que se ha declarado la victoria por nuestras armas.

—Ved aquí ya á los diputados de Torrelavatan y Tordesillas que acaban de llegar, añadió el alcalde que habia reemplazado en aquel momento al valiente Rainaldó Córdoba; y si podemos dar crédito al

aviso secreto, que nos envia el obispo de Zamora, toda su diócesis estará por nosotros.

—Perfectamente, dijo Maldonado; pero yo necesito volver á Salamanca para consultar de nuevo la opinion de mis conciudadanos.

—Y yo á Toledo, gritó el caballero Padilla; porque en fin, es justo que nosotros estemos bien informados de las intenciones de cada una de nuestras ciudades para que podamos en la asamblea general, de comun acuerdo, hacer la esposicion completa de los agravios cuya reparacion pedimos al emperador Carlos V.

—Decid mas bien á don Carlos, hijo de la reina Juana murmuró la reunion.

—Don Carlos, si os parece asi mejor, repuso don Juan con aquel aire de autoridad que imponia á todo el mundo. Pero tened entendido que en tanto que yo no reciba nuevos poderes de Toledo, no tomaré parte alguna en vuestras decisiones.

Por el tono con que pronunció Padilla estas palabras conocieron los asistentes que su resolucion era irrevocable, y mejor aun tal vez que ellos abrigamos nosotros la misma conviccion, porque conocemos los motivos secretos que tenia para sostener con empeño su vuelta á Toledo.

—Pues entonces, replicaron los ciudadanos poco satisfechos, dejemos para otra ocasion esta conferencia; pero fijemos al menos el dia y sitio para la convocacion de los diputados de todas las ciudades que quieran asociarse á nosotros para concluir de una vez con tan intolerables abusos.

Aquí fueron interrumpidos por un jóven, fraile de Santo Domingo, de semblante virtuoso y melancólico, recientemente llegado de París, donde había permanecido algun tiempo con el objeto de perfeccionarse en el estudio de la teología. Este jóven religioso había traído los principios de independenciam que se profesan en Sorbona, pero cuando el emperador Carlos V le llamó cerca de su persona para confiarle la direcccion de su conciencia, había tenido que desentenderse de aquellos principios; pero en este momento el jóven Domingo Soto, porque él era en efecto, tomaba parte en las ideas de insurreccion con tanto mas celo cuanto que apoyaba su fé política en la inviolabilidad de los privilegios y de las costumbres de su nacion, cuyo origen y cuya historia poseia á fondo. Por esto se adelantó á tomar la palabra, diciendo:

—Si hemos de seguir las antiguas costumbres, preciso es dar la preferencia al dia festivo mas próximo, y mejor que á ningun otro al de Santiago, patron de España, que tenemos bien cercano. En cuanto á la eleccion del sitio vosotros conoceis como yo la antigua tradicion que nos enseña que en las iglesias de Santiago de Galicia, San Pedro de Roma, y San Pablo de Efeso, es donde deben celebrarse las reuniones que han de decidir de los destinos divinos y humanos; y ved aquí porque desde Carlo Magno, verdadero fundador de la Basílica de Santiago, segun afirma el arzobispo Turpin, los estados nacionales se han reunido en todo tiempo en la catedral de Compostela.

—Eso es hablar mas bien como hombre de iglesia que como hombre de guerra, interrumpió don Juan; y si hubiera de atenderse á mi voto, no se convocarian los diputados para un rincón de España, lejos del apoyo de nuestras ciudades, ni en un pueblo adicto á los flamencos, despues que estos estrangeros estuvieron en él, con el rey don Carlos durante las córtes de abril último, donde se les vió derramar nuestro oro á manos llenas para ganarse partidarios. Si pues la casa del Señor, se considera como el solo lugar en que los representantes del pueblo puedan debatir los intereses de España con mas dignidad, ¿por qué no elegir la iglesia metropolitana de la capital del reino? Bien merece Toledo que las demas ciudades le concedan ahora este honor.

Esta proposicion no encontró eco en la asamblea; una envidia secreta impedía que pudiera adoptarse una proposicion que tendia á consagrar la superioridad de una ciudad ya demasiado floreciente; porque los principios de igualdad quiméricos aquí abajo, y cuya realidad no se encuentra sino en el cielo por los elegidos, nacen siempre en el seno de las revoluciones aun las menos democráticas. La razon es que los agitadores de todos los tiempos seducen con falaces esperanzas á los pueblos que quieren explotar en su provecho, halagando sus pasiones y engañando su fácil credulidad.

Por esto fué Maldonado vivamente aplaudido, cuando tomando la palabra respondió así á don Juan de Padilla:

—Ciertamente que yo, diputado de Salamanca, he rehusado marchar á Compostela en las últimas córtes, y no propondré ahora elegir esta última ciudad; pero yo no sé por qué se ha de dar á Toledo la preferencia: en una causa como la nuestra, cada ciudad representa iguales derechos que las demas; por tanto, mi opinion es que elijamos ahora un lugar central, comun á todos, á egemplo de nuestros padres, que se reunieron en la llanura de Avila en 1468 para declararse contra la autoridad real que se habia hecho su enemiga.

Este hecho, citado á propósito por el independiente bachiller de Salamanca, produjo un efecto eléctrico sobre todos los asistentes:— ¡A Avila! ¡A Avila! gritaron entonces con voz unánime. En vano quiso don Juan interponer su poderosa voz, esta vez nadie le atendió.

—Si, ¡la llanura de Avila! replicó con energía el rebelde corregidor don Gil Fuentes; y aunque esta llanura no tuviera la ventaja de estar á diez leguas de aquí, y de encontrarse en medio del foco de la insurreccion, nosotros deberiamos, sin embargo, concederle siempre la preferencia, porque solo su nombre podria tal vez traer á la memoria de don Carlos, la suerte de su tio Enrique IV.

A esta atrevida alusion, recibida con alegría, frunció las cejas el señor de Padilla, porque queria reclamar con energía y nobleza en tanto que se disputaban los derechos de la nacion; pero su corazon leal se indignaba á la idea de atentar á la magestad y á las prerogativas de su legítimo soberano. Sin embargo, el recuerdo de doña Maria, el retrato de la reina Juana y las dulces ilusiones de la noche última, se agolparon á su imaginacion, y permaneciendo en silencio, se retiró de aquella reunion.

Pero su alma, agitada por mil emociones contrarias, que no dejaban á su voluntad determinarse, sentia la necesidad de la meditacion y de consagrarse á las santas inspiraciones que solo la oracion puede darnos en las misticas relaciones que establece entre nosotros y los gloriosos habitantes de la sagrada mansion; consoladora y piadosa comunicacion con el cielo, cuyo benéfico efecto es traer siempre la paz á nuestros turbados espiritus. Antes de ponerse en camino para Toledo, quiso don Juan visitar la capilla de nuestra Señora de Fuencista. Los numerosos peregrinos que acuden allí todos los años á postrarse á los pies de la madre de Jesus, jamás la imploran en vano. Desde aquella noche de abril de 714, en que el religioso Sacaro escondió en aquel lugar solitario la Virgen que acababa desalvar del furor de los moros vencedores de Segovia, la multitud de milagros y de maravillas que se contaban de Nuestra Señora de Fuencista, habian ido hasta hoy siempre en aumento. No nos sorprenderá, pues, que Padilla se dirigiese á pedir á esta Señora que calmara las inquietudes de su alma. Un pensamiento amoroso iba envuelto tambien en la piadosa devocion del caballero. ¿No era la Virgen María, la patrona del bien amado de su corazon?

Pocos momentos despues se puso en camino solo, en su hermoso caballo blanco, que parecia adivinar el noble animal, tal era la velocidad con que marchaba, la impaciencia del caballero. En pocos instantes nuestro héroe dejando atras los muros de la ciudad y el antiguo acueducto, levantado por Trajano, atravesó la fértil campiña que riega el Eresma, valle risueño embellecido por los mas ricos dones de la naturaleza, en que la vista descansa siempre sobre una vejetacion abundante y variada, y sobre la fresca sombra matizada de mil árboles diversos, al rededor de los cuales se entrelazan en contornos graciosos los sarmientos de las vides; risueño abrigo á que ha debido este sitio encantador el nombre de parral, ó cuna de verdura.

Pero el aspecto de este delicioso paisaje no era bastante poderoso á detener á Padilla ni á distraerle de sus reflexiones; ya habia llegado á lo alto de la pendiente desde la cual los conventos de Santa Cruz y de San Gerónimo, parecen orgullosos de estender al sol las largas alas de sus tejados, y de ofrecer con arrogancia por puntos de vista á los habitantes de Segovia sus altos campanarios y sus elegantes agujas; cuando de repente el ruido de las campanas de estos santos edificios, que tocaban como siempre á mediodía en honor de la Virgen, espantó el corcel de nuestro héroe. Entonces sumergido en sus meditaciones, olvidó hasta el cuidado de sujetar el freno á su caballo que marchaba con un paso demasiado rápido; así en su pánico terror el fogoso animal haciendo un violento escape tiró á tierra á su descuidado jinete. El primer movimiento de don Juan fué afirmarse en las riendas, pero lo hizo con tanta violencia que encabritándose su caballo cayó sobre las piernas cogiéndole debajo; el animal volvió á ponerse de pié al instante. En cuanto á Padilla habia perdido el conocimiento pero conservaba la razon y creia que habia de permanecer en aquel sitio, por que tenia una pierna

dislocada, hasta que algun pasajero caritativo viniese á socorrerle.

No tardó mucho tiempo probablemente en llegar este; por que al volver don Juan de su desvanecimiento se sorprendió al encontrarse acostado en un lecho cómodo y espacioso. Nuestro caballero creyó entonces estar bajo el imperio de una pesadilla, sobre todo cuando dirigiendo alrededor sus ojos atónitos, apercibió la celestial figura de su amada. ¿Era por ventura un ángel tutelar, quien bajo formas tan encantadoras velaba cerca de su cama? ¿ó era mas bien una ilusion de su imaginacion delirante? El movimiento repentino que hizo para arrojarle á la adorada de su corazon le causó un terrible dolor en la pierna dislocada, y le convenció de la realidad de su posicion.

—¡María! exclamó con acento ahogado por la felicidad y la sorpresa; ¡vos aqui! ¡oh! hablad; que vuestra misma voz me diga que sois vos la que estais aqui, cerca de mí! y los ojos del jóven destellaban un fuego penetrante, y su fisonomia se animaba tiñéndose de un color encarnado febril, que asustaba á doña María.

—Si, Juan mio, yo soy! dijo; pero en nombre de nuestro amor calmad esa impaciencia, que puede seros funesta. Vuestro enfermero, hábil religioso, responde de vuestra curacion, si permanecéis tranquilo y sin hacer movimiento alguno agitado.

—¿Pero en dónde me encuentro? interrumpió el caballero.

—En el convento de San Gerónimo, replicó María conmovida; y fijaba sus dulces miradas sobre el rostro querido de su amante, queriendo compartir con él los dolores que le atormentaban; despues continuó: seguida de Moreno y de Inés yo habia llegado al fin de la pendiente que hay detras de la iglesia del monasterio y habia tomado el camino que conduce á este piadoso retiro, donde habia venido á buscar un asilo durante nuestras discordias civiles, cuando vi á Alamez, vuestro hermoso caballo árabe, que pastaba en la pradera vecina, y un instante despues os encontré á vos... ¡Ah! jamás se borrará esta imagen de mi memoria! Os vi tendido en tierra sin movimiento! Entonces volé hácia vos; envié á buscar socorros y os hice trasladar á este aposento reservado, como sabeis, á los individuos de la familia de los Pachecos.

—¡Angel tutelar de mi vida! suspiró el enamorado don Juan presentando con delirio la mano á su amada.

—¡Oh! por piedad á vos y á vuestra amiga, replicó la señora, ¡reprimid tales emociones! El santo varon que os asiste, ha ordenado la mas grande calma hasta que vuestra pierna esté desenvuelta de el aparato que la cubre. En poco tiempo, ha añadido el religioso....

—¡En poco tiempo! interrumpió don Juan, á quien estas últimas palabras acababan de recordar los compromisos con su partido; es necesario que sin detenerme parta para Toledo, mi deber...

—Ahora es imposible, replicó con vehemencia la enamorada María, el estado de vuestra salud no lo permite. Seria un mal para vos, continuó apoyándose en cada una de sus palabras, huir de nuestros cuidados; vuestro deber... es no perdonar medio alguno

para restableceros. La patria misma os lo ordena como á su defensor; y yo, continuó bajando la voz, os lo pido como al protector cuyo apoyo me es tan necesario. Y un vivo encarnado cubrió las mejillas de la jóven.

En cuanto al dichoso caballero tenia el corazon demasiado lleno de júbilo para poder encontrar un language que espresase todo lo que sentia en aquel momento de amor y felicidad. Solo los besos de que cubria la mano de su amada, respondian tácitamente á las dulces pruebas de confianza de doña María. Esta fué la que primero rompió el silencio, diciendo:

—Si tan urgentes son las comunicaciones que teneis que hacer á vuestros conciudadanos, ¿por qué no enviáis un mensaje á Toledo?

—Porque en las circunstancias, María, en que nos hallamos, esa mision reclama una discrecion y una prudencia...

—¿Y no hace mucho tiempo, replicó la señora, que apreciáis en Moreno todas esas cualidades? El es un fiel criado que nos es muy adicto, y podeis fiaros enteramente de él para ponerlos al corriente de todos los actos y los proyectos de los toledanos.

Esta idea fué aprobada por don Juan, quien consignó su opinion y todas sus observaciones políticas en un estenso pliego que dirigió á los señores alcaldes de Toledo y á don Pedro Pacheco y Giron, gobernador de la ciudad, entregándolo á Moreno con otras instrucciones verbales secretas y encargándole que las pusiese en conocimiento de aquellos.

Esta vez el criado desempeñó bien su mision, y si no fué traidor como en otras circunstancias á la confianza que habia inspirado, fué por que no le pareció que era llegado el tiempo de vender á su señora doña María Pacheco, ni de ser infiel á los intereses de don Juan de Padilla; por otra parte, él tenia tambien que entenderse con Giron y dar esplicaciones á este influyente faccioso, que debia servirle para preparar nuevas tramas y tender nuevos lazos á los cristianos de todos los partidos.

IX.

El monasterio.

Comunmente se ven la mayor parte de los mortales arrastrados por los placeres y las vanidades del mundo, dejándose llevar por la inclinacion de sus caprichosos deseos sin oponerles resistencia, y sin hacer esfuerzo alguno de genio ni tomar en cuenta sus eminentes cualidades, ni la idea de su porvenir. El piadoso cenobita recibe por el contrario con la inspiracion del cielo las privaciones y los sufrimientos aquí abajo, pero tambien la felicidad y la gloria para su alma inmortal.

Al hombre consagrado solo á Dios, sacerdote ó solitario, está

reservada la verdadera sabiduría y el íntimo conocimiento del libro de la vida; mejor aun que el higlander de Escocia, posee la doble penetración y estiende su vista mucho mas allá de nuestro horizonte; su mirada atraviesa la misteriosa oscuridad de la tumba, y se atreve á penetrar en la eternidad, en ese círculo infinito de los tiempos que no tiene presente, ni principio, ni fin. Solo en la vida religiosa se puede comprender una tan alta vocacion que parece imprimir por sí misma en el corazon las santas revelaciones y los transportes divinos, y que nosotros ocupados de los negocios mundanos, no dejamos de prodigar nuestra admiracion á los celosos mortales que tanto se cuidan del porvenir, aun que disipados, como somos tal vez, no participemos de su buen juicio ni de su prevision.

Si desaprobáramos la existencia austera y retirada de estos piadosos regulares bajo el pretexto de que viviendo retirados del resto de los hombres eran inútiles á sus semejantes, seria un mal para nosotros, que ciertamente nos guardaríamos de condenar la insignificante vida de ese turba de desocupados, cuyos mil diversos pasatiempos lejos de tener por objeto el bien de la humanidad, puede esta considerarse dichosa sino le son perjudiciales. Por otra parte ¿quién se atreveria á sostener que en estos pacíficos claustros, objeto de nuestra censura, no encuentran mejor que en el mundo egoísta y positivo consuelo los grandes infortunios, eficaces inspiraciones y paz á sus remordimientos las conciencias criminales?

¡Las comunidades religiosas inútiles á la humanidad! diez siglos se levantan delante de nosotros para reclamar contra semejante condenacion. Que penetren los pueblos en el fondo de sus archivos municipales y encontrarán testimonio de que sin gravamen para ellos, sus enfermos y sus pobres encontraron siempre socorro y alimentos á la puerta de los monasterios; que las campiñas floridas y fértiles recuerden el origen de su fecundidad, y pagarán un justo tributo de elogios á estos primeros cultivadores, tanto mas celosos cuanto que creían ganar el cielo trabajando la tierra; y si la inteligencia humana no quiere ser acusada de ingratitud, que no vacile en reconocer lo que debe á estas altas y sublimes capacidades, que en sus celdas solitarias trabajaban para desarrollarla; porque la ciencia y la religion son hermanas; así la una como la otra no dan fruto sazonado sino el en retiro. El ruido y la inquietud del mundo les distraen de sus santas meditaciones, y oponen un obstáculo al triunfo completo de sus esfuerzos.

Entre las sábias congregaciones que florecieron en el siglo diez y seis, los dominicos ocupaban el primer rango, así por la estension de sus conocimientos, por el número de sus casas, por los hombres célebres que habian dado á la iglesia, como por la exactitud en la observancia de su disciplina. En esta época, de todos los conventos de su órden el que habia alcanzado mas alto renombre, era sin contradiccion el de San Gerónimo, establecido en el principio del siglo anterior por los piadosos cuidados de Juan Pacheco, secundado en esta obra benéfica por el rey de Castilla, su amo, de quien era tambien favorito. Este fué el lugar que eligió para su morada Santo

Domingo de Guzman cuando por el año 1190 se retiró á la vida religiosa; y todavia se visita con interés detrás de la montaña que abriga el monasterio la gruta en que el futuro predicador, intérprete de la divina palabra, se entregó al egercicio de la mas austera piedad.

Preciso es, sin embargo, reconocer que los frailes de Santo Domingo, no siempre han seguido tal vez muy escrupulosamente el egeemplo dado por su santo fundador; pero en el año 1520 el convento de San Gerónimo pasaba por uno de los mas regulares, gracias á la conducta sábia y mesurada de Luis Benavides su digno abad, que con sus dulces y sólidas virtudes, no cesaba de edificar constantemente á su comunidad y á los lugares vecinos, desde que su pariente don Diego Pacheco, padre de doña María le habia conferido, veinte años hacia, este importante beneficio. Con estos antecedentes considerad si seria bien recibida en esta santa casa la hija de Pacheco. El señor de Padilla fué igualmente acogido con las mayores distinciones; y aun que no hubiera sido el amigo de doña María, la circunstancia de su peligrosa caída, y mas aun la nobleza y la afabilidad de su carácter, como la seduccion de su language y sus opiniones políticas, favorables todas á los derechos y á los privilegios del clero español, le hubieran conciliado siempre el interés y el afecto del venerado superior.

Fácil es concebir que en tal mansion la convalecencia de nuestro héroe haria rápidos progresos; en poco tiempo se encontró en disposicion de pasear por el cercado espacioso del jardin del convento. Sostenido por la tierna y cuidadosa María, ¡qué dulce le era entonces ensayar así sus fuerzas! y apoyado en el brazo de su amada, ¡qué encanto pasear con ella en las grandes y sombrías alamedas de este lugar solitario! porque ningún monge, á no ser el abad ó el prior, podia entrar allí sin su permiso; sábio estatuto que tendia á retirar á los religiosos del contacto de los huéspedes seculares, que tenian destinado un lugar de preferencia separado, del que daban todos los aposentos al jardin abacial.

Sin tener la rigidez de un monge de la Tebaida, podeis vosotros, espíritus mundanos, que habeis presenciado ya estas escenas intimas de la felicidad de nuestros dos amantes, persuadiros de lo conveniente que era retirar de la vista de los reverendos hermanos, aquella dicha tal vez demasiado terrenal, aunque estuviese fundada sobre el amor mas puro y los lazos que unian los corazones de Juan y de María; porque todo, lo mismo vuestros vestidos de seda ó de fino paño de Flandes, que el tosco hábito de sayal no permanecerian mucho tiempo impenetrables á los sutiles sentimientos de pesar y de envidia. Esta última pasion sobre todas ¿quién no la hubiera experimentado contemplando la dulce simpatia de estos dos mortales, jóvenes, bellos y apasionados, como castellanos que eran, escuchando los tiernos juramentos de amor que se repetian continuamente? ¡Ah! tal era su entusiasmo que, lo creo sobre mi alma, no hubiera podido menos de cautivar al que lo hubiese presenciado. Juzgad sino seria perdonable el señor de Padilla de entregarse enteramente á las

dulces ilusiones de su felicidad y de olvidar por un momento la causa de la independencia. Tres semanas hacia ya que Moreno habia marchado y solo una vez habia recibido noticias de él, no sabiendo qué pensar del silencio de su enviado ni del de sus conciudadanos. Por esto en medio de su afortunada existencia, un tormento secreto agitaba su corazon; y aquí, siento humillar á nuestro caballero, pero la verdad me obliga á decir que la causa de su agitacion no provenia de la duda en que se encontraba sobre el estado de los negocios de su partido; el motivo real de sus inquietudes era ver aproximarse el instante en que tendria que separarse de su querida María. Los dias pasaban para él tan rápidos como esas estrellas que atraviesan el firmamento en una noche de verano: con el tiempo se reanimaban sus fuerzas, pero con el tiempo tambien se acercaba á largos pasos la festividad de Santiago.

Don Juan, bajo el imperio de este pensamiento que le habia hecho presentir el próximo rompimiento de su dicha, no habia podido ocultar la turbacion de su alma á las miradas de María, penetrantes como lo son siempre las de la muger que ama.

—Juan, le dijo con tristeza un día que se paseaban á los primeros rayos de la aurora en el jardin de la abadía, dichosos y puros como los primeros habitantes del afortunado Eden: ¿por qué ocultar á tu amiga un secreto que parece te causa tormentos é inquietudes? ¡un secreto! ¿no deben ser comunes entre nosotros las alegrías y los pesares? ¿nuestros dos corazones no saben ya para sentir confundirse en uno solo?

—Nuestros dos corazones, ¡oh mi bien amado! contestó don Juan, están ya unidos para siempre como nuestros destinos; pero ¡ay! suspiró contemplando la abatida fisonomía de la señora, este porvenir de felicidad que nuestros deseos llaman á cada momento, ¿cuándo llegará para nosotros la hora de su realidad? ¡Ah! adorada mía, añadió, no pudiendo disimular mas tiempo sus tristes ideas á la muger que poseia su corazon; es en vano que yo quiera alejar de mi alma esta dolorosa idea; la tristeza me ha dominado al pensar que mi deber me llama á separarme de tí; y sin embargo, si yo te abandono, ¿sé por ventura si el cielo nos reserva aun mas tarde momentos tan dichosos como los que hemos pasado en estos sitios?

—¡Tú abandonarme! interrumpió su amada palideciendo; ¡eso no puede ser!...

—¡Ay! María, replicó el caballero haciendo un esfuerzo, es una voz que no puedo desoir la que me llama, una voz que tú misma te avergonzarias de verme resistir, es la voz del honor. ¿No me están ya mis conciudadanos acusando por mi ausencia? ¿no debo temer por el olvido completo en que parece haberme dejado? El silencio inesplicable de Moreno me inquieta; ¿qué se hace ahora sin informarme el día de la asamblea nacional? Si se ha fijado una nueva época, si se ha elegido otra solemnidad que la de Santiago, ¿cómo no avisármelo? En todo esto hay un misterio que es preciso que yo penetre; y ahora que me veo completamente restablecido de mi caída ¿no deberia ir yo mismo á saber?...

—¿Y me abandonarás así? dijo la jóven apretando convulsivamente el brazo de Padilla.

—¡Bien pronto me volverás á ver!

—¡Bien pronto!... repuso la incrédula María. Y asomó á sus labios temblorosos una sonrisa melancólica mezclada de una amarga ironía; despues, dando riendas á su dolor con aquel acento de verdad que condena las máximas rigurosas de la afectacion y de la coqueteria, demasiado depravada para comprender el sencillo y entusiasta lenguaje de un corazon sinceramente apasionado, añadió:

—¿Olvidas ya que hace un instante me decias que en partiendo no podias asegurar el momento en que volverias? ¡Justo cielo! ¿tú me engañas? esta vida tan dulce, estas tiernas conversaciones, ¿habrán ya para tí perdido sus encantos? ¿Estarás ya cansado de mi amor?... ¡Oh! esta idea es horrible!... No, no es así, responde, mi bien amado... ¡Nada en el mundo puede robarte á mi cariño! ¡Tu deber dices! y yo ¿no he olvidado el mio con mi tutor? ¿no he faltado al agradecimiento que le debo, á los compromisos que mi familia habia contraido respecto á mi? ¿No estoy, en fin, aquí, á tu lado?

—Por favor deja semejantes reconvençiones, replicó su amante. ¡Ah María! tú no me acusarias así si pudieras leer en el fondo de mi alma.

—¡Habla, yo te lo pido, dijo la impaciente señora; ¿me ocultarias tú un pensamiento cuando todos los míos te pertenecen?

—Pues bien, aprende ahora á conocer toda la estension de mi amor, porque lo que voy á confiarte es la primera vez que me lo he dicho á mi mismo. Si, María, tú sola ocupas mis pensamientos. ¡Mucho tiempo he estado ciego pensando que en mis sueños de gloria, el patriotismo era el único móvil de mis acciones! ¡Mucho tiempo he estado engañado, creyendo que mis esfuerzos en secundar á mis conciudadanos para resistir un poder tiránico, procedia de la indignacion que experimentaba á la vista de los padecimientos de mi pais; pues bien, amada mia, todos estos nobles sentimientos han cedido delante de otro mas profundo y menos desinteresado, y este sentimiento es el amor que he concebido hácia tí; porque, María, ¡yo te amo como jamás ha sido amada muger alguna! Yo, caballero sin fortuna, pero descendiente de una noble familia, arruinada por los innumerables sacrificios prestados á nuestra amada patria, al verte he levantado la cabeza con orgullo y no he temido aspirar á la mano de la rica heredera de los Pachecos, cuando no contaba mas fortuna que un nombre ilustre que ofrecerte y un corazon puro para amarte; mi pasion ha crecido con la repulsa de tu tutor; cuantos mayores obstáculos se me ponen delante, mayor es mi constancia para vencerlos. Despues del dichoso dia en que oí de tu boca que era correspondido mi amor, ¡ah! ¡desde entonces solo á tí, ídolo de mi vida, se dirigen todas mis acciones! En Italia, en Navarra, si yo he cogido algunos laureles, es porque queria que la gloria justificase á tus ojos la eleccion de tu cariño. Al acordarme de tí, María, siempre me parece que una mano irresistible, me empuja hácia adelante, y si soy ahora uno de los gefes del partido nacional, á tí es á quien lo debo: abrazando esta santa cau-

sa, me he dicho á mí mismo: ¡Ya podré ahora tratar de igual á igual con el señor de Velasco! porque defendiendo á mi país y á don Carlos mismo, estoy en posicion de proteger la corona de un celo demasiado ardiente y poder elevarme á tanta altura, que poseeré á la que adoro ó moriré en la demanda

—¡Virgen santa! no digas eso, repuso la jóven sintiendo á su vez todos los tormentos de su amante; porque el acalorado acento de don Juan habia penetrado en el corazon de la señora, y la voz de Padilla tan persuasiva y seductora para todo el mundo, parecia á doña Maria dotada de aquella indefinible armonia cuyo hechizo encantador seduce en el instante que se oye. ¿Qué es lo que hablas de morir? ¡Ah! ¡mil veces lejos de mí estos honores y esta fortuna, causa de nuestras desgracias! ¡mil veces antes la indigencia y la oscuridad! ¡pero tú, siempre tú! ¡No nos separemos mas!

Y al acabar de pronunciar estas palabras, por uno de aquellos movimientos involuntarios producidos simultáneamente que los pensamientos en un alma sencilla y cándida, Maria se acercó á su amante como si hubiera querido disputarle al porvenir que le reclamaba. ¡Oh vosotros, seres sensibles, que amais ó habeis amado alguna vez entrañablemente, vosotros comprendereis esta accion irreflexiva de nuestra heroína, tanto mas franca en su cariño cuanto que ignoraba esos pérfidos rodeos con que un amor propio, culpable, pérfido, oculta sus engaños bajo el exterior de una reserva afectada, y que no debia contener los transportes de su pasión hácia el preferido mortal á quien habia entregado su fé. ¿Ademas qué juez seria tan severo que condenára el amor de la casta huérfana al señor de Padilla? Ella llevaba en su dedo el sagrado anillo de desposada; y desde entonces, desde que habia amado tanto al noble caballero para obligarse con él delante de Dios, ¿por qué ocultarle ahora los temores de su celoso cariño? Amante é ingenua como era, semejante reserva le hubiera parecido una hipocresia; y era tal la pureza de su corazon, que esta misma virtud angelical contribuía á hacer olvidar á Maria los peligros á que le esponia la exaltacion de su dolor.

Don Juan, por su parte, ébrio de amor é impotente para triunfar esta vez de sí mismo, sentia abandonarle sus resoluciones generosas; hácia ellas le inclinaba su natural castellano; su sangre circulaba mas impetuosa en sus venas, y sus miradas apasionadas, que prudentemente habia desviado de la que estaba sobre su corazon, confiada en el honor de su amante, acababa, ¡imprudente! de fijarlas en la encantadora jóven, y jamás la habia encontrado tan bella.

¡Clima delicioso de España! ¡qué de seducciones encierras!.... ¡Bajo tu cielo embriagador y pérfido, el aire que se respira, siempre embalsamado de amor, os rodea de inevitables peligros! ¡Y en este momento, cómo parece que se multiplican al rededor de Juan y de su amada! ¡Por mi alma que diria que la naturaleza ha desplegado ahora todos sus encantos para triunfar mas fácilmente de estas dos victimas que el amor le ha entregado! Mil voces murmuraban las dulces y voluptuosas pasiones: el ruiseñor en la espesa enramada modulaba en repetidos trinos su victoria ó su abrasadora esperanza; balan-

ceada sobre su tallo por la cariñosa brisa, la flor entreabre su cáliz, dichosa de aspirar en ella el rocío de la mañana; los espinos cubiertos de majoletas y de escaramujos exalando los mas suaves perfumes, rodean á nuestros dos amantes y ocultan una parte de los rayos del dia, haciendo bastante peligrosa la incierta claridad, suficiente apenas para guiar sus pasos indeterminados; todo, en fin, al rededor de María y de Padilla, respira la dicha y la felicidad mas completa.

Don Juan, ¡qué prueba para tí!.... ¡Te ves solo!.... ¡solo con la que adora tu corazón! ¡Ella te pertenece delante del cielo, y su amor es igual al tuyo!....

Ayudada sobre el brazo de su amante y reclinada su hermosa cabeza sobre la espalda de Padilla, María, sin embargo, no abrigaba desconfianza alguna, porque para ella don Juan era mas que un hombre; pero este sentia contra su corazón responder los latidos del de María á las palpitaciones del suyo!

¡El dichoso amante sentia en sus labios la dulce impresion del aliento puro y virginal que se exalaba del oprimido pecho de su amada! Los dos, sin embargo, marchaban en silencio, ¡pero qué silencio!... ¡y no obstante la boca de María permanecia medio cerrada!.... Unicamente su mirada lánguida, suplicaba á don Juan á través de sus largos párpados que permaneciese cerca de ella.... ¡Santos del paraíso! ¡qué prueba!.... ¡Y cómo podria salir vencedor de ella el enamorado castellano?

Pero el silencio de Padilla, ¡qué diferente era del de María! Es el combate interior de la pasión y de la delicadeza, de la inmensa felicidad que se le ofrece con los amargos remordimientos que deben seguirse á su victoria. ¡Ah! así como el temerario que se siente ofuscado por el vértigo y se atreve á sondear el abismo, don Juan fascinado por el objeto encantador que le embriaga y del que no puede separar sus ojos, se inclina hácia aquella que parece atraer hácia sí toda su existencia, y le dice:

—¡No! ¡esto es ya mas que lo que pueden mis fuerzas, superior á lo que puede resistir la fuerza humana! ¡María! ¡mi adorada! ¡esposa mia!.... ¡Tu vida me pertenece ya, que nuestra union sea completa!.... y sus abrasadores labios estampaban ardientes besos en la casta frente de su amada....

De repente herida de una súbita luz, instinto sagrado que el corazón de una muger posee siempre cuando está puro y sin tacha, salió del éxtasis profundo en que á manera de un sueño habia caído imprudentemente su alma enamorada.

—¡Ah! ¡Juan mio! dijo, desasiéndose de los brazos del apasionado Padilla, ¡compasión! ¡compasión hácia mí! seamos siempre dignos el uno del otro; ¿no te he confiado yo mi honor? ¡Mi honor! ¡tesoro mas querido que mi vida, que mi amor tal vez! ¡Ah! ¡no me has jurado ser mi apoyo, mi protector!....

—Pues para poseer todos los derechos, repuso el fogoso Padilla, yo debo tener todos los títulos ¡Qué poder seria suficiente en el mundo para dividir dos existencias que no son mas que una!....

¡Tu honor!.... pues si tú me lo confías, ¿no será un depósito sagrado de que el mio te responde? ¡Ah! ¡cruel, tu resistencia, ó es falta de amor ó una desconfianza injuriosa!....

—¡Injusto amigo! interrumpió la jóven, y su cabeza, luchando con mil ideas encontradas volvió á caer vacilante sobre el seno de Padilla.

—¡Si, María! ¡mi ángel adorado! continuó el apasionado amante, estrechando con ardor á María entre sus brazos, no escuches otra voz que la del amor! Y en su estremado delirio, atreviéndose á invocar hasta las cosas santas, exclamó: ¡Que nuestra union delante de Dios no sea una ficcion ni una mentira!....

Estas últimas palabras han salvado á María.... Su religion, su pudor, semejantes á una hoguera mal apagada que la menor chispa vuelve á encender, volvieron á su pecho mas poderosos que nunca.

—¡Ah! dijo, huyendo despavorida lejos de su amante, porque nuestros juramentos son todos dirigidos á Dios y todas nuestras acciones le tienen por testigo, debemos el uno y el otro conservarnos puros á su celeste mirada; y porque ha leido en el fondo de mi corazon y ha visto, ¡ingrato! el esfuerzo que me cuesta resistir, me ha concedido el valor necesario que me impone el deber de conservarme inocente para llegar un dia á ser tu compañera y llevar tu nombre.

Y hablando así habia vuelto á tomar la noble hija de Pacheco su aire de dignidad natural, bien necesario para contener los impetuosos deseos de su amante; y brillaba su fisonomía con aquel resplandor de la virtud que parece descender del cielo y ceñir de una aureola tutelar al pudor sobresaltado.

—¡Ah! mi bien amado, añadió, si para asegurar mejor nuestro amor contra los peligros de la ausencia, quieres unir nuestros destinos para siempre, que esto sea en presencia de Dios; y mira aquí el que debe ayudarnos para el cumplimiento de nuestro deseo, dijo señalando al reverendo don Luis Benavides que se dirigia como de costumbre por una de las calles de árboles á tomar parte en el paseo de sus huéspedes. Desde mi mas tierna infancia ha dirigido mi conciencia este santo religioso; él conoce los mas intimos pensamientos de mi alma; sabe nuestro amor y no le he ocultado nuestro secreto compromiso; como ministro del Señor, que reciba nuestros juramentos y bendiga nuestro himenéo en la capilla, al pié de la tumba de mis abuelos.

—Hija mia, respondió el anciano conmovido, vuestra felicidad me es bien apreciable; en los límites de mi santo ministerio, podeis disponer de mí para con el Señor y para con los hombres; yo, el amigo y pariente del difunto don Diego Pacheco, creo obrar como él hubiera obrado aprobando la eleccion que habeis hecho del noble señor de Padilla para esposo vuestro. El es digno de vuestro cariño, pero, hija mia, este consentimiento que voy á daros, no fijará mas de lo que ya está vuestra suerte, porque segun nuestras costumbres de Castilla, desde el dia en que delante de la imágen de Dios y en pre-

sencia de dos testigos, recibisteis del caballero Padilla el anillo de boda, estais ya unidos con un lazo tan indisoluble como el del matrimonio.

—Sin duda, repusodon Juan con ardor, y aunque como pupila del señor de Velasco, necesitas su consentimiento, y como grande de España, del permiso del rey para unirte á mí con el nudo de himenéo; ¡pero ni el uno ni el otro podrán en adelante desunir nuestros corazones!

Sin embargo, prosiguió el digno abad, yo consiento consagrar en el templo de Dios el sagrado nudo que ya os liga, llamando sobre vosotros las bendiciones del cielo para que apiadado un día el Altísimo de vuestras súplicas y del amor que os profesais, haga que os veais unidos con el sagrado vínculo del matrimonio. Ahora, venid, hijos míos.

Y nuestros dos amantes le siguieron en religioso silencio á la capilla. Estaba esta desierta en aquella hora; una especie de lámpara sepulcral ardia en el altar mayor y alumbraba débilmente la oscuridad de aquel lugar santo, que como toda iglesia de España estaba sombrío en medio del día, á pesar del sol brillante que bañaba sus paredes exteriores.

Sin embargo, las tinieblas no eran tan profundas que repuestos los ojos en pocos instantes del deslumbramiento causado por la brusca transición de la claridad de afuera á la oscuridad de adentro, no pudiese distinguir la sombra de las grandes é imponentes figuras que se destacaban de la losa tumularia de un suntuoso mausoleo. La belleza, la noble y patética espresion de estas estatuas, sus formas correctas y elegantes contornos, atestiguaban que esta obra maestra era debida al cincel de algun moderno artista italiano; y considerando la pureza de la ogiva; sostenida por las cuatro delgadas y pequeñas columnas acaualadas que sobresalian del monumento fúnebre y los graciosos dibujos primorosamente trabajados, se veia que todas las tumbas que yacian en aquella capilla, no debian remontar su origen á mas allá del último siglo.

En efecto, el mas antiguo sepulcro databa del año 1474; y este era tambien mas bello y magnífico que los que le rodeaban. Esto no deberá sorprenderos, cuando sepais que esta urna era la del fundador de la iglesia y de la abadía de San Gerónimo, del famoso Juan Pacheco, marqués de Villena; duque de Escalona, gran maestro de Santiago, primer ministro y favorito de Enrique IV, rey de Castilla, y gefe de la casa de Tellez Pacheco Giron. No parece sino que el orgullo de este señor feudal habia querido triunfar de la muerte misma; veíanse alrededor de este magnífico sepulcro los de sus hijos y sobrinos, de formas menos elegantes, como en señal de sumisión.

Todos estos ilustres muertos podian sin embargo tener la cabeza erguida, porque todos habian adquirido un buen renombre sirviendo á la España, su querida patria; todos, sobre el escudo en que estaban apoyados, ostentaban en sus cuarteles en campo de gules los reales blasones de Castilla, de Leon y de Portugal; todos, en fin, tenian por

mote al rededor de estos soberbios emblemas, las siguientes palabras: «¡Honor y fidelidad!» gloriosa divisa, que ni sus hechos ni sus palabras han desmentido jamás.

Cuando hubieron llegado nuestros dos amantes cerca de la sepultura de Pacheco se arrodillaron el uno al lado del otro, y el santo sacerdote, colocadas las manos sobre sus cabezas, imploró para ellos la misericordia de Dios, y despues de haberles dado la bendición, les mandó pronunciar de nuevo el juramento de esposos. Entonces se levantaron, y María, dijo con aquella voz inspirada, propia á evocar los manes de sus dignos antepasados:

—Juan Pacheco, duque de Escalona, mi abuelo: y vosotros, su hijo, don Diego, mi noble padre, todos, en fin, los que me escuchais; sed testigos que empeño mi fé á don Juan de Padilla, y le juro amor y fidelidad como al esposo que mi corazon ha elegido delante de Dios y de los hombres.

—Sí, exclamó don Juan, cuya exaltacion era igual á la de doña María, almas de los Pachecos que podeis oirme, yo tambien juro por vosotras y por los manes de los Padillas, mis antecesores, unir para siempre mi destino á doña María Pacheco, mi esposa, y de hacer bendecir nuestra unión por un ministro del Señor, si Dios oye nuestros deseos y nuestras súplicas, concediéndonos un favorable porvenir.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras y teniendo todavía cogida una mano de su esposa y estendida la otra sobre las losas sepulcrales, apareció de repente una sombra detras de la tumba de Juan Pacheco.... Nuestros dos amantes se estremecieron, su corazon latió con violencia, porque el ruido de los pasos de un hombre habia llegado hasta sus oídos. Un hombre, en efecto, se dirigió hácia ellos. Entonces don Juan le salió al encuentro; ¡pero cuál fué su admiracion! cuando el misterioso personaje, desembozándose de su negra capa, ofreció al mismo Moreno á la vista del caballero!

—¿Qué nuevas hay? preguntó al instante Padilla; ¿cuál es el lugar y el día señalado para la asamblea general?

—El día de Santiago y Avila, respondió el mensajero. Asi, señor, no teneis tiempo que perder si quereis antes ir á Toledo, donde se os espera con impaciencia, como podeis ver por el contenido de estos despachos, que os envia el ayuntamiento, que unánimemente os ha nombrado para su diputado en la asamblea de Avila.

—En este mismo instante vuelo en medio de ellos, contestó don Juan; Moreno, haz preparar al instante mi caballo....

Pero un suspiro exhalado cerca de él, le volvió á su amor y á todos sus pesares.

—María, le dijo volviéndose hácia ella, ya lo ves, es preciso que yo parta; permanece tú en este monasterio que puedes hacerlo sin peligro, y espera mi vuelta.

—Hija mia, añadió el cariñoso abad don Luis Benavides, nada tienes que temer en este venerado lugar. Ningun español, pertenezca al partido que quiera, se atreveria á entrar aquí por la violencia.

—¡Ah! repuso tristemente la señora; aunque esta santa casa sea

respetada y mi permanencia ignorada de todo el mundo, el condestable, sin embargo, la conoce, porque yo misma se la he revelado; mi tutor puede llamarme á su lado, y entonces vos no podreis, padre mio, dijo á don Luis Benavides, sustraerme del poder de mi tio, á pesar del cariño que me profesais.

—De aquí á poco tiempo no mandará en estos contornos, observó don Juan; pero si el apoyo de estos santos religiosos no te parece demasiado fuerte, tranquilízate, María, que yo te aseguro que encontraré un asilo de donde ningun temerario, ni el mismo señor Velasco, te podrá arrancar. Acuérdate de los proyectos que ultimamente te he confiado. Quiero conducirte á la fuerte ciudad de Tordesillas, al lado de la reina Juana. Yo conozco á esta princesa, como antiguo page del duque Felipe, mi vista le será grata, porque ella le recordará al esposo que ha perdido. Buena y sensible como es, la viuda de mi antiguo señor se interesará en nuestro amor. Ya no me queda mas que decidir á mi partido á proclamar la autoridad legitima de la reina y poner á Juana á la cabeza de la causa nacional. ¡Oh! una voz me dice aqui, y llevaba la mano de María á su corazon, que yo sabré decidir á mis conciudadanos, ahora que el amor y el patriotismo inspiran mis palabras; si, mi bien amado, cree en las promesas de tu esposo, su ausencia no será muy larga; luego, haciendo un esfuerzo sobre si mismo, desasió dulcemente su mano de la mano temblorosa de su amada, y salió de la capilla, acompañado del afligido abad, que para hacer los honores á su huésped le condujo hasta la puerta del convento.

Quando la infortunada María vió salir á don Juan de aquel sagrado asilo, su valor le abandonó, sus piernas vacilaron y cayó de rodillas sobre el frio mármol de la tumba de sus padres. Tal era, sin embargo, la fuerza de su amor que en medio de los tormentos que le causaba, sabia dar á su víctima consuelos en los mismos sentimientos mas opuestos. La religion vino, pues, en ayuda de la afligida amante. Inspirada por su pasion á don Juan, María se sintió con valor de implorar para él la proteccion de aquellos venerados muertos, de quienes ya Padilla se habia hecho hijo adoptivo haciéndose esposo de la descendiente de su noble sangre.

X.

La Santa Liga.

Apenas doraba el sol con sus primeros rayos las fértiles cumbres que rodean la vasta y hermosa llanura sobre que se levanta risueña la ciudad de Avila, y ya una multitud inmensa de pueblo desembo-caba por todos lados, y los vecinos de la ciudad se estendian tumultuosamente fuera de sus muros. Al ver esta general agitacion, este inusitado movimiento, este rumor, en fin, producido por otros mil

bulliciosos que se oían acá y allá, no era difícil inferir que el santo cuya festividad se celebraba aquel día era un santo de importancia. A la verdad este santo era nada menos que el señor Santiago; no obstante, por la extraordinaria afluencia de todo este gentío; por las violentas disputas de estos grupos numerosos que se multiplicaban por instantes, podía presumirse que la fiesta del patron de España, no era el principal motivo que preocupaba los ánimos.

Todos se dirigían hacia aquella parte de la llanura donde se habían levantado en derredor de un vasto recinto, una multitud de tiendas, cuyos gallardetes y banderas de mil colores, se confundían los unos con los otros, y figuraban de lejos las matizadas zonas del arco que brilla en el cielo después de la tempestad; y cuanto más se encantaba la vista de la simetría que reinaba en aquella ciudad de madera, edificada como por encanto. Hallábase la misma dividida en otros tantos cuarteles cuantas eran las ciudades y provincias confederadas. En cada uno de estos cuarteles se habían construido espaciosos pabellones destinados á servir de alojamiento á los diputados y á la numerosa y bien equipada tropa con que cada país había escoltado á sus representantes, lo que no impedía que todas estas fuerzas así reunidas compusiese un ejército considerable. Por la mayor ó menor estension de los pabellones, podía juzgarse de la importancia de la ciudad á cuyos diputados daban albergue; no tenemos por tanto necesidad de ver ondear la bandera imperial de la ciudad de Toledo para conocer el cuartel de sus enviados.

—¿No es la bandera de la ciudad de Burgos aquella que se descubre allá abajo á la derecha del león de oro de Leon?

—¡Hola! Periquillo, ¿eres tú acaso como aquel buen Tobías, respondió una especie de maton de rubia melena, que merezcas que Dios se tome el trabajo de hacerte gozar un día como este para que no distingas desde el sitio en que nos encontramos á los gallardos hijos de Salamanca y á su joven capitán don Francisco Maldonado, que rivaliza con el más valiente?

—Pues no vale ciertamente más que el antiguo cura de mi parroquia, respondió su compadre, picado en lo más vivo; héle allí con que entusiasmo está arengando á su gente. En este momento señalaba Periquillo con el dedo á don Antonio Acuña, obispo de Zamora, sugeto dignísimo, añadió, y que nunca es el último en el trabajo.

—¿Pero qué es esto? Yo no veo, dijo el otro pordiosero, más que sotanas negras al rededor de su santa persona.

—¿Vienes tú acaso de Galicia, replicó su camarada con desden, para ignorar que todo el clero de su diócesis ha querido acompañarle, y que con los más fuertes y más resueltos entre ellos, ha formado una compañía de soldados de la que él mismo es comandante?

—¡Hombre valiente! interrumpió el maton entusiasmado.

—Y qué cuando llegue el caso, respondió Periquillo, sabrá llevar el casco y la coraza....

—Lo mismo que ahora lleva la mitra y el báculo, añadió el otro

mendigo, apretando el paso á egemplo de su compañero. Porque ambos querian ver de cerca al obispo de Zamora, que revestido de sus hábitos pontificales se adelantaba á la sazón, seguido de un numeroso clero, hacía una vasta tienda situada en el centro de aquel campo circular. Allí era donde habia de celebrarse la asamblea federal, pero antes de abrirse la sesión, siguiendo la antigua costumbre y la inclinación religiosa de los españoles de aquella época, se determinó celebrar una misa solemne, á la cual asistirían los diputados en corporación, para rogar á Dios que enviase sobre ellos las luces del Espíritu Santo.

Cuando se dejó oír el argentino sonido de las campanillas, que dos subdiáconos agitaban marchando á la cabeza de la procesion, los representantes de las ciudades confederadas salieron al instante de sus cuarteles; entonces á pesar de la rigorosa prohibición, el tropel de gente que habia ya salvado la empalizada del recinto, se agolpó al paso de los diputados para saludarlos con mil aclamaciones; y cuando ya estuvieron estos colocados en el interior de la tienda, fué muy difícil persuadir á la multitud que permaneciese fuera á oír la misa á través de la entrada, cuyas cortinas fueron descorridas para que pudiera verse desde el exterior el altar mayor, levantado en el fondo del pabellón.

Sin embargo, un silencio profundo reinaba en aquella asamblea, poco antes tan tumultuosa, desde que el obispo de Zamora comenzó el oficio divino; pero cuando la religiosa ceremonia tocaba á su fin y el prelado entonando la oración de Santiago, se volvió hacía los asistentes presentando la imágen esculpida de este venerado santo, el entusiasmo se hizo entonces general. Terminada la oración, fué preciso que la multitud se retirara, lo que hizo no sin pesar cuando la voz imperativa del celebrante pronunció el *Itè misa est*. Bajáronse en fin las cortinas de la tienda y quedaron solos los diputados para debatir las importantes cuestiones que sus comitentes les habian confiado.

No tardó en abrirse la sesión bajo la presidencia del obispo de Zamora, que acababa de despojarse de sus hábitos pontificales. Después de haber recibido éste de los diputados el juramento de vivir y morir en el servicio del rey don Carlos y de la reina Juana, y por la defensa de los privilegios del orden á que cada uno pertenecía, enumeró en un largo discurso todos los agravios sobre los cuales era llamada la asamblea á dar su opinión, y reasumiendo, añadió:

—Nos hallamos aquí reunidos para hacer una esposición completa y verídica del estado en que España se encuentra á don Carlos, nuestro rey y señor, quien no será ciertamente sordo esta vez á ella, porque la haremos poner en sus mismas manos por medio de aquellos que van á ser elegidos en este momento para llenar tan alta misión. Nobles y ciudadanos que me escucháis, concluyó el obispo de Zamora, al oponernos á que se atente á nuestros derechos y privilegios, no olvidemos nunca proceder con sabiduría y moderación, y probemos al mundo que la razón está de nuestra parte y que son jus-

tos los actos de la Liga, que vosotros mismos habeis calificado de santa y sagrada.

—Y porque esta es una Liga Santa, respondió Padilla al elocuente discurso del prelado, me admiro que en esta representación destinada á restablecer los derechos ultrajados de cada uno, no se haga mérito de las reparaciones que se deben á una princesa venerada, que indignos consejeros del trono no temieron abandonar al olvido, injuriando así el honor de sus hijos, á quien lograron persuadir á que desamparase á su augusta madre. Nosotros que nos declaramos representantes de los agravios de todos, no empezaremos por cometer la misma falta de respeto hácia Juana, nuestra legítima reina, descendiente por padre y madre de antigua sangre española, y que tantos títulos tiene hoy esta desgraciada viuda á nuestro respeto y á nuestro amor.

Un aplauso general recibió esta patriótica proposición de Padilla. —Pues bien, continuó este, para que se nos haga entera y cumplida justicia, pidamos que don Carlos satisfaga el compromiso que contrajo con las córtés de 1518, que no le reconocieron como rey sino con la espresa condicion de que en los actos públicos, el nombre de Carlos iría despues del de Juana, su madre, y que mientras esta viviese partiria con ella la suprema autoridad real. ¿Y ha hecho caso alguno de estas promesas juradas á la faz de la nacion? No solamente el nombre de Juana no firma disposición alguna del poder, si nó que hasta se ha atentado contra la libertad de esta desgraciada princesa, encerrándola en el sombrío alcázar de Tordesillas. Ahora bien, nosotros los sucesores de las córtés de 1518, demos á la reina lo mismo que á su hijo lo que á cada uno le pertenece: hagamos á esta señora una esposicion de nuestros padecimientos, llamémosla en nuestra ayuda, y que el esplendor de su magestad real, venga á dar un nuevo lustre á los patrióticos esfuerzos de la Santa Liga.

—Si, ella comprenderá nuestras quejas, añadió don Felipe de Caro, alcalde mayor de Tordesillas; porque yo, señores, que he sido admitido con frecuencia en los aposentos de la reina, he podido juzgar de la infernal política de los hombres que nos gobiernan; no temen los infames hacer circular mil noticias insultantes y falsas para desacreditar la sagrada persona de Juana; su dolor justo y natural se ha tratado de demencia; y en lugar de buscar algún consuelo á su dolor, no hacen mas que aumentarlo con el indigno tratamiento que la dan hasta el punto que yo he presenciado. Si, señores, yo he visto á nuestra desventurada reina desprovista de vestido y alimentos mientras los miserables derraman nuestro oro, y disipan en escandalosas orgias los seiscientos mil ducados que concedieron á Carlos las córtés en su última legislatura.

—Añadid además los novecientos mil que desde esa época nos han sacado, gritó Maldonado; pero desde entonces acá se han hecho económicos, haciendo trasladar nuestro dinero á su pais de Flandes y de Borgoña.

—¡Infames! gritaban de todas partes, ¡nosotros sabremos hacernos vomitar!

—Cosa mas fácil que lo que vos creéis, señores, gritó con fuerte voz don Pedro Pacheco y Giron; porque si no estoy mal informado, el condestable de Castilla cumpliendo con una orden del cardenal regente, ha mandado que todas las tropas acantonadas en la frontera de los Pirineos se concentren en el espacio que media entre Burgos y Valladolid. Es preciso impedir la reunion de estas fuerzas contra nosotros, y por mas sensible que sea á nuestros corazones españoles, debemos apelar al único medio que tenemos, y es el pedir la alianza y cooperacion de Francisco y Enrique de Albret; los ataques que estos podrian dar en Navarra á las tropas del regente serian para nosotros de una inmensa ventaja.

—Perdonadme, señor Giron, si os interrumpo, dijo bruscamente el caballero Padilla; porque creo que importa mucho á vuestro honor no dejaros concluir semejante proposicion, y al nuestro que no se crea que hemos podido vacilar ni un instante en escluirla de nuestra discusion. ¡Intervencion estrangera! señor Giron, vos no habeis reflexionado esto; de otro modo vuestra fiel memoria os recordaria que los ausilios estrangeros trajeron á nuestra patria seis siglos de servidumbre y desolacion; ¿qué español podria ver ahora sin indignarse ondear en su pais una bandera que no fuera la suya, llamárase amiga ó enemiga? ¿y no debemos nosotros, señores, evitar antes que nadie recurrir al apoyo del vecino? porque nuestra causa la hemos proclamado la de la patria. En los recursos que la patria nos ofrezca es solo en lo que debemos apoyarnos; y seria una inconsecuencia culpable que incurriésemos nosotros en las mismas faltas que echamos en cara al poder real, y cuya reparacion pedimos á don Carlos, exigiendo de él que no conceda sueldo ni admita á su servicio para España, flamencos, borgoñeses, ni alemanes, con menosprecio de las costumbres y leyes del reino.

—Si, se adelantó á decir el joven Maldonado, á los españoles solos pertenece vengar sus agravios! ¡Nada de intervencion estrangera! ¿Necesitaron de ella nuestros padres en el siglo último? Esta llanura, estas colinas, pueden decirnos cómo, en 1465, lograron lo que deseaban de un rey imbécil que se dejaba tambien llevar por el consejo de odiosos cortesanos. Hagamos ahora nosotros lo que hicieron entonces nuestros padres, y no busquemos auxilios mas que entre nosotros mismos. ¿Mas afortunados que nuestros antepasados, no encontramos nosotros ayuda ni apoyo en las provincias vecinas? Ved ahí á los sulevados de Valencia que nos ofrecen sus buenos servicios.

—Si el señor Maldonado no lo lleva á mal, le interrumpió Padilla, diré que me parece poco politico admitir en nuestra santa liga el concurso de la demagogia de Valencia; es este un populacho innovente y anárquico, un conjunto de perturbadores sin hogar y sin familia, que no toman las armas para poner un dique á las tropelias de la corona, sino que por el contrario tienden á destrozarse la antigua constitucion de nuestra patria. Las opiniones que aquellas gentes intentan propagar, ¿no son mas criminales y reprehensibles que las ambiciosas miras del poder real? Porque en su delirio insensato de igualdad, no quieren nada menos que usurpar en provecho de la úl-

tima clase de la nacion los sagrados derechos del trono y de las tres órdenes del estado.

—Aunque asi fuese, replicó el bachiller de Salamanca, ¿no es el mayor número el que ha de hacer la ley?

—Sutilezas de escuela, respondió Padilla. Tanto valdria decir que para establecer el equilibrio se pusiese peso desigual en los dos platillos de la balanza. Además, no es de esto de lo que aquí debe tratarse; nosotros nos hemos reunido aquí para combinar los medios de sostener y defender nuestros fueros y no para comprometerlos. Así, eclesiásticos, hidalgos y plebeyos, yo os pregunto: ¿no debemos rechazar la alianza de esos fanáticos de Valencia que pretenden destruir lo que nosotros tenemos la mision de conservar?

—Si la pérdida de algunos de nuestros fueros pudiera ser de alguna utilidad á la causa nacional, yo estoy pronto como caballero á sacrificar aquellos de mi orden cuya abolición se considere necesaria.

Así habló el hipócrita Giron con la esperanza de que por este lenguaje estudiado se volveria á ganar la popularidad que habia antes comprometido con su malhadada proposicion de invocar la ayuda del extranjero.

—Como diputado por Segovia, repuso con calor don Juan Bravo, me sorprende mucho que cuando tomamos las armas todos para la conservacion de los derechos de la nacion, haya un Pacheco y Giron que desprecie sus privilegios y manifieste tal indiferencia por los intereses del orden á que tiene el honor de pertenecer. En el lugar del señor Giron, cuya experimentada edad admite pocas ilusiones, prosiguió irónicamente el indignado caballero, yo temeria que pudiese interpretarse mal ese sacrificio, y que llegaria un dia en que ellos mismos desconfiasen de mí por tan fácil abandono, y sospecháran que estaba dispuesto á abandonarlos, si llegaba la ocasion, á ellos y á sus libertades.

Un profundo silencio sucedió á estas enérgicas palabras; don Pedro Giron lanzó una terrible mirada al diputado segoviano, el cual la arrostró sin bajar los ojos; una acalorada disputa iba ya á promoverse entre ellos; pero don Juan de Padilla se adelantó á impedir la convencido de que semejante altercado produciria infaliblemente el desorden y la division tal vez en el seno mismo de la asamblea, y llamando la atencion de los diputados sobre el verdadero objeto de su reunion, dijo con esforzada voz:

—Basta de semejantes disputas, y concretémonos al objeto que nos ha conducido aquí; hemos tomado las armas, es cierto, pero tal vez quiera Dios que no tengamos necesidad de hacer uso de ellas, y que nuestros soberanos, la reina Juana y el rey don Carlos, consientan voluntariamente en reparar todos los agravios de que vamos á quejarnos. Y como debemos saber las reclamaciones de todos y de cada uno, suplico al señor obispo de Zamora que proceda á la lectura de la esposicion que ha redactado, en que se mencionan sucintamente los votos emitidos por las diversas ciudades que nos han enviado aquí, para que procedamos á aprobarla ó modificarla en lo que juzguemos necesario.

La asamblea aplaudió esta proposición del señor de Padilla, y el obispo de Zamora comenzó la lectura de esta larga esposición, interrumpiéndose al fin de cada artículo para pedir de la mayoría de los diputados su aprobación. Pocos fueron los artículos que tuvieron necesidad de reforma ó de nueva discusión. Hé aquí algunos de los principales de aquella memorable representación, cuyo espíritu independiente se ha transmitido por herencia de generación en generación hasta los españoles de nuestros días, del mismo modo que el testo original que se ha conservado sin alteración en su tenor primitivo en los archivos del reino, y que tienen bien presentes los diputados de las córtes que se han convocado despues.

En esta esposición á la corona comenzaba la Liga haciendo presente el estado deplorable á que habia reducido á la España la impopular regencia; luego disculpábanse los diputados del crimen de rebelion en la necesidad de la propia defensa; despues asegurando al rey que sus intenciones no eran de ninguna manera atacar al trono, ni fomentar la guerra civil, se comprometian solemnemente á depouer las armas tan pronto como fueran satisfechas las justas reclamaciones, consignadas en aquella esposición que tenían derecho á hacer, decian, en virtud de sus antiguas é inviolables constituciones.

Como leales y adictos súbditos, suplicaban á don Carlos que se restituyese en medio de ellos y fijase en adelante su residencia en España, á egemplo de los reyes sus predecesores; sin embargo, si una obligación urgente le llamase fuera del reino por algun tiempo, le pedian que se comprometiese formalmente á no confiar jamás la regencia á ministros estrangeros, retirando en el acto la autoridad al cardenal Adriano, é invistiendo de ella, mientras durase su ausencia, á españoles puros, bajo la presidencia de la reina Juana, cuya princesa deberia en adelante firmar siempre las órdenes del gobierno y compartir con su hijo, como antes se hacia, los honores y el poder del trono. Instábase tambien á don Carlos á que no se sirviese en adelante en España de flamencos, borgoñones ni alemanes, y se estipulaba formalmente que bajo ningun pretexto introduciria el rey en España tropas estrangeras, y que si el ánimo de don Carlos era el de elegir esposa entre las diversas familias de los reyes sus vecinos, era necesario que las córtes aprobáran su eleccion: por último, que ningun empleado del gobierno, comenzando por el mismo rey, pudiese estraer del reino oro, plata ni alhajas de valor, sin esponerse á fuertes castigos.

Pasando luego á las diferentes leyes de hacienda y de interés civil, la Santa Liga pedia que se restableciesen y fueran puestas en práctica la mayor parte de las leyes de Toro, juradas por Fernando el Católico, abuelo de don Carlos. Asi manifestaba la Liga su deseo de que se diese mas estension á las diversas leyes constitucionales del reino. Quería, por egemplo, que todas las ciudades de España que poseyesen un cierto número de vecinos y págasen cierta cuota, que despues se fijaria, enviasen á las córtes un representante del clero, otro de la nobleza y otro del estado llano, lo mismo que las diez y ocho ciudades, últimamente designadas para gozar del privi-

legio de representación ; y para estar mas seguros de que sus representantes serian verdaderamente elegidos por su respectivo órden , y que el voto de los electores seria emitido con toda libertad , pedian espresamente que el rey y sus ministros se comprometiesen bajo juramento á no influir directa ni indirectamente en la eleccion de los mandatarios del pais. Exigia, en fin , que ningun diputado pudiese admitir ni para sí ni para su familia empleos ni sueldos del rey , bajo pena de muerte y confiscación de sus bienes. Sin embargo para indemnizar á los diputados de los gastos á que el decoro de su investidura les comprometia , obligábase á cada ciudad ó distrito á pagarles un sueldo suficiente para subsistir durante el tiempo que asistiesen á las córtes , las cuales deberian reunirse una vez al menos cada tres años.

Luego se pasó á la conservacion de los privilegios del clero ; y sobre las observaciones del erudito Soto , fraile de Santo Domingo de Segovia , que estimaba en mucho las libertades de la iglesia española , se insertó en la esposicion una cláusula escluyendo á todo extranjero de los cargos y beneficios eclesiásticos , y no se olvidó , por consiguiente , pedir , sobre las reclamaciones de los cinco diputados de Toledo , fuese destituido de esta primada silla del reino el que la ocupaba , y que se procediese en el término de seis meses á su reemplazo , eligiendo un prelado español.

En fin , esta enérgica esposicion terminaba con las mas sinceras protestas de respeto y fidelidad á la reina Juana y al rey don Carlos , exigiendo tambien de su parte un juramento reciproco , por el cual se comprometiesen en la forma mas solemne á observar todos los artículos contenidos en ella , sin tratar jamás de eludirlos ó revocarlos , ni solicitar nunca del papa ni de prelado alguno la absolucion de esta promesa y de este juramento.

Apenas habia el obispo de Zamora concluido su elocuente discurso cuando una nube de aplausos llovieron de todas partes. El estilo enérgico del documento que acababa de leer habia entusiasmado hasta á los mas tímidos ; nadie dudaba ya del éxito de las negociaciones que se iban á entablar con don Carlos. Luego que se hubo restablecido la calma , el digno prelado reclamando la atencion general , dijo con clara y enérgica voz :

—Defensores de las libertades españolas , no solo es necesario consignar por escrito vuestras justas reclamaciones , sino que es preciso nombrar los que han de componer las dos diputaciones destinadas á llevar los votos de la Santa Liga , una á Tordesillas á nuestra amada reina Juana , y la otra á Alemania al jóven rey don Carlos.

Los cinco individuos elegidos para formar la primera diputacion fueron los señores don Juan de Padilla y don Francisco Maldonado ; Pedro Merino , vecino de Toro ; Felipe Caro , alcalde de Tordesillas , y fray Pablo , prior de Santo Domingo de Leon. Los otros cinco nombrados para pasar á Alemania fueron los señores Pacheco y Giron ; don Juan Bravo , alcalde de Segovia ; Marco Salvador , vecino de Jaen , representante de las ciudades insurreccionadas de Anda-

Lucía; Pedro Laso de la Vega, alcalde de Toledo; y Domingo Soto, el jóven religioso de Segovia.

Terminada la eleccion apresuróse á tomar la palabra don Juan Bravo, y se espresó en estos términos:—Representantes de la nacion española, todavía nos queda un acto importante que cumplir, el único que puede dar fuerza y consistencia á nuestras operaciones; y como todos prestasen atento oido á estas palabras, añadió en tono imperativo:—Este acto á que debemos proceder inmediatamente, es el de dar á la Santa Liga un gefe que tenga la mision de velar por el triunfo y por los intereses de la causa nacional, interin regresan de Alemania nuestros enviados; este gefe deberá dirigir los trabajos de la liga y emplear todos sus cuidados en reunir los medios de defensa en caso de hostilidades inesperadas.

Esta importante proposicion, que la mayor parte de los diputados por un motivo de secreta envidia, hubieran querido ver aplazada no obstante que todos reconociesen su urgente necesidad, vino á levantar mil pequeñas ambiciones personales; y como por lo comun sucede, las medianias eran las que anhelaban mas la posesion de este puesto delicado. Entretanto avanzaba la mañana, deslizábanse las horas en debates inútiles, y era tan grande la indecision, que en el momento en que se hizo la proposicion por Bravo, se levantó este sobre su asiento y manifestó con un gesto significativo su deseo de ser escuchado: ¡Cómo podeis vacilar ni un momento siquiera, dijo con acento indignado, en reconocer los buenos servicios de don Juan de Padilla, del héroe de Toledo, del libertador de Segovia! ¿Estariamos reunidos aqui, á no ser por él, deliberando sobre los resultados de la victoria? Digámoslo sin rebozo; ¿cuál de entre nosotros ha prestado mas servicios que él á la causa de la independendencia? ¿cuál ofrece mas ventaja para el porvenir? Capitan ya reputado por su valor y sus talentos militares; ¿quién mejor que él puede mandar el ejército nacional, y concluir por hacernos triunfar de nuestros enemigos á quienes el solo nombre del vencedor hará temer nuevos reveses?

Estas palabras salidas de un corazon leal y convencido, llevaron la persuasion á todos los ánimos; y apenas llegaron á las asambleas populares, cedió la frialdad su puesto á la exaltacion. El mérito de Padilla recordado oportunamente por una boca amiga, engrandeciéndose de repente á los ojos de todos aquellos que momentos antes habian llegado á desconocerle, y sin tardanza don Juan de Padilla fué elegido gefe de la Santa Liga por una inmensa mayoría de votos. Una débil parte de la minoría, compuesta de aquellos cuyo amor propio se creia ofendido, ó cuyas opiniones democráticas con esceso tendian á darse la mano con las de los demagogos de Valencia, se abstuvo de votar; la otra quiso mas bien perder sus votos dividiéndolos á la ventura.

En seguida se procedió al nombramiento de los tenientes de Padilla; don Juan Bravo fué elegido para mandar la division llamada de Segovia, que se componia de la juventud reclutada en el Norte de España; y don Francisco Maldonado el cuerpo de ejército apellidado de Salamanca, compuesto de las fuerzas enviadas por las ciuda-

des coaligadas del Oeste y el Mediodía del reino. Los nombres de estos nuevos gefes no fueron mucho tiempo ignorados fuera del lugar en que la sesion se habia celebrado; y por la alegría que el pueblo manifestó al saber esta nueva, pudieron juzgar los diputados que hubiera sido muy difícil elegir generales de mas popularidad.

Apenas habia el obispo de Zamora levantado la sesion, cuando una inmensa multitud se precipitó á la entrada del pabellon gritando: ¡Vivan nuestros diputados! ¡viva nuestro general Padilla! ¡el vencedor de Toledo y Segovia! ¡viva Bravo! ¡viva Maldonado! Y apoderándose algunos de los mas exaltados de las personas de estos tres gefes, les hicieron montar sobre una especie de pavés improvisado con las sillas que encontraron en el interior de la tienda, y condujéronles sobre sus hombros á sus respectivos cuarteles, gritando y accionando de mil maneras, segun costumbre de las gentes del pueblo, y del pueblo español, sobre todo, tan espresivo para manifestar su alegría ó su disgusto.

Entrelanto la tarde avanzaba y la calma se iba restableciendo; cada uno se dirigia á su alojamiento, á Avila unos, otros á sus respectivos cuarteles, dejando en los suyos á aquellos mismos tres gefes á quienes habian aturrido con sus gritos y su algazara. Y ciertamente que si debia felicitarse á Padilla, Bravo, Maldonado y los demas gefes que debian ponerse en camino al amanecer del dia siguiente, debia tambien dejárseles tiempo para descansar y acabar los preparativos de su viage, para lo que no tenian mas tiempo que aquella noche.

¿Pero cuál es la causa de que uno de ellos se encuentre á estas horas delante del acampamento hácia el camino de Segovia? Pues, si no me engaño, es don Pedro Giron. ¿Y qué hace allí solo en un sitio tan apartado? Por su apostura recelosa, por su fisonomía contrainda puede juzgarse que le ocupa un secreto desagradable; por las bruscas interpelaciones que se hace á sí mismo, puede comprenderse la causa de sus tormentos.

— ¡Cómo, yo, decíase á sí mismo en alta voz, un Pacheco y Giron, haberme unido á un partido de rebeldes para verme humillado y confundido en las filas del pueblo! ¡Yo, rico-hombre de una de las mas antiguas casas de las Castillas, tener que marchar detrás de hidalgos oscuros y de plebeyos ciudadanos! ¡Obedecer por obedecer, mejor es hacerlo á la córte! ¡Ah! señores del pueblo, no sois poco dichosos en contarme en vuestras filas; en vez de manifestaros orgullosos en tener á vuestra cabeza un hombre como yo, habeis preferido á ese Padilla, ¡á ese hidalgo miserable! y este hombre á quien odio, ¿estará siempre atravesado en mi camino? ¡En mal hora ha venido!... ¡Y hoy que es dueño del poder, que ama á mi prima y es correspondido de ella, la hará su esposa!... ¿Quién podrá ahora ponerle obstáculo?... Y despues de un corto instante de reflexion: «¡Yo seré ¡oh! ¡desgraciado de él! ¡desgraciada ella! ¡desgraciados todos! gritó, volviéndose hácia el campo, apoyando la frente en las manos: ¿pero qué hacer? ¿qué hacer?....

En este momento se oyó un canto lejano, y bien pronto estuvo el

cantor á distancia que pudiera distinguirse esta copla del último romancero del Cid, tan sabida en España, y repetida sobre todo por los arrieros que en sus largos viages no cesan de entonarla :

Banderas antiguas, tristes,
de victoria un tiempo amadas,
tremolando están al viento
y lloran aunque no hablan.

Don Pedro volviendo la cabeza esperaba evitar al importuno que venia á interrumpirle en sus pensamientos de venganza, cuando el imprudente arriero, porque no era mas que uno, marchó hácia él, y con aire familiar dijo al caballero :

—Señor Giron, ¿venis á este sitio huyendo del ruido y de la alegría de la fiesta? ¡Por el alma de mi padre! que no seria difícil que fuéseis á reposar á su lado si á estas horas os retirais del campo y tomais esta direccion....

—¡Alabado sea Dios! seas bien venido, exclamó don Pedro Giron, reconociendo á Moreno bajo el traje de maragato; ¡ah! el cielo ó el infierno te envía en mi ayuda. Sea el que quiera, no importa; y hé aquí el momento de pagarme con un buen servicio las obligaciones que me debes. Hasta ahora he querido creer que te ha faltado la ocasion; en estos últimos dias yo he dado crédito á las razones verdaderas ó falsas que me has dado, sobre la necesidad de conducir á doña María al convento de San Gerónimo; pero tengo una venganza sobre el corazon, que juro por el mismo Satanás satisfacer, y cuento contigo sobre todo para llevarla á cabo. Ahora, no mas dudas ni pretestos por tu parte; tú sabes lo que ya debes á mi familia....

—¡Lo sé! respondió Moreno con aire sombrío.

—¡Pues bien! toma este oro, repuso el orgulloso caballero poniendo en su mano una bolsa de doblones que probaban su buena ley por el sonido claro que dieron rodando por el suelo; porque en el poco cuidado que puso Moreno para cogerla no habia aun tendido la mano y la bolsa habia caido al suelo.

—¡Oh! ¡oh! creo que dudas; será esto demasiado poco á tus ojos, repuso don Pedro interpretando mal los motivos de la altanería del criado; pero tranquilízate que esto no es mas que una parte muy pequeña á cuenta de lo que espero pagar algun dia á tus servicios. Este oro, mas que para tí, es para las gentes de quienes tendrás necesidad de servirte: guárdale ahora, yo lo quiero, añadió imperativamente; y creyendo entonces Moreno que una resistencia mas obstinada podria comprometer los secretos de su alma, guardó la bolsa con los doblones.

—Ahora escucha, continuó Giron, yo quiero vengarme á la vez del condestable, de doña María y del mismo Padilla. Despues de haberme arrebatado el mando de mi partido, quiere sin duda mi favorecido rival desposarse tambien con mi prima, y desposeerme de las tierras y de los honores que me pertenecen.

—Tal vez podrá ser muy bien eso que decís, dijo irónicamente Moreno.

—¡Oh! pues no será así, repuso Giron; porque yo no les daré tiempo para ello. Mañana por la mañana tiene Padilla obligacion de marchar para Tordesillas al lado de la reina Juana; yo durante este tiempo iré á San Gerónimo. A mí, jefe de la casa de Pacheco, no se me puede rehusar la entrada en el convento: además tengo el pretexto de decir que voy á hacer oracion sobre la tumba de mis padres antes de emprender mi gran viaje á Alemania.

—¡Bien! le interrumpió su cómplice; pero cuando esteis en el monasterio, ¿qué pensáis hacer?

—¿Lo que yo haré? gritó delirante don Pedro Giron; sacaré de allí á mi bella prima, y una vez entre mis manos, añadió apretándolas convulsivamente como si ya tuviera entre ellas á la señora, yo la obligaré á unirse á mí en el acto ó á abandonar el solar y el marquesado de Mondejar, poniéndola en la precision de tomar el velo al instante en uno de los claústrs mas cercanos.

—Malos medios son esos; replicó el infernal Moreno; las murallas del convento de San Gerónimo son fuertes y elevadas y no es muy fácil sacar de ellas á nadie por la violencia.

—Pues prenderé fuego al monasterio, añadió el fogoso don Pedro; además que ya lo tengo todo previsto. Segun mis órdenes, hombres que me son adictos deben estar reunidos en los alrededores de San Gerónimo. Tú que conoces las entradas de la abadía me avisarás los medios de introducir de noche á mis gentes; gana al lego portero, y si es preciso á toda la comunidad: ¡qué diablo! el oro rompe, segun dicen, grillos y cadenas, y con los recursos de tu genio....

—Siempre son esos malos medios, cuyo éxito es muy dudoso, respondió el astuto Moreno; el solo resultado seguro de todos vuestros aventurados proyectos seria infaliblemente comprometernos al uno y al otro y que no lograríamos nada. Si no se os dá mucho cuidado infundir sospechas por lo menos, yo tengo mis razones para evitarlas en este momento: así, no acepto ese medio.

—¡Pero desgraciado! ¿qué hemos de hacer entonces? repuso Giron sacudiendo violentamente el brazo de Moreno.

—¿Qué hemos de hacer?.... he lo aquí, dijo despues de haber reflexionado un instante. Señor don Pedro, si yo he podido alcanzaros aquí y separarme de doña Maria, preciso es, como debeis suponerlo, que haya tenido poderosos motivos, como, por ejemplo, cierta carta que me ha hecho entregar mañosamente la señora para el caballero de Padilla.

—¿Y qué decía en esa carta? interrumpió Giron.

—La señora decía, continuó el pérfido criado, que habia en efecto, así como su compañera Inés, concebido ciertos temores á causa de la aparicion de figuras de mal aspecto al rededor del monasterio. Añadía tambien, que sin duda el condestable no ignoraba su permanencia en aquel lugar, y que por consiguiente no tardaria mucho en sacarla de San Gerónimo lo mas pronto posible. Por esta

razon rogaba á su amado don Juan (y sobre estas últimas palabras el satánico moro se apoyó con una intencion bien marcada) que se diese prisa á volver á San Gerónimo para velar por la seguridad de la que amaba. Así, el señor de Padilla intenta pasar mañana por este convento, sacar de él á su amada doña Maria, y en su dulce compañía seguir su ruta hasta Olmedo, y desde este pueblo trasladarse por caminos desviados á Tordesillas.

—¿Qué me importa eso? dijo Giron.

—¡Paciencia! replicó con una sonrisa burlona su diabólico consejero. Entre Segovia y Olmedo no olvidareis que hay asperezas de terrenos favorables, y sobre todo un gran bosque de pinos que es preciso atravesar antes de llegar á la pequeña villa de Nava-de-Coca. ¡Pues bien! este sitio solitario en las tinieblas de la noche ¿no os parece mas á propósito para un golpe atrevido que el convento de San Gerónimo?

—¡Maravillosamente! repuso don Pedro, pero ¿crees tú que es Padilla tan loco que viajará sin una fuerte escolta?

—Sobre este punto podeis estar tranquilo, respondió el traidor, que yo haré de modo que todo salga bien. Podeis desde luego contar con que la resistencia será bastante débil.

—Toma esa mano, gritó Giron transportado de alegría presentándola á su digno cómplice, cuyos proyectos le parecian admirables; despues de un servicio como este ya puedes de mí exigirlo todo.

—Despues será, replicó Moreno; ahora separémonos porque es preciso evitar que nos observen juntos; tomad este camino, yo me dirigiré por el otro, volvamos á nuestros alojamientos porque podría nuestra ausencia, y sobre todo la vuestra ser notada.

—Pues hasta mañana al anochecer en el pinar cerca de Coca, dijo alejándose.

—Hasta mañana, repitió Moreno. Despues bajando la voz, continuó: que la maldicion del cielo caiga sobre tí y sobre todos los de tu reprobada secta!

XI.

La alevosia.

Si hay algunos momentos dulces en la ausencia son aquellos que pasamos visitando los sitios que ha recorrido con nosotros el objeto que amamos. Aunque mezclados de pena, los infinitos recuerdos que escita sirven sin embargo de consuelo á nuestra alma afligida. ¿No es la ilusion del desgraciado creer que todo lo que le rodea debe participar de los disgustos que él sufre? ¿La imaginacion muchas veces no se adelanta hasta á dotar de inteligencia y sentidos aun á las cosas inanimadas que han sido testigos de nuestra dicha? Personages mudos, son á veces para nosotros un language que

corresponde á nuestra idea dolorosa. Parece, pues, que el objeto que nosotros lloramos, dió vida con el soplo de su alma á todo lo que estuvo presente á las horas de nuestra felicidad; horas dichas que nuestra alma se representa, y olvidada entonces del presente, la ilusion le convierte el pasado en el porvenir.

Estas consoladoras ideas habia la hermosa y triste María venido á buscar á los viejos árboles del cercado de la abadia de San Gerónimo, porque algunas veces el espeso follage de estos árboles habia prestado su sombra á los deliciosos paseos de los dos amantes. Allí, asida ahora de su fiel Inés, la esposa de don Juan dirigia á su alrededor una de aquellas miradas profundas y melancólicas capaces de penetrar hasta el mismo mármol. En vano habia intentado su amable compañera distraerla con algunos de aquellos mil cuentos de guerra y de amor, de que toda española en aquella época, y sobre todo una maragata como Inés, tenia llena la memoria; pero el romance que acababa de cantar acompañándose con su bandolín no habia podido fijar la atencion de su señora, quién contra lo que de ordinario le sucedia, no le escitaban ningun interés las aventuras caballerescas de los moros y los cristianos, preocupada como parecia hallarse de la sola idea que le oprimia el corazon.

—¿Tú crees Inés, decia, que podrá él llegar hoy? ¡Quiera Dios que haya recibido mi cartal Pero, yo no sé, un secreto presentimiento me inquieta. Cuando le veo, su presencia me infunde valor; cuando ya no está á mi lado, mi confianza en el porvenir parece que se aleja con él. Entonces, en mis pensamientos de dia y en mis sueños de noche, una figura sombría, cuyo semblante no puedo distinguir, pero que creo ser la del condestable, viene siempre á colocarse entre don Juan y yo. No importa, Inés, yo me uniré á él, ó moriré: porque, tú lo sabes, yo le amo con toda la energía de mi alma al bueno, al leal, al generoso, al honor de Castilla!

—Pues él os ama con un amor por lo menos igual al vuestro, dijo suspirando la fiel y sensible confidente de María; él no está como los demas tan absolutamente ocupado de nuestras discordias civiles que sea su corazon insensible á los dulces sentimientos de ternura.

Pero la señora no ponía atencion á las razones de Inés. Escuchaba en aquel momento los repetidos ecos de la gran campana de la puerta del monasterio. De repente parecióle oír en el patio como el ruido confuso de hombres y caballos...

—El es, dijo, lanzándose bajo la bóveda que conducia al patio interior del edificio ocupado por el abad y los huéspedes que no eran de la comunidad. Era en efecto don Juan palpitante de alegría y felicidad.

—Señora, le dijo, echando pié á tierra y cogiendo como galante caballero la mano de doña María, vuestra voluntad no ha tenido que prevenir la mia. Si os parece bien, os conduciré hoy mismo al lado de la reina Juana; por que es preciso que mañana sin falta esté yo dentro de los muros de Tordesillas en donde me han citado los demas diputados.

—Pero marchar á esta hora, observó el prudentísimo abad Bena-

vides, me parece un poco temerario; la noche va á sorprendernos muy pronto. Si hubiéseis traído una numerosa escolta...

—Si vuestra reverencia me permite, se adelantó á responder el hipócrita Moreno, diré que me parece que el señor de Padilla obraría con mas prudencia haciendo de noche su viage. Las tinieblas y el misterio creó que son preferibles á toda escolta ruidosa, que no dejaría de fijar la atencion de nuestros enemigos haciendo que cargasen sobre nosotros.

—Ese es justamente el motivo, añadió Padilla, por el cual no me he hecho acompañar de un destacamento de los voluntarios de Toledo reunidos en Avila; los demas individuos de la diputacion han hecho lo mismo. Cada uno se dirigirá solo á Tordesillas por caminos poco frecuentados.

—Posible es que tengan razon, respondió el bueno y previsor abad; pero vos, señor de Padilla, tenéis precision de seguir hasta Olmedo el camino real de Valladolid. Todo el país que atraviesa este camino, no está pronunciado aun por la causa de la Liga. Se asegura que algunas partidas de realistas recorren estos campos; yo mismo he visto rondar alguna alrededor de aquí y aproximarse por las tardes á las paredes del monasterio. Si quereis creerme no rehuseis el ofrecimiento que os hago de poner á vuestra disposicion los criados del convento; y si no quereis ser acompañados mas que hasta Olmedo, os escoltarán al menos hasta este pueblo. Allí dejareis el camino de Valladolid y atravesando por caminos solitarios, podeis entonces sin peligro llegar hasta Tordesillas.

Como la señora doña María uniese tambien sus instancias á las del obsequioso abad, don Juan se decidió á aceptar la proposicion del reverendo Luis Benavides, á pesar de la viva oposicion de Moreno. Pero renunciando este, en fin, á hacer que prevaleciera su opinion, tomó el partido de ocultar su despecho bajo el esterior engaño de una dócil sumision. En pocos momentos estuvo todo preparado para la marcha, y nuestra comitiva compuesta del señor de Padilla y su esposa, de Inés, Moreno y una veintena de criados del abad bien montados y armados, se puso en camino.

La señora y su doncella se habian puesto sus trages de maragatas para montar en las mulas; á su lado iban don Juan sobre su fiel Alamez, y Moreno sobre un brioso caballo navarro que habia adquirido recientemente en cambio de la mula que habia sacado de las caballerizas de monseñor el condestable; delante y á los lados del camino marchaban los criados armados del abad de San Gerónimo.

Caminaban á tal paso, y era tan violenta la celeridad de su marcha, que en poco mas de cinco horas habian dejado ya bastante atras el lindo campanario de Paracés, y ya tocaban á la estremidad de esta grande llanura, cortada por las pequeñas y fértiles cañadas que se encuentran á la salida de este pueblo. El rojizo disco del sol, que se ocultaba, teñía de púrpura al horizonte, y sus rayos luminosos estendiéndose en la vasta estension del firmamento, coloraban de mil matizes brillantes las vaporosas nubes, cuyos multiformes y va-

riados colores proyectaban en el espacio un sin número de escenas fantásticas é imponentes.

Nuestros dos amantes contemplaban con una especie de simpático silencio el magnífico espectáculo de uno de aquellos bellos crepúsculos de la tarde que no pueden menos de admirarse en las regiones meridionales. Hasta entonces habian olvidado el uno y el otro lo largo del camino por los dulces encantos de una tierna conversacion, en la cual sin orden ni prevencion habian cambiado sinceras protestas salidas del corazon capaces solo de comprender toda su estension y sinceridad, protestas que se comunicaban sus sentimientos en miradas amorosas. Pero con la calma que en este momento á la entrada de la noche reinaba en la naturaleza, una melancólica meditacion se habia apoderado del espíritu de don Juan y de la señora; ilusion hechicera del alma que lleva consigo uno de aquellos íntimos goces que no pueden menos de espermentarse abandonándose de concierto con el objeto que se ama.

La pareja que venia detras era menos sensible á las impresiones de la naturaleza; y el tono poco dulce de su conversacion, manifestaba bien claro la escasa armonia que reinaba entre Inés y Moreno.

—¡ Por mi santa patrona! que no cantaré, dijo la tímida jóven; para cantar es necesario estar dispuesta, y no es hoy precisamente cuando yo lo estoy. ¡ Un viernes! ¡ mi buen Jesús! si se me hubiera creído, no nos hubiéramos puesto en camino á estas horas.

—¡ Un viernes! repitió Moreno hablando consigo mismo, no habia yo pensado en eso.

—¡ Y qué os importa el viernes! replicó la maliciosa maragata, vos no sois cristiano tan puro que podais mirar como funesto el dia en que murió Nuestro Señor.

Durante esta conversacion se habia marcado el recelo, aun que no la sorpresa, en la fisonomia de Moreno; no era precisamente por que la fé cristiana reinase en el fondo de su alma y la memoria del viernes viniese á inspirarle los remordimientos ó la indecision; era, sí, porque los musulmanes consagran el dia del viernes al ayuno y á la oracion. ¿No está escrito en el Coran que el viernes deben reprimirse todos los sentimientos de venganza y que en este dia mas que en ningun otro no debe hacerse traicion á sus bienhechores y á los que dan hospitalidad cualquiera que estos sean? ¡ Desventurado del que no observase la ley de Mahoma! Estas palabras del Profeta traídas de repente á la memoria de Moreno habian enrostrado su semblante y guardaba silencio.

—¡ Y bien! le dijo Inés dulcificando su voz conmovida de la simpatía que manifestaba Moreno con sus creencias religiosas; yo no sé que negro presentimiento me inquieta, pero tengo miedo. Y esto diciendo se acercaba á su compañero, y apretando el paso de su mula, añadió como para distraerle de las reflexiones que le absorbian; ¿Moreno, es una nube aquello que se vé allá abajo en el horizonte? Desde aquí yo le tomaria por un caballero montado sobre su palafren; ¡ Virgen Santa! si hubiera de creer la ilusion de mis ojos, creeria que es el viejo condestable que se dirige á nosotros

montado en su Párdalo, el famoso caballo encantado de su familia.

—¡Que el cielo nos proteja! respondió Moreno.

Pero el nombre de Párdalo había llegado á los oídos de Juan y de María.

—¿Qué hablas tú de Párdalo, Inés? dijo su señora volviéndose hácia ella; á propósito, de todas las leyendas que tú sabes, esa es precisamente la que mas me interesa. Esta antigua historia de los Velascos de Haro me recuerda mi primera infancia; mi abuela Velasco, me la ha contado muchas veces durmiéndome sobre sus rodillas. Cántala ahora, que en esta hermosa noche me será muy dulce oír la repetir por los ecos de estos bosques.

—Talvez sería mas prudente no recordarla, observó Moreno; ¿quién nos dice que estas masas sombrías no nos oculten algunos secretos peligrosos? Lo mejor me parece que sería atravesar este bosque con el mas profundo silencio.

Nuestra comitiva, en efecto, acababa de entrar en el gran pinar situado á un lado de Coca sobre el camino de Segovia. Ahora le llegaba á Moreno el momento de su traición: Giron estaba allí apostado en la sombra, no esperando mas que la señal para lanzarse sobre su presa. La voz de Inés podía servir para darla; pero Moreno ahora se estremecía de su resolución y vacilaba cumplirla, como sucede frecuentemente á mas de un criminal en la hora de ejecutar sus proyectos. Intentó, pues, disuadir á la señora de que hiciese cantar á Inés, pero fué en vano. Temiendo entonces despertar sospechas instando mas porfiadamente, guardó silencio; y la gentil Inés con voz pura y sonora comenzó la antigua balada de los flaros.

Los suaves acentos de la jóven acompañados por el paso regular y mesurado de los caballos, el hechizo de su voz que se mezclaba á esa armonía indefinible que en una bella noche de verano nace del soplo de la brisa que corre á través del follage misterioso, todo, en fin, concurría á prolongar las ilusiones de nuestros diversos personajes, cuando una descarga de mosquetería vino repentinamente á detenerlos. Dos ginetes de los que marchaban delante habían caído muertos.

Al estruendo de las armas, don Juan picando al generoso Alamez, voló al socorro de los suyos que acababan de ser asaltados por un grupo de hombres armados. A la argentina luz de la luna que arrojaba entonces toda su claridad, reconoció en sus armas los colores de oro, plata y azul de la casa de Velasco: sin duda que había caído en una emboscada de alguna partida de soldados del condestable, y entonces comprendió su objeto cuando á los gritos de su esposa, volviendo la cabeza, vió á un hombre armado cogido de la brida de la mula que montaba la señora, á quien ya dirigia hácia la espesura del bosque. Ligeró como el pensamiento, el señor de Padilla cargó sobre el atrevido raptor y le dió con su espada un tan violento golpe sobre la cabeza, que hizo saltar su visera hecha astillas dejándole la cara descubierta. El cobarde caballero soltó su presa por un brusco movimiento, y ocultando su semblante ya descubierto y poniendo espuelas á su caballo, desapareció en el monte vecino.

Entonces don Juan dejando á doña María bajo la custodia de cinco de los criados de la abadía de San Gerónimo, volvió con los restantes á reforzar á su pequeña vanguardia que se batía desesperadamente. Dos de ellos, como hemos visto, habian muerto al principio del ataque, otros tres acababan de ser desarmados y no quedaban mas que cuatro que se mantenian firmes, sin embargo, contra numerosos agresores, cuya mayor parte estaban protegidos por los grandes árboles de la orilla del bosque; pero Padilla y los suyos satacándolos de flanco, vinieron á cambiar el aspecto del combate.

—¡Cobardes! gritó con terrible voz, aunque os hayais valido de la sorpresa y de las tinieblas para dirigir vuestros golpes; ¡por la sangre de Cristo! que os voy á enseñar así como á vuestro gefe lo que se gana en medir de noche las fuerzas con Padilla. Y esto diciendo los cargaba á furiosos golpes arrollándolos y haciéndolos caer en las orillas del camino.

No fué muy larga la lucha, porque atemorizados los agresores del terrible adversario que habian encontrado, é ignorando la suerte de su gefe y de los otros camaradas que no veian venir á socorrerlos, picaron los caballos y desaparecieron en la oscuridad. Don Juan entonces, creyendo inútil y poco prudente ir en su persecucion, mandó á su gente que apretáran el paso á fin de salir pronto del bosque y no dar á los enemigos tiempo de reunirse y atacarles de nuevo. En este momento se dejó oír detrás de ellos el galope de un caballo; nada se distinguía, porque la luna oculta entonces entre espesas nubes era tan opaca como un hogar sin fuego; pero la voz conocida de Inés, hizo que cesara la alarma de nuestra comitiva.

La pobre jóven en medio de la confusion de aquel ataque nocturno y sola con Moreno, habia sido tambien acometida de improviso. Su mula habia caido herida de un tiro, y el primer grito de la desconsolada Inés habia sido llamar á su compañero:—Ahora os convencereis, le dijo, que no era prudente partir en viernes.

—¡Oh! le respondió Moreno ayudándole á levantarse y separando la mula que casi le habia cogido debajo, no habéis tan mal del viernes, porque ¿no estoy yo aqui para socorreros?

En efecto, tanto por espíritu religioso como por un movimiento de compasion espontánea hácia la bella Inés, á la cual le inclinaba su corazón á pesar suyo, Moreno estuvo pronto á levantarla y la hizo montar en su propio caballo; pero cuando acababa de colocarla en la silla, fué atacado vigorosamente por un considerable número de hombres armados. El animal asustado partió como un relámpago, llevando su ligera carga, mientras que Moreno en el primer momento de su sorpresa no pensó mas que en defender instintivamente su vida y parar los golpes que llovian sobre él como una granizada. Habiendo logrado al fin hacerse oír de sus enemigos, rindió las armas y se constituyó su prisionero, viéndose obligado á seguirlos á lo espeso del monte. Cuando el señor de Padilla advirtió la ausencia de Moreno, mandó en su busca, pero en vano, y fué preciso á nuestra comitiva continuar sin él su camino, porque la prudencia prescribia á don Juan acelerar su marcha; de manera que en poco tiempo llega-

ron á Olmedo. Allí hizo que tomaran algunas horas de descanso, de que tenian buena necesidad hombres y animales. Despues por una precaucion bien entendida despidió á la mayor parte de los criados de la abadía de San Gerónimo, no conservando á su lado mas que cinco ó seis, y se puso en camino con la señora é Inés acompañados de un hombre del país que les servía de guia.

De este modo concluyeron su viage sin experimentar otros motivos de disgusto que un gran cansancio, resultado inevitable de una larga marcha á través de mil veredas poco frecuentadas. En fin, el lunes hácia el medio día hicieron su entrada en Tordesillas, en donde bien pronto se extendió la noticia de su llegada, lo mismo que la del suceso que habia tenido lugar la noche última, gracias á la locuacidad jactanciosa de los criados de don Juan, que habian publicado por todas partes su triunfo sobre los soldados del condestable, dando como cierto que el mismo don Iñigo de Velasco gravemente herido por el caballero toledano, habia debido su salvacion á la fuga en la obscuridad de la noche.

Estas noticias acogidas con entusiasmo por los ánimos ya prevenidos en favor de Padilla, hicieron mas gigantesco el renombre de nuestro héroe, y aumentaron ventajosamente la merecida confianza que por sus triunfos habia ya sabido inspirar á los hombres de su partido.

XII.

La revelacion.

Es cosa bastante rara en Castilla la Vieja y en la parte meridional del reino de Leon encontrar un monte de árboles elevados; esta comarca en general no ofrece mas que vastas llanuras mal cultivadas, sembradas de trecho en trecho de encinas raquíticas y enanos robles achaparrados, y rodeadas de pequeñas colinas áridas, de aspecto triste y monótono. El bosque cercano á Coca en que nos hallamos en este momento, era entonces mal mirado por el pueblo, como lo eran todos los bosques sombríos, que parecian ser tanto mas misteriosos cuanto era mas escaso su número en el país. A primera vista sobre todo justificaba bien su siniestra reputacion por las escenas que tenian lugar en la espesura de sus malezas.

En efecto, en un arenal solitario rodeado de grandes árboles, acababa de hacer alto un grupo de hombres armados de aspecto mas facineroso que militar; allí echaron pié á tierra y dejaron sus caballos paecer el musgo y la yerba de que estaba el suelo cubierto. Un poco separado de los demas, hácia la orilla del matorral, se veia un caballero de negras armas á quien todos prodigaban las mas sollicitas atenciones; á juzgar por los miramientos que se tenian á aquel personaje, no podia dudarse que era el gefe de aquella tropa. Tenia á

su lado el casco abollado que se había quitado para curarse mejor la herida que había recibido en el carrillo; pero gracias al buen temple de su visera no era aquella profunda ni peligrosa al parecer, porque al cabo de pocos instantes se levantó y paseándose con aire meditabundo, menos atarmentado parecía de su mal, que preocupado de pensamientos recelosos. De repente un sonido agudo y prolongado imitando el grito de un ave nocturna, seguido del ruido de las hojas que se movían, vino á sacarle de su meditacion. Entonces se levantaron todos los foragidos agrupándose al derredor del guerrero que parecia ser su comandante.

—¿Quién vá allá? dijo este con esforzada voz.

Resonó de nuevo el penetrante grito, pero esta vez de una manera clara é inteligible. Entonces dejaron aproximarse sin desconfianza á tres hombres armados de casco y coraza que conducían á otro con las manos atadas á la espalda.

—¡Ah! ¡ah! Rolando, dijo á uno de ellos el gefe, ¿qué nos traes ahí?

—Un prisionero, monseñor, y no sin trabajo, porque se batía....

—¡Bien! ¡bien! serás recompensado por tu valiente accion, interrumpió bruscamente el caballero de las armas negras. Y dirigiéndose hácia el prisionero, iba diciendo en voz baja: ¡Ya tengo uno sobre quien descargar todo el furor de mi venganza! ¡el las vá á pagar por todos! Y aproximándosele con aire irritado: ¡Justo cielo! ¡eres tú! gritó trasportado de una feroz alegría, reconociendo la fisonomia de Moreno al vivo resplandor de la luna, cuyos rayos entonces perpendiculares permitian ver los menores objetos del paisaje. ¡Ah! esta vez, traidor, ¡yo te juro por Dios, por sus santos y sus demonios, que no te has de escapar! Y la voz de Giron se enfurecia por instantes. ¿Es así, continuó, como Padilla debía estar solo? ¿ese es el modo con que ayudabas á mis proyectos, prestando tu asistencia contra mí y protegiendo la evasion de doña María y de su galante caballero? ¡Qué insensato he sido en fiarme de tus promesas! Pero ¡por Satanás! que si te has burlado una vez de mí, ¡no lo volverás á hacer en adelante! Secretos como el que yo he depositado en tí, enriquecen ó matan al confidente; la muerte, si, la muerte me vá á asegurar de tu silencio. ¡Hola! gritó á sus gentes; quitadme de en medio á ese bellaco; merecia por lo menos que lo ahorcáran, pero me contento con una buena paliza. Vamos, tirádmelo á tierra, y dadle de palos hasta que quede muerto.

Entonces sin dar tiempo á Moreno para responder le arrojaron al suelo y redoblaron furiosos golpes sobre su cuerpo veinte palos á la vez; no tardó mucho la sangre en correr por su desgarrada piel, y á medida que eran mas agudos sus dolores, sahan de su boca horribles blasfemias y maldiciones contra Giron y los suyos. En fin, en el colmo de sus tormentos y sintiendo su cuerpo desfallecer, no pudo contener por mas tiempo las exclamaciones de su fé religiosa; y en su desesperacion, invocando la ayuda de Dios y de su profeta, dejó escapar de sus lábios los nombres de Alá y Mahoma.

—¡Ah! eres un renegado, un infiel! razon mas para hacerte mo

rir á palos, gritaban sus verdugos redoblando de lo lindo, escitados por Giron, que armado tambien de una rama deshojada daba fieros golpes al malaventurado moro, á quien trataba de apóstata y traidor.

— ¡Y no creas, añadió, que despues de tu muerte he de tener compasion de tu alma! ¡No se ha de usar contigo esa demasiada clemencia que se tuvo con tu padre Albayaldos! Perro, idólatra, tú vas á morir como quien eres; sin sacramentos, ni sepultura.

Pero Moreno, indiferente á estas maldiciones, no hacia mas que invocar á grandes gritos al Dios de Mahoma: ¡Alá! ¡Alá! suspiraba con fuerza queriendo en vano asirse á la vida que sentia abandonarle. Perdió en fin el conocimiento y no pudo sentir el desgraciado que habian dejado de llover los golpes sobre él; y era que la escena habia cambiado repentinamente de aspecto. En este momento Giron y los suyos habian sido asaltados por un grupo de valientes, que salidos de repente de en medio del bosque, habian caido sobre ellos quitándoles á Moreno de entre las manos.

Don Pedro y los suyos sorprendidos de tan imprevisto ataque, no podian menos de luchar con desventaja contra enemigos cuyo número crecia á cada instante; así, ignorando con quien se las habia y temiendo ser á su vez hecho prisionero, Giron adoptó juiciosamente el partido de abandonar el campo y dejar á Moreno en poder de los vencedores. Esta maniobra le fué tanto mas fácil ejecutar, cuanto que sus enemigos no parecian de modo alguno dispuestos á empeñarse en su persecucion; por el contrario, tambien se retiraron en direccion opuesta internándose en la espesura y llevando con ellos el cuerpo casi inanimado de Moreno que parecia ser un objeto de interés y de tierna solicitud para todos.

CAPITULO XIII.

El elegido de Dios.

Si hubiera de darse crédito al irónico proverbio demasiado repetido en Francia, deberia creerse que España era un pais desguarnecido de castillos. Para convencernos mejor de la falsedad de esta asercion popular, dirijamos nuestra vista al seno de la península y veremos que no sin motivo se dá el nombre de Castilla á esas dos grandes provincias centrales de este hermoso reino. No encontraremos seguramente en él *villas* á la italiana, ni palacios á la Mansart, como Saint-Cloud, Trianon, y Versailles, pero sí numerosos castillos en la verdadera acepcion de la palabra, derivada del latin *castellum*, casa fuerte destinada á dominar como á proteger un pais.

Asi, si hacemos una excursion por las Castillas, no podremos andar seis ó siete leguas sin tropezar con orgullosas ruinas de atalayas solitarias. Sin embargo de los siglos que han transcurrido, todavia se dá el nombre morisco *atalaya* á estas fortalezas, situadas en general en medio de las laderas de pequeñas colinas para dominar mejor

las grandes llanuras de estas comarcas poco montuosas. Estos castillos no ofrecen casi ninguna variedad en la forma de su construcción: parece, pues, que las intenciones dominadoras de sus diversos fundadores se han retratado en la uniformidad de su arquitectura. En efecto, la mayor parte de estas fortalezas están compuestas de una mole maciza cuadrilátera ó redonda, sin mas agujero que una puerta baja, flanqueada de dos gruesas torres almenadas de mediana elevación. Después de haber servido alternativamente de defensa y opresión á moros y cristianos, según la inconstante suerte de los combates, casitodas estas atalayas, derribadas por la mano del tiempo, se hallan hoy habitadas por los milanos, los murciélagos y los buhos; algunas veces tambien su casi derrumbado techo sirve de abrigo al estraviado caminante, y con mas frecuencia aun á los malhechores y á los pícaros, que vienen á esconderse en estas ruinas de la persecucion de la justicia y de las pesquisas de los cuadrilleros de la santa hermandad.

A una de estas abandonadas fortalezas, situada en lo mas apartado del bosque, fué conducido el casi moribundo Moreno. Ya hacia muchas horas que estaba en aquel sitio tendido en tierra y privado de conocimiento; á su lado se hallaba una vieja á manera de africana, vestida con un extraño trage con listas y flores coloradas y negras, indicando que formaba parte de una de esas cuadrillas de bohemios, llamados en España gitanos, tribus nómadas, toleradas entonces en este pais, y que recorriendo las provincias, iban diciendo la buena ventura á unos, la mala á otros, y queriendo vender á todos á precios demasiado caro recetas universales, remedios infalibles para toda especie de males de alma y de cuerpo.

Por la esmerada asistencia que prodigaba á Moreno la vieja gitana, se deducia evidentemente que representaba para ella algo mas que un objeto digno de compasion. En el ardor de su cuidadoso celo se habia hecho ayudar del saludador de la tropa, uno de esos empiricos muy estimados entonces, que per medio de los ademanes mas ridiculos y sobre todo por su saliva, bálsamo poderoso del corazon, como ellos le llamaban, pretendian curar todas las enfermedades. Nadie se atreveria á afirmar que ellos obtuviesen siempre resultados felices; pero el hecho es, que gracias á las contorsiones del saludador, á las fricciones de sus manos untadas de un aceite, según decian, preparado, y mas aun talvez al aire fresco y suave de la madrugada y al hado dichoso de Moreno, que habia permitido que fuese arancado de manos de sus verdugos con todos sus huesos enteros, fué volviendo poco á poco en sí. Viendo esto el saludador le hizo tragar sin que lo supiera un brevage, especie de élixir oriental muy tónico, que precipitando la circulacion de la sangre, volvió á su conocimiento al apaleado Moreno, hasta el punto que prestando oídos á estas palabras doloridas de la vieja:

Mas si el cielo nos persigue,
Una vez muerto Albayaldos
¡Oh sol! ¿qué importa que brilles?

le interrumpió bruscamente reconociendo este estrivillo de la larga balada, hecha en memoria de Albayaldos, su padre. «¡Esta voz! ¡estos acentos!» gritó medio enderezando su cuerpo, porque la fricción de aceite, mejor sin duda que la saliva del saludador, había dado la elasticidad á sus encorvados miembros; y quedó mudo de asombro con los ojos fijos en la gitana.

—¡Albayaldos! dijo esta comprendiendo su sorpresa, si, yo soy, yo, Aixa, tu antigua nodriza. Y apretando contra su corazón á Moreno que se había precipitado en sus brazos, añadió con volubilidad: No tengas miedo, que estás en medio de tus hermanos; ellos son los que te han arrebatado de las manos de tus verdugos; escondidos nosotros en el bosque, hemos acudido á tus piadosas exclamaciones.

—¿Y qué haceis vos en este momento en estos sitios? le interrumpió Moreno.

—Porque para poder celebrar ayer sin temor el santo día del viernes, nos habíamos retirado á este lugar escondido del bosque, para probar por primera vez esta satisfacción despues de nuestra salida de Valladolid.

—¿De Valladolid! repuso Moreno estupefacto.

—¿Por qué te admiras? respondió Aixa; ¿no eres tú quien ha decidido en parte nuestra escursion en este país?

—Y bien! gritó Moreno con ansiedad, ¿por el santo nombre del Profeta! pronto dime: ¿lo habeis conseguido? ¿está aqui entre nosotros?

—Si, dijo la fingida gitana, vas á verle; y reprimiendo los excesos de alegría del hijo de Albayaldos, con ese tono imperativo que por costumbre conserva con frecuencia sobre nosotros la muger que nos ha criado á sus pechos: ten paciencia, añadió, y escúchame sin interrumpirme:

Por tus apremiantes invitaciones, nuestros hermanos de las Alpujarras resolvieron enviar á Castilla una parte de los nuestros para cumplir, con ayuda de Dios, el gran proyecto, objeto de todos nuestros deseos; yo he querido unirme á esta santa espedicion; en el fondo del alma yo tenia, como debia tener, la dulce idea de volver á verte: nada mas natural, cuando hace ya cerca de dos años que no te he estrechado entre mis brazos. Y aqui la vieja nodriza besaba tiernamente la frente de su hijo adoptivo; despues continuó: Luego que estubo todo dispuesto, nos disfrazamos como ves para mayor seguridad, y nos pusimos en camino, como si fuéramos una cuadrilla de gitanos. Una vez fuera de las montañas de Andalucía y de Extremadura, nos aventuramos en las llanuras de Castilla tomando siempre con preferencia los caminos mas escusados, y de este modo llegamos sin obstáculo á Valladolid. Allí, á favor de un vestido religioso venerado de los cristianos, el iman Abenderraés encontró el medio de entrar en el convento de Santo Domingo, y triunfando con su destreza de todas las dificultades, logró llegar hasta el elegido de Dios, el futuro Salvador de los creyentes.

—¡En fin!.... dijo Moreno, cuya atencion se aumentaba por instantes.

—En fin, continuó la musulmana, él tuvo la dicha de convencerse

que el descendiente del Profeta permanecia digno de su santo origen, y que los cristianos estaban completamente engañados esperando verle renegar de la fé de sus padres y que llegaria á ser algun dia uno de los sacerdotes de su odiosa religion.

—¡Alá y Mahoma sean loados! suspiró Moreno desahogando la opresion en que se hallaba su pecho.

—Abenderraés, prosiguió Aixa, no tuvo que trabajar mucho para fijar la determinacion del jóven principe. Abbas Abdallah se enterneció al oír la fiel esposicion de los tormentos que sufría su pueblo; al recuerdo de los reyes sus antecesores, un noble orgullo se apoderó de su corazon, y no desea mas que la gloria de llegar á ser el vengador y regenerador de los musulmanes de España. Entonces, se convino el dia de su evasion, y las discordias civiles que en este momento reinan en Valladolid, concurrieron maravillosamente á la ejecucion de nuestros proyectos; mezclados en las filas de los cristianos hicimos circular la noticia de que ese sacerdote, á quien ellos llaman regente, en ausencia del rey, habia hecho arrestar á muchos vecinos sospechosos de rebelion en los conventos de la ciudad, principalmente en el de los Dominicos. Al instante se oyeron por todas partes gritos de indignacion: á pesar de los soldados del regente, se vieron forzadas las puertas del convento de los Dominicos y allanada su casa; á favor de esta confusion y de las tinieblas de la noche, el príncipe Abbas pudo escaparse fácilmente y unirse á nosotros. Entonces salimos en el acto de Valladolid, no pensando sino en volver al instante á las Alpujarras donde nuestros hermanos esperan con ansia la pronta llegada del descendiente del santo Profeta. Pero hemos preferido alargar nuestro camino á la vuelta para engañar á nuestros enemigos en caso de que nos persigan, dirigir nuestra ruta por la sierra de Guadarrama y esperar algun tiempo en estas escarpadas montañas á que haya cesado el ruido de la evasion del príncipe Abbas y que dejen de hacerse averiguaciones con este objeto. En cuanto á mí, pensaba abandonar nuestra caravana, que continuase su camino para Andalucía y dirigirme yo á Toledo, donde creía que estarias siempre al lado de los Pachecos. ¡Dios me ha concedido mucho mas de lo que yo me hubiera atrevido á esperar! Y esplicándose así le vieja nodriza redoblaba sus caricias al hijo de Albayaldos. «Yo puedo aun, añadió, estrecharte entre mis brazos antes de morir y enseñarte al elegido de Dios, la estrella tutelar de los verdaderos creyentes.» Apenas habia acabado estas palabras, cuando apareció á los ojos de Moreno, semejante á una vision celeste, un jóven desconocido de mediana estatura; traia suspendido de los hombros un albornoz que permitia que se le viera el noble frage que vestia; un dhlman escarlata cubria su rico caftan tisú de lino, vestido de honor entre los moros; veíase suspendido de su costado un alfange corvo, y su hermosa cabeza árabe cubierta del famoso turbante verde, distintivo insigne de los hijos de Mahoma. No quedaba duda; era el príncipe Abbas Abdallah.

Al instante Moreno se prosternó á sus pies, cubriéndolos en su exaltacion de besos y lágrimas.

—¡Hijo de Albayaldos! levántate, le dijo el jóven príncipe; tu adhesión y tu fidelidad me son tan conocidas como el nombre de tus padres: por eso vengo á abrirte mi corazón y pedir consejo á tu experiencia.

—Mi sangre, mi vida pertenecen á vuestra sagrada persona, dijo Moreno levantándose y cruzando los brazos en señal de respeto, hablad, señor, añadió, os escucho con la mayor atención.

—Colocado en medio de nuestros perseguidores, continuó Abbas, tú debes estar instruido de lo que pasa entre ellos.

—Si, replicó el hijo de Albayaldos, la discordia divide á nuestros enemigos. Su monarca está ausente, y el momento es favorable para vengarnos de estos malditos cristianos. ¡Que nuestros hermanos de las Alpujarras hagan ondear el estandarte de los creyentes y desenvainen las cimitarras!... Ellos no esperan mas que la noticia de mi libertad y una señal mia; muy pronto sabrán mi evasión de Valladolid, porque les he enviado un mensajero encargado de hacerles conocer mi marcha y mis proyectos.

—¡Qué Mahoma, vuestro abuelo y Dios nuestro criador, hagan triunfar nuestras armas! gritó el moro fuera de sí; pero, señor, si nos está mandando por el santo Profeta servirnos del alfange para convertir al infiel á sus leyes, no olvidemos tampoco las sabias palabras del Corán: al valor del león, unid la prudencia de la serpiente. Príncipe, creedme, no lo aventureis todo á un ataque temerario, dejad aun á nuestros opresores destrozarse entre sí y debilitarse mas; no espongaís tambien sin necesidad vuestra sagrada persona; si os pertenece á vos dar los golpes decisivos, á nosotros, súbditos leales, nos toca prepararlos. Permaneced ahora en estos lugares; estas solitarias ruinas os ofrecen un momentáneo asilo: aquí cerca de Tordesillas y Valladolid, podeis sin peligro observar la marcha de la guerra civil de los cristianos y aprovechar la ocasión al instante que se presente.

—¿Pero quién me indicará este momento favorable?

—Yo, señor, se apresuró á responder Moreno; me es fácil como sabéis penetrar en medio de nuestros enemigos; yo mismo estoy iniciado en una parte de sus secretos; en este momento la marcha de sus negocios parece deber conducirlos hácia Tordesillas, donde se encuentra la reina Juana, hija de nuestros verdugos, Fernando é Isabel, destructores de Granada. ¡Pues bien! que vuestra alteza confíe en mí y yo le facilitaré los medios de romper vuestras cadenas y de arrebatar tambien de entre sus manos á la misma reina Juana; una cautiva como esta, seria para nosotros un precioso rehen, que cambiaria de algun modo la fortuna de los combates.

—¡Ah! no me habia yo engañado sobre tu adhesión é inteligencia, dijo el jóven heredero de los califas, tendiendo afectuosamente la mano á Moreno que la besó con una santa veneración, apruebo tus consejos.

Y como la tribu por respeto permaneciese á cierta distancia de ellos ¡Fieles creyentes! añadió el príncipe Abbas volviéndose hácia los suyos, vosotros que estais unidos á mi destino, yo creo que in-

teresa á la salud de nuestra causa y al triunfo de nuestra santa religion suspender algun tiempo nuestra marcha. Este parage es un seguro asilo y en él debemos aguardar á que Alá y su Profeta sean servidos indicarnos que ha llegado nuestra hora favorable. Hé aquí nuestro alkingí, dijo mostrando á Moreno, él es quien mezclándose entre los cristianos sabrá prevenirnos cuando ha llegado el momento de entonar la zambra, este canto de guerra de nuestros abuelos. La prudencia y el celo del hijo de Albayaldos os son bien conocidos: vosotros todos los que me escuchais, ¿aprobais mis proyectos y la eleccion del enviado que os acabo de manifestar?

—Si, si, repitieron unánimemente los hijos de Ismael.

—Que parta ahora sin tardanza, dijo el principe Abbas Abdallah, y dirigiéndose á Moreno: toma un caballo de los de mi comitiva, y que nada detenga tus pasos, ni la pronta ejecucion de nuestros planes convenidos.

—Pero ahora, interrumpió el iman Abenderraés, imploramos al soberano dueño del cielo, de la tierra y de los mares, para obtener el triunfo de la importante mision de Albayaldos. Y á una señal que hizo para orar, todos los asistentes, á egemplo suyo, se prosternaron entonces con la cara contra la tierra y repitieron la oracion cotidiana, obligatoria en aquella época entre los moros de España, en la cual suplicaban á Mahoma por el triunfo de su pueblo y que volviese vencedor á Granada.

Terminada la oracion, el hijo de Albayaldos olvidando los dolores que aun sufría y no escuchando otra voz que la de su celo, montó en la jaca andaluza que acababan de traerle, verdadero caballo español, de mediano cuerpo, de ojos de fuego y piernas de ciervo, secas y musculares, y se alejó rápidamente llevando consigo las bendiciones y las esperanzas de sus desventurados correligionarios.

XIV.

La reina Juana.

Por poco que se examinen las complicadas ruedas de la máquina que hace mover las grandes sociedades humanas, se comprenderá que no faltaron motivos á los antiguos legisladores para escluir á las hembras de la direccion de los negocios públicos. Entre los griegos, entre los romanos, los enérgicos debates del forum y las duras fatigas de las expediciones guerreras, parecian deber reclamar todas las fuerzas físicas é intelectuales, de que se hallan los hombres mas completamente dotados que sus débiles y timidas compañeras. A estas están reservados los íntimos cuidados de la familia, y ese dulce imperio debido á la gracia, por sus tiernas y consoladoras caricias, sobre la fuerza y la inteligencia en el círculo reservado del hogar doméstico.

Esta ley primitiva que establece la proteccion que el hombre debe á la muger y el deber de esta de reconocer esta proteccion y pagarla con amor y confianza, vuelve igualmente á encontrarse en la legislacion de los pueblos septentrionales; hállase en estos muchas veces divinizada la muger en el *Edda* y en los cantos populares, y poseyendo una benéfica influencia sobre los guerreros de Odino y de Balder; pero no ejercia esta influencia mas que sobre el corazon de los héroes cuya imaginacion inflaman. A estas tribus activas y siempre en guerra, se daban jóvenes y vigorosos gefes que las llevaran al combate y ancianos de blanca barba para administrarles justicia y determinar sobre los intereses comunes de la nacion. Esta ley de exclusion femenina, transmitida tradicionalmente entre los francos y en la mayor parte de los descendientes de las razas escandinavas, sufrió sin embargo algunas alteraciones en la mayor parte de los pueblos de Europa en la edad media.

Entonces se vió por una inconsecuencia inexplicable de las naciones, demasiado cuidadosas en escluir á las hembras de todos los cargos públicos, consentir que la primera dignidad del estado, la mas importante de todas, pudiese recaer en hembra, segun la pintoresca expresion de estos remotos tiempos. De aqui, el inevitable resultado, de que la débil soberana encontrando bien pronto demasiado pesadas las riendas del gobierno para sus endebles manos, no tardara en resignarlas en las de un ministro favorito ó en el principe extranjero á quien habia concedido el honor de partir su gobierno y poderio.

El reino de España era uno de aquellos en que la ley sálica habia caído en desuso. Establecida en la península por los conquistadores venidos del Norte, habia sido completamente olvidada en medio de las revoluciones que habian agitado este pais despues de la invasion de los moros y el desmembramiento del imperio de los visogodos. De suerte que habiendo sucedido Isabel en la corona de Castilla, segun el voto de las córtés, al rey Enrique IV, transmitió despues su trono á Juana, su hija única, que por el mismo título llegó á ser la heredera de su padre, Fernando de Aragon; la muerte de Isabel, acaecida en noviembre de 1504, dió lugar á que la joven princesa Juana fuese reconocida por reina por el voto unánime de los castellanos.

En esta época apenas contaba veinte y un años, y de un natural tierno y melancólico, parecia estar destinada para los placeres y las dulzuras de la vida privada; su sola felicidad consistía en consagrarse toda á Felipe el Hermoso, su idolatrado esposo. Pero para que el archiduque de Austria participase de los sentimientos de su amor exaltado, era preciso que este joven principe fuese menos ambicioso, tuviese menos voluptuosidad, y que por su parte la reina, su muger, estuviese dotada por el cielo de mas hermosura, gracia y talento. Nada de esto tenia; la pobre Juana se hallaba enteramente desprovista de los atractivos de la hermosura, y la bondad de su corazon estraviada por los afectos poco calculados por su razon naturalmente débil, no ofrecia al principe Felipe mas que testimonios de amor mas fastidiosos que agradables.

De suerte que lejos de pagar con un reciproco afecto la susceptible ternura de su real esposa, el inconstante y arrebatado monarca se abandonó de tal modo á todas las seducciones de su jóven corazon, que aun no habian pasado tres meses de haberle asociado las córtes á la corona, cuando una noche, el 25 de setiembre de 1506, encontró la muerte en el seno de los placeres.

Este funesto é inesperado suceso acabó de debilitar en la infortunada princesa una razon, que los celos, demasiado justamente concebidos, habian comenzado á quebrantar violentamente. Para Juana, perder á Felipe, era perder la existencia; para Juana, ahora no habia ningun lazo que la ligase á la tierra; para Juana, en fin, ya no habia vida mundana, intereses de córte ni intereses públicos; como la oruga en su capullo, se replegó en su dolor, y se retiró á su castillo de Tordesillas para consagrarse únicamente á sus recuerdos y entregarse con libertad á los excesos de su dolor, al lado del cuerpo de su esposo, que habia hecho embalsamar y poner sobre una cama de respeto en un gabinete contiguo al suyo, esperando todos los dias la próxima resurreccion de aquel á quien lloraba, sin desconfiar jamás de la eficacia de las súplicas que con este objeto dirigia al cielo continuamente.

Pero este alejamiento que manifestaba Juana al egercicio de los cargos y de los deberes del trono, no podia menos de ser de fatales consecuencias para los castellanos. Sin embargo, estos fieles súbditos, dando en esta ocasion á su reina los mismos testimonios de cariño y respeto que acababan de manifestar á sus inmunidades hereditarias y á sus libres instituciones nacionales, reusaron pronunciar contra su soberana una declaracion que miraban como injuriosa á la sangre de los reyes, y cuyas consecuencias deberian ser nombrar un regente y desposeer á Juana de la suprema autoridad real, á la cual, no obstante, esta princesa parecia estar mas apegada que nunca, y que tal vez no queria sufrir dividirla con ningun otro. Pero los desórdenes que poco tiempo despues tuvieron lugar, estendiéndose en todo el reino, á consecuencia de la desacertada administracion de una reina, mas preocupada de sus afecciones personales que de los asuntos del pais, determinaron al fin á las córtes á confiar á manos mas hábiles las riendas del gobierno, teniendo cuidado, sin embargo, de conservar á la reina Juana el esplendor aparente de la dignidad real.

Fernando, rey de Aragon, padre de esta desgraciada princesa, fué elegido regente del reino; despues de este recayó la eleccion en el sábio y virtuoso cardenal Jimenez; pasados algunos años y habiendo muerto este venerable prelado, el príncipe de Asturias don Carlos, que esperaba llegar á su mayoría, reclamó la corona, obteniéndola á fuerza de destreza y sometiéndose á las condiciones de los leales castellanos, que querian que fuesen siempre respetados los sagrados títulos de Juana, que se conservaran sus imprescriptibles derechos y que figurase su nombre siempre en los actos públicos, al lado del de su hijo.

Pero gracias á los hábiles subterfugios de este príncipe y sus

consejeros, no se habian comunicado á la reina estas últimas resoluciones de las córtes, y se habian guardado muy bien, sobre todo, de informarse si el tiempo, este gran consolador de las pasiones humanas, habia calmado el dolor de Juana y vuelto á poner en órden y reposo su alma abatida, y hacia ya, sin embargo, catorce años que vivia abandonada ó mejor dicho, prisionera en el castillo de Tor-desillas.

Allí efectivamente habia encontrado en la paz y en las dulces ocupaciones del retiro algun alivio á sus penas la desventurada princesa. El tranquilo aspecto de los campos cuádraba bien á los recuerdos sentimentales de su alma melancólica. La mas grande dicha para Juana era subir al terrado del viejo palacio cuando el sol se ocultaba detras del bosque de pinos que termina por el Oeste la llanura que baña el Duero en sus graciosos rodeos; y allí repetir á los ecos del crepúsculo uno de aquellos romances que cantó á sus pies Felipe el Hermoso en los primeros días de su union.

En este solitario asilo le era á Juana tan estraño el ruido y la agitación del mundo, que no pudo menos de quedar sorprendida cuando se le presentó Padilla y le pintó con enérgicos colores la triste situacion del reino.

—Si, señora, añadió don Juan con calor viendo la impresion favorable que habian hecho sus primeras palabras en el ánimo de la reina, ved el estado miserable á que han sido reducidos vuestros desgraciados súbditos bajo el gobierno del principe, vuestro hijo, jóven inesperto, que por una culpable irreverencia á vuestra real persona, y funesta para nosotros los españoles, ha confiado el poder á ministros estrangeros, cuya conducta injuriosa y tiránica, ha exasperado á vuestros pueblos. Solo á vuestra alteza, continuó Padilla con emocion, toca poner remedio á nuestros males, volviendo á empuñar el cetro que os pertenece de derecho.

—¿Pero quién sois? dijo la reina, cuya alma electrizada por el lenguaje del diputado de Toledo, parecia que se despertaba de un profundo letargo. ¿Quién sois? repitió. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Soy enviado por los estados de la nacion, reunidos en este momento en Avila para el bien general, respondió el caballero con exaltacion, y vengo á reclamar de vos, nuestra soberana, apoyo y proteccion para los padecimientos de la patria. En cuanto á mi nombre, ya os fué en otro tiempo conocido. Vuestra alteza recordará tal vez á Juan de Padilla, hijo del comendador de Castilla, que fué page.....

—Page del rey Felipe, mi esposo, le interrumpió bruscamente la reina, y de repente brillaron sus ojos despavoridos al recuerdo de aquel por quien tanto lloraba. ¡Ah! ¡aun vivia! Pero tal vez.... un dia.....

—Vos sois, señora, la que el cielo ha elegido para salvar vuestro pueblo, se adelantó á decirle el prudente don Juan, temiendo que la memoria del archiduque, tan repentinamente traída al alma de la reina, viniese de nuevo á perturbar su razon; y apoyándose fuertemente en el objeto de su mision: si, señora, añadió inclinándose,

solo vuestra alteza puede conjurar las desgracias que amenazan al Estado.

—¿Y Fernando, mi padre? y el cardenal Jimenez?...

—Han muerto, señora, dijo Padilla bajando la voz.

—¿Cómo? ¿yo lo ignoraba! dijo la reina con asombro, y no ha habido quien me informe de esto! ¿Me tienen ya por muerta en el reino?

Y reanimándose luego el sentimiento de su dignidad y de su poderio, que era entre todos el que menos se habia debilitado en su corazon, gritó con energia:

—¡Pues bien! yo enseñaré á los que así desprecian á su reina, que Juana, la hija y heredera de Fernando é Isabel, está viva aun y sabrá hacer que se respeten sus derechos. Señor don Juan de Padilla, añadió tendiendo afectuosamente la mano al caballero, sed bien venido, vos que así me abris los ojos.

Entonces hincando este una rodilla en tierra y besando respetuosamente la real mano que le presentaba la reina, no pudo contener una lágrima que asomaba á sus ojos, tanta era la sorpresa y la alegría que le habia causado ver á su soberana en el egercicio de todas las facultades de su inteligencia, é interesarse con tanto calor en la suerte de sus súbditos. Pero retirando Juana precipitadamente su mano:

—¿Quién es esa jóven? dijo, señalando con el dedo á doña María, que se habia quedado á la entrada de la cámara entre las damas de la reina.

—Una victima de los tiranos de nuestra patria, se adelantó á responder Padilla, que viene á refugiarse bajo la proteccion de vuestra alteza. Huérfana desde la mas tierna edad, debió el ser á don Diego Pacheco y á vuestra dama Eleonora Pimentel de Benavente.

—Ella... la hija de Eleonora de Benavente... dijo la reina esforzándose para ayudar su memoria; la hija de una de mis mas queridas compañeras de infancia! ¡Ah! ¡este es un dia de verdadera felicidad! ¡Aun no está el pasado perdido enteramente para mí! Y con un tono afectuoso dijo á María: Acércate, hija mia, y ven á ocupar á mi lado y en mi corazon el mismo lugar que tu pobre madre ocupó tanto tiempo. Desde entonces no cesó de colmar á la huérfana de distinciones y caricias, á las que esta correspondia con el afecto mas sincero.

Dos dias hacia que la suerte habia unido á estas dos almas doloridas y ya se habian comprendido en sus dulces desahogos; ¡qué dicha para las dos! ¡Ah! si es cierto que en el amor la última prenda mas estimada es la union, en la amistad, la mas sólida muestra de ella es la comunicacion recíproca de los mas ocultos secretos del corazon. La reina hasta entonces tan triste y abatida, parecia que la habia reanimado la sociedad de María; el espíritu delirante y místico de Juana creía que esta hermosa y apasionada jóven que tanto simpatizaba con sus dolorosos recuerdos, era un ángel enviado por el cielo para consuelo de sus penas. Y María encontraba en las

interesantes preguntas de la reina y en el tierno interés que manifestaba á la relacion de sus penas, ese encanto misterioso é indefinible que siempre halla la juventud en hablando del objeto de su amor ó de otro cualquiera triste ó indiferente, con tal que el pensamiento del ser querido domine en el fondo de estos desahogos del corazón.

Tal era el nuevo afecto que la soberana y su favorita sentian la una hácia la otra, que apenas se abrian á la luz los ojos de Juana hacia llamar á su lado á la hija de Pacheco. Esta era la tercera vez que los rayos del sol naciente iluminaban los blasonados y pequeños vidrios de las ventanas del aposento de la reina. Estaba esta sentada delante de un tocador cubierto de un finísimo lienzo pintado de Flandes; ocupada entonces en los últimos adornos de su tocado, ajustaba á su cabeza una especie de mongil blanco de un tisú de tela mas fina aun que su vestido, que era igualmente de lino blanco; que tal era en esta época el traje de luto de las reinas, princesas y damas de alto linage, y Juana no habia querido jamás quitarse estos lúgubres vestidos despues de 14 años de muerto el rey Felipe. Sus plateados cabellos, que tanto desfavorecen á todo el mundo, lejos de hacer resaltar ventajosamente sus enflaquecidas y demasiado desproporcionadas facciones, contrastaban perfectamente con su cintura seguida, que no disimulaba de modo alguno los defectos de su talle, vicios de conformacion que nunca se habia reconocido ella misma en los treinta y ocho años que contaba entonces, y que los tenia, aunque sin confesarlos, cuando jóven de 17 años se casó con el brillante archiduque de Austria.

A su lado estaba María sobre una almohada ó cogin de honor, vestida sencillamente con un traje de seda color de pensamiento, guarnecido de tres órdenes de franjas de granata, adornada graciosamente la cabeza de un largo velo de encaje caido hácia atras; de suerte que parecia colocada alli por orgullo para contrastar con su soberana y eclipsarla con su hermosura, pero no era este seguramente el objeto de la preocupacion de su alma. Tenia demasiada elevacion y amor en el corazón para que pudiese jamás la coqueteria hallar cabida en él. Ademas esta ligereza y reprehensible vanidad del corazón, no es el defecto que puede echarse en cara á las castellanas, demasiado ingenuas y apasionadas para espresar sus sentimientos.

María en este momento enternecida del doloroso language de la reina, no pensaba mas que en contemplar la imagen de Felipe el Hermoso, aquel principe tan adorado, causa de todas las desgracias de Juana. El retrato del archiduque, pintado por el toledano Pedro Berruguete, habia reemplazado hacia poco tiempo en el aposento de la real viuda al cuerpo embalsamado de su esposo, haciéndolo depositar en una pequeña capilla, segun las repetidas instancias de las personas de su casa.

—Niña, no le mires así, dijo la reina, cediendo á un movimiento involuntario de celos. Creeme, su vista ha hecho correr mas de una lágrima y arrancar mas de un suspiro... ¡Era tan hermoso mi Felipe! ¡Sabes tú María, que me lo han arrebatado?... ¡y yo que he consentido... si, yo!.. ¡Oh! pero no será para siempre... una voz me

dice aquí, y señalaba su corazón, que yo le volveré á ver...

—Sí, le volveréis á ver, replicó María procurando calmar los amargos recuerdos de la reina y participando de su consoladora esperanza.

—¡Ay! contestó Juana, el viejo Benito, dominico de San Pablo, me había también persuadido de que á fuerza de desvelos y de oraciones, podría tener la misma dicha que aquella piadosa princesa de Galicia que volvió la vida á su esposo despues de catorce años de viuda. Sin embargo, María, suspiró la desolada princesa anegada en lágrimas, catorce años han pasado desde que yo le perdí y todavía le espero!

—No desesperéis así de la suerte, respondió la jóven con ese acento de interés que es como un bálsamo benéfico para los sufrimientos de los affigidos; y dejándose llevar de la caritativa vehemencia de su alma: sí, señora, continuó, la voz de la religión como la del amor nos enseña que nada puede romper la union que dos corazones han formado delante de Dios; una separación mas ó menos larga puede alejar al uno del otro, pero pronto ó tarde han de volverse á unir en un destino comun y bienaventurado.

El entusiasmo que se retrataba entonces en la fisonomía de la jóven y la exaltacion con que había pronunciado estas últimas palabras, produjeron un saludable efecto sobre el espíritu de Juana.

—¡Angel consolador! dijo precipitándose al cuello de María, tú eres para mí ahora lo que antes fué tu madre en mis dias de tristeza: escuchádoté, creo oírla aun; es su misma voz tan armoniosa, su lenguaje tan tierno y persuasivo.... Mirame, niña; sí, estos son los hermosos ojos negros de Eleonora, su frente pura y noble. ¡Oh! despues de haberte visto, ¡yo espero ahora con mas fé en la resurreccion de lo que he perdido! ¡Pero no te vayas! ¡no me abandones!....

—¡Yo abandonaros! repuso María, ¡ah! disponed de los dias y de los desvelos de la pobre huérfana.

—¡Huérfana! ¡niña! tú no lo serás en adelante! sí para mí tú eres Eleonora, yo lo seré á mi vez también para tí y velaré por tu felicidad. No temas ya las exigencias de un tutor ambicioso, ni los caprichos de mi hijo don Carlos; sus derechos ceden delante de los míos; yo sola debo ser quien mande, porque yo sola soy ahora la reina de Castilla y de Aragon! Escucha, continuó acariciándola con benevolencia, ve aquí una persona que viéndote mi protegida no se opondrá á mi real voluntad.

—Ella debe ser sagrada para todos vuestros súbditos, respondió Padilla á esta interpelacion repentina de la reina Juana al presentarse á recibir sus órdenes; y aprovechando entonces aquellas favorables disposiciones del espíritu de la reina, se apresuró aquel á añadir: Para conformarme con las intenciones de vuestra alteza, es precisamente para lo que me presento á esta hora delante de vos. Hé aquí, señora, los diversos despachos que ayer me mandasteis estender, disponiendo que se reunan aquí, al lado de vuestra persona los diputados de la Santa Liga de Avila. Vuestra alteza, añadió poniendo los pergaminos en manos de Juana, no tiene mas que estampar su

firma y señalar el día de la convocacion de los estados en Tordesillas; y en poco tiempo, ¡yo juro sobre mi honor que vereis acudir los representantes de todas las provincias del reino, dichosos en contemplar de nuevo á su soberana, y verla otra vez á su cabeza para quebrantarles el yugo y salvar á España!

—¡Que el cielo no sea sordo esta vez á mis votos! replicó la reina; despues, alargando á don Juan las órdenes que habia firmado. «Tomad señor de Padilla, estais satisfecho. Leed: «.....
«..... os mando presentaros en la asamblea nacional presidida por «Nos, y convocada en nuestra villa de Tordesillas para el 15 de agosto próximo, día de la fiesta solemne de la Santa Virgen, madre de «Dios, patrona de estos reinos, etc..... y mas abajo, firmado: Yo, la «Reina.»

—Ademas, añadió la princesa, señor de Padilla, para colmar mejor vuestros deseos, quiero que para cuando se abran los estados, se celebren regocijos públicos, á los que yo asistiré solemnemente para manifestar de una manera mas esplicita que he de tomar en adelante, de concierto con mis fieles súbditos, la direccion de los negocios que tanto tiempo he tenido olvidados por desgracia de todos. Señor de Padilla, vos permaneceréis á milado, tengo necesidad de vuestros consejos y de vuestra ayuda para el orden y los preparativos del torneo y de otros juegos caballerescos, que yo misma la primera, tengo un placer en presenciár. Luego, volviéndose hácia la señora Pacheco, ¿no es verdad, Maria, le dijo con una especie de maliciosa bondad, que yo no hubiera podido elegir un consejero mas de la aprobacion de mis súbditos, que aquel á quien ellos han juzgado digno de enviarme como su representante?

A estas últimas palabras nuestros dos amantes tuvieron la pena de contener delante de la reina la dulce y comun alegría que sentian en el fondo del corazon; despues de tantas pruebas, de tantos obstáculos que parecian invencibles, el bello horizonte de un dichoso porvenir aparecia de repente á sus ojos; poseedores de la proteccion de Juana ya podian creer ahora en el próximo cumplimiento de todos sus deseos. ¿No pertenecian por ventura á la clase de los desgraciados y, sobre todo, á la de los amantes desgraciados, para confiar siempre en las menores ilusiones que lisongejan su pasion?

La reina gozaba en silencio de la dicha de que era testigo. Mejor que ningun otro sentimiento, es simpática la felicidad, sobre todo, para aquel que la ha hecho nacer; pero reflexionando Juana que esta escena podia ser embarazosa para su jóven amiga, se apresuró á decir á don Juan.:

—Señor de Padilla, hé aquí el momento de comenzar vuestras funciones; ya sabeis mi voluntad, cuidad de que se ejecute y que salgan al instante los correos que han de llevar estos mensajes á la asamblea de Avila, que estará ya impaciente por conocer mi resolucion.

El nuevo consejero de la corona se dió prisa á obedecer las órdenes que acababa de recibir; tambien estaba él deseoso de hacer saber á sus conciudadanos el éxito de su mision cerca de la reina, cuyo

estado lisonjero de espíritu, habia respondido plenamente á todas sus esperanzas. Pero volvieron á renacer con mas fuerza que lo que podía su imaginacion concebir, cuando al salir, en el momento en que dejaba caer la cortina de la puerta del aposento, dirigiendo hacia atrás una larga y última mirada, vió á la reina Juana tender los brazos á su nueva compañera, y que esta se precipitaba en ellos, dichosa de poder espresar libremente las emociones de reconocimiento y amor que agitaban su corazon.

XV.

Traicion.

Con algunos dias de intervalo de los importantes sucesos de Tordesillas, que hemos examinado en el capitulo anterior, sucedian cosas no menos interesantes á siete leguas de allí, en el partido realista.

Ya hemos visto que el regente y sus consejeros habian fijado su residencia en la ciudad de Valladolid. A pesar de la marcada preferencia, que agraviaba á la imperial ciudad de Toledo, la ciudad privilegiada no por eso se manifestaba mas adicta al gobierno de don Carlos. Ciertos movimienros sediciosos, reprimidos últimamente por la regencia en el momento de pronunciarse, hacian sospechar de la fidelidad de los habitantes de Valladolid, que estaban bien lejos de disimular su simpatia por la causa de la independenciam.

En tal situacion hacíase cada vez mas difícil la administracion del cardenal Adriano de Utrecht, tanto mas cuanto este prelado veia suscitársele embarazos no solo por parte de los pueblos que se le habian confiado, sino tambien por parte de los mismos asociados á su gobierno; su mala estrella era tal, que cada dia le parecia mas imposible dar la paz al reino y gobernarlo con aquel orden y equitativa bondad que constituia el fondo de este hombre respetable. En la eleccion que don Carlos habia hecho de su antiguo maestro para colocarle en su ausencia á la cabeza del estado, habia mas bien consultado su cariño y su reconocimiento hacia aquel que habia dirigido su juventud, que la capacidad politica del antiguo profesor de teología de Lovaina.

En efecto, las modestas virtudes de Adriano, eran mas propias para edificar á los fieles de una diócesis, ó predicar los principios de su austera vocacion á los habitantes de un claustro, que para secularizarse en medió del ruido y de las agitaciones de un mundo, que el cardenal no supo jamás comprender, ni gobernar. Por esta razon, y no encontrándose mas accesible al orgullo bajo la púrpura pontifical y real, que bajo el negro sayal de un colegio religioso, quiso adoptar al fin de su larga carrera esta divisa, que despues de haber servido á sus insignias supremas, debia colocarse tambien

sobre su tumba: *Adrianus sextus qui nil sibi infelicius in vita, quam quod imperaret duxit.*

Pero este espíritu y caridad verdaderamente apostólicas, que no podían menos de admirarse en el regente de las Españas, no eran del número de esas cualidades esenciales que debe siempre poseer un hombre de estado en tiempos borrascosos; la poca confianza que tenía en sí mismo, le hacía vacilante en sus resoluciones y le ponía en el caso de adoptar la opinión de los intrigantes aventureros que le rodeaban; su excesivo amor al prójimo, le hacía ceder con facilidad á las reclamaciones, siempre crecientes de los pueblos, que se mostraban tanto mas exigentes, cuanto era él mas moderado en reprimir sus extravíos. Luego que el gran condestable de Castilla se unió al cardenal en Valladolid, la marcha del gobierno fué mas firme y hasta parecia haberse llegado á hacer mas popular.

El señor de Velasco, como ya hemos visto, era uno de esos verdaderos tipos del caballero español, un hombre de corazón de acero templado al fuego puro del honor y del patriotismo castellano, que tan firme se manifiesta en el cumplimiento de sus deberes de caballero, como constante en permanecer fiel al juramento que habia prestado á don Carlos; el lustre de su nacimiento, la estension de sus dominios, su renombre guerrero, todo, en fin, concurría á presentarle, despues de Adriano de Utrecht, como el primer personaje del estado. Su presencia en el consejo imponía siempre á los extranjeros, que se hallaban en mayoría desgraciadamente; de tal modo, que si su eminencia el cardenal era el nombrado regente del reino, el condestable habia llegado por su mérito especial y la gravedad de las circunstancias á hacerse el verdadero gefe del poder soberano.

Sin embargo, no existía entre el prelado y el guerrero envidia ni rivalidad alguna: al contrario, una armonía mas perfecta que la que existía entre los otros cólegas, reinaba entre los dos viejos respetables, como podemos convencernos fácilmente por esta conversacion que habian entablado los dos una noche, sobre la peligrosa situacion de los negocios públicos.

Tenia esta lugar en una sala baja del viejo palacio de los reyes de Valladolid, ocupado entonces por los miembros del gobierno. Los dos ministros del emperador Carlos V, parecían gravemente ocupados de una cuestion de estado difícil, porque ni el uno ni el otro parecían dispuestos á separarse, á pesar de lo avanzado de la noche, juzgando por el pedazo de corcho que sobrenadaba en el vaso inferior ya medio lleno de agua de la vieja clepsidra morisca. Sobre una gran mesa de encina cubierta de legajos de papeles y pergaminos sellados, habia dos grandes candeleros de brazos, en los que lucían dos bugías de cera amarilla, pero no lo suficiente para dar entera claridad á esta vasta pieza, cuyos extremos permanecían en una completa oscuridad. En cambio, las figuras de nuestros dos personajes, colocados cerca de los rayos luminosos de las velas, se destacaban perfectamente en medio de las tinieblas.

Estaba el cardenal sentado en un gran sillón de taflete verde;

un gorro encarnado cubria sus cabellos blancos, cuyas puntas caian por su pálido rostro, fulto de espresion; la esclavina de su larga sotana color de púrpura, colgando de sus hombros, tapaba la parte superior de su roquete de fino lienzo de Amberes, bordado de una guarnicion de oro, que no le llegaba mas que hasta las rodillas. En frente del regente estaba el gran condestable de Castilla, derecho en su sitial; su espresiva y varonil figura, testificaba la agitacion de su alma, y el continuo movimiento de sus brazos, que á cada instante sacaba de entre el tabardo que le cubria, prestaba nueva energia á sus palabras:

—Si, monseñor, decia, es preciso poner raya á vuestros compatriotas de Flandes; ¡por la muerte de Dios! que si les creyera, seria menester llevarlo todo á sangre y fuego; ¿no conocen aun el espíritu de los pueblos que gobiernan? Con los españoles no se podrá hacer nada bueno tratándolos de esa suerte.

—¿Quién sabe? señor condestable, mientras mas se redoble la audacia y la violencia, con mas energia es preciso desarrollar fuerzas imponentes, capaces de contener á los revoltosos, respondió el tímido prelado.

—¿Pero dónde están vuestras tropas? repuso su impetuoso cólega. Ponce de Leon y Cortés, acaban de conducir una parte de ellas al Nuevo Mundo; aun permanecen en los estados de Italia, las que se mandaron allí; ni Flandes ni Alemania tienen aun cubierto su contingente; y nosotros no podemos pensar en retirar nuestras guarniciones de las plazas fronterizas de Navarra, porque los franceses invadirian al instante el territorio español. Sin contar que el conde de Melito tampoco puede, ocupado como está en reprimir los alborotos de Valencia, mandarnos socorro alguno; y puesto, en fin, que es muy grande la deserccion que se ha declarado en las filas de los pocos soldados [que nos quedan, guardémonos de comprometer á estos inútilmente. Asi, señor cardenal, no apruebo las medidas violentas.

—Sin duda, condestable, que despues de haberse sometido, yo tambien estoy por el perdon y la indulgencia; pero ahora ¿quereis que miremos con indiferencia los excesos de la multitud? Hace ocho dias, por egemplo, cuando el pueblo de Valladolid allanó y prendió fuego á la casa de Antonio de Fonseca, en represalias, segun decia, del severo castigo que este capitán impuso á Medina del Campo, ¿no habian de reprimirse tales desórdenes? ¿Las consecuencias, sin embargo, han sido muy graves? El convento de los dominicos invadido y saqueado por el pueblo y la huida del jóven Abbas Abdallah en medio del pillage de esta casa!...

—A fé mía, ¡qué venga cuando quiera el infiel! repuso el señor de Velasco, los moros me inquietan hoy menos que los cristianos, nuestros hermanos, y temo que si llega á saberse que realmente tenemos prisioneros á los diputados que enviaba al emperador la asamblea de Avila, haya una sublevacion general.

—¿Pero qué hemos de hacer? preguntó indeciso el débil prelado.

—¡Por mi alma! que es preciso convenir que mi sobrino el almirante ha hecho una maldita captura, murmuró el condestable, paseándose agitado por el aposento, según acostumbraba cuando le dominaba una idea; é interpellando al cardenal: Yo pregunto á vuestra eminencia, ¿por qué haberles preso? ¡Muerte de Dios! yo no hubiera tenido inconveniente alguno en dejarles continuar su camino. En Alemania hubieran visto al emperador, ó no. ¿Qué nos importa? Don Carlos les hubiera acogido como hubiera sido su voluntad.

—¿Olvidais, condestable, repuso el regente, que las últimas instrucciones de S. M. son terminantes? Esperad... vedlas aquí: escuchad, pues, añadió, desarrollando un pergamino que tenia en el sello el águila imperial, y leyendo ciertos párrafos, en que el emperador se espresaba mas terminantemente..... «Estoy cansado, decia entre otras cosas al cardenal, de todas esas quejas; pero, Dios mediante y ayudándome vos con vuestros buenos servicios, espero que cesarán bien pronto; yo estoy enteramente satisfecho de vuestra sagacidad para gobernar en España en mi ausencia etc. etc. etc. Contened cerca de vos á todos esos descontentos enviados que desearán venir á verme, y á poco que se obstinen los rebeldes, ponédmelos en sitio seguro hasta mi vuelta; se burlarian ciertamente de mí en Alemania de verme aquí acosado por esos llerones etc. etc.» Asi, continuó el cardenal, al momento que tuvo noticia que una diputacion de rebeldes de Avila habia sido despachada cerca de nuestro soberano, escribí al almirante, que entonces estaba en Burgos observando los movimientos de Navarra, y le di orden de prender á los descontentos, que no debian estar lejos de la frontera, mandándomelos al instante con buena escolta.

—Si yo hubiera estado en el lugar de mi sobrino, murmuró el viejo Velasco, no hubiera sido tan obediente, y para disculparme por no haberme apoderado de sus personas, habria hecho presentes las innumerables dificultades de las ásperas sierras de Oca y Moncayo.....

—¡Condestable! le interrumpió el regente con tono severo.

—¡Muerte de Dios! delante del emperador mismo, señor cardenal, no hubiera podido menos de decir, que mejor habria querido que todos estos habladores hubieran estado fuera del reino que encarcelados; esto hubiera sido mucho menos malo que habernos adelantado á tenerlos bajo cerrojos, con lo que no hemos hecho ciertamente mas que dar un nuevo pretexto al descontento del pueblo.

—Pero si yo no hago otra cosa que ejecutar las órdenes del emperador, dijo intimidado Adriano.

—El emperador, repuso al instante el gran condestable, está un poco lejos para conocer bien la situacion de España, y se engañan mucho, él y su consejo, si creen que no tenemos aqui que entendernos mas que con una cuadrilla de facciosos. Y como el cardenal guardase silencio: Señor cardenal, continuó Velasco, vos sois estrangero y hace poco tiempo que vivis en este pais; asi, creed á un castellano viejo, que os habla sin rodeos: las opiniones de la Liga de Avila cuentan con la simpatía de las provincias y han hallado eco en mas de un

corazón que ha sido siempre fiel á don Carlos. Si no queremos que la nacion se subleve en masa, abstengámonos de usar otros medios que los populares y conciliadores.....

—Sin embargo, señor, esta mañana no era esa vuestra opinion, dijo un nuevo interlocutor que acompañado de otro personaje acababa de entrar en el aposento por una puerta secreta que habia detras del sillón del condestable: y como el señor de Velasco se volviere sorprendido: Si, añadió, vos no quereis mas que perseguir segun todo el rigor de la ley al gefe de los rebeldes, don Juan de Padilla, á quien vuestra señoría ha hecho nada menos que condenar por contumaz, y aborcar en estátua.

Era el que hablaba así un hombre de alta talla; su pálido y descarnado semblante parecia tan sombrío como su traje, compuesto de un gaban negro con mangas largas y anchas y de un sombrero del mismo color, que cubria su cabeza y le ocultaba la mitad del rostro, á lo que daba mayor realce una cadena de oro entrelazada al rededor de su cuello, segun costumbre de los magistrados de aquella época.

—Señor Ronquillo, repuso secamente el condestable, lo que he dicho respecto á Padilla, eso repito ahora; porque es un traidor y un alevoso que no merece consideracion alguna; pero en cuanto á los demas, que han sido seducidos por las palabras y por el ejemplo de este hombre peligroso....

—Señor, le interrumpió el inflexible alcalde de los segovianos, si queremos concluir con la guerra civil, es preciso que todo prisionero que caiga en vuestras manos sea encerrado en una prision, ó entregado al verdugo, lo mismo que vuestro enemigo personal, don Juan de Padilla.

—Muy difícil será conseguir eso, añadió el otro personaje que habia entrado con Ronquillo, y que no era otro que el mismo flamenco Almerstof, uno de los mas severos miembros del consejo de regencia, porque hemos sabido que Padilla, sin disparar un tiro, ha entrado en Tordesillas y ha debido la mas lisongera acogida á la reina Juana.

—Pero esta princesa no está en su razon, dijo el viejo cardenal, procurando persuadirse á sí mismo; ¿de qué utilidad podria ser para los rebeldes una desgraciada muger loca?...

—Aunque loca aun, Padilla al menos no lo está, repuso el consejero flamenco; porque acaba de convocar en Tordesillas á los diputados de la Liga para formar una junta con la reina, y si una vez el nombre de Juana aparece á la cabeza de la rebellion, las consecuencias son incalculables. El solo medio de prevenir mayores males es manifestar resolucion en nuestros actos y seguir lo que nos propone nuestro cólega Ronquillo.

—Seguramente, continuó este, dirigiéndose al cardenal, si vuestra eminencia quiere creerme, preciso es que se hagan terribles escarmientos, comenzando por asegurar cuidadosamente á los prisioneros que nos ha enviado el señor almirante: estos son rehenes preciosos, que podrán servirnos en alguna ocasion.

—¡Mil pestes en mi sobrino Henriquez! murmuró entre dientes el impaciente condestable. Luego, concluyendo por dejarse llevar del ímpetu de su alma: Señor cardenal, dijo, ya conozco las órdenes del rey; pero, no obstante, sé también cuales son sus intenciones. Quiere que á la sombra de la paz, pueda España reponerse de los inmensos sacrificios que ha tenido que hacer para salir victoriosa de su larga lucha contra los moros, de suerte que no puedan en adelante estos infieles levantar jamás entre nosotros su cabeza orgullosa y triunfante.

—¡Ay! ¿á quién le decis eso? prorumpió suspirando el viejo prelado de la iglesia cristiana; yo deploro bastante la evasión de Abbas Abdallah y mas que ninguno de vosotros temo las consecuencias!

—No son temibles, repuso el gran condestable con un tono de seguridad que impuso á sus tres cólegas; mas, por lo mismo, señor cardenal, es preciso que á cualquier precio pongamos término á estas guerras intestinas, que amenazan arruinar á Castilla y Aragon.

—Pues entonces ¡Firmeza! gritó el obstinado Almerstof.

—¡Firmeza! repitió el señor de Velasco, frunciendo las cejas y levantando la cabeza con orgullo. ¡Muerte de Dios! yo desafío al que se crea con derecho á creerme desprovisto de ella despues de cuarenta años pasados en los campos de batalla y en los consejos! ¿Y últimamente, ahora en Toledo y Segovia, no he dado mas pruebas tal vez que ningun otro en mi posicion (y aqui miraba al consejero flamenco) de saber hacer uso de la moderacion á la vista de mis compatriotas descarriados? Mi opinion es, que en lugar de tratar con rigor á todos los coaligados que cayesen en nuestro poder, empecemos por dar libertad á sus enviados que tenemos detenidos en dura prision. Y como sus cólegas guardasen silencio:—¡Por mi alma, que es gracioso, continuó, que un viejo guerrero como yo, tenga que recomendar la prudencia y la sagacidad á hombres de iglesia y de ley! Pero no importa, buen español, ante todo, y súbdito fiel, hablo segun la voz de mi conciencia, y repito, que en las graves circunstancias en que nos hallamos, y en el momento sobre todo en que el venerado nombre de la reina Juana, se ha hecho el lema de los facciosos, seria poco político querer jugar nosotros el todo por el todo; nuestra sola táctica, por el contrario, mirando las cosas bien, debe ser buscar los medios de sembrar la desunion entre los descontentos. Pongamos, pues, manos á la obra; por medio de promesas, de que me constituyo garante para con el emperador, hagamos por separar de la Liga á nuestros prisioneros de esta mañana, y en lugar de escitar mas su enemistad, pongámoslos como mediadores entre nosotros y su partido.

—¿Pero les convencereis de esto? dijo secamente Almerstof.

—Y si no, repuso con firmeza el señor de Velasco, nosotros tendremos siempre en último resultado el recurso de apelar á las pocas fuerzas militares que nos quedan.

El regente hizo un gesto de aprobacion; Almerstof no replicó una palabra: Ronquillo solo respondió al condestable en estos términos:

—Bien, señor, probemos ese medio; sin embargo, tened entendi-

do que vengo en este momento de proceder por mí mismo al interrogatorio de los presos, y que se han negado á responder todos, menos uno, que tomando la palabra en nombre de los demas me ha contestado con jactancia que su mision era hablar á don Carlos mismo, y no al alcalde de casa y corte, que se decia, su representante.

—¿Cómo se llama ese hombre? preguntó el regente.

—Don Juan Bravo.

Agitando entonces violentamente una campanilla:

—Conducid al instante aquí al prisionero don Juan Bravo, dijo el cardenal á un ughier, vestido de una casaca bordada de azul, que desapareció al momento.

—Este Bravo, repuso el alcalde Ronquillo, debe ser uno de los gefes de los facciosos á juzgar por la influencia que parece ejercer sobre sus compañeros; habiendo el carcelero advertido que se aconsejaban todos de este hombre peligroso, le he separado de los otros, haciéndole encerrar cerca de aquí, en el gabinete secreto del corregidor.

Siguieronse algunos momentos de silencio, pasados los cuales el regente con aire pensativo, dijo:

—Si en efecto tiene este personage entre los suyos la importancia que le atribuis, es urgente que nosotros mismos le interroguemos, y comencemos por él á ensayar los medios de que tan buenos resultados nos ha prometido el señor condestable.

Al concluir estas palabras introdujo el ughier á un caballero de noble presencia, que marchaba con valentia y desembarazo, y que parecia tener de treinta á treinta y cinco años de edad. A la intimación hecha por el regente de descubrirse, dijo el prisionero:

—Me llamo don Juan Bravo y soy caballero con encomiendas y tierras libres de todo derecho señorial en la provincia de Segovia; como tal, tengo el derecho de tener la cabeza cubierta delante del mismo rey, y quiero usar de este derecho, como de todos los que me han legado mis padres.

—Está bien, repuso ágricamente Ronquillo; pero no olvidéis, señor Bravo, que estais delante del consejo de regencia, presidido por su eminencia el cardenal en persona.

—Sé, repuso friamente Bravo, que estoy en presencia de los miembros de un poder tiránico que me detienen ilegalmente:

—Moderaos, señor Bravo, le dijo con dulzura el benévolo prelado, nosotros no queremos haceros daño alguno. Pongo al cielo por testigo que es bien al contrario; pero salid de vuestro error, separaos del falso camino á que os habeis lanzado.

—Vuestra eminencia se engaña mucho respecto á mi carácter, respondió el caballero segoviano; ¡que abandone á mi partido! ¡que venda á mi patria! Vos mismo, señor, cuyas altas virtudes sacerdotales reconozco, no me estimaríais entonces mas que si habiendo caído en manos de los infieles, renegase de la fé de mis antepasados.

—Sin duda, hijo mio, que toda apostasia es criminal, observó con dulzura el anciano; así, lejos de pedirnos que hagais traicion á la pa-

tria, os he hecho venir aquí para reclamar vuestro concurso para su pacificación, y proponeros que os hagais mediador entre vuestros conciudadanos y el gobierno del emperador, á fin de poner un término á las desgracias de la guerra civil, este azote de los pueblos.

—Me sorprende, monseñor, que el poder usurpador de nuestros privilegios, el que ha intentado atropellar nuestras antiguas instituciones nacionales y religiosas, sea ahora el que nos acuse deser nosotros los fautores de la guerra civil. Por lo demas, ha llegado el tiempo de usar del único argumento del fuerte contra el débil; si, la guerra civil es una cosa santa y justa para aquel que se encuentra oprimido y recurre á ella para defender sus creencias y sus derechos hereditarios ultrajados. Vos mismo, monseñor, ¿no acabais de darnos el ejemplo de la fidelidad que se debe guardar á las respetables tradiciones del pasado, rechazando enérgicamente las heregias de Alemania?

—En fin, señor Bravo, ¿nos reusais vuestros buenos oficios?

—No, monseñor, repuso vivamente Bravo; pero es preciso que comenceis por reconocer por tan sagrados los derechos de la nacion como los de la corona.

Aquí fué interrumpido el caballero patriota por la repentina llegada de La Chau.

—Monseñor, dijo este al cardenal, hé aquí un nuevo prisionero; esta vez se me deben á mí solo los honores de su captura. Esta mañana al regresar de Burgos, habiéndome detenido para descansar por la siesta en la venta de Trigueros, vieron mis criados un pequeño grupo de caballeros, que lejos de imitarnos, no temieron continuar su camino á pesar del excesivo calor del medio dia; y habiendo creído observar que estos intrépidos viajeros parecian querer evitar nuestro encuentro, dirigiéndose á las montañas vecinas, me previne al momento para perseguirlos. Monté, pues, á caballo, y no tardé en alcanzar á los fugitivos, que se pusieron en la defensiva; pero rodeados por una fuerza mas numerosa que la suya, bien pronto se vieron obligados á rendirse; y juzgad de mi sorpresa cuando reconocí en su gefe al señor don Pedro Pacheco y Giron, uno de los diputados que enviaba la Liga al emperador. Sin detenerme le he conducido, y aquí le teneis, añadió mostrando á su prisionero que se habia quedado detrás de él con la cara oculta en el embozo de su oscura capa. Pero como el cardenal sorprendido en cierto modo por este nuevo incidente, dudase responder:

—¡Ah! ¡ah! sois vos, noble Pacheco y Giron, dijo el condestable, sonriendo esta vez á la idea de tener en su poder uno de los mas poderosos señores de la Liga, sobre cuya alma presentia poder adquirir una grande influencia, por poco que quisiese manifestarse favorable á los proyectos de Giron respecto á la señora doña Maria Pacheco. Ahora no usareis de palabras tan altivas, mi buen sobrino; porque Giron era hijo de una Velasco.—¡Ah! ¿quereis dictar leyes á vuestro legítimo soberano para contrariar mejor las esperanzas y los proyectos de su condestable?

—Pero es una perfidia, gritó Giron furioso de ver descubierto asi

el fondo de su alma, serviros de vuestra autoridad y del nombre del rey para satisfacer contra mí vuestra venganza personal; este es un acto arbitrario, de que yo apelo á monseñor el cardenal mismo, como regente del reino, que impedirá que se viole así en mi persona el derecho de gentes.

—Señor Giron, respondió el tímido prelado á esta inesperada interpelacion, me es sensible deciros que vuestro arresto no es de modo alguno por la voluntad de ninguno de los miembros de la regencia; ha sido ejecutado en virtud de órdenes terminantes del emperador Carlos V; védlas aquí. Y lanzando Giron una mirada rápida sobre los pergaminos de que pendia el sello imperial de lacre encarnado guardó silencio y sus ojos abatidos hácia el suelo, ponian de manifiesto la postracion de su alma.

—Ved ahí, señor don Pedro, como cambia de repente de aspecto la fortuna, le dijo entonces don Iñigo de Velasco; pocos instantes hace que creiais imponerme vuestra ley, teniendo mi sobrina entre vuestras manos, y ahora sois vos el que estais entre las mias.

—Señor condestable, repuso Giron, fingiendo astutamente su rabia interior, os engañais mucho y me haceis una injuria si creéis que yo soy el raptor de vuestra pupila. ¡Ah! si no hubiera dependido mas que de mí, añadió con tono de sentimiento, yo os la hubiera enviado al instante, porque creo demasiado bien fundados mis derechos sobre el solar de Mondejar para que tuviera necesidad de recurrir á medios indignos de mi carácter; no, nada en el mundo podria hacerme detener á mi prima contra su voluntad y la vuestra, que sois su tutor, su verdadero protector; y lo que os probará que yo merezco aun la buena opinion de mis propios enemigos, es la confesion que os voy á hacer y la pena que me cuesta descubrir los errores de un hombre á quien mi partido debe sus numerosos triunfos. Si, señor de Velasco, continuó el traidor, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, lo digo con dolor y solo para convenceros de mi inocencia: no acuseis á otro, mas que al señor de Padilla de la prolongada ausencia de vuestra sobrina; él solo es quien la detiene, y es tal su amor que para obligar al emperador y á vos á concederle la mano de la muger que ama, ha querido sublevar el reino y asociarse á los fanáticos de la demagogía de Valencia, declarando guerra á muerte á su órden y al emperador mismo, si afortunadamente no hubiéramos sido mayor número en la asamblea de Avila para moderar su exaltacion y mantener los derechos de la nobleza y los mas sagrados aun de la corona.

—¡Mientes, Giron! dijo una voz clara y enérgica, que salia de uno de los oscuros ángulos de la sala; el solo traidor que en Avila abandonó los derechos de su órden y los de don Carlos, es el mismo que abandona hoy y calumnia á los ausentes, de quienes se llama amigo; ¡eres tú! Y los ojos irritados de Bravo despedian una luz tan viva como las bugias que ardian en los candelabros.

Retirado á la repentina llegada del señor de La Chau á un oscuro rincon, bajo la vigilancia de Ronquillo, Bravo lo habia oido todo; y llevando á su colmo la indignacion á pesar de los esfuerzos de su guarda de vista, gritó adelantándose hácia Giron:

—¡Cobarde! ¡Judas! dá gracias al cielo de que estemos presos; pero que seamos libres un día, ¡y yo te juro por Dios, que pagarás bien caras tus imposturas!

Esta imprevista escena habia introducido la confusion en los asistentes; el señor de La Chau, Almerstof y los guardias, se habian puesto entre los prisioneros.

—Señor alcalde, dijo el regente á Ronquillo con voz alterada, haced salir al instante á don Juan Bravo y que sea encerrado con buena guardia hasta nueva orden.

Al obedecer Ronquillo esta intimacion, se aproximó el condestable al oido del cardenal y le dijo:

—Dejadme solo con don Pedro Giron; sino me engaño, este hombre es nuestro, y podrá servirnos en nuestros proyectos de dar á la España la paz sin efusion de sangre. Yo estoy casi cierto de ganarle, pero es preciso que para lograrlo me deis plenos poderes para disponer de él á mi arbitrio.

—Os los concedo, respondió Adriano, ¡y que el cielo os ayude! Y al decir esto se levantó y dirigiéndose á los señores La Chau y Almerstof, les dijo: Seguidme, señores, he dado el cargo al señor condestable de hablar en particular al prisionero don Pedro Pacheco y Giron.

Quando don Iñigo de Velasco, se vió solo cara á cara con Giron:

—Y bien, señor don Pedro, dijo, ahora que nos vemos solos, hablemos sin rodeos: ¿de que os ha servido lanzaros en el partido de los descontentos? ¿han apreciado por ventura vuestro nacimiento, vuestro talento? Bien al contrario, no han reconocido vuestros servicios, sino alejándoos de España, bajo el engañoso pretexto de una mision de confianza cerca del emperador, mientras que el ambicioso Padilla haciendo de vos una peana para su fortuna, ha sido nombrado general en gefe, y en vuestras barbas os arrebató vuestra prima.

—¡Arrebatarme mi prima! repuso Giron sorprendido, como si no hiciera ya mucho tiempo que la habia perdido, gracias á vuestros manejos contra mí y á las ventajosas promesas que habeis obtenido de don Carlos en favor de vuestro hijo, el conde de Haro!

—Esas promesas pueden anularse, respondió el condestable.

—¿Qué es lo que decis? dijo Giron cada vez mas admirado.

—Nada que no sea muy sencillo. Volved á ser un fiel súbdito, emplead vuestro crédito para hacer que los insurgentes entren en la obediencia del emperador, y es vuestra mi pupila, con la grandeza y las tierras del marquesado de Mondejar.

—¿Es cierto eso? repuso don Pedro.

—¡A fé de caballero! os lo juro.

—Pero ¿y vuestro hijo el conde de Haro?....

—No os inquieteis por eso: el emperador en su última comunicacion me ha ofrecido para mi hijo la mano de Leonora Alvarez de Toledo, hija del marqués de Coria, su favorito, prometiéndome en otra la restitution del titulo de duque de Frias, que poseia mi padre, y que en adelante seria hereditario en mi casa, con sola la condicion de que yo haga que triunfe pronto la causa real, y que restablezca el

orden y la prosperidad en nuestra desventurada patria. Ya veis don Pedro que os hablo con el corazon en la mano. Que vuestra franqueza iguale á la mia, y respondedme sin subterfugios: ¿aceptais mi proposición con todas las condiciones que tengo derecho de imponeros?

Giron, no obstante la inesperada alegría que sintió interiormente, fingió dudar aun para dar seguramente mas valor á su sumision.

—En fin, se apresuró á decir, aunque me es muy sensible abandonar así al partido de la Liga, sin embargo, la felicidad de mi patria, que me haceis entreveer y los antiguos juramentos que he prestado á don Carlos, me imponen la ley de no vacilar en abandonar el camino de la rebelion. Señor condestable, me someto á todo lo que exijais de mí para espíar mis últimas faltas bácia mi soberano legítimo, y merecer de vos la mano de la señora Pacheco, mi prima.

—¡Bien! ¡muy bien! señor don Pedro, dijo el condestable tendiendo afectuosamente la mano á Giron. Desde este dia olvidemos nuestras pasadas enemistades; pero nuestra reconciliacion no basta aun para hacer que logremos nuestros proyectos; es preciso ademas que obremos cada uno por nuestro lado con sagacidad y prudencia, y hagamos que nadie pueda sospechar nuestro secreto convenio. Vos, sobre todo, en vuestro partido receloso, como lo es todo partido de rebeldes, debéis estar aun mas circunspecto; marchad, pues, sin tardanza derecho á Tordesillas, donde se hallan reunidos todos los gefes influyentes de la Liga. Allí, para motivar vuestra inesperada vuelta, podeis decir que os habeis escapado de Valladolid; ó mejor aun, que habiendo sabido que habian sido presos por orden del emperador los otros enviados al tiempo de disponerse á salir del reino, os habiais vuelto atras por miedo de ser igualmente aprehendido. En fin no importa que digais lo que os parezca, pues no habeis de encontrar quien os contradiga; porque Bravo permanecerá aqui preso hasta la pacificación de España. En cuanto á los demas prisioneros, ninguno de ellos os ha visto; ignoran por consiguiente que habeis sido conducido delante del consejo de regencia, y podremos sin perjudicaros usar de generosidad con ellos, proponiendo á la asamblea de Avila su cange con la persona de doña Maria. ¿Cómo no ha de tener el tutor de aquella el derecho de reclamarle sacándola de entre las manos de su raptor? No hay duda que semejante acusacion, hecha por mí contra Padilla ante su propio partido, le hará perder en el ánimo de los suyos, sobre todo si vos me ayudais con vuestra influencia á derribar entre ellos el crédito de este hombre, que en tanto que esté á la cabeza de la Liga, será siempre para el reino un enemigo poderoso, y para vos, señor Giron, un rival muy temible.

—Me parece muy bien combinado ese plan, dijo siempre con duda el desconfiado Giron, pero cuando haya logrado hacer que vuestra sobriua esté en vuestro poder, ¿qué es lo que habré adelantado? tanto se me importa que esté ella aqui como que esté allí.

—¿Pensais así? repuso el condestable; dejarla por mas tiempo en

poder de Padilla, es perderla sin remedio; ¿no conoceis que es absolutamente preciso que ella vuelva á mi dependencia para que pueda dárosela por esposa?

—¿Pero una vez ya á vuestro lado, quién me asegura que entonces....?

—Señor don Pedro, le interrumpió con altivez el condestable, ¿vos olvidais mi carácter! Jamas Inigo de Velasco ha faltado á su palabra; para seguridad de mis promesas, yo os doy la mia. Presumo que debe bastaros.

—Ciertamente que la tengo por buena, señor.... mas sin embargo.... en los tiempos inciertos en que estamos, sucesos imprevistos pueden hacer cambiar las resoluciones mejor tomadas; además, ¿no es costumbre que toda promesa sea garantida con algunas prendas?

—¡Siempre el mismo! dijo el condestable, y en su sonrisa y en el acento de su voz, asomó un movimiento de irónico desprecio, que el viejo político reprimió al instante; y con aire de dignidad: Sea, señor Giron, añadió, se os darán todas las seguridades que deseais: en el consejo de regencia se ha decidido que enviemos á los representantes de la Liga, un parlamentario encargado de hacerles conocer las últimas intenciones benévolas del emperador, con el fin de evitar que se empleen castigos rigurosos y las funestas consecuencias de una guerra civil y desoladora. A este mensaje, uniré yo el auto de acusacion del raptó de que hago responsable á Padilla, y nuestro heraldo de armas, llevará orden de leer públicamente y en alta é inteligible voz esta acusacion, para confundir mejor al pérfido seductor. Vos entonces apoyareis mi demanda entre los vuestros, haciendo que resalte toda la indignidad de la conducta de Padilla; y vuestro rival, desechado sin duda alguna por su propio partido, cuyo honor ha empañado, se verá obligado á entregar á mi pupila á nuestro enviado. Este os entregará entonces en cambio un escrito en forma legal, firmado por mí y sellado con mis armas, que contendrá mi consentimiento á vuestro matrimonio con la señora doña María Pacheco.

—¡Perfectamente.....! ¿Pero y si la señora no da el suyo?

—¡Muerte de Dios! ¿ella no se atreverá á contradecirme! Por lo demás, para que os decidais pronto, añadiré que os haré investir por el emperador del solar en cuestion.

A estas últimas palabras los ojos de Giron brillaron de repente con un resplandor de placer. El señor de Velasco lo observó, y para fortalecer mas la determinacion de don Pedro, se dió prisa á añadir:

—Si, ¡lo juro por Dios! el heraldo de armas de Castilla será portador de un escrito reservado para vos, en el cual se os concederán olvido y perdon por vuestra conducta pasada, y además irá allí consignada la promesa solemne de emplear mi valimiento con don Carlos, para que se os restituya el marquesado de Mondejar, sobre el cual deberán ser reconocidos vuestros derechos para siempre, en recompensa de los buenos servicios que habeis prestado á la causa real.

—Desde este momento, señor condestable, disponed de mí en cuerpo y alma, contestó Giron.

—¡Bien! nada os detiene ya desde este momento, señor Giron, estais libre, repuso el señor de Velasco; hé aquí un salvo-conduto para que podais salir de Valladolid. Y cogiendo una de las bugias, le condujo fuera de la sala del consejo:—Gomez, dijo á uno de los de su servidumbre, este caballero está libre; haced que se le entreguen al instante, su caballo y sus armas; tú mismo le guiarás hasta la poterna de la torre de Santiago, y atravesareis el Pisuerga cuidando de que nada pueda detenerle el paso. Entonces volviéndose hácia Giron:—Adios, sobrino mio, abí teneis la llave que da al campo; acordaos de vuestras promesas.

—Acabad de cumplir las vuestras, tio mio, que yo atenderé á las mias; y don Pedro siguió á Gomez.

—De todos modos, se dijo á sí mismo el señor de Velasco, volviéndose á su aposento, este era el solo medio de disolver esta peligrosa Liga; además, la hija del marqués de Coria, con la grandeza que llevará á mi hijo, es un partido mucho mas ventajoso que mi pupila, sobre todo ahora que el emperador me promete con esta boda, luego que vuelva á España, la restitucion del título que poseia mi padre.

XVI.

Un día de júbilo.

—¡Viva la reina! ¡viva nuestra amada reina! gritaba el pueblo precipitándose al paso de la reina Juana, que salia en aquel momento de la antigua basilica de Tordesillas. Esta piadosa princesa habia querido, antes de que se empezasen las fiestas con tanta anticipacion anunciadas, asistir con toda pompa al solemne oficio que se celebraba todos los años el 15 de agosto en honor de la Virgen, bajo cuya poderosa advocacion pusieron en otro tiempo Pelayo y sus guerreros las bellas comarcas que les habian visto nacer.

Este es ciertamente un tributo de justicia debido á estos piadosos cristianos; jamás desde aquella época se han manifestado ingratos á su benéfica protectora, á pesar de haber transcurrido mas de ocho siglos. No obstante, en este año 1520, existía el reconocimiento tan vivo en el entusiasta corazon de los hijos de la moderna Iberia, que el día consagrado á la madre de Dios se celebraba en España aun mas devotamente que la misma festividad del *Corpus*.

¡Jesus! ¡Maria! ¡cuánta veneracion por todo lo que recuerda á la Virgen su patrona! Su imágen marcha á la cabeza de la comitiva de la reina, y todos al verla se arrodillan y santiguan como en el día del *Corpus* ante el Altísimo.

El estandarte en que está representada la madre de Dios no es,

sin embargo, muy hermoso; el blanco de su tela de seda está tan amarillo, que bien se conoce la antigüedad de su fecha. ¡En efecto, es tan antiguo este respetable estandarte! Esta misma vejez le dá tal precio á los ojos de los fieles católicos españoles, que tan sencillo y desgarrado como se halla es mucho más estimado que las diversas banderas de las órdenes y corporaciones que marchan en pos de él, no obstante el oro y piedras preciosas que las enriquecen.

¡Oh! No hay duda que el modesto estandarte tiene derecho de ir á la cabeza de todos los demas, porque es el mismo que llevaba Pelayo en sus primeros combates contra los moros, y el que colgaba de la bóveda de la nueva Covadonga cuando celebraba en ella sus consejos con los guerreros; ciertamente ha merecido con justicia ser una de las más preciosas reliquias del reino, y el estandarte nacional del pueblo cuya agitada cuna habia cobijado con su sombra. Hé ahí por qué prenda venerada de los pasados tiempos ha llegado á ser una de las más apreciables insignias de la corona, y por lo que Juana, la digna heredera de la más pura sangre de las Españas, ha querido conservarla siempre á su lado; y hé ahí también porque en esta circunstancia solemne los gefes de la Santa Liga han creído deber desplegarla á los ojos de la multitud, seguros del favorable efecto que habia de producir sobre este pueblo apasionado verla ondear despues de tantos años de olvido en lo alto de la morada real, y siendo un mudo testigo del regocijo público.

En este momento parecia que habia llegado la alegría á su colmo, y numerosos vivas repetianse en medio de aquella multitud desparmada en las praderas de las orillas del Duero y en los alrededores del recinto en que iban á celebrarse los juegos guerreros y la corrida de toros. La causa de aquel entusiasmo, era la reina que, montada en una jaca blanca, acababa de pasar en aquel momento el puente levadizo de la puerta de Santa María, dirigiéndose á aquel sitio, acompañada de sus damas y caballeros lujosamente vestidos. Marchaba á paso lento por la llanura, y veíase á cada instante detenida por un inmenso gentío, dichoso en poder contemplar á su soberana despues de tanto tiempo como estaba privado de este placer. Era, pues, un espectáculo imponente ver á todos aquellos leales súbditos agitar sus banderas encarnadas, tirar á lo alto sus sombreros, y en su frenético entusiasmo interpelar á la reina, á los santos, y al mismo Dios gritando: ¡Milagro! Y seguramente nosotros sin participar de aquella piadosa exaltacion, podemos persuadirnos que no dejaba de ser un prodigio ver en aquella ocasion solemne dotada á la reina Juana de todas sus facultades mentales despues de haberla creído por tanto tiempo privada de ellas.

—¡Mira, Lopez, con qué gracia saluda! ¡Ah! atiende cómo habla á nuestro capitan don Juan de Padilla. ¡Jesus, María! ¡Tanto aire de loca tiene como tú y yo!

—Y tal vez menos, contestó nuestro barbero Lopez Cueva que habia llegado el dia anterior en el cuerpo de voluntarios de Toledo, que como todas las demas ciudades de la Liga habia recibido orden de enviar á Tordesillas algunas tropas con sus diputados; porque tú,

Gil Mendo, solo necesitas para perder el juicio dar tres ó cuatro tientos á los jarros de tu taberna.

—¡Oh! esto es una bendicion del cielo, exclamó Mendo sin prestar atencion á los sarcasmos de su vecino. Recobrar su razon esta querida princesa para socorrer á sus súbditos y librarlos de esa vil turba de estrangeros que tanto les han hecho sufrir, ¡ciertamente que es un milagro! ¡Qué gran cirio hemos de poner sobre la tumba del señor Santiago!

—¡Tonto! repuso el incrédulo barbero, tal vez se deba este milagro mas bien á Padilla y á sus compañeros que no á Santiago; porque oye, Gil, yo siempre he creido que la locura de nuestra desventurada reina procedia menos del estado de su cerebro que de una impostura de esos infernales flamencos, borgoñones y alemanes.

—¿Pero cómo permite el principe don Carlos?...

—¡Bah! interrumpió Cueva, los bribones han hechizado al hijo del mismo modo que hechizaron al padre.

—Hé ahí lo que resultó de ir á buscar esposo á nuestra reina en pais estrangero, exclamó Gil Mendo yaciendo con gravedad su calabaza; pues nuestros dos políticos sentados sobre la yerba, procuraban reponerse de la fatiga de una larga marcha, imitando en esto á los infinitos grupos que les rodeaban.

—En verdad, añadió el sagaz barbero, que si nuestra reina Juana no se hubiera casado con el archiduque Felipe, no estaríamos nosotros como estamos.

—¡Por vida de Santiago! añadió con arrogancia su compañero, ¡no faltaban en España caballeros tan apuestos y cabales y de nacimiento tan noble y antiguo como el negro aguilucho de Austria!

—De mucho mas noble y antiguo, di mas bien, Gil Mendo; y sin ir mas lejos, ¿tú y yo no somos de origen mas antiguo que el mismo don Carlos, aunque sea principe de Asturias? porque en fin, yo sé por mi abuelo, que lo habia dicho el suyo, que un Nuñez Cueva fué muerto en presencia del Cid en Santarem ó Alcázar, mientras que en aquella época los abuelos de todos esos orgullosos señores del Norte eran tal vez unos perros paganos, tan paganos como los moros que aqui combatian nuestros antepasados.

—Pues yo, contestó con vinosa voz el tabernero de Toledo, á quien la fanfarronada del barbero y los vapores del Valdepeñas habian inspirado tambien su poquito de orgullo: ¡pues yo!... mi padre era nieto de uno de los alcaldes de Toledo, en tiempo del rey don Pedro, cuando este noble principe....

—¡Ah! ¡ah! no será seguramente tu padre quien te ha contado eso, dijo una voz burlona que salió del grupo inmediato; siempre habrá sido el reverendo superior de la casa de niños espósitos de nuestra ciudad.

—¿Quién se atreve á hablar de ese modo? exclamó el tabernero levantándose furioso y dirigiéndose al grupo de donde habia salido la temeraria interpelacion: esta buena hoja, dijo blandiendo una especie de daga, que ha sido templada en mi presencia en las aguas

mezcladas del Jarama y del Tajo, no hay lengua por dura que esté que encuentre dificultad en cortar.

—Tu buena hoja sabrá cortar carne de esta clase, replicó su chistoso interlocutor, echando al puchero un pedazo de carnero que estaba partiendo.

A este nuevo insulto; fuera de sí Gil Mendo, lanzó su daga á la cabeza del imprudente burlon. Pero gracias al poderoso indujo del vino de Valdepeñas, la mirada y el brazo del quisquilloso toledano estaban poco seguros para acertar el golpe; así es que la daga, limpia enteramente de sangre humana, fué á clavarse en el suelo. Despues de esta brusca agresion, no hubiera sido muy buena la suerte del susceptible tabernero si el diligente Lopez Cueva no se hubiera puesto en medio de los dos contendientes.

—¡Vive Dios! gritó, ¿os ha picado alguna abispa? porque yo no veo por aqui volar ninguna; y dirigiéndose á los agresores. ¿Qué es esto? ¡Todos contra un Gil Mendo! Por San Isidoro de Sevilla que su borrachera nos ha producido la suficiente diversion para que le perdonemos algun otro vaso de mas. ¿Y tú Gil, añadió alzando la voz para impedir que hablase el tabernero, hay razon para que te incommodes de esa manera cuando los amigos y conciudadanos se chanccean? Ademas que no es una ofensa tan grande decirte que haya salido del hospicio. ¿No sabes que puedes considerarte por lo mismo mas noble que plebeyo? ¿Acaso no lo dijo el difunto rey Fernando? El otro dia en el mentidero cerca de la catedral, se afirmaba que mas tarde ó mas temprano, y fundados en la incertidumbre del nacimiento de los pobres espósitos, habia el proyecto de declararlos á todos nobles

Esta maligna observacion del barbero provocó una carcajada general que desarmó á nuestros campeones, del mismo modo que la suave brisa disipa las nubes amontonadas por los ardientes rayos de un sol de verano. La multitud que corria hácia aquel lado vino tambien repentinamente á llamar la atencion de nuestros contendientes hácia otro objeto.

—¡Eh! ¡Lopez! dijo uno de los que por allí pasaban. ¡Siempre has de estar charlando! ¡ah! ¡si te tardas un poco te vas á quedar sin puesto!

—¡Poco á poco! que las barreras del recinto aun no están abiertas.

—¡Oh! ¡oh! gritaron muchas voces, se habria suspendido acaso la corrida de toros. Hé aqui al verdugo que vuelve con sus ayudantes y sus dos borricos. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Pues la reina ya se ha parado, añadió un majo poniéndose de puntillas. Mirad, ¡ya le traen los almohadones para sentarse! Por mi vida que parece que le van á decir la buena ventura. Marqueta, dijo á una esbelta y graciosa catalana colocándola sobre sus hombros, atiende y verás cuanto gitano hay á su alrededor! ¡jamás he visto juntos tantos como hoy!

—¡Dios mio! ya se colocan los paganos para hacer sus pasos y farsas diabólicas; muy tarde creo que vamos á llegar á la presencia e la reina para bailar nuestra danza que tanto le gusta! Y al decir

esto se dió la jóven á correr con toda la celeridad de sus piernas.

Siguióla su amante; y todos á su ejemplo se encaminaron hácia el lugar donde la reina se habia dirigido con su comitiva. Algunas guardias colocadas de trecho en trecho al rededor de S. M., contenian á aquel inmenso pueblo, impidiendo al mismo tiempo que estorbasen los movimientos y las evoluciones de los bailarores. A los gitanos sobre todo era preciso dejarles un espacio bastante estenso para que su danza conservase el carácter delirante que le imprimian. Sus movimientos lánguidos al principio parecian animarse por grados al alegre sonido de la pandereta hasta que se lanzaron últimamente al viento con una rapidez increíble: entonces brazos, cabeza, cuerpo, todo, en fin, tomaba en el baile una parte activa por medio de evoluciones combinadas con las graciosas y aéreas figuras. Sus negros cabellos, el color moreno y los fantásticos vestidos con listas y flores de los colores mas variados, trage ordinario de las hijas del pais de Zengitano, contribuian en aquel momento á dar á la escena un aire de originalidad que cautivaba la atencion de los espectadores. Pero sintióse de repente un ruido mas grato aun á los oidos castellanos, el sonido seco y acompasado de las castañuelas, en vano redoblan los gitanos sus tamboriles y saltan con mas brios sobre los céspedes, pues tienen al fin que retirarse y dejar el campo á las seguidillas, cuyo compás domina toda la reunion y cuyo aire nacional la arrastra involuntariamente.

—¡Plaza! ¡plaza! ¡á la linda Marqueta, á la graciosa bailarina! Ciertamente que estaba arrogante con un corpiño de terciopelo escarlata y una falda negra de la misma tela, precioso regalo que le habia hecho la reina la última vez que la habia llamado al alcázar para bailar; porque una de las distracciones de la desventurada princesa consistia en hacer que se bailasen en su presencia aquellas pantomimas españolas que por el tiempo que duran y los sentimientos que espresan simpantizan tanto con el carácter de aquella nacion.

—¡Dichoso Lorenzo! decian todos á media voz.

—¡Qué hermosa está hoy Marqueta! murmuraban otras mil voces.

En aquel momento la catalana se adelantaba hácia Juana y su corte y habiendo saludado á la reina con una graciosa sonrisa que entreabriendo sus labios dejó ver las dos hileras de perlas que adornaban su hermosa y pequeña boca, dió vuelta con paso ágil y magistoso á la vez al recinto, marcando los compases de la música con una especie de coqueteria y orgullo dejándose caer lánguidamente sobre sus anchas y hermosas caderas. Bien conocia el efecto que habia de producir paseándose de aquel modo al alegre compás de la guitarra y del oboe antes de empezar el baile. Quería ganarse anticipadamente la favorable opinion de los espectadores; pero en la seguridad de sus pasos y en la energia de sus movimientos seductores, ¿no se veia claramente que mas bien que solicitar aplausos, exigia como soberana que se le dieran?

¡Qué animacion al aproximarse! ¡qué entusiasmo escita la presencia de esta encantadora jóven! ¡Cuántos esfuerzos y amenazas

con sus largas partesanas tienen que emplear los centinelas para contener las oleadas del inmenso gentío que se agolpa para verla pasar! «¡Ya llega! miradla ahí!» gritaban por todas partes; y era preciso ser de mármol como las estatuas de los santos de la catedral para ver sin emoción aquel talle flexible como la caña del Duero, aquellas medias tan finas que dejaba contemplar su corta saya de terciopelo, y aquel pié tan menudo, preso en su pequeño zapato negro, bordado de plata.

¡Dichoso Lorenzo! ¡cuánto tardas en llegar! mucho tiempo necesitas para descalzarte las abarcas y ponerte los zapatos de lazos encarnados! ¡Ah! la gente se aparta: él es, es Lorenzo. ¡Qué bien diseñan sus elegantes formas, su chaquetilla corta y sus ajustados calzones oscuros! No se manifiesta seguramente ingrato con el Criador, que bien sabe hacer alarde de la graciosa figura que le ha dado!

Con dos ligeras inclinaciones saluda á la reina y al público, y vá á colocarse despues á corta distancia de su bella Marqueta, sonando las castañuelas. A esta lisongera llamada, la jóven se dirige hácia él mas ligera que la corza de la sierra de Oca. ¡Silencio! La guitarra y el oboe preludian el fandango: el baile favorito empieza.

¡Qué dignidad en su introduccion! es el carácter español formulado en compases: noble y sosegado al principio, se vá despues exaltando poco á poco bajo el poderoso influjo de la pasion y de los dulces y armoniosos ecos, lanzándose últimamente en el último grado del delirio. El majo con ademán jactancioso se adelanta con gravedad dando la mano á su graciosa pareja, y en los mil pasos variados que ejecutan unidos, hacen admirar la flexibilidad de sus esbeltos talles y la lubricidad de sus movimientos. El encanto aumenta por grados; el bailarín se acerca cada vez mas á su pareja; el acelerado compás de la orquesta anima sus movimientos; de repente se vé la hermosa catalana levantada en alto, sostenida por el musculoso brazo de Lorenzo que la hace dar rápidas vueltas en el aire, con grande admiracion de los espectadores, fatigados de contener el aliento para prestar una atencion mas profunda. Pero la jóven, con aquel fingido recato en que la coqueteria viene en ayuda del pudor vencido, se escapa del brazo de su amante, que la persigue constantemente; vuelve á alcanzarla, y doblando entonces ella una rodilla en tierra, parece que implora ó mas bien que desafia á su majo, que dá vueltas á su alrededor sonando las castañuelas. ¡Cómo le sigue con sus lánguidas miradas, en las que manifiesta su completa derrota! ¡Dichoso Lorenzo! ¡ya no puede Marqueta resistirle! ¡Cielos! ¡la agitacion se aumenta por todas partes! Por mi alma que podia creerse que toda la reunion se ha personificado en Lorenzo! A la vista de este grupo encantador y al sonido favorito del seductor fandango, todos toman parte en el baile; el entusiasmo, en fin, llega á su colmo y la seduccion es completa cuando el infatigable catalán triunfando de su linda pareja, la coge por su flexible talle é imprime en sus labios de carmin el beso deseado por tanto rato.

Entonces mil bravos, mil aplausos se oyen por todas partes, y la reina en prueba de que participa de la satisfaccion pública, arroja á la

bella Marqueta un ramillete de turquesas de Zamora montadas en plata.

Otra clase de música se oye de repente á lo lejos; son los mantenedores de la liza y los guardias del campo que anuncian con sus clarines que está todo dispuesto para empezar los juegos guerreros. Al instante corren todos á buscar un sitio alrededor del palenque. La reina, montada en su jaca, se dirige tambien hácia aquel lado: su comitiva parece haber disminuido; don Juan de Padilla y algunos otros caballeros que antes la acompañaban no están ya á su lado. Seguramente han ido á armarse para el torneo, porque impaciente la reina por ver estos juegos caballerescos que le recordaban los famosos hechos de armas de su inolvidable Felipe, habia mandado que se suspendiese la corrida de toros con gran sentimiento de la multitud, que en verdad no habia podido ver sin disgusto retirarse al arrogante torero, acompañado de sus seis picadores y su cuadrilla de banderilleros con sus capillas encarnadas. Y esta era la causa por que se habian marchado antes el verdugo y sus ayudantes encargados de vigilar el buen orden del circo, hasta el momento en que cayese muerto el toro á los pies del torero.

Sin embargo, no acusemos á la reina de falta de condescendencia por haber mandado que se suspendiese la corrida de toros y la representacion de los santos misterios que estaba preparada; porque el viento que sopla de la parte de Toro y las nubes que van agrupándose en el horizonte, hacen temer que no concluirá sin tormenta este dia que amaneció tan hermoso. Por esto la buena princesa Juana se anticipó á mandar que empezase el torneo, colocándose en el asiento que tenia dispuesto en un tablado que se alzaba en el centro del círculo. Al verla contestar graciosamente agitando su pañuelo, á las ruidosas aclamaciones del pueblo, entusiasmado en contemplar á su reina que creia perdida para siempre, fácil era conocer la alegría que abrigaba Juana en aquel momento, á pesar de su traje blanco, distintivo en aquella época de la viudez y del dolor.

Era tan grande la concurrencia que á pesar de ser las graderias bastante espaciosas, no podian ofrecer sitio cómodo á los que á ella subian. Asi es que los menos ágiles se veian precisados á formar una fila junto á la barrera y permanecer en pié para ver la funcion. ¡Dichosos los que se habian encaramado en las primeras gradas, pues desde ellas podian contemplar el hermoso punto de vista que presentaban los trages infinitamente variados de los espectadores! Cada vestido tenia su color y su carácter peculiar, y seria menester un libro entero para describir las infinitas maneras con que la coqueteria ha sabido variar los colores y la forma de sus adornos, desde la misteriosa mantilla hasta el modesto grñon y la descarada redecilla. ¡Admirable contraste que ofrece la diferente expresion del gusto que animaba á cada individuo! pero todos á fuer de buenos españoles, hablaban alto, y contribuian cada uno por su parte, á aumentar la algazara y la general confusion.

Todas las miradas se dirigen en este momento hácia el sitio en que se halla la reina rodeada de sus damas. A su derecha, María, la

mas hermosa entre todas, parece una flor blanca y pura meciendo orgullosa su corola entre sus compañeras de la pradera. Nada en este instante altera su tranquilidad; sus negros ojos graciosamente rasgados, han vuelto á adquirir su antiguo fuego eclipsando el brillo de los diamantes del rico lazo que sostiene su velo por debajo de sus largos bucles, color de azabache. ¡Desgraciado del caballero que la mira, ya no es dueño de su corazón! Pero María ya no es dueña del suyo, y el afortunado mortal que lo posee perdería mil veces la vida antes que renunciarlo. En las aclamaciones con que saludan al palco de la reina, mas de una boca ha pronunciado en secreto el nombre de la señora Pacheco, mas de un mortal ha envidiado la suerte del dichoso Padilla, cuyo amor no es ya un misterio.

A estos rumores del pueblo sucede repentinamente un profundo silencio. Todos dirigen con atencion sus miradas al palenque: un rey de armas seguido de los jueces del campo acaba de entrar segun los usos y costumbres redactadas por el buen René de Anjou, rey de Jerusalem, observadas entonces en toda la cristiandad en estos juegos caballerescos, armado de todas armas, con la visera caída, cubierto su caballo con una finisima gualdrapa de malla, dispuesto á tomar parte en el torneo en caso de necesidad. Cuelgan de la silla de su brioso corcel, la maza y la espada, y empuña la gruesa lanza de que se mira pendiente la toca protectora de los vencidos. De este modo se adelanta hasta el palco de la reina; allí, los cuatro jueces le quitan la celada y la entregan al rey de armas, que va á colocarla cortesmente al pié del palco real, y segun la fórmula de costumbre, pronuncia luego estas palabras:

«Muy temida, honrada y poderosa señora, doña Juana, reina de Castilla y Aragon, y vos nobles damas, ved aquí á vuestro caballero de honor y humilde esclavo, dispuesto á sostener el honor que le habeis dispensado eligiéndole, cuyo escudo os presento, y que si os place hareis guardar en vuestro palco.»

Dicho esto, colocó el escudo del caballero de honor en lo alto de una lanza clavada en tierra delante del palco. Los jueces del campo subieron á las gradas que les estaban reservadas, y el caballero de honor montado en su caballo permaneció en la barrera, aguardando la llegada de los combatientes que no se hicieron esperar mucho tiempo, pues casi en el mismo instante se oyó, con general satisfaccion el sonido estrepitoso de los clarines, y se presentaron en la barrera dos heraldos, anunciando la llegada de los caballeros del torneo. Seguian á cada uno de estos doce ginetes armados de punta en blanco, lo mismo que sus porta-estandartes, montados tambien en briosos corceles con gualdrapas de malla de acero y caparzones blasonados.

Segun la costumbre muy admitida entonces en España de recordar con frecuencia la gloriosa lucha de los cristianos contra los moros, los caballeros de uno de los dos bandos, imitando á los guerreros infieles cubrian sus cabezas con turbantes recamados de brillante y pulimentado acero; la corva cimitarra pendia de su rico cinturón en vez de la larga espada con la guarnicion en forma de cruz;

pero en la bandera encarnada del gefe ondeaba en lugar de media luna una sencilla banda azul, cuyo misterioso y singular emblema era solo conocido del que lo llevaba. El otro partido habia conservado su carácter nacional; llevaba el yelmo puntiagudo con un soberbio penacho, y en la bandera del gefe, donde se veian las armas entrelazadas de Castilla y Aragon, ondeaba una banda blanca, emblema apreciado del que la usaba.

A invitacion del heraldo y de los jueces del campo, toma este último grupo el camino de la derecha con mesurado paso hasta llegar á su línea de batalla. ¡Cuánto trabajo cuesta al gefe contener su caballo en aquella línea prescrita por los reglamentos de la caballería! ¡Cómo se anima y caracolea el brioso corcel al sonido continuo de las trompetas! Pero afortunadamente su ginete domina con destreza y agilidad el impaciente ardor del fogoso animal, que arroja blanca espuma por la boca. Aunque la visera del caballero está bajada, todos han reconocido fácilmente su hermoso caballo Alamez, blanco como la nieve de la cumbre del Atlas, á cuya falda nació, y las armas parlantes de la casa de Padilla que ostentan tres sartenes de plata en campo azul y nueve medias lunas tambien de plata, noble escudo que adorna el broquel y la cota de mallade don Juan, y que sirve para recordar á las generaciones presentes y futuras el grande hecho de armas de aquel Padilla, su antecesor, que sorprendido en su casa por un crecido número de infieles, y encontrándose sin armas, echó mano de los muebles y utensilios de la cocina, y acompañado de sus criados rechazó tan vigorosamente á los agresores, que, según dice la crónica, el señor de Padilla rompió hasta tres sartenes en las espaldas de sus enemigos, que despavoridos huían delante de tan valiente campeón.

El gefe del primer grupo, y que se dirigió hácia el lado izquierdo, ostenta un escudo menos histórico; la palma verde que lo sostiene llama sin embargo la atencion: este es el emblema que Maldonado ha querido añadir á sus modestas armas en este dia de batalla, en memoria de su amada ciudad de Salamanca y de su universidad, de que forma parte.

Marchan bajo su bandera los mas nobles caballeros, tales como los dos hijos del anciano conde de Herrera y el jóven don Pedro Laso de la Vega, agregados recientemente al partido de la independencia, que para dar una prueba de admiracion á los señalados servicios prestados en Toledo y Segovia por don Francisco Maldonado, le han proclamado espontáneamente su gefe de batalla.

Guiados por los sentimientos de generosidad y deferencia hácia todas las órdenes que hacen parte de la Santa Liga nacional, don Juan de Padilla y don Francisco Maldonado han admitido en sus filas para el torneo no solo á los caballeros de alto y esclarecido linaje, sino tambien á muchos guerreros de la clase de honrados ciudadanos, según permiten que algunas veces se haga los estatutos del buen rey Renato. «Siempre que alguno, dice este justiciero principe en materias de caballería, aunque no fuere hidalgo, mostrare grande habilidad y virtud, merece por esto mismo ser admitido desde enton-

«ces en adelante en cualquier torneo, sin que nada deba impedir-
«selo.»

Luego que estuvieron colocados los dos bandos el uno en frente del otro de manera que el sol, según la costumbre, diese á los dos igualmente de costado para que no pudiera servir de impedimento ni de ventaja á ninguno de los combatientes, púsose entre ellos una cuerda que los contuviese hasta que se diera la señal de combate. Habiendo entonces cesado de tocar las trompetas, el rey de armas, colocado en la grada inferior del tablado de los jueces, dijo en alta é inteligible voz:

«¡Oid! ¡oid! ¡oid! los señores jueces os encargan y requieren, caballeros sostenedores del torneo, que ninguno hiera á otro de estocada ni revés, conforme lo habeis prometido; que si por casualidad se le cae el yelmo á alguno, nadie le toque hasta que se le haya vuelto á poner, y que ninguno de vosotros por resentimiento se dirija contra uno mas bien que contra otro. Otro si: prevengo que despues que el clarín haya tocado retirada y se hayan abierto las barreras, nadie permanezca en el campo, pues ninguno ha de ganar premio por lo que hiciere despues de haber sonado aquella.»

Dicho esto se concedió á cada uno de los caballeros por orden de los jueces un espacio de siete palmos para que se pusieran en orden. Cuando estuvieron dispuestos, el rey de armas gritó tres veces:

«Cortad cuerdas y empezad el combate cuando gusteis.»

Entonces los cuatro hombres apostados en las estremidades de las dos cuerdas las cortaron de un hachazo, y la batalla comenzó.

El fogoso Alamez abandonado á todo su ardor natural, ha llevado en un instante al señor de Padilla al centro de las filas contrarias; pero el gefe de estas, á quien aquel se dirigia, ha evitado el golpe por medio de una ligera vuelta de su caballo, y la lanza de su temible adversario ha ido á herir á Herrera el mas jóven, sacándole de la silla.

El hermano del malaventurado caballero vuela en su socorro, pero dueño Padilla otra vez de su caballo, aguarda firme al segundo Herrera, y huyendo el cuerpo á la lanza de este, le dá un fiero golpe con su maza, haciéndole rodar por el polvo al lado de su hermano. Por todas partes resuenan entonces estrepitosos aplausos, á los cuales suceden casi en el mismo instante fuertes carcajadas por la torpe caída del obeso Santibañez. Como alcalde primero de la ciudad de Toledo ha querido representar en las filas de Padilla á esta ciudad, en lo que no ha estado muy feliz, porque al primer empuje de la lanza de Maldonado, ha perdido los estribos; y sacado de la silla el buen alcalde yace en el polvo oprimido bajo su coraza asemejándose mucho á una tortuga metida dentro de su concha.

Pero poco satisfecho don Francisco Maldonado con un triunfo tan fácil, aspira á coger nuevos laureles. Tan temible es en su mano la espada como la lanza, ahora sobre todo que el ardor de los combatientes los ha acercado tanto unos á otros, que solo pueden hacer uso de la maza y la espada. Todo cede á los golpes del esforzado bachiller de Salamanca; su armadura apenas ha sufrido el menor daño; tres caballeros cristianos están ya por el vigor de su fuerza fuera de com-

bate: al primero le ha hecho saltar la visera; al otro le ha obligado, estrechándole con brazo vigoroso contra su pecho de acero, á declararse vencido; y al tercero acaba de descargarle en la cabeza tan fiero golpe con su maza que ha dado con él en tierra sin sentido.

Entre tanto el porta-estandarte del bando cristiano estaba ya fuera del palenque y lo mismo habia sucedido al de igual clase del bando infiel, de manera que el número de los combatientes estaba reducido en ambos partidos á menos de la mitad, cuando vinieron por fin á encontrarse frente á frente los dos caudillos. Entonces se redobló el silencio y la atencion de los espectadores.

En vano el orgulloso Laso de la Vega se habia atrevido á medir sus armas con el esforzado Rainaldo de Córdoba, alcalde mayor de Segovia, que bastante restablecido de las heridas que recibiera en el sitio de aquella ciudad, habia sacado de la silla al temerario campeón que no habia temido combatir con él. Todas las miradas están fijas en los dos caudillos; los pocos guerreros que les rodean suspenden su lucha y se convierten en espectadores de aquel combate, como si todos se convinieran en poner el triunfo del torneo en manos de sus valientes gefes.

No está la victoria indecisa mucho tiempo; el impetuoso Maldonado se lanza como un rayo sobre Padilla, que espera firme en los estribos á su brioso pero imprudente adversario, á quien en vano ha alagado la esperanza de vencer al caudillo del bando cristiano. La hoja del bachiller de Salamanca ha saltado hecha pedazos al chocar con la armadura de don Juan; y ahora se encuentra sin defensa delante de la bien templada del caballero de la banda blanca, que al primer golpe ha penetrado la coraza de Maldonado, rompiéndole hasta el jubon que llevaba debajo. La hermosa Inés ha visto el golpe y de repente ha lanzado un grito agudo, que afortunadamente se ha perdido entre el ruido de las aclamaciones del público. Pero el noble Padilla ha suspendido sus golpes antes de que el caballero de honor del torneo hubiese tenido tiempo de echar sobre el escudo de Maldonado su protectora banda; y tendiendo la mano á su adversario:

—Amigo, le dijo don Juan, hemos jurado pelear con armas corteses; dejemos el combate, y lo mismo en este torneo que delante del enemigo séanos comun siempre la gloria, como conviene entre dos buenos hermanos de armas como nosotros.

A tan generoso proceder solo respondió Maldonado apretando cordialmente la mano que se le ofrecia. Volvieron entonces á sonar los clarines, y ya se disponian los jueces del campo á dejar sus asientos, cuando de repente un caballero eubierto de una armadura sombría, sin penacho ni divisa alguna, y calada la visera aparece en la liza y dando una carrera veloz con todo el brio de su caballo negro se detiene delante de la grada de los jueces y les pide el honor de que le permitan romper una lanza con el señor de Padilla y de disputarle el premio del torneo tan facilmente adquirido. Mantuviéronse aquellos indecisos, hasta que el desconocido caballero con misteriosa precaucion se levantó la visera, mostrando su rostro á los jueces; entonces le concedieron el honor que solicitaba.

En el mismo instante el rey de armas hizo saber al Señor de Padilla el nuevo reto que se le hacia, que fué aceptado con alegría por el valiente paladin. Mandóse que callaran los clarines, y nuestros dos campeones se colocaron á la distancia conveniente. Don Juan reparó algun tanto el desórden de su armadura y tomó otra lanza, pero no quiso separarse de su fiel Alamez ni de su buena espada de Toledo. En cuanto al caballero de las armas negras, manejaba con agilidad su navarro color de ébano, y todo en él indicaba que se hallaba bastante acostumbrado á medir sus armas; pero, ¿quién era? esto es lo que todos preguntaban y á lo que nadie respondia.

—Tan cierto es que yo he visto en alguna parte este sombrío personaje como el señor Lopez es mi patron.

—Si alguno te oyese, creeria que todas las cabezas de los caballeros de España han pasado por tus manos, repuso con una estrepitosa carcajada el camarada del toledano Cueva.

—¡Qué bobo eres! añadió el barbero encogiendo los hombros; no conoces, segun las consideraciones que se le guardan, que debe ser por lo menos don Juan Bravo, el capitán de Segovia, ó don Pedro Pacheco y Giron?

—¡Tu eres el bobo! dijo á su vez un religioso franciscano embozado hasta los ojos en su capa de sayal; ¿ignoras acaso que los caballeros enviados á don Carlos han sido detenidos en el camino y encerrados en la prision de estado de Valladolid?

—¿De veras? repitieron á la vez mil voces indignadas.

—¡Por mi padre San Francisco, que no hay la menor duda! añadió con fria indiferencia el fraile; esta misma mañana he adquirido esa noticia en el patio del alcázar cuando iba pidiendo limosna para mi convento.

Calló luego, satisfecho el infel de haber introducido con esta nueva la alarma en el ánimo de sus enemigos, pues aquel fraile no era otro sino Moreno disfrazado con aquel hábito que le servia siempre para mezclarse con el pueblo sin ser conocido. Apesar del movimiento de general indignacion que escitó esta noticia no tardó en fijar la atencion y el interés de todos la terrible escena que teia lugar en el campo.

Sin esperar á que se diera la señal de costumbre, los dos caballeros se habian lanzado el uno contra el otro. Al primer encuentro, sus lanzas habian saltado hechas astillas; pero se sostenian firmes en las sillas. Entonces echan mano de las mazas de armas y se descargan fieros y repetidos golpes. Sus armaduras estan por todas partes abolladas, y al verles luchar con aquel encarnizamiento nadie diria si no que un odio oculto dirigia sus brazos. Al través de la visera sus ojos se amenazan lanzándose miradas de fuego. ¿Se habran tal vez reconocido? Imposible es dejar de creerlo, porque el odio tiene de comun con el amor que siempre penetra la verdad apesar del velo con que procure ocultarse. El combate no ofrece aun señales de concluir, y el caballero de las armas negras se va convenciendo que ha confiado demasiado en su fuerza y su destreza, y en el cansancio, que suponía, de Padilla. Al contemplar el escesivo

encono con que los dos campeones se disputaban la victoria, un profundo asombro se habia apoderado de los espectadores, que no podian comprender ni adivinar la causa del satánico furor que los animaba.

En fin, reuniendo Padilla todas sus fuerzas y confiado en las vigorosas piernas de su Alamez, le aplica con energía las espuelas contra el brioso corcel de su adversario, y cogiendo á este de la gola con la mano izquierda, le descarga con la derecha un golpe tan fiero que la celada del caballero negro va á parar hecha pedazos á diez pasos de distancia. Entonces suspende el generoso don Juan sus golpes; pero reconociendo en el rostro de su antagonista, que habia quedado descubierto, aquella cicatriz de que le habló antes Moreno:

—Don Pedro Giron, le dijo con amarga ironia, tranquilizaos, que no estamos en el bosque de Coca; dad las gracias á estas nobles señoras y á las leyes de la caballeria, de que mi buena espada no añada otra herida á la que entonces os hice en la cara.

Don Pedro fuera de sí pedia permiso á los jueces del campo para ponerse de nuevo la celada y empezar otra vez el combate; pero los jueces se lo rehusaron, porque el torneo habia durado ya el tiempo necesario para solaz de las damas. Además don Juan de Padilla debia estar fatigado despues de tan largo combate, y comenzaban á verse á lo lejos todas las señales de una próxima tempestad. Por esto, pues, dióse orden á los clarines de tocar retirada; y mientras don Pedro Giron se retiraba avergonzado y maquinando nuevos proyectos de venganza, su afortunado rival precedido del caballero de honor del torneo y de los jueces del campo se dirigia hácia el palco de la reina para recibir el premio del combate. Cuando estuvieron delante del tablado, el rey de armas que marchaba á la cabeza, dijo á la reina:

«Muy alta y poderosa princesa, aquí teneis al caballero don Juan de Padilla que viene á ponerse á los pies de vuestra alteza y á pedir el premio del vencedor, por haber sido entre todos los caballeros que se han presentado al torneo, el que lo ha merecido con mas justicia, habiendo vencido á todos los que con él han combatido.»

Padilla entonces subió las gradas del palco Real y se arrodilló delante de la reina, que le concedió el honor de darle á besar su mano; despues, su alteza quitó la banda con el lazo de diamantes que la prendia de la cabeza de Doña María, y mandó á su jóven favorita que lo entregase al valiente paladin, añadiendo con la mayor amabilidad:

—Ningun otro premio podria ser mas apreciable al corazon del señor de Padilla que este y el que le permitais besar vuestra mano en recompensa de su valor.

La hija de Pacheco obedeció sin violencia la orden de su soberana sin notarse en su semblante la menor muestra de alteracion apesar de estar todas las miradas fijas entonces en ella; pero cuando sintió sobre su blanca mano la dulce impresion de los labios de Padilla, un ligero encarnado vino á colorar repentinamente sus mejillas. Algunos atribuyeron esto al rubor natural en su edad; pero

otros, por ejemplo nosotros, que hemos sabido apreciar el carácter apasionado y tierno de la joven castellana, debemos atribuirlo al placer que la bella María experimentaba, orgullosa de ser la señora de los pensamientos del caballero mas cumplido y galante de las Españas.

Todos aplaudian al feliz vencedor, mezclando sus aclamaciones con el incesante ruido de la orquesta, cuando repentinamente se oyó á lo lejos el sonido de un clarín. Creyóse al principio que seria el eco que repetía el ruido de los que tocaban en la banda del circo; pero bien pronto apareció en la barrera precedido de un trompeta y seguido de dos escuderos de á pié un caballero montado en un brioso alazan. ¿Quién es? Nadie lo sabe. Por la cota de malla que cubre su pecho puede conocerse que es un rey de armas de Castilla y Aragon. En efecto sobre su cota encarnada se divisa distintamente el castillo coronado por tres torres de oro, que son las armas de Castilla, y las tres barras de gules en campo de oro, que son las de Aragon. Nótase ademas en su pecho al aguila negra con que se distingue la casa de Habsburgo desde que es imperial. Seguramente es un enviado de don Carlos ó del regente, porque se ha detenido delante del palco de la reina haciendo ondear una banda de seda y desarrollando un pergamino del que cuelgan grandes sellos de lacre.

Hecho esto, leé en alta é inteligible voz lo siguiente:

«Nos Adriano Florencio de Utrech príncipe de la santa iglesia católica, apostólica, romana, regente de los reinos de España, á todos los que las presentes vieren y entendieren, salud:

«En nombre del muy alto y poderoso príncipe, don Carlos V, de este nombre, por la gracia de Dios, emperador de Alemania, rey de los romanos, de Nápoles, de Castilla, de Aragon, señor del Nuevo Mundo etc....; y en virtud de poderes á nos por él conferidos, mandamos á todos los fieles súbditos confiados á nuestra guarda que nos ausilien cada uno de la manera que pueda en nuestros piadosos esfuerzos para restablecer el orden y la paz en el reino.

«En consecuencia, autorizados como estamos por S. M. para conceder perdon y gracia á los arrepentidos, mandamos á los que, seducidos por culpables pensamientos conservasen aun en su espíritu proyectos de rebellion y venganza, que se separen de ellos, para lo que les concedemos ocho dias de término, dentro del cual han de entregar las armas.»

Al llegar aquí sordos rumores ahogaron la voz del enviado de la regencia, y la descontenta multitud le rodeaba por todas partes con ademanes hostiles, pero habiéndole intimado los gefes de la liga el respeto y las consideraciones que se deben siempre á un parlamentario, pudieron lograr que el heraldo imperial fuese respetado y que se le dejara continuar, lo que hizo en estos términos:

«Ademas, pedimos y suplicamos á nuestra augusta soberana, Juana, reina de Castilla y Aragon, que acoja favorablemente la proposicion que le hacemos de unirse á nosotros para bien y felicidad del reino. Por tanto le rogamos que en ausencia de su hijo venga á Valladolid á presidir por sí misma el supremo consejo de estado,

del que formamos parte, estando, como estamos dispuestos á reconocerla por regente de España, ahora que, gracias al cielo, le permite su salud volver á tomar las riendas del gobierno. Igualmente pedimos á su alteza se digne traer consigo todas las insignias reales, como son los sellos del reino y el estandarte de Covadonga, de que nunca se ha separado. En fin, rogamos á nuestra amada reina que traiga tambien todo el dinero percibido en virtud de los arbitrarios subsidios impuestos por la inconstitucional asamblea de Avila, cuya legalidad negamos y cuyos actos anulamos por sediciosos y atentatorios á las instituciones del reino, reprobándolos como los reprobamos. En su consecuencia, citámós por edicto del emperador solemnemente publicado á todo rebelde que intentase con engaños ó amenazas detener á nuestra soberana y la impidiere trasladarse adonde su título de reina y de madre le impone el deber de acudir para bien de sus súbitos y del rey su hijo.

«No obstante, penetrados como estamos de lo difícil que nos sería conocer á fondo las necesidades de los pueblos que se nos han confiado, y deseando que por interés de todos y de cada uno, las reclamaciones se hagan con orden y regularidad, llamamos y convocamos en la forma acostumbrada, las córtes del reino, dejando á su alteza el cuidado de señalar el día en que hayan de reunirse, siendo nuestra intencion acordar con los verdaderos representantes de España los medios convenientes de satisfacer los deseos de la nacion en lo que tengan de justos y arreglados á las antiguas instituciones de Castilla y Aragon, á las cuales profesamos el mas profundo respeto, y rogamos á Dios de todo corazón que nos las conserve, como tambien la paz del reino y la felicidad de todos.»

Nuevos rumores habian acompañado la lectura de estas imperiosas intimaciones; pero el aspecto de firmeza de los gefes y la enérgica conducta de Felipe de Caro, alcalde de Tordesillas, de sus tenientes y alguaciles, contuvieron la indignacion general; y el enviado de la regencia, siempre con semblante impasible, desarrollando un segundo pergamino, leyó en alta voz su contenido, concebido en estos términos:

«Nos, don Iñigo de Velasco y Haro, gran condestable hereditario de Castilla, obrando como tutor de la señora doña Maria Pacheco, citamos y emplazamos para ante el gran consejo de Castilla al caballero don Juan de Padilla, acusado de los crímenes de raptó y seducción en la persona de nuestra sobrina y pupila doña Maria Pacheco. Ordenamos tambien por el presente escrito, á la referida señora que se restituya desde luego bajo nuestra legitima autoridad, y venga á Valladolid en la respetable compañía de nuestra soberana augusta, la reina Juana.

«Por tanto, requerimos á todos los españoles á que nos presten su auxilio para hacer que triunfe nuestro legitimo derecho, previniendo que monseñor el cardenal regente, y nos, don Iñigo de Velasco y Haro, gran condestable hereditario de Castilla y miembro del consejo de regencia, hemos recibido de nuestro augusto soberano don Carlos, rey de las Españas, orden y facultades para conservar en

rebenes á todos los enviados, encargados de misiones sediciosas é irreverentes á S. M., hasta que la paz se halle restablecida en las dos Castillas y Aragon, y se restituyan entre nosotros, nuestra amada reina y la señora Pacheco.»

Estas últimas palabras calmaron la cólera comprimida de la multitud, á quien por un momento consternaron la acusacion hecha contra Padilla, el elegido y favorito de la Liga. Entónces la esplosion fué universal. En vano don Juan, Maldonado, los alcaldes, todos, en fin, los que gozaban de algun ascendiente sobre el ánimo de la multitud quisieron interponer su influencia en favor del audaz parlamentario; todo fué inútil; mil gritos resonaron á su alrededor.

«Muera el enviado de los que no han respetado á nuestros diputados! ¡Insulto por insulto! muera el regente! ¡muera el condestable!» y el tumulto y la confusion iban en aumento como el estampido del trueno, que se repetia sin cesar en las negras nubes que cubrian el horizonte.

Temiendo entónces las personas que rodeaban á la reina, el efecto que semejante espectáculo pudiera producir en el débil espíritu de Juana, invitaron á esta princesa á que dejase aquel sitio y se retirase á su alcazar. La tempestad que rugia cada vez mas furiosa arrojando torrentes de lluvia la determinaron en fin; pero cuando hubo desaparecido, el pueblo, á quien su presencia contenia, se precipitó sobre el heraldo de la regencia. Poca y débil resistencia hubieran podido oponer á tan simultánea agresion los guardias del campo que procuraban evitar á toda costa el peligro que amenazaba al enviado de la regencia; pero afortunadamente aun estaba allí armado de punta en blanco el señor de Padilla, para protegerle generosamente con su espada.

—No hay que tocarle ni á un pelo de su cabeza! gritó con atronadora voz á la alborotada multitud. ¿Habeis pedido represalias? pues bien! que le lleven á la carcel de Tordesillas; ¡pero no manchemos con su sangre nuestra hermosa y santa causa!

Dijo, y sostenido por una fuerte escolta, al mando de Maldonado, logró abrirse paso hasta las murallas de la ciudad por en medio de los grupos del pueblo que se precipitaban á su venganza, semejantes á una manada de lobos hambrientos que siguen con la vista á la presa, que han arrancado á su rabia devoradora.

Impasible, sin embargo, don Juan acompañó al parlamentario hasta el antiguo castillo de San Benito, vasto edificio cuadrado y fortificado que ocupaba el centro de la ciudad. En aquel viejo edificio estaban en su piso superior, las salas en donde se reunian los gremios de artesanos para debatir sus intereses recíprocos, existiendo en el piso bajo la carcel y los calabozos subterráneos, en que se custodiaban los malhechores y sediciosos. No fiándose el señor de Padilla de aquellos espesos muros para proteger la vida del prisionero, destinó un destacamento del tercio de Castilla para que le defendiese, y no se retiró de aquel sitio hasta haber examinado por sí mismo si aquellas puertas y aquellas paredes se hallaban en el caso de resistir cualquier tentativa de ataque por parte del pueblo amotinado.

Ciertamente que no podrán calificarse de inútiles tales precaucio-

nes en vista de los numerosos grupos que ocupaban las avenidas de la cárcel prorumpiendo en gritos amenazadores y siniestros, capaces de infundir la alarma y la confusion. El cielo y la tierra ofrecian en aquellos momentos una perfecta armonia: el ruido sordo y siniestro de los murmullos sediciosos, se mezclaba con el estampido aterrador del trueno. Los relámpagos cruzaban sin cesar las densas y negras nubes, y una atmósfera de fuego rodeaba á los mortales, demasiado agitados ya por el furor de las pasiones.

Nadie diria sino que Dios habia querido presentar, como un emblema de la vida humana, á aquellos mismos que tan mundanamente celebraban la apoteosis de la Virgen, este dia tan brillante en su aurora, cuyos primeros rayos fueron saludados con tan locos gritos de alegría, y que no ofreció en su ocaso mas que espanto, tinieblas y confusion.

XVII.

El consentimiento.

—¿No tenia yo razon, hija mia, para temerlo? ¿estos dias de felicidad no podian ser duraderos...? Pero qué he hecho, Dios mio, para que todo se haya conjurado contra mi? ¡Esta noche!... ¡qué relámpagos!... ¡qué truenos!... ¡Ahl! ¡noche parecida en verdad á aquella de hace catorce años en que me fué arrebatado mi esposo! ¡Oh! ¡ahora conozco que le he perdido para siempre, y con él toda mi felicidad!...

—¿Pero no os queda vuestra María que os amará siempre? La hija de Eleonor de Benavente, ¿no es ya vuestra hija adoptiva?

Y hablando así, la hermosa huérfana de Pacheco apretaba contra su corazon las manos de su soberana, procurando calmar la agitacion de Juana con aquellas palabras tiernas y afectuosas que solo los labios de una muger saben pronunciar.

—Hija mia, tú me amas, lo sé, repuso la reina enternecida por los cuidados cariñosos de María; tú no me abandonarás, porque así me lo has prometido... Luego interrumpiéndose de repente como si una nueva idea hubiese herido su imaginacion:—¿Pero no han hablado tambien de robarte á mi ternura?...

—¡Ay! suspiró María, demasiado cierto es lo que decís; un deber imperioso me manda partir.

Las facciones de la señora Pacheco se tiñeron al pronunciar estas palabras de una palidez mortal, pero tuvo bastante imperio sobre si misma para contener los sollozos que ahogaban su voz. Sin embargo, no pudo su dolor pasar desapercibido de su soberana, cuya mirada fija interrogaba el fondo del alma de su jóven amiga, y con aquel acento particular que solo se le notaba cuando le atormentaba algun recuerdo doloroso. ¿Tú abandonarme? la dijo. Imposible. ¡Eso no será!

Olvidando entonces María sus propios pesares para no pensar mas que en calmar la estremada exaltacion de la reina:

—Tranquilizaos, la dijo, mi buena señora, los cuidados de vuestra fiel María no os faltarán jamás; porque si fuese preciso que deje estos sitios, ¿no ha de ser en compañía vuestra como me he de alejar de ellos? La orden de mi tutor, ¿no es que acompañe hasta Valladolid á vuestra augusta persona?...

—¡Yo partir de aquí interrumpió Juana; ningun poder seria bastante para obligarme á ello. Y esto diciendo se levantó con aire resuelto. A pesar de la turbacion de sus miradas, se descubria en sus facciones y en sus ademanes ese aire de magestad que produce el convencimiento íntimo de la grandeza soberana, cuyo brillo ennoblece las fisonomías mas vulgares.—Yo, trasladarme entre unos ingratos, que jamás han prodigado á su reina sino insultos y ultrages, y esto cuando no la han condenado al olvido! ¡No! ¡no! ¡aquí he de permanecer! y tú, mi h'ja adoptiva, has de quedarte á mi lado. ¡Ah! solo para dictarme órdenes se acuerdan de mí; ¡pues bien! recibiendo las mías se convencerán de que la única voluntad que debe ser acatada en España es la de Juana, única reina de Castilla y Aragon.

—Ha llegado el momento, señora, de que probeis vos misma á vuestros súbditos, que sois verdaderamente soberana de España, dijo Padilla, que entraba en aquel momento en el aposento de la reina. A vuestra alteza toca resolver públicamente sobre la suerte del heraldo de la regencia. Antes de presentarme ante vuestra gracia, he querido interrogar al preso. El habia ya manifestado deseo de hablar sin testigos al general en jefe de la Liga, y con este motivo me ha hecho llamar; pero como á las importantes revelaciones que promete hacer, exige como condicion que se le ponga en libertad inmediatamente, no he querido cargar con la responsabilidad de prometerle lo que pide, porque esta promesa solo puede hacerse con el consentimiento de los individuos que vuestra alteza acaba de asociarme para la direccion de los negocios públicos. Por esto me he presentado ante vuestra gracia para suplicarle tenga á bien disponer que se reuna el consejo, no en este instante, porque la efervescencia popular es aun demasiado grande, sino esta noche á una hora avanzada, que todo estará tranquilo en la ciudad para que podamos sin inquietud tomar alguna determinacion, sea la que fuere, y ponerla en ejecucion desde la madrugada. Obrando con esta actividad, evitaremos que la multitud en su entusiasmo exagerado, quiera de nuevo oponer obstáculos al cumplimiento de nuestros deseos. Creo, señora, que podemos prometernos que presidireis en persona la junta; esta seria una ocasion favorable para demostrar á nuestros enemigos la vuelta de vuestra alteza al poder, señalándola vos misma con un acto de clemencia, mandando poner en libertad á su imprudente mensajero.

—Muy bien, contestó Juana; asistiré al consejo: deseo que vuestros cólegas adopten vuestra opinion, que es la mia: la clemencia es la virtud mas apreciable de los reyes, y yo quiero que mis enemigos sepan por su propio enviado, quién es la reina que ellos desconocen. Aun no es esto todo, añadió tranquilizada ya la princesa. Es, pues,

preciso, continuó, que el enviado de la regencia lo sea ahora nuestro. Debo una contestacion á ese cardenal que se titula regente del reino en nombre de mi hijo don Carlos, y otra al condestable de Castilla respecto de esta querida niña, dijo abrazando á María con ternura. Tambien en esto seguiré vuestros consejos, señor de Padilla, añadió con bondadosa sonrisa difícil de describir; y como mi secretario íntimo os encargo que deis esa contestacion.

—¡Ah! señora, repuso don Juan, me veo obligado por mi posicion, á no manifestar mis ideas en este negocio; bastante desgraciado soy en que mi amor haya podido comprometer, en presencia de toda España, el honor de la muger que adoro y el de mi partido, en la persona del que ha nombrado su caudillo. Vuestra alteza, que conoce el fondo de mi alma, sabe que no soy culpable; ¿pero piensa así todo el mundo? Mis enemigos, no solo los de Valladolid, sino los que aun entre nosotros me ha grangeado la envidia, en su animosidad contra mí reprobrian un sentimiento tan puro y tan noble, y que muchos de ellos experimentan tal vez como yo; y pudiera ser que llegaran hasta el estremo de imputarme como un crimen las bondades que me dispensa vuestra gracia, dignándose tomar interés en el amor que me une á la señora Pacheco. Lo siento en el alma, señora, mas por el bien de nuestra santa causa y por el honor de la que amo mas que á mi vida, es preciso que haga un sacrificio. ¡Ah! ¡la patria no sabrá jamás hasta qué punto le he sacrificado la felicidad de mi vida! Luego, para dar confianza á doña María, y procurando disimular todo lo que tenia de doloroso para el la resolucion que acababa de tomar: María, mi idolatrada María, dijo, es preciso que nos separemos....

Sin darle apenas concluir estas terribles palabras :

—¡No! ¡jamás! exclamó la huérfana en el colmo de la desesperacion, hasta el punto de olvidar que la reina se hallaba presente: Juan, en vano quiero luchar con mi amor! ¡Mucho tiempo hace que mi vida es una série continuada de combates y quebrantos! ¿Qué me importan ya las órdenes de un tutor inexorable? ¿tus derechos sobre mi persona, no son tan sagrados como los suyos? ¿no te los he confiado libremente en presencia de Dios? ¿Desde cuándo las palabras de matrimonio no son ya santas y respetadas en España?

—¡Oh! amada mia, exclamó don Juan conmovido, no intentes variar mi resolucion; mi enamorado corazon no sabria resistir mucho tiempo á tu deseo, que es el suyo; pero conozco tambien que tu honor debe serme mas estimado aun que tu cariño. ¡Ah! María, tú dejarás de oponerte á la determinacion de tu desgraciado amante cuando conozcas lo que sufre con la dolorosa idea de que todo lo que le pertenezca de él, hasta su misma proteccion, te es perjudicial!....

—¡Pues bien! repuso la jóven castellana con el acento apasionado que el amor le inspiraba, ya que tú, Juan mio, el que ha elegido mi corazon entre todos, me niegas en esta ocasion tu apoyo y auxilio, hé aquí la égida tutelar bajo la cual me refugio: ningun español se atreverá en adelante á tocar á la que proteja la reina. Y es-

to diciéndole se había arrojado á las plantas de Juana y abrazaba sus rodillas.

—Alza, niña, le dijo la princesa tendiéndola los brazos y apretándola contra su corazón: tu confianza en mí no se verá burlada. Señor de Padilla, yo soy quien le manda que permanezca á mi lado...

—Nadie mejor que yo conoce, señora, lo poderosa y respetable que debe ser la protección de vuestra alteza; en las circunstancias difíciles en que nos hallamos, es del interés de todos no abusar por motivos personales de vuestra soberana autoridad; y es preciso, sobre todo que los gefes encargados del poder contribuyan mas que nadie para que se conserve pura y digna de su nombre la santa causa de la Liga; en fin, es necesario, que aquel que ha merecido su elección para general en jefe, esté al abrigo de toda sospecha y todo ataque. No es solo el fondo de mi alma el que debe conservarse sin tacha; tambien es preciso que lo esté el exterior de mis acciones; porque los enemigos que tengo aun en el seno mismo del consejo de vuestra alteza, son demasiado hábiles para dejar de hacer un mérito para ellos de mis faltas aparentes, y de no aprovecharlas para apoyar la acusación intentada contra mí por el condestable, y con este motivo hacerse populares á costa de mi crédito, constituyéndose los protectores de los espíritus crédulos de todos los partidos. Vos lo veís, señora, á la gloria de la causa que sirvo, debo sacrificar la felicidad de toda mi vida, á no ser que vuestra gracia, en su generosa bondad... añadió Padilla deteniéndose en cada una de sus palabras.

—Qué queréis decir.... le interrumpió la reina.

—Y usando, continuó don Juan, del derecho supremo que las instituciones del reino han reconocido siempre en el poder real, no de su consentimiento...

—¡Acaba! gritó María, adivinando el pensamiento de su amante.

—Su consentimiento, prosiguió aquel, á un himeneo, que haría la felicidad de dos personas, cuyos corazones jamás dejarán de bendecir el nombre augusto de vuestra alteza.

—Pues si es así, sed felices, contestó la reina anegada en lágrimas. Don Juan, habeis prevenido mis intenciones. Tomando entonces la mano de la señora y uniéndola á la de Padilla:—Desde este momento, le dijo, que no haya obstáculo alguno para vuestra union; tenéis mi consentimiento.

Difícil sería ciertamente describir la escena que siguió á estas últimas palabras, sobre todo cuando Juana, conmovida como todo ser sensible que encuentra ocasion de hacer la felicidad de otro, añadió en el exceso de su alegría.

—Para manifestar de una manera mas explícita mi formal intervención, quiero que la ceremonia de vuestro matrimonio, se celebre solemnemente en la iglesia de Tordesillas; yo misma estaré al lado de María y la serviré de madre. ¿Puedo encontrar por ventura una circunstancia mas favorable para cumplir mi promesa hecha á mi Eleonor de reemplazarla cerca de su hija? Señor de Padilla, descanso en vuestra eficacia para acelerar los preparativos de vuestra union: os dejo en libertad de elegir el día en que haya de celebrarse.

—¡Cuántas bondades! ¡señora! contestó don Juan, inclinándose respetuoso delante de la reina. Ellas son tales, que todos los días de mi vida no serán bastantes para atestiguaros mi gratitud; pero si deseais que se cumplan vuestras reales intenciones, como deseamos nosotros, me tomaria la libertad de haceros observar, que es necesario que este himeneo lejos de aplazarse, se celebre lo mas pronto posible; porque es muy importante que un nudo indisoluble me una á la señora Pacheco antes que se reuna la junta, para que pueda presentarme al consejo con un título sagrado, que me autorice á redactar la respuesta que ha de darse al condestable relativa á su pupila doña Maria. Los derechos del señor de Velasco sobre esta, dejarán de existir en el momento, en que yo, esposo de su sobrina, haya adquirido el deber de protegerla. Desde entonces ninguno de mis cólegas, por envidia ó por celos, podrá bajo el falso pretexto de la integridad y el honor del partido, reprobar mi conducta, ni mis palabras. Y pues que vuestra gracia lleva su benevolencia hasta el punto de querer presenciar la consagracion de nuestro matrimonio, me atreveria aun á suplicarle que permitiese que esta ceremonia se celebrase aqui, en el interior del castillo. Así, no tendremos que temer obstáculo alguno á nuestros deseos; y esta misma noche puede vuestra alteza anunciarlo públicamente á la junta al abrirse la sesion.

La reina entonces, segun el uso de la corte de España, tendió su mano en señal de aprobacion al caballero Padilla, quien hincando una rodilla, la besó respetuosamente. Luego, con aquella sonrisa afectuosa que era peculiar á Juana, dijo:

—Para hacer vuestra union mas secreta, en lugar de emplear uno de los capellanes del alcázar, es necesario que mandeis llamar en mi nombre al santo sacerdote, ermitaño de Nuestra Señora del Arenal, de quien tantas maravillas se cuentan. Hace mucho tiempo que manifesté deseos de conocerle, y su venida al castillo no podrá sorprender á nadie.

Cuando acabó la princesa de hablar, sintióse un ruido extraño en direccion de la sala en que estaba la guardia de la reina, compuesta, en su mayor parte, de monteros de Espinosa. Muchos de entre los cincuenta individuos que constituian estenoble cuerpo, no habian querido jamás abandonar la real persona de Juana, durante su largo retiro. Una voz, sobre todo, se elevaba mas alta que las demas. El señor de Padilla la reconoció al momento, y saliendo á averiguar la causa de aquel tumulto:

—Moreno, le dijo al criado, ¿de dónde procede ese estruendo?

—Señor, contestó este, adelantándose al encuentro del caballero, querian impedirme llegar hasta vos; sin embargo, he logrado penetrar aqui para preveniros que los momentos son apremiantes. El pueblo cada vez en mayor número se reune á los alrededores de San Benito, pidiendo á grandes voces que se le entregue al prisionero para vengar en él la muerte de Bravo y de los demas diputados, presos en Valladolid; porque circula la noticia de que la regencia los ha hecho degollar. Yo no sé si será cierta esta nueva, pero lo seguro es que don Pedro Giron dice por todas partes que no debe la salvacion de su vi-

da, sino á ciertas circunstancias que vos y yo conocemos demasiado; de esta manera, añade, que ha podido saber á tiempo la triste suerte de sus compañeros y retroceder camino de Tordesillas; y ahora á la cabeza de todos esos alborotadores cuyas simpatías os habeis enagenado reprimiendo sus excesos, contribuye á circular mil cuentos peligrosos, escitando á la multitud á las venganzas mas atroces. Asi, señor de Padilla, creedme, y haced que se escape el preso antes que llegue la noche, porque es muy de temer que en ella sea victima del loco furor del populacho, que amenaza prender fuego á la casa de ayuntamiento y apoderarse de él por medio de la violencia.

Don Juan embebido en sus reflexiones, guardaba silencio; tomándolo el criado por una especie de asentimiento, añadió:

—Vos podeis prevenir con tiempo este crimen inútil, pues teneis infinitos medios de hacer que se verifique su evasión. Con el auxilio de un disfraz puede pasar desapercibido en las filas de la escolta que va á acompañar, segun se dice, á la reina y á la señora Pacheco á Valladolid...

—No, le interrumpió Padilla, tomando en el acto una resolucion definitiva, como le sucedia siempre despues de un ligero y juicioso exámen del asunto que le ocupaba; no, yo no favoreceré la evasión del preso, sin obtener antes el permiso de la junta, á quien debo dar cuenta de todos mis actos. Ademas, la señora doña Maria no abandonará ya estos sitios, porque la reina quiere que permanezca en Tordesillas bajo su proteccion, y bajo la mia, sin que nadie pueda criticarla por esto en adelante; porque has de saber, Moreno, que está muy próximo el instante de ver cumplidos los deseos de toda mi vida, y de gozar del último grado de la felicidad. Para esto necesito de tus servicios.

—¿Qué quereis decir con eso? repuso Moreno estupefacto:

—Sabe que la reina, continuó don Juan, acaba de otorgar su consentimiento á mi union con la señora Pacheco; y para que nada venga á contrariar su voluntad suprema, esta misma tarde recibirá nuestros juramentos el santo sacerdote, capellán de Nuestra Señora del Arenal en lo mas apartado de los aposentos del Alcázar. Vuela al instante á dicha ermita, que no dista de aqui mas que dos leguas, por el camino que conduce al desierto de Herreros, y dí al piadoso solitario que vas á buscarle de parte de la reina Juana. Acompañale á la venida, y á la caída de la tarde, introdúcele en los aposentos de su alteza: para esa hora ya estarán dadas las órdenes para que se os permita la entrada. ¡Marcha al momento, sin perder tiempo! añadió el enamorado Padilla, y cuenta con mi gratitud.

—Pues si esta es vuestra intencion, señor don Juan, se apresuró á decir su confidente, hé aqui el momento de poner en egecucion vuestras benévolas ofertas.

—Habla, le dijo Padilla; ¿qué es lo que puedo hacer por tí?

—¡Oh! una cosa muy sencilla, respondió con aire hipócrita el pérfido criado: lo que yo deseo está muy conforme con vuestros deberes de gefe y de cristiano. La casualidad ha hecho que el heraldo de la regencia y yo, seamos antiguos conocidos, pues nos hemos visto va-

rias veces en casa del condestable. El ha recordado este antiguo conocimiento, y suponiendo que yo no habia dejado el servicio de la señora Pacheco, me ha enviado á decir si podria pasar á visitarle á su prision y hacer que se le mandara un sacerdote que pusiese en órden su conciencia; porque el pobre diablo teme que el pueblo se apodere de su persona y le haga morir sin confesion. Permitid, pues, que el santo varon que va á hacer os tan dichoso, dé antes algun consuelo al desgraciado preso. Este será un pretexto mas para acallar la maledicencia de los curiosos, que podrán atribuir la presencia del ermitaño en Tordesillas á un acto de caridad, y bajo esta apariencia, quedará oculto el verdadero motivo de su venida.

Estas razones eran demasiado plausibles para que Padilla las rechazara.

—Sígueme ahora, dijo á Moreno, que yo te entregaré al momento un salvoconducto para salir de la ciudad, porque se ha dado órden de tener las puertas cerradas.

—Y una órden ademas, firmada por vos para penetrar en la prision con el sacerdote.

—Sea así, respondió Padilla retirándose á su gabinete. Luego que estuvo en él y hubo puesto el sello real en los dos escritos, los entregó á Moreno, que partió con la celeridad de un hombre de bien que va á ejecutar una accion laudable.

XVIII.

La evasion.

Tocaba ya Moreno á las murallas de la ciudad, cuando al revolver del callejon de San Esteban, le sale al encuentro una muger al parecer judia ó gitana porque ocultaba cuidadosamente su rostro y su talle, en un ancho mongil, especie de toca ó velo largo con que se cubrian las mugeres de la mayor parte de las tribus infieles, y sobre todo las israelitas, siempre que tenian que presentarse en público. Esta gitana ó judia, habia andado siguiendo á Moreno desde que le vió salir del Alcázar, y aquel por su parte, al mirar hácia atrás por si alguien espia sus pasos, se habia apercebido tambien de ella. Por esta razon Moreno habia insensiblemente contenido el paso con el fin de reunirse á la misteriosa velada en un parage seguro y oculto.

—¿A dónde vas tan de prisa? dijo la gitana á Moreno cuando estuvo á corta distancia. Los nuestros solo esperan una señal tuya; y tu parece que te dispones á salir de Tordesillas.

—Sí, pero es para salvarles; contestó el infiel.

—¡Salvarles! ¿y te alejas? repuso la musulmana Aixa, cuyo entreabierto mongil dejaba descubiertas sus arrugadas facciones: pues por poco que tardes, continuó, no podremos salvar al príncipe de la muerte que le amenaza.

—¿Qué es lo que dices? exclamó Moreno deteniéndose de repente.

—Has de saber, continuó la antigua nodriza del último de los Albayaldos, que esta mañana cuando tú acababas de dejarnos en la taberna del rey Almanzor, uno de nuestros hermanos, arrastrado por un celo demasiado indiscreto se puso á gritar en alta voz:—¡A la prision! ¡Mezclémonos al punto con las turbas de descontentos que la rodean, y aprovechemos la ocasion de penetrar en ella!—Y no ha de faltarnos gente que os acompañe, añadieron con ademán siniestro unos recién llegados, que alentados con la atrevida exclamacion que desde afuera habian oido, entraron en la sala donde nosotros estábamos. La oscuridad que siempre reina en la taberna nos impedia distinguir sus facciones; sin embargo, veíamos lo suficiente para conocer desde luego que ninguno de ellos era hijo del Profeta. Bien pronto nos convencimos de que un objeto bien diferente del nuestro impelia hácia la cárcel á aquellos hombres, porque acercándose á nosotros uno de ellos: ¡sí! amigos, nos dijo, ¡asesinato por asesinato! Que la sangre del insolente enviado espie la de nuestros hermanos, degollados en las cárceles de Valladolid: pero aguardemos al anochecer. Las lámparas de San Benito son mas á propósito que los rayos del sol para asegurar nuestros golpes, y este brazo, añadió, será el primero que os enseñará como se castiga al que viene á insultarnos en nombre de nuestros tiranos. Hablando así, aquel hombre no ha podido, á pesar de sus precauciones, ocultarse tanto que no me haya recordado haberle visto en alguna otra parte.

—¿De verás? interrumpió Moreno: ¿su nombre?

—Sí no me engaño, contestó Aixa, creo que era uno de los Pachecos, á quien habia visto en casa de don Pedro, en tiempo que yo estaba cautiva contigo.

—¡Ah! ya lo adivino... exclamó Moreno; ¿tenia una herida en el rostro?

—Creo que sí.

—Pues no hay duda, dijo para sí el hijo de Albayaldos, era Giron. ¿Pero qué interés podrá tener en deshacerse del preso?

—Sin embargo, como nuestros hermanos, continuó Aixa, nada contestaban á aquellas palabras de muerte.—¡Oh! no temais nada, siguió diciendo el misterioso personaje, equivocándose acerca de nuestro silencio, Padilla no será siempre el gefe supremo, y la venganza del pueblo se verá cumplida. Al anochecer será relevada la guardia que manda Maldonado, y antes de aquella hora procuraré saber quienes son los que entrarán de servicio en San Benito, y os prometo que estarán á nuestro favor. Con que así, esta noche procuremos hallarnos todos en la encrucijada solitaria que está cerca del dicho sitio.—Esta noche, repetimos nosotros para no infundirle sospechas. Ya lo ves, Albayaldos, prosiguió la vieja musulmana, no tenemos tiempo que perder. Estamos casi á mediodía, no tardemos, pues, en prevenir esta odiosa conspiracion: antes de la noche, es preciso á todo trance libertar al principe. Ayudados como lo seremos indudablemente por los judios, que desde el último edicto publicado

contra ellos, hacen causa comun con todos los descontentos, y por el pueblo ademas, que ignora aun los designios de Giron, seremos bastantes en número para promover un motin favorable y triunfar de la guardia de la prision....

—¡Paciencia! muger, ¡paciencia! interrumpió Moreno con aire meditabundo. Lo que propones, no puede tener efecto ahora; tanta precipitacion lo echaria todo á perder.

—Pues lo repito, añadió Aixa, si no adoptamos este medio ó cualquiera otro analogo, el principe será asesinado esta noche, ó si los muros de la casa de ayuntamiento resisten el ataque y los descontentos no logran su deseo, Abbas Abdallah permanecerá preso, y en este caso tarde ó temprano será descubierto su nacimiento. ¡Qué desgracia entonces para los descendientes del Profeta! Nuestros verdugos le harian pagar con la vida su fuga de Valladolid y su último acto de generosidad en favor de su pueblo.

Al pronunciar estas últimas palabras faltó la voz á la infiel, conmovida profundamente á la sola idea del peligro que amenazaba los dias del heredero de los califas, esperanza de los moros de España. Habiéndose recobrado un poco de su agitacion:

—¡Ah! suspiró, ¿por qué nos has hecho venir á estos lugares? ¿por qué no haber esperado un momento mas favorable?

—Muger, dijo Moreno con un tono de seguridad á propósito para infundir esperanza á su vieja nodriza, no te aflijas de esa manera: el éxito hasta ahora no ha correspondido enteramente á nuestros deseos; ¡pero Alá es grande, tengamos confianza en él, y su elegido se salvará! Escucha, continuó el moro con un tan imperioso acento que ahogó el dolor de Aixa, vuelve al momento á encontrar á nuestros hermanos, conserva el ardor de su entusiasmo, y diles de mi parte que no intenten sublevar al pueblo ni penetrar por la violencia hasta la sagrada persona del preso, á quien probablemente no podrian librar del furor de los infieles asociados á ellos; diles que todos los hijos de Mahoma que se encuentren aquí se mantengan por el contrario tranquilos hasta esta tarde, y que al anoecer no se reunan con Giron. Mi prudencia y mi sincera adhesion les son bien conocidas; y, no lo dudes, darán crédito á tus palabras cuando les digas en mi nombre que yo respondo con mi cabeza de la vida del principe, y que por el santo nombre del Profeta me comprometo á hacer por mí mismo escapar á Abbas Abdallah de su prision y ponerlo fuera de los muros de Tordesillas. Marcha y diles, en fin, que les ruego por lo mas sagrado que no se separen en nada absolutamente de mis instrucciones y que salgan de la poblacion cuanto antes les sea posible. Luego que se hallen fuera, que tomen inmediatamente el camino del desierto de Herreros, y en aquel sitio volverán á encontrar al gefe de los verdaderos creyentes. Quiero antes de poco tiempo conducir á aquel parage aislado á nuestro principe, y dar asi lugar á que todos los nuestros puedan reunirse en derredor suyo.

—Pues no descanses hasta realizar tus proyectos, y ¡que el cielo te sea propicio, hijo mio! dijo Aixa, sometiéndose á la voluntad del último vástago de la estirpe de Albayaldes.

—El triunfo será nuestro, contestó Moreno, si tu cumples fielmente lo que acabo de encargarte. Y diciendo esto, se alejó con paso ligero.

Gracias al salvo-conducto que Padilla le había dado, no halló la menor dificultad en que se le abrieran las puertas de la población, y bien pronto se perdió de vista. No sé qué idea infernal abrigaba en aquel momento su alma, pero la alegría brillaba en su rostro, y los violentos latidos de su corazón estaban en bastante armonía con el acelerado movimiento de sus pasos. Preciso era ciertamente que hubiese entrevisto nuevos males para los cristianos y nuevas venganzas contra la familia de Pacheco.—¡Ah! ¡padre mio! se decía á sí mismo, si puedes leer en mi alma, preciso es que estés contento de mí; los hijos de tus asesinos van á pagar bien cara la sangre que sus padres han vertido. Y tú, ¡Mahoma! también quedarás satisfecho, pues arranco de manos de la muerte al vástago de tu raza sagrada.

Ya tocaba al término de su viaje y todavía le ocupaban estos pensamientos. Luego que hubo llegado á la ermita del Arenal, situada en medio de un terreno inculto y arenoso, descubrió no lejos de su cabaña al piadoso solitario, que con un azadon en la mano cababa la tierra, y habiéndosele acercado le participó el objeto de su mision. Al nombre de la reina vaciló el santo ermitaño en abandonar su pacífica morada: ¡hacia tanto tiempo que habia dejado el mundo para dedicarse exclusivamente al cuidado de su salvacion! pero cuando Moreno le añadió que un desgraciado preso, reclamaba tambien su asistencia y los auxilios de su santo ministerio, se decidió á marchar, y echando sobre sus hombros su capilla de sayal, siguió á Moreno.

Este, sin querer tomar el mas pequeño descanso, tomó otra vez el camino de Tordesillas, y era tanto su afan por llevar á cabo sus proyectos, y tanta la celeridad de sus pasos, que al llegar á las puertas de la villa el pobre religioso, enteramente desfallecido, le decía por tercera vez: «Aguardemos un poco, que aun llegaremos á tiempo para consolar al infeliz preso, que tiene confianza en Dios y en su ministerio.»

Cuando hubieron atravesado las puertas, Moreno condujo seguidamente al venerable padre á San Benito. Al nombre de Padilla, las macizas puertas del viejo edificio les fueron franqueadas. Después de haber atravesado un pequeño patio sombrío, bajaron una escalera de caracol y se hallaron en un largo y oscuro corredor subterráneo. A la entrada estaba sentado sobre un escabel de encina el alcaide, quien despues de haberse hecho presentar á su vez el pergamino timbrado con el sello real, acompañó á nuestros dos personajes al calabozo donde estaba encerrado el preso, y habiéndoles introducido, les encargó abreviasen su conversacion todo lo posible en atencion á estar cercana la noche.

Luego que el carcelero se hubo alejado, Moreno cerró con precaucion la puerta que habia dejado aquel entreabierta, y se acercó al preso que permanecia acostado en el fondo del calabozo. Al ruido que causó el roce de los cerrojos, habia hecho este un vano esfuerzo para levantarse; pero atadas como tenia las manos á la espalda, de na-

da absolutamente podian servirle para ayudar el movimiento del cuerpo, sujeto tambien á una cuerda atada á un anillo de hierro clavado al muro.

—¿Quién vá? preguntó Abbas, porque la escasa luz que penetraba por una estrecha claraboya apenas permitia distinguir los objetos en aquel lóbrego recinto.

—Soy yo, Abbayaldos, que vengo á salvaros; y esto diciendo desataba la cuerda que sujetaba los entumecidos miembros del preso. Hecho esto, y sin dar tiempo al infeliz ermitaño para reflexionar sobre lo que veia, lo arroja al suelo y tapándole con mano vigorosa la boca para ahogar sus gritos, le desnuda de su hábito, al mismo tiempo que encarga al principe Abbas que se quite su sobrevesta, en la que se veian bordadas las armas del emperador, y consigue revestir, no sin algunos esfuerzos, con el traje del heraldo de la regencia, al infortunado religioso. Cuando Moreno, ayudado del principe musulman, consiguió dejar á su victima fuertemente atada á la pared en que pocos minutos hacia estuviera el infiel Abbas, cubrió á este con la capilla del ermitaño del Arenal, y encargando á su gefe que se echara la capucha al rostro todo lo posible, iban á salir del calabozo, cuando sintiendo crujir bajo sus pies una cosa parecida á un pergamino, llevó á ella la mano y levantó un legajo del que se veia pendiente un gran sello de lacre.

—¿Qué es esto? exclamó el pérfido Moreno al examinar aquel pergamino á la escasa luz que penetraba á través de la claraboya. ¡Oh! ¡oh! es una carta dirigida al señor Giron. Sin duda estos despachos se habrán caido de la sobrevesta con que hemos disfrazado á ese infiel!... Sí, en efecto, estas son las armas de los Velascos; ¿qué tiene pues, que ver el condestable con el señor don Pedro? Dentro de poco lo sabremos: está esto tan mal alumbrado, que es imposible distinguir lo que contiene.

Apresuráronse á salir del corredor, habiendo dejado antes bien corrido el cerrojo de la puerta del calabozo. Marchaba el falso ermitaño detrás de Moreno, con la cabeza baja, los brazos cruzados y el semblante compungido. Pasaron con descaro por delante del alcaide, y se encontraron con gran placer en el patio sin que les quedase mas obstáculo para gozar entera libertad que el peligro de ser conocidos por los centinelas. Pero felizmente acababan de relevar la guardia, y los soldados parecian mas ocupados en procurarse buen sitio para pasar la noche, que en examinar las fisonomias de los que pasaban. De este modo nuestros dos personajes no tuvieron quien les impidiese la salida, y bien pronto se hallaron fuera de las espesas paredes de San Benito.

—¡Loado sea Dios! dijo en voz muy baja Moreno al gefe de su religion luego que se vieron en la calle; ¡loado sea Mahoma, su santo profeta! por fin se halla vuestra alteza libre de su prision. Pero la obra de vuestra libertad aun no está acabada, y su consumacion ahora depende de vos solamente.

—¿Qué quieres decir con eso? interrumpió Abbas Abdallah sorprendido.

—Este lugar, señor, no es muy á propósito para enteraros de todos mis proyectos, contestó el hijo de Albayaldos; busquemos algun parage donde estemos menos espuestos que aquí, delante de la casa de ayuntamiento, á ser observados; venid, pues, señor, y confiad en mi adhesion y prudencia.

XIX.

Aclaracion.

—¿En qué vas pensando? siguiendo esta direccion vamos al Alcázar: ¿es allí por ventura á donde me conduces?

—Sí, señor; precisamente al Alcázar es á donde nos dirigimos. Si queremos salir de la villa, es necesario que antes nos presentemos al general en jefe; solo él puede facilitarnos los medios....

—¿Cómo? interrumpió Abbas, ¿hemos de presentarnos al cristiano que manda en Tordesillas?

—Al mismo.

—Explicate, repuso imperiosamente el heredero de los califas, impaciente por conocer el motivo de una proposicion tan extraña.

—Voy á hacerla inmediatamente, señor, respondió el hijo de Albayaldos; se ha dado orden que nadie salga de Tordesillas sin licencia espresa, hasta que el prisionero haya sufrido el interrogatorio, y la junta decida sobre su suerte. Es, pues, indispensable que nos presentemos al que en nombre de la reina Juana, manda en la villa, y obtener de él un salvoconducto.

—Pero, ¿no seria mejor apelar á otro medio cualquiera que ofreciera menos peligro para salir de aquí? repuso el principe musulman.

—La fuga es imposible, replicó Moreno, aventurándose al fin á comunicar al que miraba como su príncipe la temeraria resolucion que habia adoptado. Don Juan de Padilla nos está aguardando en este momento y si tardamos en comparecer en su presencia, su inquietud será tal, que él en persona irá á buscarnos á la prision, y si no nos encuentra, hará registrar inmediatamente la villa y sus alrededores: aunque hubiéramos logrado escapar de Tordesillas, correriamos gran riesgo de caer en sus manos. A esto se seguiria perder vuestra libertad para siempre y tal vez vuestra preciosa existencia; pero si en vez de evitar á nuestro enemigo, nos sometemos fielmente á sus órdenes, él nos hará, os lo juro, abrir las puertas de Tordesillas. De este modo, protegidos por el mismo Padilla, tendremos tiempo para ponernos al abrigo de su persecucion, cuando llegue á descubrir nuestro ardid; pues, si Dios nos ayuda, mañana al rayar el alba estaremos en el desierto de Herreros. Una vez en aquel lugar solitario nada tendreis que temer, pues confiando en que os dejariais conducir por

mis leales consejos, he citado para aquel punto á nuestros hermanos. Cuando todos se encuentren reunidos á vuestra augusta persona, podreis, atravesando este árido país, tomar la direccion hácia una de las sierras vecinas, y aguardar allí sin peligro una buena ocasion.

—¿Pero qué puede querer de mí ese Padilla? contestó el principe infiel, desvanecida ya algun tanto la admiracion que le causaran las palabras de Moreno. Si cree realmente, continuó, que es el enviado de sus enemigos aquel á quien vá á dirigirse, y quiere interrogarle en presencia de todos, estoy perdido; con sus urgentes preguntas, descubrirá al fin que no soy el que él esperaba.

—No tenga vuestra alteza cuidado alguno; educado como habeis sido por religiosos cristianos, ¿no estais iniciado en sus ceremonias? Podeis, pues, mejor que ningun otro sostener el carácter del religioso cuyo hábito llevais; porque habeis de saber, señor, que no es al preso de San Benito al que espera don Juan, sino á un sacerdote de su religion, que ha mandado venir en secreto para bendecir su union con la jóven que ama.

—¡Cielos! ¿qué es lo que decis? interrumpió Abbas Abdallah; ¡yo humillarme hasta el punto de representar esa farsa!

—¿No es buena cualquiera astucia para engañar á los cristianos que nos oprimen? Y señor, no olvidéis, añadió el hijo de Albayaldos, que va en ello el triunfo de nuestra causa; en fin, que en esto consiste la conservacion de vuestra vida y la salvacion de todos los fieles creyentes de España, porque todos han colocado en vos su única esperanza. Asi, no solo por ellos, sino por vos, debeis aprovecharos de cualquiera ocasion, sea la que quiera, de asegurar tan preciosos dias. Grandes, muy grandes peligros nos cercan por todas partes, los mismos hallándose vuestra alteza libre de su prision, que si se encontrara todavía en el calabozo. Tened entendido, que debe esta noche estallar una sedicion en los alrededores de San Benito; que el gefe de este complot es ese Pacheco y Giron, hijo de uno de los esterminadores de mi familia. El ha jurado la muerte del enviado de Valladolid; ignoro los motivos que tendrá para ensañar su odio contra él. No obstante, es lo cierto que Pacheco hace dos dias que no cesa de escitar á las turbas con esta cruel intencion, pues él mismo, interpretando mal los proyectos de nuestros hermanos que querian libertaros, ha jurado delante de ellos que seria el primero en dirigir sus golpes contra el preso.

—Pero ese odio, dijo Abbas, no es á mí á quien le tiene, sino al parlamentario.

—Hé aquí lo que nos dará á conocer los motivos de su animosidad, replicó Moreno, sacando de entre su cinturón los pergaminos. Pero como habia ya anochecido y reinaba una completa oscuridad aumentada con los negros nubarrones que aun quedaban de la tormenta de la víspera, Moreno y su compañero, el falso ermitaño, sentáronse á descansar en un banco de piedra, colocado en la esquina de una de las calles que iban á parar detras de San Benito. Ardía inmediata á nuestros fugitivos una especie de lámpara de resina, destinada á

alumbrar la imagen de una virgen colocada en un nicho abierto en la pared, y á disminuir al mismo tiempo las tinieblas de aquella parte de la calle; porque en la época de estos sucesos, en España como en casi toda la Europa, los pueblos no conocian otro alumbrado que el que los daba la luna con sus melancólicos rayos. Solo de vez en cuando brillaba entre las sombras el farol de algun artesano que dejaba tarde el trabajo, ó de trecho en trecho en las esquinas de algunas calles, la lámpara que la devocion de las cofradías hacia arder durante la noche junto á los nichos de sus santos patronos, y cuya incierta y misteriosa luz servia de guia en la oscuridad á algun amante favorecido, ó para hacer mas seguras las espadas de los matones y pendencieros, ó los golpes de los celosos, suspicaces y descorteses.

Pero esta vez la claridad que reinaba en torno del nicho de Nuestra Señora de los Inocentes, servia para quitar la máscara á un traidor y para descubrir los secretos de su perfidia, porque Moreno, en pié sobre el banco de piedra, se enteraba sin recelo y sin escrupulo del contenido de los despachos que la casuaidad habia puesto en sus manos.

—¡Oh! dijo ¡aquí están los documentos que por vuestra desgracia conocemos demasiado! Veamos este último que dirige á Giron el condestable.... ¡Oh! ¡oh! señor Giron, exclamó de repente, leyendo la importante carta, ya no extraño que tuviérais tanto empeño por ser el primero en llegar al que creíais enviado de la regencia! En verdad que teniais motivo para temer las revelaciones que podia hacer, y concibo muy bien vuestra impaciencia por apoderaros de un documento como este! Muy cara podria costaros su publicidad.... ¡Ah! ¡el condestable os entrega su sobrina y el rico solar que tanto habeis anhelado, y vos en cambio le vendeis vuestro partido! ¡No deja la permuta de ser ventajosa para ambas partes! ¡Gran Dios! ¿qué os lo que leo aquí mas abajo? y dirigiéndose á Abbas Abdallah: señor, vos ¿no os habíais enterado de esta carta? Pues escuchad... «El enviado del consejo de regencia, portador de la presente, no leerá públicamente, ni hará proclamar á son de trompeta las dos intimaciones oficiales del regente y del condestable, hasta haberse puesto confidencialmente de acuerdo con el señor don Pedro Pacheco y Giron, para fijar el momento oportuno....» ¡Ah! señor, continuó el hijo de Albalados, ¡cuántas desgracias habríais evitado si hubiérais tenido noticia de esta secreta instruccion!

—Ya no tiene remedio; estaba escrito, contestó Abbas como buen mahometano. Esta carta dirigida á un simple cristiano me parecia de ningún interés para el momento; yo solo pensaba hacer uso lo mas pronto posible de las dos intimaciones solemnes de que me habia apoderado. El tiempo urgía; segun el aviso que habian recibido, era preciso que yo con aquellos de mis hermanos que me acompañaban, penetrasemos en Tordesillas, antes que las pocas tropas que la guardaban, fuesen reforzadas por el ejército de los insurgentes que, dentro de poco, debe dejar á Avila. El día que habias elegido me parecia favorable; en medio del ruido de las fiestas, pensábamos, como tú, que

nos sería fácil penetrar en la villa disfrazados, y llegada la noche podríamos sin gran resistencia arrebatar á esa Juana, heredera de los usurpadores de mi trono, y con ella á los principales de su córte. Estos hubieran sido unos preciosos rehenes, de que no dejaríamos de sacar partido en las circunstancias en que nos hallamos. También abrigábamos la intencion de llevarnos á las montañas el sello real y el antiguo estandarte, tan venerado de los cristianos. Últimamente queríamos apoderarnos del tesoro, que nos habria servido para atender á los primeros gastos de la guerra. De este modo, y provistos de tales prendas habríamos podido empezar, por fin, á tratar de potencia á potencia con la raza maldita que nos oprime.

Confiado en el éxito de un proyecto tambien concebido, hice apresurar el paso al numeroso partido de nuestros hermanos, que á la noticia de mi evasion de Valladolid habia avanzado hasta la frontera de Estremadura, y estaban escondidos en las sierras de Grados esperando mis órdenes. Ademas como tenia asegurada mi marcha hasta las Alpujarras, adonde contaba ir para poner en salvo mi botin, dejé mi retiro con todos mis adictos en el instante mismo en que recibí tu aviso de que me dirigiera á Tordesillas. A fin de evitar toda sospecha, dividí mi gente en pequeños grupos de cuatro ó cinco hombres, señalándoles caminos diferentes para venir á esta villa, y yo me puse en camino, acompañado solo por tres de los nuestros, dirigiéndome, no por el camino de la Seca, el mas corto, sino tomando la orilla derecha del Eresma, y siguiendo la de Adaja. Aquellas dos riberas solitarias y pobladas en su mayor estension de espesos árboles, me parecían mas seguras que las anchas y descubiertas llanuras del mediodía de Leon. Atravesé luego el Duero en la barca de un pescador por cerca del monasterio de Amágo, y á poco rato me puse en marcha por las escarpadas montañas de las inmediaciones de Simancas. En aquel sitio tuve que esperar á uno de los míos, que se habia adelantado á explorar el campo por si ofrecia nuestra marcha algun peligro. Un dia entero le esperamos, no volvió, y á pesar de esto me decidí á pasar adelante.

Bajando por un sendero estrecho y tortuoso de aquellas montañas, descubri un pequeño grupo de hombres, que venian de la parte de Valladolid. El camino que traian se juntaba con el nuestro á poca distancia de donde nos hallábamos. Habiéndonos observado el que iba delante agitó una especie de blanda; nosotros no contestamos á aquella señal de inteligencia. Ya no nos era facil evitar el encuentro de aquellos viageros importunos, sino volviendo atrás. Retroceder, hubiera podido escitarlos á que nos persiguiesen; pasar adelante, era reunirnos á unos desconocidos, compañía de viage siempre peligrosa, porque á cualquiera de los bandos cristianos que perteneciesen, estábamos seguros de encontrar en ellos unos enemigos. En esta alternativa era preciso tomar inmediatamente una resolucion: pasé, pues, adelante, resuelto á deshacerme á toda costa de aquellos incómodos observadores. La partida enemiga apresuró tambien el paso, como si su intencion fuese llegar antes que nosotros á la encrucijada que formaban los dos caminos. Sin embargo de componerse aquella

de dos ginetes y tres hombres de á pie, fuerza casi igual á la nuestra, di órden de suspender la marcha, dejando de este modo avanzar al enemigo, porque acababa de advertir que la senda en que debíamos reunirnos, abierta en medio de una rápida pendiente, era tan estrecha que dos hombres no podian pasar de frente por ella. Al momento conocí la ventaja que tendríamos sobre nuestros adversarios, conservando la superioridad del terreno, y ordené hacer alto á distancia de un tiro de fusil de nuestros contrarios.

Entonces vimos claramente que teníamos que habérnoslas con soldados del gobierno de la regencia. Temiendo mas que nunca ser descubiertos, aparentamos retroceder, pero uno de los de la partida enemiga, suponiendo sin duda intenciones hostiles en nuestros variados movimientos, nos disparó su arma. A esta brusca salutación, contestamos en el acto con una descarga simultánea, teniendo la fortuna de que nuestros tiros fuesen mas certeros que el del imprudente agresor, porque á través del humo descubrimos algunos cuerpos rodando por el barranco. Al instante corrimos hacia aquel punto, y tuvimos que cruzar nuestros aceros con el de dos campeones, que defendian obstinadamente á otro que habia sido cogido debajo de su caballo muerto. Poco rato tardamos en desembarazarnos de ellos, y nos acercamos sin dificultad al último, que aun permanecia en tierra. Después de haberle quitado el caballo de encima, ya no estruamos el celo de sus compañeros en protegerle, cuando en su sobrevesta blasonada con las armas de los reyes de Castilla, advertimos que estaba en nuestro poder uno de sus heraldos. En vano hicimos cuantos esfuerzos estuvieron á nuestro alcance para volverle á la vida: habia ya dejado de existir, ahogado probablemente por el peso de su caballo.

Suponiendo yo, que para viajar de aquella manera era preciso que el heraldo de la regencia estuviese encargado de algun mensaje de nuestros enemigos, le registramos hallándonos con esos despachos en que se intimaba á la reina Juana y á la señora Pacheco que se trasladasen á Valladolid con el portador de aquellas órdenes. Al instante me ocurrió la idea de que aquellos documentos podian serme de grande utilidad para la ejecucion de nuestros proyectos; y para burlar mejor á nuestros enemigos, despojé al cadáver del enviado y me vestí con su respetable traje, á egemplo del califa Jousef, que á favor de un sencillo disfraz se introdujo en el campo enemigo para robar á la hermosa cristiana, con quien se casó después. Los tres hombres que me acompañaban se vistieron tambien el traje de los que allí quedaban tendidos, precipitando sus cadáveres al torrente que espumoso corria á nuestros pies, porque era preciso que desaparecieran completamente los vestigios de aquel combate. Hecho esto, nos dirigimos á Tordesillas, confiando mas que nunca en el buen resultado de nuestra empresa, y muy distantes de sospechar los peligros que aquí nos aguardaban.

—Pero, señor, contestó el hijo de Albayaldos, ¿cómo ha querido vuestra alteza esponerse así, en vez de hacer que uno de nuestros hermanos se disfrazase con el vestido del heraldo de la regencia?

—Porque para llenar bien el papel de parlamentario, contestó Abbas, era preciso estar muy al corriente del idioma y costumbres de los cristianos, y yo, educado en medio de nuestros enemigos, era el único que podía presentarme delante de ellos sin temor de ser descubierto. Ademas con las insignias del enviado confiaba entrar en la ciudad sin esponerme á ningun peligro; solo una funesta casualidad como la de haber cundido la noticia de los acontecimientos de Valladolid, que me era imposible preveer, podia hacer abortar un plan tan bien concebido, y poner en riesgo mi existencia y la de todos mis fieles amigos, que tan generosamente han ligado su suerte á la mia. Pero nadie debe luchar contra su destino, añadió suspirando el sucesor de los califas con una resignacion verdaderamente mahometana; te lo repito: lo que está escrito, es necesario que se cumpla! Hágase la voluntad de Dios!

—Asi sea, contestó con profunda devocion el hijo de Albayaldos; y procurando hábilmente sacar partido del abatimiento de Albas Abdallah para someterle á sus designios, le dijo con refinada hipocresia:

—Vuestra alteza me permitirá hacerle observar, que haria muy mal en dudar de la proteccion de Alá y de Mahoma, precisamente en el momento en que Dios y su profeta, parece que me han enviado para salvaros del peligro en que estabais, y facilitaros los medios de reuniros á nuestros hermanos de Granada y las Alpujarras.

Y aprovechando la profunda oscuridad que reinaba en aquella calle solitaria, Moreno se arrojó á las plantas del gefe supremo de su religion:—Grande y sublime principe, exclamó, en nombre de los reyes vuestros antecesores, cuya soberana raza estais llamado á perpetuar, en nombre de todo un pueblo que ha puesto en vos sus mas lisongeras esperanzas, os suplico que accedais á mi humilde ruego. Por el interés de nuestra santa causa no habeis vacilado ya en humillar vuestra augusta persona hasta el extremo de cubriros con el disfraz de un parlamentario infiel; consentid aun en esta ultima prueba de abnegacion y pasad á los ojos de Padilla por el verdadero ermitaño que debia llevar el hábito que os cubre; que saqueis alguna utilidad, una vez al menos en vuestra vida, de los largos años de esclavitud pasados en el convento de Valladolid; y que las ilusorias tentativas de nuestros opresores, que os destinaban á ser ministro de su religion, os sirvan en este momento para salvar vuestros preciosos dias, y para devolver á los cristianos todo el mal que han querido haceros!

Y esto diciendo, Moreno no podia reprimir la viva emocion que le agitaba; tal es la influencia de un alma fuerte y entusiasta sobre todo lo que le rodea, que ordinariamente escitan la sensibilidad de aquellos á quienes se dirigen, antes aun de verse dominados por ella. Asi fué que Abbas Abdallah, conmovido por las pruebas de adhesion de su libertador, acabó por rendirse á sus persuasivas razones.

—Has vencido, Albayaldos, le dijo, ya que de mi vida y de mi libertad depende la salvacion de todos los mios, consiento en hacer

lo que me pides: voy, pues, á desempeñar lo mejor que puede el deber que me impone este hábito religioso; quiera el cielo serme mas propicio con este disfraz, que con el otro!

—¡Señor! contestó el confiado Moreno, un secreto presentimiento me lo dice; esta vez, Alá y Mahoma os protegen. Pero apresurémonos á llegar al Alcázar, porque la noche avanza, y me parece que ya se oyen gritos en direccion de San Benito.

—¡Por el santo nombre del Profeta! exclamó Abbas, ¿si habrán prendido fuego á la prision? mira como se ha iluminado repentinamente el horizonte por aquel lado!

—¡Por mi alma! Giron ha cumplido su palabra, dijo Moreno ¡Gran Dios! cuanta gente se vé por allá abajo! Helos ahí como se dirigen hacia este sitio con sus teas encendidas. ¡En nombre del cielo! señor, evitemos que nos encuentren confundidos en ese tumulto; muy mal lo pasaríamos si nos hallasen en él.

Y al decir estas palabras arrastró con precipitado paso á su compañero disfrazado, y bien pronto se hallaron delante de la puerta secreta del Alcázar, y cuya llave tenia Moreno. Inés le aguardaba á la entrada de la bóveda para introducirles al interior de los aposentos de la reina.

Apenas habian nuestros fugitivos salido de la plaza desde donde vieran la turba de alborotadores, cuando estos ocuparon aquel puesto. Era aquella una mezcla de toda especie de gente, cuya vista horrorizaba. Un hombre cubierto de andrajos marchaba á la cabeza de aquella frenética turba, llevando en la punta de una lanza un cadáver mutilado y sangriento horrible trofeo que atestiguaba que esta horda homicida habia salido victoriosa en su violenta tentativa contra la casa de ayuntamiento. El cuerpo de la desgraciada víctima estaba de tal modo desfigurado, que á no ser por los girones de la sobrevesta, bordada con las armas de Castilla y Aragon, nadie podria haber distinguido la que de aquella manera servia de estandarte á aquella turba furiosa; el aspecto de esta escena sangrienta, unido á las horribles sensaciones que producía en la sombra el infernal reflejo de tantas teas encendidas, los gritos salvages de aquel populacho ámotinado, repetidos por los ecos de las enmarañadas calles, completaron el delirio de todas aquellas cabezas frenéticas. Entonces todo fué desorden, confusion, locura. Luego que hubieron llegado á la esquina de la calle, en que la santa virgen estaba en su nicho, como huyendo de la presencia de tantos horrores, se detuvieron un instante é hicieron inclinar la lanza ensangrentada ante la santa patrona. Después, evitando con cautela acercarse al Alcázar, volviéronse atrás dirigiéndose hácia las murallas. Mientras duró aquel paseo procesional no cesó ni un momento aquella frenética turba de insensatos de ultrajar el inanimado cuerpo del preso y de proferir atroces maldiciones contra él y contra los que le habian enviado. ¡Muera el cardenal! decian con gritos descompasados. ¡A la horca el condestable! ¡Al garrote el infame Ronquillo y todos los estrangeros nuestros tiranos!

Habiendo encontrado aquella desenfrenada horda cerradas las puertas de la villa, y grupos numerosos de tropa que se manifestaban

dispuestos á impedirles el paso, vióse obligada á replegarse y se decidió á subir al terraplen de una de las murallas, y desde lo alto de sus almenas precipitó el cadáver mutilado y desconocido del infortunado ermitaño del Arenal al foso, lleno de agua y á mas de sesenta pies de profundidad de la plataforma de la muralla.

Un momento de estupefaccion sucedió á este último acto de barbarie; y por un efecto de aquella súbita reaccion que sigue inmediatamente al arrebato de las pasiones, aquella multitud entusiasmada y frenética pocos momentos antes, se detuvo profundamente consternada. Luego volviendo poco á poco en sí, los unos se avergonzaron de su ferocidad, los otros tuvieron miedo al castigo que seguiria á aquel desórden, y á la persecucion y al rigor de los jueces; y todos se retiraron con la cabeza baja, con aquella especie de unanimidad con que habian emprendido la criminal sedicion, y comprendiéndose reciprocamente, sin comunicárselo, separáronse unos de otros, y todos al dispersarse por la villa, se dirigian cada uno á su casa en el mas profundo silencio.

XX.

Felicidad.

Sin embargo, respetando la turba de furiosos de Tordesillas hasta en el colmo de su delirio la persona sagrada de su soberana, habia evitado, como ya hemos visto, aproximarse al Alcázar. La vieja morada real habia permanecido completamente al abrigo del alboroto y de la agitacion del resto de la villa; y esta vez parecia que la paz y la oscuridad habian abandonado la cabaña del pobre para replegarse al real palacio. La felicidad misma habia penetrado tambien en el régio Alcázar: raro visitador de las córtes que aparecia por aquella noche en uno de los mas apartados salones de la reina, acompañado de su mas lucido cortejo, el amor y la amistad.

Era este aposento el que Juana habia destinado á los afortunados esposos. Ya estaban en él los que habian de recibir la bendicion nupcial que debia para siempre unirlos con un lazo indisoluble en una legitima y comun felicidad; porque en este momento, la capilla del Alcázar estaba ocupada con grandes preparativos para la celebracion de la junta que debia tener lugar en aquella noche; y la politica aconsejaba no separarse en circunstancias tan graves de la antigua costumbre, que exigia que en aquel lugar sagrado fuese donde la reina abriese la primera sesion, en que se habian de hallar reunidos los miembros del consejo y los diputados de las ciudades; porque atendida la gravedad del objeto de las deliberaciones, habiase por fin accedido á la justa reclamacion de los que negaban al consejo privado competencia para decidir en semejantes materias, y se habian convocado á todos los enviados de la Liga, que entonces se hallaban en Tordesillas.

Esta era la causa de no poder celebrarse en la capilla el himeneo de don Juan y la señora Pacheco. Sin embargo, el tiempo urgía y nuestros amantes tuvieron que resignarse á recibir aquel sacramento sin el concurso de las gracias del sacrificio divino. Por lo demas, en aquella remota época, sucedía esto con frecuencia en los matrimonios secretos, reconocidos entonces universalmente por la iglesia bajo la denominacion espresiva de matrimonios de conciencia.

Todo estaba ya preparado en el aposento en que debía verificarse la ceremonia religiosa tan impacientemente deseada por todos. En el centro ardian sobre macizos candelabros grandes cirios de blanca cera, y veíanse á un lado colocados en el suelo dos ricos cogines de terciopelo carmesí con franjas de oro finísimo. Ya no faltaba mas que el sacerdote: apareció por fin el supuesto ermitaño de Nuestra Señora del Arenal acompañado de Inés y Moreno.

—Padre mio, le dijo la reina, ya veo que no me habian engañado al elogiarme vuestro celo en acudir á la voz del cristiano que os llama; desde ahora podeis estar seguro de mi reconocimiento por la prontitud con que habeis correspondido á mis deseos.

—¡Ay! murmuró entre dientes el falso ermitaño; ¿qué no debemos hacer para consolar á nuestros hermanos?

—Con mucha razon me habian elogiado vuestra ardiente caridad, repuso Juana, esta vez quiero que tenga su recompensa antes de la vida bienaventurada que os aguarda en el cielo, si conseguis cambiar en dias de felicidad los de luto de una desgraciada, que espera hace ya muchos años.... Pero interrumpiéndose de repente al ver á Moreno que se apresuraba á encender las velas, con la oculta intencion de recordar á la reina el verdadero objeto de la venida del religioso. ¡Ay! continuó, demasiado tiempo me queda para informaros de mis padecimientos; no pensemos ahora sino en la felicidad de estos dos seres que me son tan queridos. Para conseguirla, los momentos son preciosos, y vos solo padre mio, podeis poner fin á sus desventuras.

Haciendo entonces señal á don Juan y á María de que se acercasen:—Aqui teneis, dijo al ermitaño, á dos desposados que reclaman de vuestro sagrado ministerio la consagracion de su amor con los vínculos del himeneo.

—Pero, señora, murmuró el falso religioso lanzando á Moreno una mirada de disgusto, me es imposible.....

—¡Oh! no os cause embarazo mi súplica, interrumpió la princesa, circunstancias muy graves exigen que esta union se verifique en secreto; pero podeis tranquilizar vuestra conciencia; María Pacheco es huérfana, y yo la reina, le otorgo el necesario consentimiento; yo misma quiero, como su madre adoptiva, servirle de madrina.

Fuese por falta de resolución ó por una especie de remordimiento que le impidiese consumir semejante farsa, Abbas Abdallah vacilaba en contestar; pero temeroso Moreno de que tanta incertidumbre hiciese sospechar la impostura, se apresuró á entregar el ritual á su cómplice, diciéndole á media voz; vuestra reverencia no debe olvidar que de ello depende la dicha de todos.

Estas pocas palabras, cuyo equívoco sentido recordó á Abbas sus

compromisos para con todo un pueblo, cuya salvacion estaba en sus manos, le decidieron al instante, y con una señal afirmativa de cabeza manifestó que estaba dispuesto á lo que de él se exigia. Despues se levantó un poco la capucha y abrió el ritual por el sitio en que estaban escritas las ceremonias matrimoniales. Delante del hipócrita religioso estaban arrodillados en ricos cogines de terciopelo el señor don Juan de Padilla y la señora doña María Pacheco; al lado de ésta se hallaba la reina delante de un reclinatorio tapizado de damasco de Génova; la gentil Inés permanecía detrás con devocion, y Moreno asistia de pié al falso ermitaño, ó mas bien le alentaba con sus miradas para que llevara á cabo su sacrilegio.

¡Gran Dios! digna era aquella escena de ser reproducida por un genio igual que creó las espresivas figuras de los elegidos y los condenados, en el admirable cuadro del juicio final. María, hermosa como un ángel, brillaba con aquel inefable encanto que reflejan en la fisonomia el contento y la tranquilidad interior. Transparente como el velo que la cubria, dificilmente bastaba el pudor para disimular la felicidad que respiraba el pecho de la jóven huérfana. Don Juan dejaba tambien leer en su fisonomia las emociones de su alma sin huir de la luz del cirio que ardia á su lado; embriagado enteramente por el gozo no apartaba sus ojos de aquella que iba á pertenecerle exclusivamente; cualquiera hubiera creído, al observar la manera con que la miraba, que temia que se la arrebatasen en aquel mismo instante en que iba á recibir de Dios, por medio de su ministro, derechos eternamente sagrados sobre la huérfana de los Pachecos.

La bondadosa princesa era el ángel protector que velaba sobre María, mientras en frente, Satanás, para mofarse á un tiempo del amor y de la virtud, parecia haber enviado dos infames apóstatas, cuyos exteriores hipócritas aseguraban al enemigo de los hombres el buen éxito de sus execrables proyectos.

Entre tanto desempeñaba el infiel su farsa con la propiedad que le daba el conocimiento que habia adquirido de los ejercicios piadosos en compañía de los santos monges de Valladolid: además un papel escrito que Moreno habia dejado en el ritual que puso en sus manos, le recordaba el órden que debia seguir en las ceremonias. Con este auxilio el fingido sacerdote tartamudeó en voz baja las oraciones de costumbre en la administracion del sacramento del matrimonio, y leyó á los dos esposos la fórmula del juramento que debia unirlos para siempre, juramento que estos repitieron con la mas tierna emocion.

Por último el sacrilego impostor con voz á su pesar temblorosa pronunció las palabras sacramentales que deciden irrevocablemente del destino de los esposos cristianos; y quitando el anillo de prometida de la mano de la señora Pacheco, tomó el nupcial que la reina le habia regalado, y lo entregó á don Juan, que lo puso en el dedo de su hermosa compañera. Despues de haber dado su bendicion el falso ermitaño á la venturosa pareja, tomó el bisopo que le presentaba Moreno, y acercándose al lecho nupcial, dió tres vueltas alrededor, echando en él el agua bendita que debia alejar de allí todo sortilegio y toda idea culpable, segun la piadosa creencia de nuestros padres.

Mientras el disfrazado Abbas Abdallah cumplía con esta última y previsora práctica religiosa, María, en el colmo de la felicidad se había precipitado en los brazos de la reina; y era tal su conmoción que no acertaba á encontrar palabras con que expresar todo el cariño y reconocimiento que sentía hácia aquella á quien era deudora de su felicidad. Pero observando la princesa las miradas que don Juan dirigía llenas de pasión á su idolatrada compañera, y conociendo que su misión en aquel lugar había concluido:

—Hija mía, dijo á María, en este momento han desaparecido mis derechos ante los de tu esposo: es, pues, preciso que me retire. Y besando á María en la frente, salió precedida de Inés, que guiaba sus pasos.

Moreno, provisto del salvoconducto que había obtenido del señor de Padilla, salió también con su cómplice de aquel profanado sitio, y siguieron á la reina que había manifestado deseos de hablar algunos momentos en secreto con el ermitaño del Arenal. Esta entrevista era para Abbas mucho menos embarazosa que la ceremonia anterior. Luego que su alteza buscó alivio en vano en la sabiduría y santidad del hipócrita ermitaño, salió este acompañado de Moreno y en pocos instantes se encontraron lejos de las murallas, caminando por la llanura, envueltos en la mas profunda oscuridad. Dejémosles marchar con sus criminales proyectos, y veamos lo que sucedía pocas horas después de estos acontecimientos en la capilla del real Alcázar.

XXI.

La inconstancia.

Ya los rayos de la aurora brillaban á través de los vidrios de la capilla, haciendo palidecer la claridad de las bugías, y de las arañas, y sin embargo la discusión no había adelantado nada desde que se abriera la sesión. Los debates no habían servido mas que para desarrollar las malas pasiones de unos y dar á conocer la indiferencia ó la debilidad de los otros. Tal era por tanto el triste resultado de la envidia que minaba sordamente el corazón de la mayor parte de los diputados de la Liga de Avila. La envidia es como la mancha de aceite que se extiende progresivamente sino se destruye su sustancia; pero en esta ocasión los progresos de este vergonzoso sentimiento, el mas oculto de nuestra imperfecta naturaleza, había crecido en una proporción tan rápida, que había llegado á hacerse al señor de Padilla bien difícil contener sus perniciosos efectos.

Bien podía creerse que las palabras y ocultos manejos de Giron no habían sido la causa menos influyente en el desarrollo de esta plaga social. El pérfido se había dedicado con demasiado celo á hacer que se pronunciase la defección, aun entre aquellos que se preciaban de ser mas adictos á Padilla, criticando hábilmente la conducta del general en jefe: ¿quién lo creyera? á pesar de los señalados servicios del

héroe toledano, había logrado el infame Giron sin mucha dificultad separar de la devoción de Padilla á una gran parte de los que antes eran sus mas leales partidarios. Tan comun es por desgracia entre los hombres, sobre todo en los bandos populares, el sentimiento de los celos, que arrastró á la ingratitud á aquel ciudadano de Atenas, cuya mediania se encontraba humillada con la gran fama de Aristides.

Giron vió que era llegado el momento de su triunfo y se apresuró á aprovecharse de él. Las acusaciones intentadas contra don Juan concurrían maravillosamente á servir sus proyectos, y comprendió al instante todo el partido que podia sacar de ellas contra su rival, y en lugar de ocuparse del verdadero objeto de la reunion, don Pedro Pacheco y Giron, no se habia cuidado en toda la noche de otra cosa que de pedir esplicaciones al señor de Padilla, buscando todos los medios imaginables para echarle en cara faltas aparentes, interpelándole de la manera mas brusca y cavilosa.

—Seguramente, concluyó diciéndole el traidor, es culpable el modo de obrar de la regencia, y yo bendigo al cielo por haberme hecho saber á tiempo la triste suerte de mis compañeros, y haber permitido que aun pueda ser útil á la santa causa que sirvo; sin embargo, añadió con aire compungido, capaz de engañar á los mas cautos, yo debo decir que me parece muy poco probable que los que nos enviaban un parlamentario, hubiesen pocos momentos antes degollado á nuestros diputados. Y esto diciendo el hipócrita, dirigia sus palabras y sus ademanes al general en jefe de la Liga. «Por esta razon, me parece que han debido protegerse con mas eficacia los dias de un prisionero, que debia haber sido respetado por nuestro interés mismo, supuesto que se habia comprometido, si se le restituia la libertad, á hacer revelaciones de grande interés, de que dependia, segun afirmaba, la seguridad de la Santa Liga.

A este descarado lenguaje Padilla no pudo reprimir su indignacion harto tiempo comprimida.

—Semejante acusacion, gritó con voz de trueno, seria mal sonante en boca de cualquiera que me la hiciese, pero se me hace mas que estraña en la de aquel que se atreve en este momento á dirigirmela; porque, yo pregunto al señor Giron, ¿dónde se hallaba cuando yo con mi espada protegía al parlamentario? ¿Qué se hacia entonces? ¿En que se ocupaba á aquella hora? ¿Se atreverá á afirmar que él era en aquel momento el celoso diputado que acabamos de oír?

—Señor de Padilla, interrumpió Giron, creo que haceis mal en dirigir semejantes inculpaciones al que no conoce mas regla en sus acciones que un celo, excesivo tal vez, por el bien de su partido; y deberiais al menos presentar pruebas seguras para motivar semejante acusacion. Y el detestable Giron pronunció estas palabras con un tono de moderacion estudiada, no solo para conciliarse la benevolencia de sus cólegas, sino tambien para descubrir cuales eran los datos que parecia tener Padilla sobre sus criminales manejos, porque estaba el pérfido violento é indeciso sobre el paradero del importante mensaje que reservadamente debia entregarle el heraldo

de parte del condestable, cuyo documento no habia podido hallar en el escrupuloso registro que habia practicado en la prision de San Benito, ni en el traje del supuesto ermitaño del Arenal. En tan cruel incertidumbre habia llegado Giron hasta desear que el señor de Velasco no le hubiese cumplido su palabra. A pesar de tantos y tan repetidos ataques, don Juan solo contestaba con un orgulloso silencio á las maliciosas preguntas de su adversario. Entonces quedó Giron convencido de que el general en jefe no estaba instruido de su traicion y que nada podia alegar contra él. Este convencimiento le alivió de un gran peso, y acrecentó el odio que le inspiraba su rival, haciendo en su interior propósito de perderle por todos los medios que le dictara su aborrecimiento.

—Importa bien poco, contestó con diabólica moderacion, saber donde estaba yo, mientras que se dejaba asesinar impunemente al preso; porque yo, al poner mi brazo y mi fortuna á disposicion de mis compatriotas, no he hecho de mi patriotismo un tráfico ambicioso. No obstante los mandos militares que haya podido desempeñar antes de ahora, he consentido servir con docilidad, bajo las órdenes de aquellos que entre nosotros me parecian dignos de ponerse á nuestra cabeza. Yo estoy aqui, pues, sin autoridad alguna; ¿y podia solo como simple diputado detener la ejecucion de una venganza, justa sin duda, si los rumores que motivaban estas represalias hubiesen salido verdaderos?

—¡Miserable! murmuró don Juan, ahogado por la cólera.

—¡Bien! ¡muy bien! señor Giron, exclamó don Pedro Merino, uno de los furiosos demagogos que mas odio profesaban á Padilla, porque no quiso la alianza con la Hermandad de Valencia; seguramente debiamos prometernos que nuestros gefes desempeñarian mejor el cargo que les habiamos confiado.

—Si, al general en jefe tocaba presentarse al pueblo para ilustrarle y volverle al camino de la razon, añadió Hernán Gomez de Alcocer, diputado por Sigüenza.

Viéndose apoyado de esta manera por sus cólegas, Giron no puso freno á su audacia, y comprendiendo que era llegado el instante de perder á su enemigo y redoblar su animosidad y sus ataques contra él:

—El señor Gomez Alcocer dice muy bien, repuso el traidor; tambien preguntaré á mi vez al general en jefe ¿dónde estaba y qué hacia mientras los alborotadores forzaban las puertas de la casa de ayuntamiento, y asesinaban al preso? Y sin embargo, es de creer que tendria conocimiento del peligro que amenazaba la vida del parlamentario, pues que habia tenido el cuidado de enviarle un sacerdote para que le asistiera.....

—¡Esto ya es demasiado! gritó fuera de sí don Juan; ¿que yo responda á semejantes inculpaciones? ¡jamás! eso sería confesar que he podido incurrir en ellas. Mi vida y mi honor, que son de todos conocidos, estan ahí para defenderme. Señor don Pedro Giron, á no ser por el respeto que debo á nuestra reina, aqui presente, y á la augusta asamblea de que formamos parte, yo sé bien el medio que adoptaria para poner fin á tantas imposturas.

No obstante estas enérgicas y sentidas palabras, muy pocos de sus leales amigos aplaudieron la entusiasta contestacion del general en gefe. La admiracion veíase pintada en todos los semblantes. Las envenenadas palabras del traidor habian hecho bastante impresion en la asamblea, y los enemigos de Padilla no temian ya asegurar á todos en voz baja que aquel podia muy bien haber tenido parte y aun haber escitado al pueblo al asesinato del enviado de la regencia. ¿No, era, decian, de su interés hacer que se cortase toda negociacion con el gobierno de Valladolid? Solo este medio se le ofrecia para conservar á su amada en Tordesillas.

En medio de tal desórden, habiase suspendido la discusion, y grupos numerosos se formaban al rededor de don Pedro Giron. Padilla, asi abandonado, y solo en su sitial, habia comprendido una parte de los murmullos que se agitaban contra él.

En vano, con su bondad natural la reina á cuyo lado estaba don Juan, habia procurado dulcificar con palabras afectuosas lo que tenia de acerbo la ingratitude que se le estaba manifestando. Su magnánimo corazon se indignaba al ver la precipitacion con que sus conciudadanos habian acogido las infames delaciones de su rival; conocia que desde el momento en que le fuese retirada la confianza, ese vinculo que constituye la fuerza de un caudillo sobre su partido, no le quedaba otro medio que hacer dimision de su destino. Pero temia por otra parte los funestos efectos que habia de producir la discordia para la causa nacional, á la que se habia consagrado enteramente. Haciendo, pues, abnegacion de todo interés personal, no escuchó otra voz que la de su amor á la patria.

—¡Nobles señores! exclamó entonces con un tono capaz de acallar todos los murmullos, el triunfo de la Santa Liga depende del desinterés y de la union de todos sus partidarios, y no seré yo quien siempre entre ellos las disensiones; hasta aqui he cumplido con mi deber, mi conciencia de nada me acusa; pero esto no basta. Mi autoridad, para ser eficaz y saludable, debe estar apoyada con las simpatias de todo mi partido; y observo con el mayor dolor que no sucede así, aunque por otra parte ignore lo que puede haber dado motivo á perder vuestra confianza. Sin embargo, considero como un deber mio resignar en vuestras manos el mando con que me investisteis. Presentad, pues, á su alteza en este mismo instante un gefe mas digno que yo de mandares, y seré el primero en suplicar á nuestra augusta soberana que sancione vuestra eleccion.

Al concluir estas palabras, dejó la silla de honor que ocupaba junto á la reina y se retiró á un extremo de la capilla, á pesar de las vivas instancias de sus amigos que, profundamente conmovidos por tan generosa conducta, querian hacerle variar de resolucion; pero fueron inútiles sus instancias. Con una voluntad tan firme como la de Padilla, la asamblea entera no lo hubiera conseguido, aunque hubiera estado dispuesta á suplicárselo á don Juan, que desgraciadamente no era así; pues la mayor parte de los diputados le eran hostiles, merced á las pérfidas maquinaciones de don Pedro Giron. Desgraciadamente es preciso convenir en que cuando la envidia y la ingratitude

se han abierto paso en el corazón de los hombres, estos despreciables sentimientos les conducen al extremo de considerar como un crimen las acciones mas honrosas y laudables del que es objeto de su persecucion y de su ciego encono. La envidia, esta lepra moral del alma, solo se cura en la desgracia y en la necesidad imprescindible muchas veces de recurrir al hombre honrado que ha sufrido el odio y la persecucion. Pero aun no habia llegado á la asamblea el momento de los apuros; así fué que al instante procedió al nombramiento del sucesor de Padilla, y siendo Giron el que reunia mayor número de sufragios, quedó desde luego aprobada su eleccion y presentada á la sancion real. No obstante, las indicaciones de los diputados, S. M. no habia querido abandonar la capilla mientras se procedia á la votacion. Vivamente afectada la reina Juana por lo que acababa de suceder, estaba poco dispuesta á prestar su sancion al nuevo nombramiento; pero las reiteradas súplicas del generoso Padilla y de sus amigos, que temian algun mal resultado de aquel desorden, decidieron á Juana á proclamar á don Pedro Pacheco y Giron, general en jefe de los ejércitos nacionales. En su consecuencia, el nuevo elegido, á una invitacion de la reina, bastante fria en verdad, pasó á ocupar á su lado el asiento que habia dejado vacio el señor de Padilla. Hé aqui un nuevo ejemplo de inconstancia, que podemos añadir al infinito número de los muchos, que nos enseñan que la rebelion rara vez se muestra reconocida hácia aquellos á quienes debe sus primeros triunfos. En todos tiempos el genio revolucionario tuvo ambicion y deseos insaciables; cuando no tiene enemigos, despliega su furor contra sus propios hijos; su proceder es el de Saturno, entre los dioses del Olimpo.

¡Admirable inconsecuencia! el hombre que aun no hacia seis horas era el objeto del amor y la esperanza del pueblo, entusiasmado por su jefe, ve despues, sin haber dado motivo alguno, á ese mismo pueblo, que poco antes con tanto frenesí le aplaudiera, olvidarle al nombre del primero que audazmente se presentó á disputarle su popularidad. El mismo ruido, la misma alegría, los mismos gritos de entusiasmo; nada ha variado: solo un nombre se ha sustituido, el de Padilla. «¡Viva la reina! ¡viva Giron!» repetia el eco de las bóvedas de la capilla. ¡Ah! si no hubiera sido por las graves cuestiones que habian de discutirse, de las cuales una sobre todas era de gran interés para Padilla, seguramente hubiera dejado este al momento la asamblea; pero seguro en su conciencia tranquila, el digno caballero conservó una actitud altiva y sosegada, que mortificaba estraordinariamente á sus enemigos en medio de sus aclamaciones de triunfo. Finalmente, el señor Maldonado, con el objeto de poner término á aquellas imprudentes demostraciones de alegría, que lo afectaban demasiado por su amigo don Juan, se apresuró á llamar otra vez la atencion de la asamblea sobre el verdadero objeto de su convocacion, y con voz enérgica, propia para imponer silencio:

—Sin los tristes acontecimientos de esta noche, dijo, hubiera podido cada uno de los diputados manifestar su opinion en favor ó en contra de un acomodamiento entre la Liga y el gobierno de Valladolid; pero ya es imposible: no nos queda otro camino que el glorioso

de los combates, en los que hasta ahora hemos hallado constantemente la victoria.

Haciendo despues patente la conducta arrogante del cardenal Adriano, que de una manera tan imperiosa intimaba á la reina que se trasladase á Valladolid, declaró formalmente, que solo con las armas debia contestarse al regente; y dirigiéndose á la reina Juana:

—Señora, continuó, no temo ser desmentido por ninguno de los que hay aqui presentes: os suplicamos permanezcais aqui entre vuestros leales súbditos. Conservad la corona, que solo vos teneis derecho á llevar, y como una prueba de la autoridad que egerceis, mandad citar para que se presente dentro de un breve término, en vuestra córte de Tordesillas, al orgulloso y rebelde estrangero que ha osado dictaros órdenes.

La reina, con el acento de la mas viva emocion, contestó en los términos siguientes á la enérgica improvisacion del bachiller de Salamanca.

—Agradezco al señor Maldonado los sentimientos que me espresa en nombre de la asamblea. Yo no tenia necesidad de este nuevo testimonio de adhesion para decidirme á permanecer en medio de mis buenos y leales súbditos: con su ayuda y la de Dios, espero que bajo mi reinado renacerá la felicidad, por tanto tiempo perdida para todos.

Unánimes aplausos sucedieron á estas sentidas palabras. Todos se preguntaban con admiracion, cómo habia podido calificarse de loca á una princesa tan sensata y bondadosa; y esto contribuía á aumentar el ódio de los partidarios de la Liga hácia los consejeros de la regencia. Respecto del escaso número, de los que hacia algun tiempo veian á la reina con alguna frecuencia, era menos viva la ilusion: sin embargo, tambien estos esperaban ver á Juana recobrar enteramente su razon, porque el espiritu de esta princesa, sensato generalmente, solo parecia turbarse con el recuerdo de su esposo. Segun su opinion, eran estas las consecuencias inevitables de una melancolia profunda que con el tiempo desaparecia. Hasta la servidumbre del régio alcázar creia, ya hacia algun tiempo, notar alguna mejoría. La memoria del archiduque no parecia ocupar ya con tanta frecuencia la imaginacion de la augusta viuda. Esto prueba que algunas veces mejor que los auxilios del arte, un sacudimiento enérgico ó una impresion violenta de espiritu, pueden volverlo al equilibrio; falta saber, sin embargo, si la reina Juana, debilitada por sus continuas preocupaciones, no sufrirá nuevos estravios en su razon, en caso de experimentar nuevas emociones.

No obstante, sea lo que quiera lo que en adelante deba suceder, todos se felicitaban en aquel momento por el estado moral de Juana, y estrepitosos gritos de alegría atestiguaban la satisfaccion general. A los gritos de ¡viva la reina! sucedió un profundo silencio, del que se apresuró á sacar partido el perseverante Giron para llevar á cabo sus odiosos proyectos contra Padilla. Viendo que era preciso en aquel momento renunciar al proyecto de comprometer á la reina á trasladarse á Valladolid, y confiando en el poder con que acababa de

ser revestido, para cumplir con los empeños contraidos con el condestable relativamente á la señora doña María Pacheco. Como su mas próximo pariente é inmediato sucesor de su casa, creo que me toca antes que á ningun otro manifestar mi opinion en este punto; asi, pues, me creo obligado á decir que encuentro en mi conciencia muy justa la demanda del señor de Velasco. ¿Con qué título y á qué fin debemos retener aqui á la señora Pacheco, su pupila? Con qué objeto hemos de comprometer tan gratuitamente el honor de nuestro partido? ¡Ah! ¡basta de crímenes! ¡que no se repitan jamás desórdenes ni asesinatos como el de esta noche! Y aprovechando esta ocasion para demostrar que aquel crimen era enteramente aislado, crimen, añadió, reprobado por todos los representantes de la Santa Liga. Si estos hubieran podido obrar por si mismos, seguramente habrian hecho respetar el carácter inviolable del heraldo de la regencia, como respetan ahora los derechos sagrados de un tutor sobre su pupila....

Una voz resonó entonces atronadora á un estremo de la capilla; era la voz de don Juan.

—El señor don Pedro Giron se equivoca, exclamó; todavía existen derechos mas sagrados que los de un tutor: ¡desgraciado el atrevido que intentára desconocerlos, y se atreviese á separar de don Juan de Padilla á doña María Teresa Pacheco, su legitima esposa!

Y esto diciendo, sus irritados ojos centellaban de una manera que nadie en aquel instante hubiera osado replicar al arrogante vencedor del condestable de Castilla. El amor y la indignacion habian vuelto á su alma toda la energia, y puesto de pié, con la cabeza erguida, desafiaba con sus altivas miradas á que le desmintieran. Nadie, sin embargo lo hizo: y el mas profundo silencio siguió por algunos minutos á la enérgica improvisacion de Padilla. Raro y sublime efecto de ese poder invisible, misterioso, mágico, con que el cielo quiso dotar á las almas grandes. Cuando se abandonan al secreto fuego que las anima, imprimen sobre cuanto las rodea un religioso sentimiento de respeto á que en vano intentarían sustraerse los espíritus mas rebeldes, porque saben imponer silencio á las pasiones vulgares que se agitan á su alrededor.

Giron á pesar de todo no podia detenerse en el camino que se habia trazado; tenia que seguirlo y continuar esforzando las interpelaciones que habia dirigido á don Juan. Sin embargo, por el profundo estupor de sus cólegas conoció que tal vez se habia dejado llevar demasiado en su odio hácia su rival, y sobre todo que habia confiado mas de lo que debía en el apoyo, siempre inconstante, de una asamblea popular; por esta razon se le notó cierta timidez al pronunciar las siguientes palabras:

—Muy ageno estoy seguramente de poner en duda la verdad de las

aserciones del señor de Padilla; sin embargo, por su interés mismo debe comprender que para contestar de una manera formal á don Iñigo de Velasco, es preciso que nos facilite las noticias oportunas para demostrar la legitimidad y validez de su matrimonio; permitame, pues, que le pregunte de qué otra persona, ya que no del señor Velasco, ha obtenido el competente consentimiento para su enlace con la señora Pacheco? ¿en qué lugar ha recibido la bendición nupcial, y en presencia de qué testigos?

Iba Padilla á contestar al nuevo general en jefe, pero la reina no le dió tiempo para que lo hiciera.

—Señor Pacheco y Giron, le dijo la constante protectora de nuestros dos amantes con un acento severo y lleno de dignidad, no olvideis delante de quién estais hablando, y cuidad mucho de no abusar en mi presencia de los poderes que acabo de conferiros. A mi unicamente pertenece dirigir estas preguntas al señor de Padilla, á quien veo con dolor la poca gratitud que se le manifiesta despues de los grandes servicios que ha prestado á la España y á mi real persona. Si, pues, la voz de sus amigos enmudeciera en este momento para defenderle, otra voz hay que se alzar  en su favor, y esta voz es la mía. Sabed, pues, todos que yo, la reina, soy quien ha dado el consentimiento para la union del noble don Juan de Padilla con doña Maria Pacheco, porque tengo este derecho en virtud de las antiguas constituciones de nuestros padres y de la autoridad suprema que me han legado los reyes mis antepasados. Preguntad si es asi al venerable prelado que est  cerca de mí. El obispo de Zamora hizo con la cabeza un signo afirmativo. Sabed además que los dos esposos han recibido la bendicion nupcial en el interior de mi real Alcázar, y que en el número de los testigos se encontraba Juana de España, hija de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla, vuestra reina,   quien habeis jurado fidelidad y obediencia....

Un rayo que hubiera caido   los pies de Giron, no le hubiera conternado tanto como las palabras de la reina. Imposible le era poner en duda el testimonio de su soberana, ni tampoco podia atacar un consentimiento que ella otorgara, bajo el pretesto de que aquella princesa carecia del uso de su razon, cuando él mismo acababa de ser nombrado por ella jefe de un partido, que habia puesto en manos de Juana las riendas del gobierno y que reconocia como sagrados y obligatorios los actos que llevaban su nombre. Resign se, pues,   guardar silencio, consol ndose con la idea de que mientras permaneciera al frente de la Liga, le seria fácil hallar otros medios para cumplir lo que habia prometido al condestable, en cambio de la palabra que este le habia dado de interesarse por él con don Carlos. La reina despues de una breve pausa, continuó:

—Aun noes esto todo. Señores diputados del reino, que os hallais presentes, sabed, que siendo mi soberana voluntad atestiguar de una manera inequívoca mi aprecio   don Juan de Padilla, le confio la importante y honorifica mision de ir   representarme en Valladolid, y de requerir en mi nombre, para que comparezca en mi presencia en Tordesillas, al rebelde prelado que se atreve   titularse regente del

reino, y con él todos los que forman parte de su consejo; y que á la menor resistencia que oponga á mis órdenes soberanas, faculto al señor de Padilla para que usando de la fuerza les obligue á obedecerlas, y los conduzca á mi presencia.

Un aplauso general y unánime contestó de todos los ángulos de la capilla á este enérgico y sentido discurso de la desgraciada princesa. La mayor parte de los que habian prestado su apoyo á Giron, empezaban ya á arrepentirse de su animosidad contra su antiguo gefe, don Juan de Padilla. El mar no es mas variable que el agitado seno de una asamblea popular deliberante; así es que la siguiente proposicion hecha por Maldonado, fué desde luego aprobada casi por unanimidad.

—Las augustas palabras que acabamos de oír de los reales lábios de su alteza, dijo el capitán salamanquino, son de tal naturaleza que no pueden menos de hallar eco en nuestros corazones; ahora no falta pues, mas que acordar los medios de llevar á efecto tan nobles resoluciones. Para ello pido á la asamblea tenga á bien poner á la disposicion del señor de Padilla un cuerpo de ejército, suficiente á hacerse abrir las puertas de Valladolid, si por casualidad llegasen á cerrarse ante el enviado de nuestra reina. Yo por mi parte considero como un honor para mí, y de ello me vanaglorio en presencia de tan respetable asamblea, en formar parte de tan gloriosa expedicion, y de combatir, si es necesario, bajo las órdenes del héroe que triunfó en Toledo, y libertó á Segovia.

Apretó don Juan la mano de su fiel amigo y volviéndose hácia su real protectora:

—Mi vida y mi espada, dijo, pertenecen á mi patria y á mi soberana; doy las gracias á una y á otra por ofrecerme una nueva ocasion de atestiguarles mi amor y mi agradecimiento, y desde este instante me propongo merecer el favor que acaban de concederme.

Durante estos borrascosos debates el sol se habia alzado radiante en nuestro horizonte, y alumbraba completamente la bóveda ogival de la capilla. Entonces, los diputados, temiendo que la salud de la reina se alterase con una tan larga sesion, se apresuraron á adoptar la proposicion del señor Maldonado, y á sus instancias declaró su alteza disuelta la asamblea por aquel día. Impaciente estaba ya hacia algun tiempo la reina por volver á su real cámara; tantos deseos tenia de referir por sí misma á su querida María el resultado de una deliberacion que acababa de fijar la suerte de la noble hija de los Pachecos.

Luego que los diputados acompañaron á la reina Juana hasta las puertas interiores del Alcázar, se retiraron tambien á descansar de la agitacion y el desvelo de aquella noche. Cuando estuvieron fuera de San Benito, viéronse por algunos momentos detenidos por las oleadas del pueblo, que desde el amanecer ocupaba todas las avenidas del Alcázar; porque aunque se habia puesto gran cuidado en que no llegara á su conocimiento la sesion de aquella noche, la multitud habia acabado, como sucede siempre, por quedar enterada de lo que con tanto sigilo se le ocultaba. La noticia, de que se celebraba una

sesion bajo la presidencia de la reina, se habia estendido en el pueblo sin saberse como, ni por donde; y éste habia llegado á saber, casi al mismo tiempo que la asamblea lo deliberaba, el nombramiento de Padilla para dirigir la empresa contra el gobierno de Valladolid, nombramiento que aplaudia con entusiasmo, asi como la firme decision de Juana, no dudando del buen éxito de la expedicion, porque era don Juan el que la dirigiria. Ya veian en su patriotismo al cardenal y á todos sus consejeros conducidos presos á Valladolid. Solo una cosa entibiaba la pública alegría; el nombramiento de Giron para general en jefe, en reemplazo de Padilla.

Cuando las pasiones arrastran al pueblo, déjase conducir voluntaria y casi maquinalmente por aquellos que le engañan adulándole; pero cuando han pasado los primeros momentos, y la reflexion ha sustituido al arrebato de las pasiones, su juicio instintivo es muy exacto, y manifiesta con mucha frecuencia un tino mas delicado que los mas sagaces políticos para descubrir la maldad y la traicion.

XXII.

Dos traidores.

—¡Por vida del diablo! ¿quieres seguirnos?... Desde esta mañana andamos buscándote, y estamos ya cansados de correr en tu alcance. Vamos, anda... mas aprisa todavía; porque nuestro general desea verte y concluir de una vez con un pícaro de tu calaña. ¡Por esta vez no te has de escapar! ¡Ah! perro apóstata, ¿pensabas acaso hacer traicion impunemente á Dios y á los hombres? La horca sabrá hacerte pronto buena y cumplida justicia. ¿Crees por ventura que no vamos á pasar de aquí? Sube... añadió uno de los soldados, descargando un fuerte golpe á Moreno, que se resistia á subir la escalera principal del Alcázar de Tordesillas.

Preso de repente por cinco hombres armados cuando volvia confiadamente de su expedicion nocturna, habia al principio opuesto resistencia á seguir buenamente á los soldados, que se habian apoderado de su persona al entrar en la ciudad.

Su primer movimiento, como el de todo el que se reconoce culpable, habia sido huir: pero, al fin, le fué preciso entregarse, cediendo al número, y dejarse conducir á la presencia del general en jefe, por orden del cual se le prendia. A pesar de su habitual sangre fria, Moreno se habia turbado al considerar ante quien tenia que comparecer; temblábanle las piernas y apenas podia subir las gradas de la escalera.

—¡Por vida del diablo! ¿cuando acabará de subir? gritó un soldado, empujándole brutalmente por la espalda; te repito que nuestro general en jefe está impaciente por verte. Un poco antes ó un poco despues, siempre tendrás el premio que te mereces.

—¡Oh! el señor de Padilla no será sordo á mi voz, murmuró el preso; yo le explicaré....

—¡Ja!.... ¡Ja!.... ¡Ja! ... interrumpiéronle con estrepitosa carcajada los soldados que le escoltaban. Tu Padilla está en este momento muy lejos para que te pueda oír....

*—¿Qué es lo que quereis decir? exclamó Moreno deteniéndose sorprendido.

—¡Ja! ¡ja! ¡verdadero Judas! Se finge el traidor asombrado como si no supiera que su amo ha ido á Valladolid á hacer que apruebe su matrimonio el viejo condestable.

—¿Será posible?... interrumpió Moreno....

—¡Ja!.... ¡ja! ¡Por vida de Arias Gonzalez! ¡que estás muy poco instruido en el oficio que has tomado! La infanta doña Urraca hubiera despedido á cajas destempladas á un corredor de amores tan ignorante como tú. ¡Vive Dios! ¡que no habrias merecido que te hiciese gobernador de Zamora!

Una carcajada estrepitosa contestó á esta comparacion chistosa entre Moreno y el confidente de las galanterias de la infanta de Castilla.

—¡Simplon! contestó al jocoso Rolando, el que mandaba la partida, y á quien ya hemos conocido bajo las órdenes de Giron en el bosque de Coca. Muy mal haces en perder el tiempo hablando con ese bellaco; ¿no conoces que está mucho mejor informado de todo que nosotros?... ¡Bah! me parece que no le habrá dejado Padilla atrás sin alguna intención.... No hay duda; algun misterio encierra esto.

—Pues bien, repuso un tercero, no ha de ser el camarada quien lo descubra. Nuestro nuevo general en jefe, don Pedro Giron, no es hombre que pierde el tiempo.

—¡Don Pedro Giron, general en jefe! exclamó Moreno sobrecogido.

—Parece que no te gusta eso, replicó Rolando; no importa, anda.... Y cogiendo fuertemente del brazo á Moreno, en un momento le hizo salvar los pocos escalones que faltábanle por subir todavía. Despues le hizo atravesar una pequeña antesala, introduciéndole en el despacho del general en jefe de la Santa Liga.

Esta vez Moreno se dejó conducir sin oponer la mas pequeña resistencia, siguiendo á su introductor con paso firme, porque el nombre de Giron habia hecho renacer en su alma una secreta esperanza: su fisonomía habia adquirido tambien su habitual é impasible severidad, al encontrarse en presencia del sucesor de Padilla.

—Señor, ahí está el hombre: el perillan estaba ya desempeñando su papel; le hemos hallado rondando los alrededores del Alcázar, y no sin trabajo hemos logrado traerle á vuestra presencia.

Un rayo de alegría brilló de repente en la fisonomía de Giron, cuando tuvo en su poder al fugitivo. Una voz secreta le decia, que Moreno poseia mejor que ningun otro el secreto que tanto interés tenia él en que quedase oculto para siempre.

Habia podido averiguar Giron por medio de sus espías que Moreno habia sido el que introdujo en la cárcel al religioso; y como las

almas perversas se adivinan reciprocamente, suponía con bastante fundamento que Moreno llevaba un objeto muy distante de la caridad cristiana, al acompañar á aquel sacerdote para que asistiera al preso. Sin embargo, lo que no podía comprender era, como Moreno, si realmente tenía en su poder documentos tan interesantes y peligrosos contra él, no se habia servido de ellos para perderle, despues que Giron habia venido á ser su implacable enemigo á consecuencia de la terrible aventura del bosque de Coca.

El silencio de Padilla habia desvanecido por algunos momentos, como ya hemos visto, estos temores; pero cuando se encontró solo y frente á frente con su perfidia y su traicion, aquellos se presentaron á su imaginacion mas terribles que nunca. Examinando su memoria, Giron se acordaba de que cuando llegó á penetrar en la cárcel de San Benito, habiale costado mucho trabajo arrancar algunas palabras al preso, dominado por el miedo; pero que de lo poquisimo que este le habia dicho debia inferir que se habia verificado un cambio. Tal vez aquellas palabras aisladas de perfidia, violencia, evasion, que el preso balbuceaba no eran mas que exclamaciones de espanto de un cerebro delirante: la oscuridad del calabozo y la repentina invasion de los furiosos que se precipitaron sedientos de sangre sobre su presa, no le dieron tiempo para aclarar sus sospechas. Mas, por otra parte, ¿qué interés podria tener Padilla en este cambio? ¿Temia acaso los escesos de la violencia y del furor popular? y despues de haberse apoderado de un documento tan perjudicial á Giron, como era la promesa firmada por este al condestable, ¿habria querido poner en sitio seguro al enviado que era portador de ella para hacerle comparecer cuando fuese necesario? Muy posible era esto. ¿Pero cómo Padilla para perder á su contrario no habia producido el terrible escrito ni llamado á declarar al mensajero, si en efecto existia este todavía?

Muchas horas hacia que Giron se perdia en conjeturas, y su alma perversa no temia suponer mil perfidias en el generoso Padilla. La intervencion de Moreno en este negocio bastaba por otra parte para hacerle sospechar alguna terrible trama. Para coger el hilo de ella, era preciso apoderarse de este personage; pero Moreno no se hallaba en el Alcázar, y esto aumentaba precisamentelas sospechas de Giron. El primer acto de autoridad del nuevo general en jefe, habia sido decretar el arresto de Moreno; pero obrando con suma prudencia habia encargado esa comision á la partida de desalmados de Rolando, sus emisarios de costumbre. Júzguese cuál seria su satisfaccion cuando vió á Moreno en su poder, y sin medios de escaparse esta vez de sus manos. A una señal de Giron, le dejaron solo con Moreno los soldados.

—El traidor hace muy bien en alejar á todo el mundo, cuando teme que se le echen en cara las pruebas de su traicion, dijo Moreno levantando la cabeza con descaro.

—Demasiado altivo es ese lenguaje en boca de un hombre que está enteramente á mi merced. ¿Esperas acaso librarte tambien ahora de mi venganza? Tu vida me responderá desde este instante de tu discrecion.

—Si, pero no te atreverás á quitármela, interrumpió con acento sardónico el confidente del traidor.

—¿Y la razón?

—Porque poseo el secreto de cierto convenio oculto que existe entre don Inigo de Velasco, gran condestable de Castilla, y don Pedro Pacheco y Giron. Por esto, mientras el señor don Pedro no tenga en sus manos este precioso título, me rio de sus amenazas, por mas que sea hoy general en jefe de su partido.

—¡Lo hubiera jurado! ¡necesariamente debias saberlo! exclamó el nuevo jefe confundido; y variando al instante de tono, con la esperanza de aclarar mejor la verdad, añadió con dulce y engañoso acento: Sin embargo reflexiona, Moreno; hay servicios que nunca se olvidan.

—Lo mismo sucede con ciertos agravios y malos tratamientos, dijo para sí el apaleado en Coca.

—Ya que la suerte ha querido que estés enterado de la escena misteriosa que tuvo lugar en la cárcel, esplicamela al momento. Yo no sé porqué, pero tengo grandes sospechas, que el enviado de la regencia no es el que ha sido asesinado esta noche.

—¡Gracias á Dios! el que yo saqué de la prision vive aun, y se halla ahora en parage seguro.

—¡Justos cielos! exclamó don Pedro, y sus contraidas facciones adquirieron de pronto un aire sombrío. ¿Qué interés podia tener Padilla en libertar al parlamentario?

—Ninguno, contestó Moreno; tambien ignora la verdad, y está persuadido de que es el mismo enviado el que el pueblo ha sacrificado, y arrojado luego á los fosos de la villa: unicamente yo sabia lo que hacia salvando de este modo á un amigo mio.

—¿A un amigo tuyo?

—Si á un amigo, por quien hubiera dado mi sangre y mi vida, en correspondencia justa de la confianza que habia puesto en mí. Tomad, señor Giron, esto que al partir me ha entregado para vos. Y al decir esto sacaba de entre su ropilla el mensaje del condestable, dirigido á Giron. A vista de aquel documento, un temblor repentino se apoderó de todos sus miembros; de aquel pergamino que estaba allí delante de sus ojos, le parecia que estaba suspendido el hilo de su existencia: preciso le era apoderarse de aquel documento á toda costa. ¿Quién se lo habia de impedir? ¿no era acaso dueño de arrancar aquel título tan temible para él, de manos del que lo habia adquirido por un engaño, y que ahora estaba en su poder? Entonces á la manera de un avaro que encuentra su tesoro en manos extrañas, don Pedro estaba fuera de sí; dominábale una especie de frenesí y siéndole imposible reprimir su cólera exclamó:

—Muy audaz estás confesando en mi presencia tu traicion. ¿Olvidas dónde estás? ¿ignoras tal vez que en este instante una sola palabra mia puede llevarte al suplicio?

—No cabe duda, es muy posible; pero tendria la satisfaccion de que iriamos juntos. Pues qué ¿me crees acaso tan mentecato que no descubriria á los que estás vendiendo, un secreto del cual tengo las pruebas en la mano?

Hablando de esta manera el satánico musulman desafiaba á su nigo, estrujando entre sus dedos el pergamino acusador? No pu-

diendo ya Giron contener su ira, desenvainó su daga, y arrojándose sobre Moreno, exclamó: —¡Mi carta!

A tan repentino ataque, Moreno, retrocedió algunos pasos. Carecia de armas, es cierto; pero tenia en cambio mas sangre fria y mas fuerza muscular que su contrario. Evitando con destreza el arma homicida, se arrojó á su vez sobre Giron; estrechándole vigorosamente con el brazo izquierdo, mientras, que con el derecho sujetaba el puño de Giron, y le hizo soltar el arma terrible. Cuando le tuvo sujeto, arrojóle contra la pared oprimiéndole contra ella hasta hacerle perder el aliento, del mismo modo que el viejo Lamez apretaba al joven Ruí Diaz de Vivar. La posicion de Giron iba haciéndose cada vez mas crítica; y sin embargo no se atrevia á levantar la voz ni á pedir socorro. Moreno era capaz de ir informando á todo el mundo del motivo de su indisposicion con el general en jefe, y este descubrimiento no podia ser nada favorable á Giron. Entre tanto Moreno habia desarmado á su antagonista, y tenia á su vez sobre él levantada la daga de que le habia desposeido.

—Ya lo ves; le dije, ahora te tengo á mi disposicion; pero, añadió con amarga ironia, quiero ser mas generoso que tú, ó mejor dicho, menos insensato. En este momento, en que nuestras existencias están ligadas la una á la otra, quitarte la vida seria sacrificar la mia, y yo debo conservarla para bien de los que aun necesitan de mis servicios. Desecha, pues, todo temor, y en lugar de procurar como dos locos perdernos mutuamente, tratemos mas bien como dos hombres que tienen entre sí graves y mutuos secretos.» Y al decir estas palabras aflojaba poco á poco á su oprimido antagonista: éste disimulando su secreto despecho vió que el único medio de salir de aquel apuro, era acceder á todo lo que Moreno le exigiese.

—Bien; le dije, en cambio de esos pergaminos, suscribo gustoso á cuanto exijas de mí.

—Con la condicion, supongo, de faltar despues á tus promesas, contestó Moreno, señor doctor en perfidia, y jugarme despues una mala pasada en la primera ocasion,

Giron no contestaba una palabra; conocia que todo artificio le seria inútil con un hombre como Moreno, que era muy capaz de penetrar anticipadamente el ardid mas disimulado.

—Escucha, prosiguió el infiel con la insolente familiaridad del que ha llegado á hacerse cómplice de los crímenes de otro; porque el crimen es como la muerte, ignala todas las condiciones. Escucha, repitió, al instante necesito estar libre, y con una libertad tan bien asegurada que no pueda temer que se me persiga ni por motivos religiosos, ni por causas políticas, ni por delitos comunes.

—Tendrás esa libertad, dijo Giron.

—Tu palabra no me basta, contestó el descarado confidente; de traidor á traidor las únicas garantias aceptables son el cambio de sus mas intimos secretos.

—¿Qué quieres decir? espílicate, interrumpió don Pedro.

—Si, entre los hombres, los lazos mas indisolubles son los que se han formado por el interés comun de los que el crimen ha unido.

Pues bien, si en este momento te perdono la vida es porque sé positivamente que mi muerte seguiría á la tuya; y si además de perdonártela, me ves acceder también á tus deseos, es porque quiero mi libertad; y si por precio de esta libertad consiento por último en devolvarte este escrito, es porque aunque este fuera de aquí y no tenga ya en mi poder documentos que te acusen, conozco evidentemente que aun entonces tendrás interés en proteger mi existencia.

Una ligera sonrisa asomó á los labios de don Pedro, que guardando silencio, redobló su atención á las palabras de Moreno.

—Esto te admira, continuó el confidente; pues aun será mayor tu sorpresa cuando te diga, que lejos de ocultarte los secretos de mi alma, quiero confiártelos enteramente, y asociarte á las ocurrencias de esta noche, haciéndote mi confidente.

—¡Habla pronto! exclamó Giron, impaciente por saberlo todo.

—Pues bien: es preciso que sepas que el verdadero motivo de mi empeño en hacer escapar al preso de San Benito, era el conocimiento que yo tenía de la conspiración que tramabas contra su vida. Yo ignoraba la causa que te impulsaba á obrar así; pero sabía que al anochecer, en medio de la sedición que fomentabas con tu oro y tus palabras, debías hacer que se forzase la cárcel de la casa de ayuntamiento y asesinar al desgraciado que allí estaba preso.

—¿Quién te ha contado esa patraña? dijo Giron, esforzándose en ocultar bajo un exterior tranquilo é indiferente, el profundo disgusto que le causaba ver descubierta su conducta.

—¡Paciencia! contestó Moreno con tal frialdad y descaro que cualquiera otro que no hubiera sido don Pedro Giron no hubiera podido contener la explosión de su ira; antes es preciso que sepas la generosidad con que me he portado contigo. En vez de descubrir al señor de Padilla tus ocultos manejos, solo pensaba en prevenir cautelosa y reservadamente sus resultados, y sacar de ellos todo el partido posible para cumplir mi propósito de libertar al preso. Luego que obtuve de Padilla el permiso de llevar á la cárcel un religioso, con el laudable pretexto de asistir al parlamentario, obligué al reverendo á ocupar el puesto de la persona que me proponía salvar, y á la que tú después tuviste á bien asesinar, haciendo que desaparecieran todas las señales de mi artificio. Hé ahí como he libertado sin riesgo alguno al joven Abbas Abdallah, esperanza de los verdaderos creyentes.

—¿Abbas Abdallah? dijo Giron; ¿el mismo que se fugó del convento de dominicos de Valladolid? ¿Y sería este acaso el enviado de la regencia?

—El mismo.

—¿Qué impostura!

—Yo no aventuro jamás una palabra que no tenga fácil explicación, repuso Moreno. En la mañana siguiente al día de los públicos regocijos, una muger vino á encontrarme; esta muger te conocía, pues te había visto en la taberna del rey Almanzor.

A este recuerdo tan oportunamente traído por Moreno, Giron palideció y bajó los ojos al suelo. Aparentando aquel no haber adver-

tido la turbacion de su cómplice, continuó con el mismo desembarazo.

—Aquella muger habia formado parte de la cuadrilla de moros que por mi fortuna llegó tan oportunaemente á librarme de tus manos en el bosque de Coca. Tú debes acordarte bien...

—¿Cuándo acabarás? exclamó Giron, humillado en presencia de unos hechos, con tanta impudencia descritos por su cómplice.

—¡Paciencia! contestó este último. Has de saber, pues, que esta fiel musulmana fué la que me dió la noticia de que un considerable número de moros habia logrado á favor de distintos disfraces penetrar en Tordesillas, y que el mismo príncipe Abbas no habia tenido reparo en ponerse al frente de la expedicion, bien que con el falso carácter de enviado del gobierno de Valladolid, esperando realizar con mas seguridad el proyectado rapto de la persona de la reina, precioso rehen que contaba llevarse á las sierras de las Alpujarras, en medio de los hijos del Profeta, que han encontrado allí un asilo seguro.

Agradablemente sorprendido Giron á tan estrañas revelaciones, no pudo menos de esclamar:

—¡Cómo! ¿y no temes confiarme á mí tales secretos?

—¡Oh! no te sonrias de compasion al ver que voy descubriéndote los planes de mis hermanos; te conozco tan bien como tú te conoces por mas que quieras disimular. Persuádetes de que para que Moreno no te oculte nada, es preciso que él esté antes muy seguro de que puede contar contigo. ¿No te interesa tanto como á mí mismo saber que se halla al abrigo de toda persecucion el falso parlamentario de la regencia, que podría hacer muy bien contra tí tan temibles descubrimientos?...

—Pero ¿ha tenido Abbas Abdallah en su poder los mensajes del regente y del condestable? ¿Es cierto eso?

—No lo dudes, repuso Moreno; voy á esplicarte cómo llegaron á sus manos. En uno de los parages mas solitarios de las montañas de Sigüenza, tuvo lugar un encuentro entre la pequeña escolta del príncipe Abbas y la del verdadero enviado de Valladolid. El resultado fué fatal para los partidarios de la regencia: todavía se hallan sus cadáveres en el fondo del barranco en que fueron arrojados despues del combate. Y ahora que ya te he puesto claro este suceso, ¿comprendes de cuánto interés debia serme la existencia del preso de San Benito? Gracias al cielo, mis votós se han cumplido, y mis deseos han sido satisfechos antes que los tuyos....

—¡Miserable! repuso Giron, no pudiendo tolerar por mas tiempo la temeraria insolencia de aquel hombre, á quien miraba como su inferior. Y creyéndose poseedor á su vez de los secretos de Moreno:

—¡Infame apóstata! le dijo en tono amenazador, ¿ignoras acaso que tengo ahora en mi poder las pruebas que necesito para hacerte ahorcar por mano del verdugo? Afortunadamente para tí he jurado volverte la libertad....

—¡Oh! ¡oh! replicó su cómplice redoblando su descaro; me hablas de juramentos, ¡tú que sabes mejor que yo lo que valen! ¡Locura!

Leyendo estoy en tu frente, que hace tiempo te hubieras desembarazado de un confidente tan peligroso, si hubieras tenido en tus manos este escrito que me hace dueño de tu destino.

—Devuélvemelo al instante, contestó Giron, y quitate de mi presencia, porque tu vista me causa horror.

—Di mas bien que te hace avergonzar de tu traicion y perfidia. Tambien tengo compasion de lo que debes sufrir, con mi presencia; por esto voy á abreviar tu suplicio entregándote este pergamino que devoras con los ojos.

Giron se precipitó para cogerlo, pero su experimentado cómplice, deteniéndole:

—¿Me supones acaso tan tonto, le dijo, que me haya de separar de ti sin otra seguridad que tu juramento? No, no, no quiero esponerme á ir á hacer compañía á tu víctima de la noche última en los fosos de la villa. Antes de dejarte quiero que lo sepas todo: dos almas como las nuestras, te lo repito, solo pueden unirse cuando tengan comunion de intereses.

Nada contestó don Pedro á este language infernal, y reflexionaba en vano queriendo adivinar adonde le conduciria el satánico moro que parecia presidir á su existencia criminal.

—Desecha toda inquietud, continuó este; hacer que durase tu martirio mas tiempo seria inútil para mí; lejos de devolverte mal por mal, te he prestado un gran servicio, salvando el último vástago de la raza real de Granada. Tu rival temia encontrar en la asamblea una fuerte oposicion á su matrimonio, y quiso como amante previsor neutralizar anticipadamente sus efectos casándose con la señora doña María Pacheco. Por órden suya fui á buscar el religioso que habitaba la ermita del Arenal, y bajo el buen pretexto de disimular la verdadera causa de la aparicion del ermitaño en Tordesillas, persuadi sin gran dificultad á Padilla á que me permitiese conducir al religioso á San Benito para que asistiera al preso, que habia solicitado que se le enviara un sacerdote con este objeto. Ahora comprendereis, señor Giron, lo que debió resultar de esa visita. Cuando Abbas estuvo libre de su prision, bajo el disfraz del hábito religioso fué necesario que sostuviera hasta el fin el papel que se habia propuesto desempeñar de sacerdote cristiano. Gracias á las lecciones de los reverendos dominicos de Valladolid y á los tiernos suspiros de amor de Padilla y della señora, demasiado embebidos en su passion para que pudieran dedicarse á examinar la identidad del sacerdote que los unia, Abbas Abdallah cumplió su encargo con general satisfaccion.

La ceñuda frente de Giron se dilató de repente.

—¡Qué! ¿será cierto? el matrimonio de Padilla y de doña María será una farsa debida á los manejos de un impostor? Mucho debes aborrecerles para burlarte de ellos de esta manera.

—Soy el hijo de Albayaldos y el esclavo de don Diego Pacheco, uno de los esterminadores de mi familia, murmuró sordamente el implacable moro.

Pero don Pedro en el colmo de la alegría, no prestaba la menor atencion al tinte sombrío de la fisonomia de su compañero.—¡Oh! aho-

ra, lo confieso, te estoy muy obligado. Habla ¿qué exiges de mí?

—La libertad. En cuanto á la vida, no creo, añadió con ademán altivo y desdenoso, que quieras quitársela al único testigo que puede deponer acerca de la nulidad del matrimonio de la señora Pacheco. Sin embargo, piensa bien, si mas tarde el interés de los verdaderos creyentes te obligará á hacerlo.

—Por mi alma te juro que me es tu vida sumamente preciosa, contestó don Pedro.

Y despues de una profunda reflexion, en que por algunos instantes le sumergiera la importante revelacion de Moreno:—¡ Ah! mi señora prima, ahora ya estais en mi poder; que vuelva vuestro Padilla cuando quiera de Valladolid; ya no le temo...

—Ya me parece que no tengo necesidad de conservar estos títulos dijo el moro triunfante; aquí los teneis, tomadlos.

No se hizo repetir Giron estas palabras para al instante apoderarse de los pergaminos. Su mano temblaba de emocion al coger aquel mensage del condestable, cuyo estravio le habia causado tantas zozobras.

Lleno de alegría casi hasta el punto de perder la razon, dijo á Moreno:

—De ahora en adelante cuenta con mi gratitud; y para que empieces á experimentar sus buenos efectos, voy á mandar que te digan dos misas, para que el cielo ilumine tu alma y te inspire el deseo de volver al seno de nuestra santa religion.

Dificilmente pudo Moreno ocultar en su semblante el desprecio que sentia hácia Giron al escuchar semejantes palabras de boca del traidor.

—Aun no es esto todo, añadió don Pedro, sino que para que puedas en lo sucesivo merecer perdon y olvido de parte del condestable, es preciso que me ayudes ahora á cumplir mis compromisos para con él; y con la misma franqueza que tú lo has hecho, voy yo á confiarte mis proyectos: Padilla no es probable que emplee mucho tiempo en concluir su expedicion sobre Valladolid; con el cuerpo de voluntarios que lleva facilmente se apoderará de la ciudad, cuya guarnicion ahora es muy escasa. Sé ademas por muy buen conducto que el condestable se encuentra hoy en Medina de Rio Seco, ocupado en reorganizar su ejército con las levas que su hijo, el conde de Haro y el almirante de Castilla hacen en Aragon y Navarra. Sin perder un momento, ve pues á Medina de Rio Seco á encontrar al señor de Velasco. Como mereces toda su confianza y tienes ademas el encargo especial de velar por su pupila, podrás con facilidad llegar hasta su presencia, y apoyándote en la obstinada oposicion de la señora Pacheco en volver á la obediencia de su tutor, le dirás que habiendo creido como lo mas conveniente ponerte de acuerdo conmigo, como gefe elegido últimamente por los diputados de la Liga, acerca del partido que debias tomar, vas de mi parte á instarle para que inmediatamente se dirija á Tordesillas con todas sus fuerzas. Manifiéstale sobre todo que estando Padilla ocupado en este momento hácia la parte de Valladolid, puedo dificilmente, bajo el pretexto

de hacer un movimiento á favor de este abandonar á Tordesillas, aparentando que quiero atraer sobre mí las tropas reales marchando sobre alguno de los puntos que mas interés tengan en conservar. Puedes además asegurar sin temor al condestable que con muy poca dificultad se apoderará de Tordesillas, de la reina, y de la señora Pacheco, dando así un golpe de muerte al partido de la insurrección.

Mas por un resto de desconfianza que no era fácil al traidor desecharlo: Es inútil, añadió, que lleves por escrito las instrucciones que te doy; semejantes mensajes serian para tí muy peligrosos si los llegaran á encontrar en tu poder. El señor de Velasco dará todavía mas crédito á tus palabras cuando le digas que no se olvide de cumplir sus promesas como yo le cumplo las mías. Entonces conocerá que posees toda mi confianza y que realmente eres portador de mis instrucciones. Pero que no se detenga en ponerse en campaña; que aproveche la ocasion, te lo repito, en que Padilla se halla ausente, y yo puedo secundar sus proyectos de pacificación, porque si lo retarda no podré serle ya útil. ¡Con el pueblo para nada puede contarse! Los mismos que hoy me han dado el poder, son capaces de retirármelo mañana. ¡Gran Dios! ¡cuánto tarda el momento en que nada tenga que ver con esas gentes! Adular por adular, mejor que á esa chusma quiero adular al emperador.

—Sobre todo, dijo Moreno, si en premio de esa adulacion os conceden honores y riquezas el emperador.

—Añade tambien, repuso Giron, en premio del servicio que voy á prestarle, y al que tú no cooperarás sin fruto.

Tendiendo entonces, con cierta especie de afecto, la mano á su cómplice: Olvida lo pasado, continuó, y cuenta en adelante con mi entero reconocimiento.

Esta vez creyó prudente Moreno no rehusar aquella afectuosa demostracion de Giron; dióle, pues, la mano con muestras de verdadero afecto, y esta prueba de la buena fé y de la sinceridad consagró entonces la union de la perfidia y de la traicion.

—Pero debo decirte en prueba del interés que tomo por tí, añadió Giron, que el servicio que vas á prestar á la causa real es de tal naturaleza que puedes por él conseguir el indulto del castigo en que incurriste, favoreciendo la evasion de Abbas Abdallah. Debo tambien advertirte que para obtener perdon y recompensa á la vez, es necesario que te guardes mucho de tomar parte en lo sucesivo en los proyectos de rebelion de tus antiguos correligionarios. Acuérdate que has recibido el bautismo y eres cristiano, y olvida en fin, que eres hijo de Albayaldos.

—Si, contestó Moreno, cuando pueda olvidar que tú eres hijo de un Pacheco, concluyó balbuciendo entre dientes.

—Marcha, pues; y que el primer acto de tu libertad sea trasladarte á Medina de Rio Seco.

—Tan cierto como hay un Dios en el cielo, estaré allí mañana al rayar el alba, y desempeñaré fielmente mi encargo para con el señor de Velasco; sin dejar de ponerlo antes en conocimiento del principe

Abbas y de mis hermanos de la sierra de Grados, murmuró al salir con cierto aire de triunfo.

XXIII.

Nuevo triunfo y nueva desgracia.

Un pais bien triste en verdad es el que se encuentra desde Tordesillas hasta Valladolid. Al salir de la llanura bañada por el Duero, la naturaleza presenta un aspecto salvaje, principalmente desde que se entra en las gargantas de la sierra de Simancas. Aquellos sitios eriales y pedregosos nada ofrecen de pintoresco, como no sea la misma fortaleza de Simancas, que se halla colocada en la cima de un peñasco como el nido de un águila. Por su escarpada y solitaria posición conocerá el viagero que era muy digna de aquellas esforzadas vírgenes, que en número de siete, prefirieron mutilarse la mano izquierda, á formar parte del tributo de las cien doncellas que la ciudad de Simancas debía pagar cada año al rey moro de Toledo. Asi es que ningún viagero puede pronunciar este nombre de Simancas, derivado de *Siete Mancas*, sin recordar con emoción aquellas mártires de la castidad cristiana.

No era, sin embargo, en aquellas jóvenes del tiempo de los califas Almanzor y Josué, en quien pensaba don Juan de Padilla, al bajar á la cabeza de sus voluntarios por la espalda de una montaña situada enfrente de la que sirve de asiento á Simancas; porque nuestro héroe se habia desviado un poco del camino recto con el objeto de no pasar por la parte baja de aquella población. Bien hubiera deseado apoderarse de aquella plaza; era aquel un punto importante, que podia en su caso ser de grande utilidad á la Liga. Además haciéndose Padilla dueño de aquella ciudad, se apoderaba de los archivos y de los títulos originales de las constituciones del reino, que se depositaban en Simancas de tiempo inmemorial. Capaz era aquella empresa de hacer que cayese nuestro héroe en la tentación; pero no contaba con fuerza suficiente para esponder en un encuentro de aquella naturaleza el pequeño cuerpo de ejército destinado esclusivamente á la expedición de Valladolid. La ocupación de este último punto era de mucha mayor importancia, debiendo ser la de Simancas la consecuencia probable de aquella.

Aplazando, pues, para su vuelta la ejecución de sus planes sobre la orgullosa fortaleza, don Juan, á fin de evitar que le molestase en su marcha la guarnición de Simancas, habíase metido en un estrecho desfiladero oculto á la vista de los centinelas del temido alcázar.

Solo, á la cabeza de su ejército, no podia olvidar Padilla la felicidad que acababa de dejar, felicidad que le parecia tan grande que muchas veces se le hacia increíble. No debemos estrañar esto, aten-

diendo á tantos sucesos como desde la víspera se habian ido agolpando en derredor de nuestro héroe, que lejos ahora de su jóven esposa y en medio de áridas y salvages montañas, se preguntase todavía á sí mismo si la felicidad que se ofrece á su corazón era ó no un sueño del que fuese preciso despertar cuanto antes. Sin embargo, la preciosa banda que ciñe su pecho le trae á la memoria la tierna despedida de su idolatrada María; aquel era el último presente que habia recibido de su tierna esposa, acompañado de un llanto amargo.

—¡Dichoso don Juan! tus arterias laten aun con demasiada violencia al recuerdo de aquellos momentos venturosos, para que tu felicidad no haya sido mas que una ilusion. Tu corazón está aun sobradamente conmovido para que puedas dudar de la verdad de los sentimientos que has experimentado, al separarte de los brazos de tu amada. No, la causa de tu tristeza no es la que podrian creer esos seres vulgares que te rodean; no; la ingratitud con que tu partido ha pagado tus servicios, no es la idea que domina tu alma generosa, que sabe elevarse sobre tan indignos procederes. Compadece su ignorancia y da las gracias al destino, que te proporciona una nueva ocasion de recobrar el afecto de tu partido y confundir á tus falsos calumniadores. No, lo que arruga tu frente es el pesar de que tus partidarios de la Santa Liga hayan puesto su suerte en unas manos como las de Giron, cuya deslealtad no te es desconocida; y no sin disgusto y recelo ves confiado el poder á aquel hombre, y colocada bajo su salvaguardia á la muger que tanto idolatras.

Este último pensamiento, era el que principalmente atormentaba al caballero don Juan, quien reconocia que aunque la señora Pacheco, habiendo llegado á ser la señora Padilla, Giron no tenia el menor pretesto para decidir de la suerte de su prima, ni para suscitarle molestos entorpecimientos; sin embargo, le parecia, y con razon, que todo podia temerse de un hombre tan malvado como Giron, principalmente despues que su nueva autoridad podia proporcionarle medios de urdir tramas con mejor éxito que anteriormente.

Absorto en tales pensamientos, el señor de Padilla hacia que su gente redoblara á su ejemplo el paso, como si la rapidez de la marcha hubiera de acelerar el momento de la vuelta. No obstante, como habia salido de Tordesillas á una hora avanzada de la mañana, se encontró que el sol se ponía cuando llegó á los pequeños montes de Valladolid, desde cuya cima se descubre la rica llanura que riega el Pisuerga, en la que en otro tiempo echaron los romanos los cimientos de la opulenta ciudad, conquistada despues por los bárbaros del Norte, tomada en seguida á estos por las tribus infieles del Mediodía, y vuelta finalmente al cristianismo por aquel Haro, noble caballero, digno continuador de la grande obra del rey Pelayo.

Las macizas y elevadas torres de la catedral, no reflejaban ya los rayos del sol y las altas agujas de los setenta conventos, que formaban la corte de honor al orgulloso campanario del cabildo de Valladolid, se perdian en la sombra, cuando nuestro héroe llegó á ocupar con su ejército de voluntarios el convento de Gerónimos de Nuestra Señora del Prado de la Flecha. Allí se detuvo algunos momentos du-

dando si deberia aguardar á que fuese entrada la noche para acercarse á Valladolid, de donde no le separaba mas que una legua escasa de camino. Una cosa solo le detenia para continuar su marcha al momento: el paso del Pisuerga que corria bajo los fuegos de la muralla, y que no podia verificar sino por un puente que estaba demasiado cercano á aquella.

Persuadido por las observaciones de Maldonado y algunos otros de sus compañeros de armas, de que el buen éxito de la empresa dependia sobre todo de la prontitud de su ejecucion, y de aprovechar la ignorancia en que parecia estar el pais de la marcha y de los proyectos de Padilla sobre Valladolid, continuó su camino este capitán, habiendo logrado llegar al puente de Berrocal, de madera y medio arruinado en aquella época, sin haber encontrado hasta él algun obstáculo. Ningun centinela que pudiese dar el grito de alarma, guardaba el puente: la mas ciega imprevision y el sosiego mas profundo reinaban en Valladolid, y nuestros espedicionarios llegaron hasta la puerta de Santiago, situada al Oeste de la ciudad, sin otro encuentro que el de algunos labriegos que volvian de sus diarias tareas, procurando evitar la presencia de los soldados de la Liga, cuya procedencia y objeto ignoraban completamente. Pero nuestros temerarios aventureros hallaron cerrado el puente levadizo y bajado el rastrillo. Esta medida de precaucion no procedia de que se abrigasen temores en Valladolid por la sorpresa que pudieran intentar los rebeldes de Tor-desillas, pues no se les hacia el honor de creerlos tan audaces, sino únicamente porque habia sonado el toque de oraciones, y la costumbre en toda plaza cerrada ordenaba esta seguridad.

No debiendo ya Padilla retroceder del punto á donde habia avanzado, adoptó en el acto una resolucion definitiva.

—Señor Maldonado, dijo á este gefe, avanzad con vuestros voluntarios al Mediodia de la ciudad y ved si es posible intentar el asalto, cuyo buen resultado no dudo, pues los soldados del cardenal me parecen demasiado cobardes y perezosos para oponerse á vuestra tentativa. En cuanto á los vecinos fingirán que estan durmiendo, y casi estoy seguro que no responderán á la llamada del regente, cuando sepan que somos nosotros los que estamos delante de la plaza. Mientras que ejecutais esta maniobra con el mayor silencio posible, yo haré mucho ruido por este lado pidiendo que se me permita entrar en la ciudad en nombre de la reina Juana y de la Santa Liga de Avila.

Apresuróse Maldonado á ejecutar las órdenes de Padilla, porque su confianza en este capitán era tan grande como el afecto que le habia consagrado desde el primer dia en que le conoció. Despues que los voluntarios de Salamanca hubieron desaparecido entre la oscuridad, mandó don Juan tocar las trompetas. A este extraordinario ruido, manifestóse repentinamente una grande agitacion en la parte occidental de la ciudad, y desde la almenada galeria que domina la puerta, una fuerte y ronca voz preguntó á Padilla qué era lo que queria, y con qué derecho tenia el atrevimiento de presentarse á aquella hora, y de aquel modo delante de Valladolid, con aquella gente armada, en medio de la cual ondeaba una bandera.

—Abrid, contestó el atrevido capitán, en nombre de su alteza la reina y de las cortes de Avila.

Algunas piezas de artillería de pequeño calibre que guarnecían por aquel lado la muralla, contestaron con sus tiros á la arrogante intimación de nuestro héroe; pero mal servidas por una parte, y peor apuntadas por otra á causa de la oscuridad de la noche hicieron muy poco daño al ejército de la Liga. Este además se encontraba demasiado cerca de las murallas para temer las balas que pasaban silbando sobre sus cabezas. Asustado sin embargo Lopez Cueva decía en voz baja á otro voluntario de Toledo que se encontraba á su lado:

—¡Jesus! ¡Maria! ¡qué modo tan grosero de recibirnos tienen estos flamencos!

—Paciencia; ya nuestro capitán se dispone á darles una lección de política y de.... Pero ¡silencio! que nos está dirigiendo la palabra.

—¡Amigos! ya veis el modo con que Valladolid recibe á los enviados de nuestra reina. ¡Por el honor de tan augusta princesa y por el de la santa causa que defendemos, que no pueda decirse jamás que hemos marchado en retirada! ¡Adelante!! Y echando mano á una escala la aplicó contra la muralla, mientras que los clarines y tambores tocaban furiosamente á la carga, con la doble intención de que aquel estruendo llamase la atención de toda la ciudad hácia aquel punto.

Los sordos y continuos tañidos de la gran campana de la catedral era el único ruido que en el interior de la plaza respondía á todo aquel aparato guerrero de los sitiadores. Las murallas entre tanto se hallaban desiertas. Admirado Padilla de tan profundo y continuado silencio, temió una traición y suspendió el asalto; aquel sueño del viejo condestable le parecía muy poco natural.

De repente aparecieron las murallas iluminadas por multitud de antorchas, y se oyeron los gritos de alegría y triunfo de: ¡Viva la reina! ¡viva la Santa Liga! ¡Viva Padilla!

En vista de tan pronto é inesperado socorro, Padilla y su tropa se dispusieron á continuar con nuevo brío su aventurada empresa. Una vez dueños de las troneras poco tardaron en hacer que rindiera las armas la guardia de la puerta de Santiago, marchando en seguida al encuentro de un grupo que se dirigía hácia ellos, y que les parecía ser el cuerpo de voluntarios de Salamanca á las órdenes de don Francisco Maldonado.

Era en efecto el joven capitán quien venía á la cabeza del grupo; y en la arriesgada empresa que había llevado á feliz cima, lejos de tener que deplorar pérdidas sensibles, parecía por el contrario que había triplicado sus fuerzas en el asalto. Agolpábase al rededor de este esforzado gefe un inmenso gentío, en el que se miraban confundidos algunos religiosos de todas las órdenes, mayormente de las mendicantes. A la vista de este espectáculo, Padilla, aunque sabía que podía contar con numerosos partidarios en la ciudad, no podía sin embargo explicarse á sí mismo como el condestable había podido ver tranquilamente sus esfuerzos sin contenerlos; y se preguntaba

con sorpresa que habria sucedido al señor de Velasco, al cardenal Adriano y á los demas individuos de la regencia, cuando Maldonado, corriendo hácia él, exclamó lleno de entusiasmo.

—¡Victoria! Valladolid es nuestro, sin necesidad de haber disparado un tiro! Estos reverendos padres, á cuya eficaz cooperacion debo él haber penetrado aqui tan pronto; aseguran que salió ayer el condestable en dirección de Medina de Rio Seco, y que en este instante el mismo regente lleno de espanto se dispone á reunirse con la mayor prisa.

—¡Al real palacio! ¡al real palacio! gritaban por todas partes.

Pero Padilla, como capitán prudente, temiendo alguna emboscada de parte del enemigo, no pudo decidirse á penetrar con sus voluntarios por las estrechas é inseguras calles de la ciudad, sumergida entonces en las espesas tinieblas de la noche. Tal vez creyó tambien que seria mejor dar tiempo al regente para que pudiera escapar; porque ¿qué haria de la persona del cardenal si caia en su poder? Esta captura podria traerle mas inconvenientes que ventajas en aquellos momentos de efervescencia. Si hallándose Adriano en su poder, llegase á suceder á este prelado la misma desgracia que á su heraldo en Tordesillas, realistas y coaligados no dejarian de echar sobre él toda la odiosidad de aquel acontecimiento, haciéndole responsable de tan criminal escándalo.

—¡No! exclamó con voz de trueno; ocupemos ahora las murallas y principales fortificaciones de Valladolid, antes de aventurarnos á penetrar en esta oscura ciudad donde podríamos ser víctimas de alguna emboscada.

Y al decir esto, dividió su gente en diferentes compañías, mandándolos apoderarse de todos los puestos de guardia, encargando muy particularmente que dejasen de distancia en distancia retenes de cuatro ó cinco hombres, con el objeto de tener espedita la retirada en caso de verse obligados á emprenderla. Luego que comunicó estas órdenes, se dirigió en persona á los puntos mas importantes y mejor defendidos. Al solo nombre de Padilla, los realistas oponian muy poca resistencia para rendir las armas, sobre todo los grupos de paisanos, que iba reemplazando nuestro héroe con soldados de su séquito. Tomada esta medida, penetró en el interior de Valladolid. En ninguna parte se le opuso obstáculo á su marcha; las calles estaban desiertas; pero al salir de la plaza mayor, situada en el centro de la ciudad, vió con asombro iluminarse poco á poco y llenarse de gente los dorados balcones de las uniformes casas de aquel hermoso recinto, prorumpiendo en vivas entusiastas á la reina, á Padilla y á las córtés de Avila.

Nuestro héroe sin detenerse en su camino triunfal, se adelantó hasta el antiguo palacio de los reyes, y lejos de encontrar por aquel lado la menor resistencia, halló la antigua y denegrida morada sumergida en la oscuridad y en el silencio. Nadie se veia en las almenadas torrecillas, que flanqueaban la muralla, como en aquella época sucedia á todas las casas de los grandes señores.

—¿Si estará la jaula vacía? se decian los toledanos.

—Ya ha volado el viejo pajarraco, añadian á media voz ciertos voluntarios que ya conocemos.

En efecto todo parecia anunciar que el antiguo palacio estaba completamente abandonado por sus ordinarios moradores. Despues de haber llamado Padilla repetidas veces, y no habiendo logrado que nadie contestase á su voz, dió orden de echar abajo la puerta: pero en vano se buscó al regente por las mas apartadas habitaciones. Despues se supo que á favor de un disfraz, se habia fugado de la ciudad. En el desórden y abandono en que don Juan encontró los muebles y objetos mas preciosos, pudo juzgar de la precipitacion con que el cardenal habia emprendido la fuga. Padilla como buen caballero mandó que se respetase la morada real, amenazando imponer los mas severos castigos al mas leve desórden que allí se cometiese; y para estar mas tranquilo sobre el cumplimiento de lo que habia ordenado, dispuso que algunos de sus mas fieles toledanos, cuya adhesion y probidad le eran bien conocidas, permaneciesen en el palacio y lo protegiesen. Hecho esto, se trasladó Padilla á la casa de ayuntamiento, en donde estaban reunidos todos los individuos de la municipalidad que habian suplicado á don Juan tuviese á bien ponerse de acuerdo con ellos al momento para deliberar acerca de los medios que debian adoptarse para impedir todo desórden y asegurar la independencia de Valladolid.

Cuando el héroe de la causa nacional se presentó al cabildo, se abandonó éste á los mayores trasportes de alegría. Semejantes demostraciones eran suficientes para hacer olvidar á Padilla la ingratitud y los injustos procederes de la asamblea de Tordesillas; pero el generoso hidalgo, cuya adhesion á su partido no conocia limites, solo pensaba en aquel momento en la conservacion de su nueva conquista. Acordó, pues, con los alcaldes y los pro-hombres de los gremios las precauciones que mas urgentemente reclamaba el temor de un ataque, como debia esperarse, de parte del condestable, que en aquel momento debia ya haber reunido en Medina de Rio Seco una gran parte de las fuerzas que habia pedido á Navarra.

Ademas, antes de entregarse al descanso que tan necesario le era despues de tantas fatigas. Padilla consignó por escrito una relacion exacta de su feliz espedicion, y la remitió al instante á la reina, suplicándole la comunicase á la junta y á los diputados de las córtes reunidas entonces cerca de su alteza. Tambien rogaba á esta princesa tuviese á bien mandar á don Pedro Giron nuevo general en jefe de los ejércitos nacionales, destacase al momento una parte de sus fuerzas hácia Medina de Rio Seco con el fin de oponerse á la reunion de las tropas que el conde de Haro traia de Navarra, con las de su padre el condestable; y si ya era tarde para esto, biciera al menos un movimiento que llamase la atencion del señor de Velasco para impedirle que pudiera replegarse sobre Valladolid.

A pesar de la justa desconfianza que abrigaba Padilla respecto á la lealtad de Giron, creyó en esta ocasion poder descansar en el activo celo del nuevo general en jefe para llevar á efecto esta importante operacion; pero si Padilla hubiera podido ver en aquel mo-

mento á su amigo don Juan Bravo, á quien buscaba inútilmente por toda la ciudad en aquel momento, lo mismo que á sus otros compañeros detenidos en Valladolid por orden de la regencia; ó si se hubiera hallado á aquella hora en el alcázar de Tordesillas, no hubiera puesto su generosa confianza en el infame rival de su amor, ni en el que tan vilmente vendía á su partido.

En aquella hora avanzada de la noche, María, retirada en su aposento, se abandonaba á sus enamorados recuerdos; y mas feliz aun que su esposo, todo cuanto la rodeaba era un testigo mudo que traía á su memoria aquellas escenas de felicidad que desde la víspera no habian cesado de cautivar su alma. Libre su corazón en aquel instante de todo recelo, se entregaba á la esperanza del pronto regreso de su idolatrado don Juan. De repente la puerta gira sobre sus goznes, ¡cielos! el tapiz que la cubre se ha levantado.... ¡Oh Dios! es Giron, quien se encuentra en frente de María. A aquella hora y en aquel aposento tan retirado; ¿qué querrá? Un temor interior se apoderó en aquel instante de María; pero como siempre le sucedia cuando la exaltacion dominaba su alma, la señora Pacheco indignada, se armó de valor y resolucion.

—¡Vos, en mi habitacion, y á estas horas! le dijo con altivez; ¿cuál puede ser el motivo que os trae aqui?

Tan enérgica é inesperada interpelacion aterró al criminal, haciéndole bajar los ojos, y con ademán comedido:

—Señora, dijo, como pariente y el mayorazgo de la familia de los Pachecos, he creído de mi deber, venir á hablaros en este aposento y á esta hora en que os hallais sin testigos, prefiriendo ami nestaros sobre vuestras faltas en el secreto de una conversacion particular, mas bien que hacerlo en presencia de unas gentes tan poco inclinadas á la indulgencia.

—Ya no reconozco derecho en nadie, para entrometerse á examinar mis acciones, ni menos á entrar en mi aposento sin mi permiso, á no ser el señor de Padilla, mi esposo, le contestó la noble hija de los Pachecos, levantando la cabeza con orgullo, y haciendo señal con la mano á Giron para que se retirase.

—Ciértamente, replicó don Pedro con ironía, que no pretendo hallar aqui la misma acogida que el venturoso don Juan; sin embargo, permanezco en este sitio porque tengo derecho para ello....

—¿Derecho? Por mas gobernador del alcázar que seais, voy á enseñaros que vuestro poder no pasa de la puerta de este aposento.

Y al decir esto la noble huerfana dirigió la mano á una campanilla de plata que habia sobre un velador de madera de Africa que tenia á su lado, pero Giron detuvo su brazo.

—¿Qué vais á hacer, hermosa María? le dijo; yo no pretendo hacer uso contra vos de mi nuevo poder; al contrario, quisiera que este fuera aun mayor para ponerle á vuestras plantas. Y sus dos ojos de basilisco dirigian sus ultrajantes miradas al rostro celestial de la esposa de Padilla.

—¡Retiraos! exclamó ésta, horrorizada al considerar que se hallaba sola y espuesta á la perversidad de un hombre tan infame como Giron.

—¡Retírmelo! Oh! no, repuso irónicamente el malvado; espero que al fin me escuchareis. Hay personas, lo sé, que han tratado de malquistarme con vos; pero...

—¡No acabeis! interrumpió su prima; si mi esposo don Juan de Padilla llegase á saber alguna vez la temeridad de vuestra conducta, pagaríais bien cara vuestra osadía.....

—Don Juan de Padilla se halla bastante lejos de aquí, y tardareis mucho tiempo en volverle á ver, murmuró con ronca voz don Pedro Giron.

—¿Qué es lo que quereis decir? repuso María, herida en el amor de esposa enamorada, interrogando con sus miradas á su perverso primo, é intimándole al mismo tiempo que se retirase.

—Digo, continuó Giron, que el señor de Padilla no tiene ningun derecho sagrado sobre vos; y nadie sabe esto mejor que él mismo. Por esta razon se ha dado prisa á salir de Valladolid á la primera indicacion que se le ha hecho.... Si, María, sois victima de su doblez; creed las palabras de un Pacheco que tiene interés en proteger el honor de una jóven que lleva su nombre, y que ademas os ama y no puede vivir sin vos.

Al decir esto habia cogido el brazo de la jóven, y procuraba atraerla hácia él; pero llena ésta de indignacion, pudo sustraerse á sus odiosos y criminales deseos, y retirándose á una estremidad del aposento, levantó la cabeza con orgullo y con el tono imponente de la virtud ofendida:

—¡Salid! le dijo, vuestra presencia me causa horror...

—¡María! prosiguió el abominable traidor en un arrebató de su ultrajante amor.

—¡Deteneos! exclamó la altiva castellana, cuya exasperacion habia llegado á su colmo. Si os acercais, esta daga sabrá defenderme de vuestros criminales proyectos. Y al decir esto veíase brillar en su mano alzada en ademán de herir, una rica daga de bruñido acero.

—¡María! dijo entonces el detestable Giron, quitándose al fin su hipócrita máscara; ¡una vez nada más!!! ¿persistis aun en despreciar mi afecto? ¡meditadlo bien! porque pueden resultaros grandes males de ese desprecio... Las paredes de un cláustro me vengarán de vuestras continuas repulsas....

—¡Un cláustro! interrumpió con irónico desprecio la noble huerfana de los Pachecos. ¿No tengo por ventura á mi esposo don Juan de Padilla para que me proteja?....

—¡Vuestro esposo!... Jamás lo ha sido. La ceremonia de la noche última no fué mas que un horrible sacrilegio del que vos sois la victima; el inventor de ella fué Padilla; el ministro, un impostor bajo un hábito religioso; y el testigo, Moreno, confidente y cómplice de tan odiosa trama.

—¿Y teneis la osadía de aventurar semejante proposicion? ¡Esto es infame! exclamó la desgraciada esposa de Padilla, no pudiendo soportar el peso de semejantes revelaciones. ¿Tendríais valor para sostener tales hechos delante de cualquiera de los que acusais?

—No solo puedo sostenerlo, repuso Giron, sino que puedo tambien

probarlo en presencia de Padilla si es que vuelvo á verle, lo mismo que en la de Moreno....

—En este mismo instante, Moreno va á confundiros! interrumpió María, y cogió la campanilla agitándola violentamente.

Entonces Giron se dirigió hácia la puerta, y lanzando antes de salir una larga mirada de profundo encono á María, dijo:—Moreno no responderá á vuestro llamamiento: el traidor ha huido despues de haberos hecho caer en el lazo que os han tendido; y muy pronto tal vez tendreis ocasion de oír hablar de él y de mí.

Y el execrable Giron dejó caer el tapiz en el momento en que la jóven y gallarda Inés aparecía en la pequeña puerta de enfrente.

—¡Moreno! le gritó su ama; ¡qué venga al instante!

—¡Moreno! repuso la fiel criada; no ha vuelto á parecer desde la noche última.

—Gran Dios! ¿Si habrá Giron dicho la verdad?... murmuró la señora. ¿Sabes, Inés, continuó, los rumores de apostasia que han circulado respecto á Moreno?

—¡Cuando yo os decia, añadió Inés, que no creyéramos en el agua de su Bautismo!

La señora Pacheco no escuchaba ya las palabras de su desconfiada compañera, tan entregada se hallaba á la idea de penetrar un misterio, cuyas apariencias venían á confirmar hasta cierto punto el lenguaje de Giron.

En vano se afanaba en penetrar el enigma que envolvían las palabras de Pacheco; pero una voz interior que era como un aviso de su ángel tutelar, le decia en el fondo de su corazón, que ella y su idolatrado Juan eran víctimas de alguna trama infernal. Para complemento de su desgracia veíase sola otra vez en poder de su primo y encarnizado enemigo. Así fué que su alma fatigada bajo la presión de las mil ideas contradictorias con que luchaba, acabó por estraviarse sucumbiendo á la influencia de tantas emociones violentas. Combatida la noble hija de los Pachecos entre la duda que habían dejado en su corazón las palabras de su aborrecido primo, el amor que profesaba á don Juan, y la inesperada ausencia de Moreno, cayó al fin desmayada en los brazos de su fiel Inés.

XXIV.

La demencia.

Mientras esto sucedía en Tordesillas y en Valladolid, el conde de Haro y el almirante de Castilla habían dado tal impulso á su proyecto de no dejar tiempo á los partidarios de la Liga para que pudiesen oponerse á su marcha, que mucho tiempo antes que don Pedro Giron hubiese resuelto destacar una brigada de observacion con el objeto de entretener, sino imposibilitar los movimientos de los realistas, ha-

bian estos llegado á Medina de Rio Seco y se encontraban reunidos á la division del condestable. Pero los generales de la regencia se esplicaron perfectamente la facilidad con que habian logrado efectuar sus operaciones, y la aparente indiferencia de sus enemigos en ponerles obstáculos, cuando supieron por boca del fugitivo cardenal Adriano la atrevida empresa de los rebeldes sobre Valladolid y la ocupacion de aquella ciudad por los mismos.

El condestable y los demas gefes reunidos en Medina de Rio Seco opinaron unánimemente que era preciso marchar al instante á Valladolid y arrojar de esta ciudad á los temerarios que ocupaban esta plaza. Las considerables fuerzas que habian reunido á su alrededor eran mas que suficientes para emprender aquella operacion, confiando ademas en que podian contar con su ejército bajo aquel mismo pié de guerra, en atencion á los 50,000 ducados que acababa de enviarles bajo titulo de préstamo, el rey de Portugal, recurso que habia llegado en las circunstancias mas oportunas, porque en la imposibilidad en que se hallaba la regencia de cobrar los impuestos reales, se habria encontrado sin aquel deseado socorro en una estrema penuria. Cuando el condestable dispuesto ya á marchar al frente de sus tropas con direccion á Valladolid, se iba á poner en camino, recibió un aviso en que se le decia que un religioso, teniendo que hacerle una comunicacion de la mayor importancia, solicitaba el permiso de ser admitido á su presencia.

Este religioso era Moreno, que oculto siempre bajo su hábito religioso habia tomado su disfraz ordinario para no ser detenido en el camino y poder sin peligro llegar hasta donde encontrase al señor de Velasco.

Despues de haber dado cuenta al general individuo del consejo de regencia, de una parte de los acontecimientos de Tordesillas, cuidando mucho, como es de suponer, presentarlos bajo un aspecto favorable á sus planes, añadió: que no viendo otro medio de determinar á la señora doña Maria á que volviese á reconocer la autoridad de su tutor, habia creido conveniente y corresponder dignamente á la confianza del condestable, pedir consejo y apoyo á don Pedro Giron, elegido últimamente general en gefe de la Liga....

—¡Giron, general en gefe! interrumpió el señor de Velasco; pues ¿y Padilla?

--Está en desgracia, señor, contestó Moreno, y desterrado ademas de Tordesillas bajo el pretesto de mandar las tropas enviadas á ocupar á Valladolid.

—¡Muerte de Dios! exclamó don Iñigo. ¡Pues lo ha hecho bien el señor Giron!

—¡Ciertamente que si! mas ¿qué importa? don Juan no volverá á entrar en Tordesillas y vos llegareis triunfante al alcázar de Valladolid, si teneis á bien aceptar lo que vengo á proponeros en nombre del mismo general en gefe de la Liga.

—¡Habla! dijo con energia el anciano.

—Sabed, pues, que á pesar del desórden que siguió al asesinato del enviado de la regencia, el escrito confidencial que dirigais á don Pe-

dro Giron, llegó felizmente á sus manos, y vengo encargado de contestaros á su contenido; contestacion que no he podido traer por escrito, porque en esta época todo documento de esa especie es peligroso, teniendo que atravesar largas distancias.

—Bien, habla pronto, porque la expedicion á Valladolid no puede retrasarse un momento.

—Yo creo, sin embargo, que aplazareis esa expedicion cuando os diga que á estas horas don Pedro Giron ha debido salir de Tordesillas.

—¿Y cuál es su proyecto?

—Su intencion es secundar vuestras ideas de pacificacion general. Bajo el pretexto de verificar un movimiento favorable á la empresa de Padilla sobre Valladolid, procurando atraeros por este medio á una direccion opuesta, os dejará espedito el camino de Tordesillas facilitando asi que llegueis hasta aquella córte y os apodereis sin obstáculos de la reina Juana, de la señora Pacheco, vuestra pupila, y de la junta rebelde.

—¡Muerte de Dios! ¡yo lo creo! ¡Ah! ya que don Pedro cumple tan bien sus promesas puede estar seguro y tranquilo en que yo en cambio cumpliré religiosamente las que le tengo hechas. Tambien tú puedes contar con mi agradecimiento, y estar cierto de que tus servicios tendrán su justa y generosa recompensa; añadió don Iñigo de Velasco poniendo su mano cordialmente sobre la espalda de Moreno, como hacia siempre que estaba de buen humor. Si, ¡lo juro por lo mas sagrado! jamás mensajero alguno de buenas nuevas habrá recibido mejor galardón que el que te he de dispensar.

—Pero conviene que no os separeis un momento de estas instrucciones que he tenido el honor de comunicaros: don Juan de Padilla es hombre de energía y resolucion, y podría muy bien suceder que volviese á Tordesillas con tiempo de inutilizar las buenas intenciones del señor don Pedro.

—¡Por San Iñigo, mi patron! no le daré tiempo para ello! exclamó el condestable; y en uno de aquellos arrebatos que le eran tan naturales cuando adoptaba repentinamente una resolucion, se trasladó á la habitacion del regente y mandó llamar al conde de Haro, al almirante de Castilla y á sus principales oficiales. Veíase entre estos á don Alvaro de Lista, yerno del duque de Alva, recién llegado de Italia con algunas compañías de infantería sacadas de aquellos tercios españoles, terror de Europa, bajo el mando de los Pescaras, los Guast y los Gonzalos de Córdoba.

Quando don Iñigo de Velasco se vió rodeado de todos los gefes superiores de su partido, les comunicó las noticias que habia recibido de Giron, manifestándoles que su opinion era en virtud de estos avisos aprovechar desde luego las buenas disposiciones del general en jefe de la Liga para restablecer la tranquilidad en España. Muchos individuos del consejo manifestaron al principio alguna desconfianza sobre la sinceridad de las proposiciones de don Pedro, esponiendo que la conducta que observaba con el partido que le habia nombrado su gefe no ofrecia las suficientes garantías de que no ha-

ria lo mismo con el de la regencia. Sin embargo, siguiendo la máxima de aquel rey godo que decía, que aunque nunca debía apreciarse al traidor, era bueno aprovecharse de la traicion, el regente y sus consejeros se decidieron al fin á adherirse á las proposiciones de Giron, animados por las seguridades que les dió el condestable de que el interés de don Pedro estaba por esta vez ligado á la buena ó mala suerte del partido realista. Conformes ya todos en fiarse de las promesas de Giron, y hechos los preparativos para la marcha, don Iñigo de Velasco, su hijo y su sobrino el almirante, se pusieron en camino, dejando en Medina de Rio Seco al cardenal Adriano y á la junta de regencia, bajo la custodia del capitán don Alvaro de Lista.

Pero en vez de tomar el camino que conduce á Torrelobaton se dirigieron un poco sobre su izquierda con el objeto de facilitar á Giron los medios de evitar su encuentro, porque el gefe de la Liga, segun la asercion de Moreno, habia tomado aquella direccion para dejar mas desembarazado el camino que atraviesa á Peñafior y que está situado entre el de Torrelobaton y el de Tordesillas. Asi es que las tropas se apoderaron de la poblacion sin dificultad alguna, condenándola al saqueo en castigo de su obstinada resistencia. Por fin algunas horas despues y por efecto de una marcha bastante apresurada se presentaron delante de Tordesillas sin haber encontrado el menor obstáculo. Prueba evidente de que el traidor habia cumplido por esta vez su palabra, si bien esta no produjo todo el efecto que era de esperar porque al aproximarse se cerraron las puertas de la villa. Entonces el condestable trató de emplear medios pacíficos antes de apelar á la fuerza, é intimó la rendicion á Tordesillas en cuyo seno se hallaba á la sazón un hombre de un temple de alma poco comun, como era don Antonio de Acuña, obispo de Zamora. En los primitivos tiempos de la iglesia su alma heroica hubiera arrostrado los suplicios en defensa de su fé religiosa; á fines de la edad media y en la altiva nacion española, el valiente prelado era aun la expresion viva de aquel clero tan patriota como guerrero que dió en otro tiempo á los cristianos de Asturias y Vizcaya la muestra de lo ardiente de su fé en la lucha que empeñó con los hijos del Profeta. En el siglo anterior, el obispo de Zamora hubiera defendido con su maza de armas la cruz de Cristo; en 1520 se sirvió de ella para defender los derechos sagrados de la iglesia y del pueblo que un poder ambicioso queria usurpar.

Con un alma de este temple, no debemos estrañar que don Antonio de Acuña adoptase aquellas enérgicas resoluciones, que tan frecuentes son en los fastos de la iglesia. Apesar del estado de abandono en que Giron, consumando su traicion, habia dejado á Tordesillas, llevando consigo todas las tropas organizadas que existian en la plaza, el esforzado obispo de Zamora, no obstante su posicion desesperada, quiso intentar al menos la defensa de un pueblo, que era hasta cierto punto el arca sagrada de la Liga, y en la cual se encerraba lo que la santa causa nacional tenia de mas precioso. Las disposiciones que adoptó probaban de una manera clara, que el heroico prelado conocia todas las grandes dificultades que ofrecia la resistencia

obstinada que se proponia hacer á las tropas de la regencia. Desde lo alto de la muralla habia calculado las fuerzas del ejército real; y aunque estaba persuadido que no podria resistirlas por mucho tiempo, era sin embargo su proyecto dar tiempo á que Giron, en vista del mensaje que se le habia remitido cuando aparecieron las tropas del condestable, hubiera podido acudir al socorro de Tordesillas. La primera orden que espidió el obispo de Zamora al hacerse cargo del supremo mando en ausencia del general en jefe, fué la de reunir dentro de los muros de la villa á todos los vecinos que podian tomar las armas; y organizándolos en pié de guerra de la manera mejor posible les ordenó situarse en la muralla, defendiendo las plataformas mas avanzadas de las torres principales del centro. Esta orden del reverendo don Antonio Acuña, fué obedecida por los soldados improvisados con alguna repugnancia, por que el miedo que les inspiraban las balas de los del regente era tanto mas fuerte en estos pacíficos ciudadanos, cuanto menos costumbre tenian de oír el estampido de las armas de fuego.

Los realistas por el contrario, obraban con actividad. Situados en la llanura que rodea á Medina del Caño pudieron sin dificultad desplegarse en batalla bajo los muros de la misma plaza, y batir en brecha aquellas débiles murallas cuyo triste silencio atestiguaba lo desprovistas que se hallaban de artillería para contestar al sostenido fuego de los sitiadores. Giron lo habia calculado todo con exactitud; y obrando en sentido opuesto á lo que el deber de su carácter de general en jefe le imponia, principalmente en aquella época de turbulencias en que debian preverse todos los ataques repentinos, en vez de cuidar de la provision de víveres y municiones para el imprevisto caso de un sitio por parte de las tropas de la regencia, las baterías de las fortificaciones eran escasas y se hallaban en un estado deplorable; el traidor habia llevado su precaucion hasta el punto de hacerse acompañar de las mejores piezas de artillería y las cureñas mas sólidas, bajo el especioso pretexto de abrir la campaña con mejor éxito.

El leal obispo de Zamora no podia comprender aquel modo de obrar del señor Pacheco y Giron; pero cuando al declinar el segundo día de sitio vió que el general en jefe no acudia á socorrerle, comenzó á sospechar su infame traicion. Sin embargo, solo en el caso de que el ataque de Tordesillas fuese ignorado por el general en jefe, cosa poco probable por cierto, la traicion de Pacheco podia no ser tal; pero este gefe no podia estar tan distante de Tordesillas para que hubiese ignorado la marcha del condestable, y se hubiera detenido en caer sobre la retaguardia del ejército real. En tan cruel incertidumbre, ó mejor dicho en tan desconsoladora evidencia, no le habia sin embargo abandonado el valor al intrépido prelado.

Entretanto se desplomaban las fortificaciones, y en mas de un sitio anchas brechas dejaban paso hasta el centro de la plaza. La miseria comenzaba á dejarse sentir por todas partes, y para colmo de desgracias habia cundido el desaliento á los mas valientes y decididos. Viendo esto el intrépido don Antonio de Acuña determinó en me-

dio de su desesperacion intentar una salida de noche á la cabeza de trescientos clérigos de su diócesis, que en su entusiasmo habian querido alistarse bajo su bandera. Tan esforzados como los trescientos griegos de las Termópilas aquellos soldados eclesiásticos dignos émulos de su valiente obispo, no habian dejado como su heróico pastor de exortar á los vecinos de Terdesillas con el crucifijo en una mano, mientras que con el fusil en la otra les daban un insigne egemplo de valor. No fueron necesarias grandes instaneias para que siguiesen á su intrépido obispo cuando éste les manifestó que queria aprovechar las tinieblas de la noche para hacer una salida fuera de las murallas cayendo de repente sobre el ejército del condestable.

Pero don Iñigo de Velasco no era seguramente de esos capitanes que se dejan sorprender con facilidad; al contrario tenia el don de la prevision debido á su larga esperiencia en los ardidés de guerra. Ignorando en el primer momento el número de enemigos que le atacaban sostuvo sin embargo su fuego con el mayor orden; observando luego que aquel disminuia considerablemente, y que el mal éxito de la tentativa de los invasores les hacia replegarse hácia la muralla, les cargó á su vez con denuedo procurando cortarles la retirada. Bien pronto aquella ligerra escaramuza se convirtió en una batalla formal, y desgraciadamente en una espantosa carniceria de los desgraciados clérigos de Zamora, que se batian con todo el arrojo que dá la desesperacion. Sino hubiera sido porque bajo su armadura de acero habian conservado una parte de su traje religioso, los realistas no habrian seguramente creído que sus adversarios fueran educados en la paz y en la humildad de la vida eclesiástica; tal era el vigor con que se defendian.

Don Antonio de Acuña á la cabeza de sus trescientos súbditos les recordaba durante la accion al difunto arzobispo de Toledo el cardinal Jimenez, cuando en Africa al frente de Oran cubierto de una pesada coraza conducia en persona á sus soldados al combate. El obispo de Zamora que aspiraba secretamente á arrojar al afeminado Guillermo de Croix de la silla arzobispal de Toledo conducia como digno sucesor del esforzado Jimenez de Cisneros. Armado de su maza, todos los golpes que partian de su vigoroso brazo llevaban la muerte á las filas de los realistas; pero fiel observador de la caridad cristiana, veíasele en lo mas reñido del combate dar su bendicion á los que derribaba con su terrible maza, ó á los que atropellaba bajo los piés de su brioso caballo.

A pesar de tantos esfuerzos de valor vióse obligado el valiente obispo á dar la orden de retirada. Pero tal era su desgracia aquella fatal noche que ni aun para retirarse á la plaza en buen orden le dió tiempo el impetuoso condestable, que recordando los dias de su belicosa juventud, habia dispuesto que las dos alas de su ejército avanzasen á paso de carga á envolver á los fugitivos mientras que él estimulándolos con su egemplo se precipitaba en su persecucion. Este movimiento fué ejecutado con tanta velocidad que el obispo de Zamora y los pocos valientes que le quedaban fueron rodeados tan estrechamente que ni espacio siquiera para mover los brazos les deja-

ron los soldados del regente, teniendo al fin que rendirse á discrecion al pié de aquellas mismas murallas que tan gloriosamente habian defendido.

Desde aquel instante se declaró el triunfo en las filas realistas y una completa derrota en las del heróico prelado. Convencido el señor de Velasco de que Giron habia cumplido su palabra, y que nada tenia que temer entrando de noche en Tordesillas, no quiso diferir para cuando amaneciese la conclusion de su victoria. Poco trabajo le costó alcanzarla, porque nada se le oponia al paso; los gremios de artesanos no viéndose ya animados por la enérgica voz de Antonio de Acuña, se habian dispersado refugiándose cada uno en su casa, desde donde contaban con que podrian hacer mejor resistencia. Las puertas de la ciudad se encontraban abiertas á los realistas, quienes no perdieron tiempo en abordarlas, logrando penetrar en el interior de Tordesillas.

Entonces fué cuando realmente empezaron las escenas de encarnizamiento y desolacion, debidas á la resistencia y nutrido fuego que se hacia al vencedor desde las ventanas de todas las casas. Las tinieblas de la noche contribuian á aumentar el horror de aquel porfiado combate en que sitiados y sitiadores se mataban indistintamente, al compas de mil gritos siniestros y espantosos. En vano el condestable, el almirante y otros gefes intentaron contener el furor de sus subordinados, pues al fin tuvieron que abandonar al saqueo los barrios mas populosos de la villa, para volar al alcázar, donde parecia haberse empeñado el combate con mas ardor que en ningun otro punto. En la vigorosa resistencia que oponia el castillo podia fácilmente conocerse que se guardaba en su recinto, no solo el tesoro de la Liga, sino tambien algunas augustas y preciosas existencias que se miraban como los talismanes de los futuros destinos de la causa nacional. El alcalde Felipe de Caro, á pesar de su natural carácter pacífico y conciliador, y de no tener mas que un brazo con que batirse tuvo á raya por largo rato á los realistas, teniendo al fin que ceder al mayor número. Ocuparon, pues, los soldados de la regencia el patio del alcázar; pero hallaron mas tenaz resistencia en la entrada de los aposentos de la reina, donde el noble orgullo y la natural emulacion escitaba en los pocos hombres de armas que la custodiaban la presencia y el arrojo de una nueva heroína que con intrepidez combatia á su lado.

Era esta heroína la señora doña María Pacheco. El peligro de la critica situacion en que se hallaba, los alarmantes síntomas de enagenacion mental que acababan de manifestarse en el espíritu de la reina, provocados por el ruido y el tumulto, y añadiendo á esto el secreto terror que inspiraban á María las amenazas de Giron, que en parte veia realizadas, y finalmente el miedo de volver bajo la autoridad tutorial del señor de Velasco, y encontrarse separada de Padilla, proscrito y declarado fuera de la ley por la regencia; todas estas causas reunidas, inspiraron á la noble hija de los Pachecos aquel valor extraordinario y sobrenatural. Era tal su exaltacion en el momento que los realistas amenazaban entrar en los aposentos interiores de

alcázar, que engrandecida su alma por el dolor, parecía que no estaba en relacion con el débil cuerpo que la abrigaba. ¡Don precioso de las mugeres! el sentimiento del corazón y la delicadeza de sus nervios, produce muchas veces actos mas heróicos que los que el valor frío y calculado y la fuerza muscular desarrolla en el otro sexo.

La noble y altiva castellana habiase pues convertido de repente en una de aquellas heroínas que el amor y la desesperacion hacen superiores á su tímida y delicada organizacion. Defendiendo la entrada del aposento de la reina, con los ojos centellantes, el cabello suelto y una espada desnuda en la mano, pareciase al arcángel que guarda la puerta del cielo.

A los reiterados gritos de las damas de la reina, que la llamaban, y á las repetidas instancias del valiente Felipe de Caro que ayudado por los esforzados monteros de Espinosa, se encargó de la defensa del aposento de Juana, consintió Maria en volver al lado de la desventurada princesa, cuya cabeza, en completo delirio, reclamaba sus tiernos cuidados. Ella era la única que sabia calmar los momentos de estravió mental de su madre adoptiva; pero era tan profunda la impresion que el horroroso estruendo y el espectáculo aterrador de aquel ataque nocturno habia causado en el espíritu de Juana, que solo el afanoso esmero de la hija de Pacheco, podia llevar la calma á su delirante imaginacion.

—¿Qué significan esos gritos, y esos lúgubres resplandores? esclamaba la reina corriendo desmelenada por su aposento. ¿Será acaso que me lo vuelven á traer? ¡Maria! ¡abre las puertas, que yo le vea, que le abrace una vez todavía! y el desórden de las ideas de Juana, trafala á la memoria aquella horrible noche en que le habian traído á su aposento moribundo. Una violenta detonacion de mosquetería, acabó de trastornar sus sentidos. ¡Oh! tartamudeaba llena de espanto, quieren matarlo.... ¿Por qué han de atentar de este modo á sus dias?... ¿qué les ha hecho?... ¿Y yo? ¿por qué vienen á turlar así mi reposo, y á robarme á mi Felipe?... Y fijos los ojos y alargando el cuello parecia que escuchaba con la mas viva ansiedad.

En vano la señora Pacheco procuraba con palabras afectuosas y tiernas caricias, calmar aquellos paroxismos de demencia que iban en aumento con el estruendo que procedia del exterior del aposento.

Finalmente, para ver si lograba distraer el ánimo de la reina del objeto eterno de sus pesares le dijo Maria con el mas sentido acento:

—¡Por favor! ¡calmaos, señora! vuestra hija adoptiva es quien os lo ruega. ¡Ah! no es á vos ni al que pensais, á quien ellos buscan; es á mí, á mí sola, ¿oís? á quien mi tutor viene á buscar...

—¡A tí! ¡arrancarte de mi lado! ¡Mônstruos! quieren robarme el único bien que me queda! ¡Ah! ¡yo sabré disputárselo!... Y desasiéndose al decir esto de los brazos de Maria que en vano pretendió detenerla, corrió hacia la puerta y la entreabrió en el momento mismo en que una fuerte descarga de fusilería vino á herir sus oidos. La reina lanzó un grito penetrante porque acababa de tropezar con el cuerpo inanimado del leal y esforzado alcalde.

A tan horrible espectáculo, la razon de Juana acabó de estraviarse, sus miradas se volvieron turbias é inciertas, sus lábios permanecieron entreabiertos, y todo su ser se encontró dominado del mas profundo terror; pero saliendo de repente de aquel abatimiento, se precipitó sobre el cadáver tendido á sus pies, y desatándole el casco y quitándole la armadura.

— ¡Asesinos! exclamó apretando convulsivamente contra su pecho la cabeza ensangrentada de Felipe de Caro; ¡lo han muerto cuando volvía fiel á mi lado!... Pero yo sabré rogar otros catorce años para llamarle!... ¡Ya no se separará de mí!... ¡Dejadme! dijo con voz sombría á los gefes del ejército real que dueños ya enteramente del alcázar, se adelantaban respetuosamente hácia la reina.

— Conceda V. A. treguas á su dolor, dijo el señor de Velasco, y dignese fijar la atencion en las facciones de ese hombre y se convencerá de que nada tienen de comun con las de nuestro augusto Felipe.

— ¡Oh! si! interrumpió Juana con una sonrisa espantosa, tenéis razon en defenderos de este crimen... Pero esa sangre, ¡verdugo! esa sangre es la suya... ¿Lo negarás? ¡infame! Y la desventurada Juana señalaba con el dedo á la guarnicion ensangrentada de la espada del condestable.

— Tranquilícese V. A., contestóle don Iñigo de Velasco; ninguno de nosotros, lo juro, es culpable del asesinato de vuestro esposo ni desea el menor daño á vuestra real persona. Muy al contrario, venimos á arrancaros de las manos de vuestros enemigos para conducirlos á los brazos de don Carlos, vuestro augusto hijo.

— ¡Carlos mi hijo! exclamó la desgraciada princesa, levantándose luego y mirando con vista estraviada á todos los gefes del ejército real que la rodeaban continuó:

— ¡Carlos!... no está aquí... Me ha abandonado como los demás... No, no... ya lo comprendo todo... ¡Ha muerto! ¡Oh! qué infeliz soy! añadió con voz capaz de traspasar el alma. Felipe, mi hermoso Felipe ha muerto! ¡y Carlos y Fernando han muerto tambien!... Con que es verdad? ¿Nada contestais? Decid, pues. Y su mirada errante parecia interrogar á los que la rodeaban, quienes permanecian mudos contemplando aquella lastimosa escena.

Entonces vencedores y vencidos olvidaron por un instante su furor belicoso y su espíritu de partido para no ocuparse mas que del estado deplorable de la infeliz viuda, que continuaba su triste monólogo.

— ¡Hijos! no los tengo ya. ¡Ah! si... me queda aun una hija á quien amo. Allí... Y sus inquietas miradas buscaban á María por todas partes. Pero ¿dónde está? ¿Me habrá tambien abandonado? ¡Oh! no, ¡la hija de mi Leonor me amaba demasiado para dejarme! ¡Verdugos! ¿qué habeis hecho de ella? añadió, interpellando sucesivamente al condestable y al conde de Haro; y cogiendo por el cuello á este último:— ¿Con que tambien me la habeis robado?....

Desgraciadamente era demasiado cierto lo que decia la delirante Juana. Aprovechándose del desorden de las ideas de la reina, el señor de Velasco se habia apoderado de su sobrina conduciéndola por sí

mismo á un aposento seguro del alcázar, especie de prision, de que no se separó el condestable hasta dejar su pupila encerrada. Dueño él de la llave y asegurada aquella con los centinelas de vista que le habia puesto, á los cuales habia dado la mas rigurosa consigna, volvió á incorporarse con los demas gefes que habian quedado en la cámara de la reina.

Durante la corta ausencia del condestable, la princesa Juana habia llegado al estado mas completo de demencia. Cuando esta desventurada esposa volvió la cabeza hácia el sitio en que cayó muerto el alcalde Felipe de Caro, cuyo cadáver era el objeto de su ilusion, y que prudentemente habian dispuesto retirar de aquel sitio, sus ruegos, sus súplicas, su dolor, no tuvieron ya limites; y corriendo hácia los que se llevaban el inanimado cuerpo de aquel desgraciado, se asió fuertemente á los desgarrados vestidos de este, gritando:—¡Felipe mi idolatrado! nada en adelante me separará de tí! Y rechazando con imponente dignidad á los que querian detenerla; ¡Desgraciado el que se atreva á contradecir la voluntad de su reina! dijo, levantando con orgullo la cabeza. Luego añadió con dulzura: Mirad sus ojos.... me ruegan que no le deje....; Dios mio! ya oigo que me llama.... ¡Oh! si, Felipe mio, hasta la misma tumba te seguiré... Y al decir esto se arrojó de nuevo sobre el cadáver y lo estrechó con los mas tiernos abrazos.

Dotada la reina Juana de una esquisita sensibilidad, no pudo resistir mucho tiempo una crisis tan violenta, que debilitándole las fuerzas físicas, no le permitió oponer gran resistencia á los esfuerzos de su servidumbre que queria arrancarla de aquel terrible espectáculo de muerte y desolacion.

Cuando lograron conducirla á otra habitacion, cayó en un profundo abatimiento, resultado natural de los accesos violentos de exaltacion cerebral que habia sufrido. Solo de vez en cuando proferian sus lábios algunas palabras de sentido confuso; sus ojos, saliéndose de las órbitas, tenian una espresion capaz de aterrar al alma mas intrépida. Por eso cuando el condestable se presentó en el dintel de la puerta y se dirigió á la reina para hablarla, una mirada espantosa, rápida como el rayo, enmudeció su lengua. Conmovero á la vista de aquella dolorosa escena, hizo señal á los suyos de que se retirasen; y dejando á la princesa confiada al cuidado de sus damas, salió para dar la orden de que se guardara el mayor silencio en los alrededores del alcázar real. Despues de esto procuró que nada se omitiese de cuanto pudiera contribuir á la mayor seguridad de la villa, porque teniendo presente el ejemplo de Valladolid no queria esponer á Tor-desillas al azar de una sorpresa.

—¡Infames! ¡Verdugos!... murmuraba la desdichada Juana levantando la cabeza al ruido que hacian los guerreros que se alejaban. ¡Mal-ditos seais vosotros y todos los que os han enviado!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció aquella noche; sus párpados se cerraron y no volvieron á abrirse hasta el dia siguiente. Pero una noche de reposo no era suficiente para restablecer el orden en un cerebro tan turbado. Aquella crisis, la mas fuerte que

la reina habia tenido hasta entonces, habia roto los últimos hilos que sujetaban todavía su razon medio estraviada, de modo que podia decirse que desde aquel momento la inteligencia de Juana se habia extinguido enteramente y para siempre. En adelante tuvo, es cierto, algunos momentos de lucidez, aunque de tarde en tarde; pero eran de tan corta duracion que no podia asegurarse si era aquello un bien ó un mal para la infeliz princesa. Mas le hubiera valido seguramente haber permanecido privada de estos ligeros destellos de razon, porque aquellos tristes momentos en que la recobraba, solo servian para aumentar sus pesares, haciéndole conocer el estado de abandono en que la dejaban sus hijos, poco cuidadosos en aliviar sus desgracias con la ternura filial; y sobre todo despertando la amarga afliccion que jamás dejó de sentir por la pérdida de aquel ingrato y hermoso Felipe, cuya inconstante vida causó tales tormentos á su sensible compañera, que mientras vivió mereció con justicia el renombre de *pobre Juana*; siendo la causa tambien despues de su muerte prematura, aquel esposo mas amado de lo que merecia, del desórden de la razon de aquella desventurada reina, á quien con una especie de compasion respetuosa conoce todavía la posteridad con el nombre de *Juana la loca*.

XXV.

Justo castigo.

Al siguiente dia de presentarse el condestable delante de Tordesillas, ya tenian noticia de este suceso los habitantes de Valladolid. Con semejante nueva, fácil es juzgar cuál seria la inquietud del caballero don Juan de Padilla: quien no pensaba en otra cosa que en volar al socorro de la sitiada villa; deseo tanto mayor en el esforzado caudillo cuanto que tenia fundados motivos para dudar de la lealtad del nuevo general en jefe de la Liga. El desventurado prisionero, don Juan Bravo, á quien hallaron en el fondo de un oscuro y lóbrego calabozo, mas escondido, húmedo é insalubre que el que ocupaban los demas presos, sus compañeros, le habia contado aquella famosa escena nocturna, en que fué por casualidad testigo de la desleal cobardia de Giron. La circunstancia ademas de haber puesto en libertad solamente á este jefe entre todos los demas enviados de Avila, y el haber faltado á su promesa el nuevo general de operar hácia Medina de Rio Seco, para tener en espectacion al ejército del condestable, dejándole avanzar hasta el pié de las mismas murallas de Tordesillas: todo esto en fin, era mas que suficiente para infundir sospechas respecto á la buena fé del nuevo jefe del partido de la independencia.

A pesar de la arriesgada empresa que el señor de Padilla iba á acometer para obligar á don Iñigo de Velasco á levantar el sitio que con su ejército disciplinado y numeroso, habia puesto á Tordesillas, nuestro héroe no pudo llevar consigo sino muy pocos soldados. La pru-

dencia aconsejaba dejar alguna guarnicion en Valladolid, y no obstante la necesidad que Padilla tenia de gente de guerra, tuvo que dejar parte de su pequeño ejército en aquella plaza á las órdenes de don Juan Bravo, para protegerla en un inesperado ataque. Una gran circunspeccion debe presidir á todos los actos de nuestro héroe. Separado del manejo de los negocios por las intrigas de su cobarde rival, ignora los planes del enemigo, como los recursos y las intenciones de su partido: pero la esperanza que abriga respecto al buen resultado de su arriesgada empresa, la funda no tanto en el número de sus valientes aunque escasas tropas, cuanto en la celeridad del movimiento y en el desórden que piensa introducir en el campo de los sitiadores con un ataque nocturno, como tambien en la confianza que tiene de que su presencia infundirá valor á los sitiados, haciendo abortar los designios de Giron en caso que sea cierto que haya vendido á los realistas su partido. Por estas razones, pues, marcha con su pequeño ejército con una increíble velocidad. En muy pocas horas ha dejado atras á Villa-Marcial, y se halla en los bosques de San Miguel del Pino á dos leguas de distancia de Tordesillas.

Al paso que adelantaba en su marcha, las sordas detonaciones del cañon y los irregulares fuegos de fusilería se oian mas distintamente. El corazon de Padilla palpitaba de alegría al considerar que los habitantes de Tordesillas oponian una vigorosa resistencia, segun indicaba aquel estruendo de guerra. Pero cuando ya tocaba á la estremidad del bosque, llegando á descubrir aquella faja rojiza que proyecta sobre un cielo oscuro el resplandor de las luces de un pueblo iluminado y sobre todo, si se halla en la apurada situacion de un bloqueo, ¿cuál fué su sorpresa no oyendo ya el estampido del cañon, ni percibiendo el mas leve indicio de resistencia en la plaza! ¿Si llegará demasiado tarde? ¿Estará ya la villa en poder de los sitiadores, ó será tal vez que sus oidos se han vuelto insensibles? ¡Ay! en este último caso no seria él solo á quien hubiera sucedido esta desgracia, porque en los abatidos semblantes de todos los suyos se leia la misma sorpresa.

Sin embargo, siguió adelante nuestro héroe con la esperanza de llegar antes de que los primeros rayos del alba, brillaran en el horizonte; pero aun no habia andado un cuarto de legua, cuando descubrió en la sombra una masa oscura, llegando á sus oidos un confuso ruido de hombres y caballos, aunque sin percibir, por mas atencion que ponía, el estampido de las armas de fuego, que acostumbra á oirse en las inmediaciones, de una plaza sitiada que se resiste. Esto le hizo sospechar que se hallaba en frente del hospital de sangre del ejército sitiador. Para asegurarse de que no se habia engañado, y elegir el mejor punto de ataque, se acercó don Juan con el mayor silencio, seguido solamente de algunos de sus mas leales y valientes toledanos. Al reconocer el campo de los realistas, lejos de hallarlo tranquilo descansando, vió que reinaba en él la mayor agitacion.

La llanura del Duero estaba cubierta de tropas sobre las armas; sus filas se estendian hasta los muros de Tordesillas, apareciendo esta villa repentinamente alumbrada con la luz de mil antorchas. Ya

no le queda duda, la plaza ha sido tomada. ¿Qué hará en este caso el jóven capitán? ¿De qué utilidad podrá ser para su causa presentarse delante del condestable? ¿qué podrá emprender con tan pocas fuerzas contra las numerosas tropas reales? Cualquiera ataque que intente contra el ejército del regente, será esponer sin utilidad sus escasas tropas, que ahora más que nunca le son necesarias, porque no espera apoyo alguno de parte de Giron, cuyo traidor proceder para con su partido es ya evidente para Padilla. ¿Pero cómo han podido prestarse sus soldados á una trama tan vergonzosa? Esto es lo que no podia explicarse don Juan por mas que reflexionaba sobre los sucesos que tan rápidamente se habian ido sucediendo.

Al volver Padilla á reunirse con los suyos para deliberar el partido que debia adoptarse en tan críticas circunstancias, creyó divisar en la sombra dos personas que procuraban evitar su encuentro. Dirigióse hácia ellas, y observó al aproximarse, que uno de los fugitivos debia estar herido segun la dificultad con que marchaba apoyado en el brazo de su compañero. Equivocándose este último respecto á las intenciones de don Juan y de su escolta, á quienes suponía del partido de los realistas, demasiado encarnizados con los vencidos partidarios de la Liga, les gritó con voz dolorida:

—¡La vida! ¡concedednos la vida, señores! ¡Dios mio, perdonadnos! No asesineis á hombres indefensos; si necesitais todavía una victima, sacrificadme á mí. Yo no soy mas que un pobre lego, que nada valgo; pero favor para este reverendo padre. No derrameis la sangre de este ministro de Jesucristo. ¡Ah! ¡no mancheis vuestras manos con un sacrilegio, no os hagais culpables de un martirio! Y al proferir estas sentidas exclamaciones, el infeliz lego se habia arrodillado delante del señor de Padilla, y continuaba balbuceando mil plegarias á todos los santos del paraíso, mientras su compañero, rendido de fatiga y de dolor, se habia arrojado al suelo, sin proferir una palabra.

—¡Por la sangre de Cristo, nuestro Salvador! ¿Quién sois? exclamó don Juan acercándose y tendiéndoles una mano amiga.

—A mí me llaman Pedro Lorenzo, para lo que gustéis mandarme; contestó el lego un tanto tranquilo por la espresion de benevolencia del jóven guerrero. Este reverendo padre es don Juan de Benavente, el muy venerable prior de mi convento, adalid de la causa de la independencia y no menos esforzado que el mismo señor obispo de Zamora. Mirad, señores, mirad como corre la sangre de su herida.

—¡Gran Dios! dijo Padilla examinando la herida del venerable prior de San Gerónimo, medio desfallecido. ¿Con que nada han respetado esos miserables esclavos de la regencia? ¡Asesinar de este modo á los santos ministros del altar y en una edad tan avanzada!

—Es que los ministros de la iglesia se han portado como valientes, y los hombres de guerra como cobardes ó como traidores, murmuró con sorda y mal segura voz el anciano prior haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para incorporarse.

—¡Oh! sí, padre mio, la verdad está en vuestros lábios, interrumpió el lego procurando caritativo calmar la exaltacion nerviosa de su desventurado superior. ¡Ah! si todos se hubieran batido como los

celosos individuos del clero de Zamora, y sobre todo como monseñor el obispo... pobre hombre. ¡Siempre era el primero en el peligro! Seguramente debe haber muerto ó haber caído prisionero! El señor condestable de Castilla seguramente no sería hoy dueño de Tordesilla si...

—¿Y don Pedro Giron? repuso el caballero Padilla.

—Traidor, murmuró el moribundo religioso.

—Si, es un traidor declarado, se apresuró á añadir el atento lego; tanto era su temor de que le faltasen enteramente las fuerzas si continuaba hablando á su digno prior; un traidor mas traidor y mas desleal que el mismo Ganelon de Maguncia y toda su infame progenie.

—¿Con que eran ciertas mis sospechas? suspiró don Juan. Yo hubiera debido preveerlo. ¡Ah! porque he salido de Tordesillas! ¡Cómo he podido abandonar á la merced de un malvado á todo mi partido, á la reina y á lo que tenía de mas querido en este mundo! Y al decir esto don Juan se golpeaba el pecho con violencia, víctima de la mas violenta desesperacion.

—Pero decidme á vuestra vez, ¿quién sois vos? dijo el hermano lego sorprendido.

—Yo soy don Juan de Padilla, contestó este.

Al oír este nombre se inclinó el lego en señal de respeto y su superior como herido repentinamente de una conmocion eléctrica levantó lentamente la cabeza y contempló las facciones de Padilla iluminadas débilmente por los primeros rayos del crepúsculo de la mañana.

—¡Ah! dijo el infeliz prior con apagada voz, al cielo es sin duda quien te envía para que vengues á tus hermanos vendidos y abandonados por Giron...

—¡Si, él es quien nos ha vendido! replió el oficioso compañero del prior poniendo la mano en la boca del desventurado don Juan de Benavente para impedirle que continuase hablando. Y en su estremado celo por librar de toda emocion violenta á su venerado superior, se esponia el cuidadoso lego á causarle otra mayor no permitiéndole espresar sus sentimientos. El traidor, continuó Pedro Lorenzo, sabia muy bien lo que se hacia cuando persuadió á la junta á que le permitiese trasladarse á Villalpando, porque así lo exigia el interés de su partido y el buen éxito de la expedicion de Valladolid. Segun decia el apóstata, era necesario amenazar á aquella plaza, porque siendo propiedad de los Velascos atraeria infaliblemente hácia ella todas las fuerzas del condestable tan pronto como supiera que se hallaba en peligro. Pero al afirmar esto, era su objeto detenerse en Ureña y proteger desde aquel punto su condado...

—Di mejor, que era para abandonarnos á la merced de nuestros enemigos, le interrumpió diciendo el esforzado prior de San Lorenzo, cuya indignacion se dejaba ver claramente á despecho de los esfuerzos de su compañero. ¡El infame nos ha vendido! continuó. Pero no pudiendo sostener mas tiempo levantada la cabeza á causa del fuerte dolor que le ocasionaban sus heridas, el infeliz religioso cayó en tierra desfallecido. A pesar de los afanosos cuidados de los que le rodeaban, corria abundantemente la sangre de su peligrosa

herida, y sucediendo repentinamente una debilidad extrema á la convulsiva energia que hasta entonces habia animado al reverendo superior de San Gerónimo, solo pudo pronunciar algunas frases ininteligibles. Pocos momentos despues estendió las manos, ya casi sin tacto, y murmuró estas palabras: Padilla... vive para tus hermanos... librales de... No pudo acabar, su lengua embarazada por el estertor de la muerte permaneció inmóvil entre sus labios entreabiertos y helados y cerráronse sus ojos para no abrirse jamás.

—¡Venganza! exclamó Padilla al desaparecer el lego en la espesura del bosque, llevando sobre sus hombros el inanimado cuerpo de su superior. Y dirigiéndose á la villa ocupada por los realistas: Y tu, Tordesillas, y vosotros objetos amados que en este momento me llamais sin duda en vuestro socorro, tened valor y esperanza que muy pronto volveré á libertaros. Y al concluir estas palabras volvió á reunirse con su pequeño ejército.

Despues de haberse puesto de acuerdo con Maldonado y los demas oficiales, cuya adhesion á Padilla iba aumentándose en proporcion que crecia el ódio que profesaban á su rival, cuya execrable conducta quedaba enteramente descubierta, resolvió marchar al encuentro del ejército que mandaba Giron, sustrayéndolo de la obediencia del traidor, y conduciéndolo en seguida á reconquistar á Tordesillas. Con este objeto, haciendo un pequeño rodeo por el lado de la aldea de Villavieja, volvió á pasar el Horniga y continuó el camino real que conduce á Ureña, á Villalpando y al norte del reino de Leon.

Despues de dos dias de marchas forzadas en que apenas concedia algunos momentos de descanso á su fatigada tropa, Padilla, no habiendo descubierto aun indicios del paradero del ejército que mandaba Giron, empezó á desconfiar del resultado de su empresa, cuando al aproximarse á Utrera, divisó acampado en los alrededores de aquel pueblo, el ejército de la independencia. No pudiendo Padilla contener su emocion en vista de aquella prueba incontestable de la traicion del nuevo general en jefe, exclamó en alta voz:

—¡Ya lo veis; imposible es tener una prueba mas clara de que Giron nos ha vendido! Preciso es que el infame haya burlado cruelmente la confianza de los nuestros para tener de ese modo inerte su valor, mientras nuestros enemigos dirigen sus ataques al corazon mismo de nuestro partido. El traidor sabe esto; no puede ignorarlo. Tordesillas no está tan distante de este sitio, que los clamores de la miseria de sus desgraciados vecinos no hayan podido llegar hasta sus oidos.

Y esto diciendo arrimó las espuelas á su brioso caballo, y atravesando por entre el ejército de Giron, se dirigió derecho hácia este caudillo, gritándole con airado acento, cuando le descubrió á lo lejos:

—¡Traidor! ¿qué haces aquí, sabiendo que el condestable ha puesto sitio y entrado á saco en Tordesillas? ¿Crees por ventura que estos valientes han tomado las armas para defender tu condado de Ureña? ¿Es este el uso que haces del poder que te se ha confiado?

Sorprendido Giron con la inesperada presencia de Padilla que ve-

nia á echar por tierra todos sus planes, reanimóse su valor al instante considerando que el poder aun estaba en sus manos. Un golpe de autoridad, podía aun sacarle de aquella apurada situacion.

—Supuesto que yo soy el que mando aqui, contesto con cierta arrogancia, ignoro con qué derecho el caballero don Juan de Padilla se atreve á reconvenirme sobre mis hechos y mis intenciones. A nadie debo dar esplicaciones acerca de mi conducta, y si tuviera que darlas á alguno, no seria seguramente á quien puedo en este momento mandar á una prision, castigando asi su insolencia...

—¡A una prision á mi! repitió Padilla en el colmo de la indignacion. ¡Por vida de Cristo! que seria curioso ver al que acaba de tomar por asalto á Valladolid, ¡castigado por el traidor que ha vendido á Tordesillas!...

—¡Apoderaos de la persona del caballero don Juan de Padilla! dijo á los soldados que custodiaban la entrada de la tienda, furioso al verse públicamente apostrofado de aquella manera.

Pero ninguno obedeció esta orden. ¿Quién se hubiera atrevido á poner la mano sobre el héroe de la independencia española? Además, la conducta sospechosa del nuevo general en jefe, conducta que vituperaban públicamente los demas capitanes de su ejército, y que de sospechosa habia llegado á hacerse evidentemente criminal, desde que tuvo noticia de la toma de Tordesillas, autorizaba hasta cierto punto la resistencia á obedecer que manifestaban los soldados de la escolta de Giron. En aquel momento fuera de sí el héroe toledano, exclamó:

—¡Ah! ¿piensas deshacerte de esta manera de los mas leales servidores de nuestra causa? Seguramente quieres obrar conmigo del mismo modo que obraste con don Juan Bravo y tus otros compañeros en Valladolid, cuando alcanzaste tu libertad al precio de tu traicion. ¡Ah! ya ves como lo sé todo.

Una palidez mortal cubrió el rostro del traidor al oír tan terrible revelacion. Sintiendo todo el peso de la acusacion que Padilla le dirigia, mandó á los suyos que se retiráran de aquel sitio, quedando sin embargo en observacion de lo que pudiera suceder, y encargando secretamente á uno de sus confidentes que estuviese dispuesto para asesinar á Padilla á una señal convenida. Pero adivinando este el pensamiento de su enemigo:

—¡Cobarde! le dijo, conozco tu modo de proceder y que prefieres las tinieblas á la luz; pero esta vez no ha de valerte eso. No quieres que haya testigos de tu traicion, pero no has de poder evitarlo. ¿Me crees acaso tan estúpido que guarde para mí solo un secreto del cual depende la salvacion de mi partido? ¿Piensas acaso que te dejaré hacer impunemente un vil tráfico de nuestras personas, de nuestras fortunas y de nuestro porvenir con esa regencia á quien has vendido ya cuanto has podido vender de la Santa Liga de Avila? ¡No por mi vida! yo juro que no será asi, y tu existencia ó tu deshonra van á responderme de tí para siempre. ¡Toma, infame! añadió con voz atronadora, arrojando su manopla de acero á la cara de Giron; ¡veamos ahora si eres tan cobarde como traidor!

A esté ultrage mortal entre caballeros, el desleal Giron, no tanto

por un movimiento de indignacion por semejante insulto, como por el infame deseo de deshacerse alevosamente de un rival que poseia todos sus criminales secretos, desenvainó su daga y se arrojó con ella en la mano á don Juan; pero huyendo este el cuerpo al golpe de su adversario, el puñal de Giron no hizo mas daño al caballero Padilla que atravesarle la manga del jubon hiriéndole el brazo izquierdo muy ligeramente.

—¡Desleal caballero! exclamó Padilla; ¿es queriendo asesinar me como aceptas mi desafio? Y llevando la mano á su espada..... Vamos, pronto, desenvaina tu espada; yo no soy de esos bandidos que hieren y matan en los bosques á sus enemigos desarmados.

Furioso Giron al ver que habia errado el golpe, no se hizo repetir segunda vez la intimacion de su adversario y desenvainó su espada; pero la turbacion que agitaba su pecho hacia tambien incierta é insegura la accion de su brazo, mientras que don Juan forzándole á retroceder le ganaba el terreno palmo á palmo haciendo cada vez mas critica y peligrosa su situacion. Al fin se apoderó el miedo de don Pedro y llamó á su gente para que le socorriesen; pero comprendiendo Padilla sus designios siniestros, redobló sus ataques, y con brazo vigoroso y ejercitado dió un fuerte golpe á la espada de su contrario, y de una estocada certera le atravesó el pecho viniendo á caer bañado en su sangre á los pies de su vencedor.

A la vista de su enemigo herido, el generoso Padilla olvida todo resentimiento, y arrojando al suelo su espada, procura dar algun alivio á don Pedro. A los ojos de don Juan ya no es Giron su enemigo, sino un cristiano moribundo que necesita los auxilios de la caridad y de la religion.

Vuelto en sí el traidor del desmayo que le acometiera, y viendo á su rival que con afanoso cuidado procuraba restañar la sangre que corria abundante de su herida, y no pudiendo comprender su alma perversa las intenciones generosas de su enemigo, le rechazó de su lado, diciéndole con mal articulada voz y ese acento de ironia que parece que lo inspira Satanás en los labios de un moribundo:

—Tranquilízate.... mi herida es mortal.... Dentro de algunos instantes ya no existiré.... pero mi venganza me sobrevivirá. La toma de Tordesillas por el condestable destruye los intereses de la Liga, y los tuyos propios.... Estás separado para siempre de la muger que amas.... no te asiste ningun derecho para reclamarla á su tutor. Mucho te engañas si crees que te una á ella algun vinculo legitimo....

Como la voz de Giron iba apagándose poco á poco, cuando pronunció las últimas palabras, apenas pudo Padilla comprender su sentido distintamente; pero lo que pudo entender, fué bastante para que se apresurase á preguntarle con la mas viva ansiedad:

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que el que ha recibido vuestros juramentos no tenia ningun carácter sagrado para bendecir vuestro enlace.... No era sacerdote; era un impostor; y doña María y tú os habeis hecho culpables de sacrilegio tomando parte en aquel simulacro de religion....

—Tu cabeza delira, interrumpió Padilla acercándose á don Pedro para oír mejor sus respuestas; ¿ignoras por ventura que para justificar una acusacion como esa, no bastan las palabras de un moribundo?

—Otro hay además que conoce á fondo este misterio, y se encargará de aclararlo....

—¿Quién es? ¡su nombre! ¡Por el Dios Todopoderoso ante cuya presencia vas á comparecer! ¡su nombre! ¡su nombre!

—El mismo testigo de tu matrimonio, dijo el agonizante con ronca y apagada voz; un renegado que se ha burlado de tí... de ella... de mí... de todos.... Moreno!....

Al concluir de pronunciar este nombre espiró; y á pesar de la inmovilidad que la muerte imprime en el rostro, una sonrisa diabólica traslucíase aun en sus lábios contraídos con una espresion de maldad.

Padilla, sin embargo del poco crédito que daba á las revelaciones de Giron, permanecía aterrado por lo que acababa de oír. Las últimas palabras que preceden á la muerte tienen un no sé qué de sagrado que imponen; por otra parte don Juan no podia explicarse el motivo de la larga ausencia de Moreno.

Ocupado en estas reflexiones dió orden de retirar de aquel sitio el cadáver de Giron, quien á pesar de su categoria de general en jefe de la Liga, fue enterrado sin pompa y nadie acompañó sus fúnebres despojos; tan grande era el odio que se le profesaba generalmente. Su muerte fué mirada como un justo castigo de sus crímenes, y la execracion pública se hizo cada vez mayor desde que se tuvo conocimiento de la carta del condestable, prueba evidente de su traicion; y de la que no se habia separado nunca desde que la adquirió por medio del infiel Moreno.

Desde entonces fué cada vez mayor el entusiasmo por Padilla, mirándole todos como el vengador de los crímenes de Giron. Por esto cuando se pensó en nombrar un sucesor á don Pedro, la mayoría de los sufragios estuvo á favor del héroe de Segovia y Valladolid. Pero cuando llegó el momento de ponerse en marcha fué cuando acabó don Juan de convencerse de los perniciosos efectos del mando de su antecesor. La insubordinacion en unos de sus soldados y la cobardia en los otros, impulsaba á la desercion á la mayor parte. La prevencion que el difunto general en jefe tenia hácia Padilla, que tan bien habia sabido comunicar á su ejército, estaba aun bastante lejos de haberse estinguido del todo; y tanto es cierto que existia esa prevencion que muchos voluntarios, los exaltados sobre todo, entre los cuales figuraban muchos gefes, que nos abstenemos nombrar por su mismo honor, descontentos de la oposicion que Padilla hacia siempre á sus planes demagógicos, prefirieron retirarse á sus casas en vez de ayudarle á libertar á Tordesillas del yugo de la regencia, bajo el pretexto de que haciéndose demasiado larga la campaña tenian necesidad de descansar; y que empezando á adelantarse la estacion, valia mas ocuparse en reparar las pérdidas que se habian sufrido para presentarse despues en campaña con mayores probabilidades de triunfo.

De todo esto resultó que aunque Padilla habia vuelto á adquirir el favor popular, se encontró general en jefe de un ejército demasiado reducido, que de ningún modo se hallaba en estado de contrarrestar á las fuerzas del condestable, ni de libertar á Tordesillas. Despues de una larga duda, vióse Padilla obligado á ceder á su mala estrella, y á diferir para tiempo mas oportuno la ejecucion de sus proyectos. Con el corazon lastimado, y preocupada el alma continuamente con el recuerdo de las últimas palabras de Giron le fué preciso decidirse á volver á Valladolid. Su última conquista le ofrecia un asilo, y no sin mucho trabajo logró penetrar en aquella plaza atravesando caminos estraviados, porque á cada paso veíase hostilizado su pequeño ejército por la vanguardia del conde de Haro, que el condestable habia enviado en su persecucion.

Finalmente superior siempre nuestro valiente caudillo á la adversa fortuna que le perseguia, llegó á Valladolid, desde donde publicó un manifiesto á la nacion española llamándola en su socorro para empezar cuanto antes fuera posible reunir hombres y dinero, las hostilidades suspendidas por la falta de estas dos cosas necesarias. Sosteniendo así el entusiasmo de los suyos, mostrábase á sus ojos decidido á perder mil veces la vida antes que dejar de intentar otra vez traer la victoria bajo las banderas de la Liga. Otra causa además de su ardor patriótico escitaba en Padilla el deseo del triunfo: reunirse á su idolatrada esposa, sin la cual no podia haber para él felicidad posible en la tierra.

XXVI.

Marzo de 1521.

Cada día se hacia la nación española mas lenta en responder á la voz belicosa del señor de Padilla. En las revoluciones son necesarios triunfos rápidos al principio; si no el desaliento sigue muy de cerca á los reveses. Es propio de los hombres vulgares no sacar su fuerza sino del mútuo concurso de las de los demas. Así que la discordia se introduce en las filas de la multitud, la debilidad se hace sentir desde luego por todas partes. Si, pocos son los hombres de naturaleza privilegiada que en el infortunio sepan engrandecerse y encontrar el valor en sí mismos; el caballero Padilla era de aquel corto número. Su lealtad se habia resistido al principio á todo medio de rebelion abierta contra los delegados del rey don Carlos; preciso habia sido el extraño encadenamiento de sucesos que ya conocemos para arrastrarle al partido de la sedicion; y una vez comprometido, creyó de su deber no abandonar una causa de la que él era la esperanza y la estrella tutelar.

Sin embargo, ¡cuántos disgustos tuvo que sufrir de parte de los mismos á quienes ha consagrado su vida y cuyos esfuerzos consintió en dirigir! A la verdad, mas de un caudillo en lugar de nuestro hé-

roe se hubiera dejado abatir al verse tan poco atendido de aquellos á quienes se dirigía. A imitación del condestable que aprovechaba la suspensión de hostilidades motivada por el invierno en reparar sus pérdidas y reorganizar su ejército, Padilla se esforzaba de mil modos en poner el suyo en estado de presentarse con ventaja ante el de los realistas, á la entrada de la primavera; pues el invierno es una estación muerta durante la cual se detienen igualmente la fecunda prosperidad con que la tierra recompensa los trabajos de los hombres, y los azotes desoladores que ella debe muchas veces á su perversidad. Durante aquellos meses de frío en que sopla el Norte, ese viento tan desagradable en España, ningún partido, si conoce sus intereses, se pondrá jamás en campaña. Esta vez han pensado muy cuerda-mente hacer lo mismo los dos partidos beligerantes.

Pero mientras que los regentes, gracias al oro recibido del extranjero, y á las defecciones que este oro junto con las promesas seductoras causaba entre sus enemigos, veían aumentarse sus filas con numerosos soldados, Padilla veía disminuir las suyas y abandonarle sus aliados.

Ya sabemos que había mucho tiempo que Burgos, la capital de Castilla la Vieja, ciudad importante entre todas, dominada por el dean de su ilustre cabildo don Pedro Saurez Velasco, hermano del condestable, se había sometido á la regencia, y á su imitación, otras ciudades menos poderosas, por temor, indolencia ó celos, se habían igualmente separado de la Santa Liga.

Las cosas no hubieran cambiado tan facilmente, al menos con tanta prontitud, si Tordesillas y la reina sobre todo, no hubiesen caído en poder de los realistas. ¡Ah! que falta tan imperdonable cometió la junta de gobierno en permitir que la princesa Juana quedase sin el apoyo de una imponente guarnición en un pueblo tan poco fortificado por la naturaleza y tan cerca del teatro de la guerra, en vez de hacerla trasladar á Toledo, cuyas inaccesibles rocas hubieran colocado su augusta persona al abrigo de toda tentativa. Verdad es que las mejores combinaciones del mundo se estrellan contra la traición. La de Giron, y aquel funesto sentimiento de envidia que había producido en las demas ciudades coaligadas la preferencia que una vez se intentó conceder á la imperial ciudad de Toledo, fueron un obstáculo para que se condujese á la reina dentro de los muros de esta plaza fortificada.

La reciente noticia de la derrota del conde de Salvatierra que mandaba las fuerzas de la Liga en Vizcaya que se habían puesto en camino para juntarse con Padilla, no era un motivo el mas lisonjero para disminuir los temores que abrigaba el partido de la independencia. Completamente derrotado, el conde había sido hecho prisionero, y aun se añadía por algunos que había sido ajusticiado; de suerte, que la multitud siempre inconstante comenzaba naturalmente á cansarse de pelear por una causa que Dios parecia haber abandonado. La nobleza por otra parte atemorizada de los principios subversivos y de las peligrosas intenciones de los exaltados que parecían inclinados á imitar á los demagogos de la hermandad de Valencia, viendo

que el país se arruinaba por haber sustituido la licencia á las verdaderas libertades públicas, empezaba á decidirse por una transacción con la corona. El objeto de esta era mucho menos temible y contrario á los intereses nacionales, que los inmoderados y destructores deseos de un populacho brutal y desenfrenado, juguete de los pérfidos caprichos de los egoístas ambiciosos.

En tan triste estado de cosas, el señor de Padilla, á pesar de su impaciencia, muy fácil de comprender, se habia visto obligado á permanecer inactivo en Valladolid, durante los rigores del invierno. Sin embargo, ¿cuáles debían ser sus tormentos y afanes? nada absolutamente sabia de la suerte de su querida Maria. El condestable la retenía á su lado con tanta vigilancia, que no pudo establecerse la menor relacion entre los dos esposos. Fácil es imaginar si el desgraciado Padilla, desearia hacer cesar á toda costa semejantes angustias. Solo tenia un medio para salir de aquella posicion que cada día se hacia mas insostenible; y era probar algun golpe atrevido y decisivo; pero le era preciso aguardar una ocasión favorable, é ínterin la buscaba y la pedía á la Providencia, los regentes, siguiendo siempre su política astuta, dejaban debilitar el partido de la Liga, procurando ganar tiempo, ciertos como estaban de obtener mas eficaces resultados del oro, y las promesas seductoras, que con los medios violentos y los desastres de la guerra.

Entonces mas que nunca conocian los realistas que debían obrar con prudencia y moderacion en los negocios de España. La santa Liga no era el solo enemigo con quien tenían que habérselas; la rebelion, esa hidra de cien cabezas que parece multiplicar sus anillos al infinito, si en su origen no se sofoca el gérmen contagioso, acababa de aparecer tambien en el Mediodía de España. El partido musulman habia tambien levantádose orgulloso y amenazador en aquellos hermosos días que en los países meridionales aparecen repentinamente al concluirse el invierno.

Aprovechando la ausencia momentánea de las tropas reales que la regencia habia retirado de las provincias de Andalucía y de Estremadura, con el objeto de hacer frente á las de la Santa Liga, los moros de las Alpujarras habian salido de sus montañas, y sus armas amenazaban las comarcas inmediatas.

Hasta en Tordesillas habia el condestable recibido ya la noticia de que Abbas Abdallah se hallaba en la sierra de Grados al frente de un crecido número de sus correligionarios y llegaba á suponerse que habia de obrar de acuerdo con Padilla, al cual queria atribuirse alguna parte en la evasion del heredero de los reyes de Granada de los muros de Valladolid. Añadiase ademas que los sectarios del Korán, aventurándose á salir de la sierra se habian atrevido á aparecer en las llanuras del Norte de Estremadura, de suerte que aquella unidad en la posicion hostil que guardaban los moros y los coaligados hacia el gobierno de España, y la simultaneidad del levantamiento de los primeros, podia dar origen á suponer una secreta inteligencia entre el general en jefe de la Liga y el caudillo de los musulmanes.

Esta suposición no tenía, sin embargo, el menor fundamento. El culto y patriota hidalgo que desechaba como extranjera la alianza de la Francia, el coloso católico que en aquel instante defendía los derechos de la iglesia española, ¿podía ser sospechoso de intentar hacer causa común con los enemigos de su religión y los descendientes de los antiguos opresores de su país?

Sin embargo no debemos ocultar que se habían hecho proposiciones muy ventajosas á nuestro héroe de parte de los hijos de Mahoma; pero fuerza es decir también para gloria suya, que jamás se dignó fijar en ellas la mas débil atención, siendo sobradamente meritoria semejante conducta en la apurada situación en que se hallaba. Igualmente añadimos para realzar su laudable constancia en no querer dar oídos á estas sugerencias que á medida que empeoraba su posición, parecía que un demonio tentador y misterioso le quería sujetar á mayores pruebas. Hasta en el secreto mismo de su aposento hallaba proposiciones escritas de puño de Abbas Abdallah quien bajo las condiciones mas favorables para Padilla, le instaba para que concertándose de antemano se arrojasen juntos sobre Tordesillas y obligasen al condestable á una capitulación. ¿Quién podía ser el que se atrevía á dejar tan cerca de Padilla estos mensajes? Jamás pudo averiguarse. ¡Infeliz el temerario que se encargaba de cumplir semejante misión, si hubiera sabido su nombre!

Un día entre otros, hácia fines de febrero de 1521, don Juan había salido de la ciudad con intencion de reconocer las principales avenidas de la plaza, á fin de determinar con todo conocimiento los medios de ponerla en seguridad durante su ausencia, porque él y los principales capitanes de la Liga, para escitar el valor de sus soldados, querían abrir la campaña de una manera brillante y al intento habían combinado una expedición sobre Torrelobaton, villa de bastante importancia, no muy distante de Valladolid, y cuya principal ventaja consistía en que cerraba el camino del Norte de España á Tordesillas. Había sobrevenido la noche mientras que don Juan hacía su ronda; el Norte retenía su violento soplo; el cielo estaba puro y estrellado; Padilla terminada su escursión no parecía sin embargo llevar mucha prisa en volver á entrar en la ciudad; sino que seguía con la vista el sinuoso curso del Esgueva que murmurando ya á confundir sus aguas con las del Pisuerga, y se abandonaba pensativo á la amargura de sus ilusiones, cuando de repente pasó cerca de él un religioso montado en una mula, mas ágil que las que de ordinariamente se servían los humildes hijos de San Francisco. Toca el religioso ligeramente la espalda de don Juan, y sin contener el paso de su cabalgadura ni pronunciar una palabra deja caer á los pies del caballero un pergamino rollado, que Padilla se apresuró á coger.

¡Gran Dios! es letra de Moreno. ¿Serán por fin noticias de aquella cuya suerte ocupa todos sus pensamientos? porque á pesar de las demas palabras de Giron, Padilla constantemente se había resistido á creer que Moreno fuese un renegado, traidor á su Dios y á sus señores. Hasta aquí, había creído explicar el largo silencio de este servidor, atribuyéndolo á que habria permanecido en Tordesillas al

lado de su señora y si no habia ido a Valladolid a darle noticias de María, seria sin duda por no haber podido burlar la vigilancia del condestable; pero ¡ay! á medida que nuestro héroe leía el misterioso mensaje, la triste realidad le aparecía con toda evidencia. Don Pedro tenia razon: Moreno era un apostata, un traidor. ¿Cómo podrá dudarle en adelante, cuando tiene á su vista la prueba escrita de su misma mano?

Por los terminos en que estaba concebido el billete, era fácil convencerse de que aquel hombre detestable se cuidaba poco de ocultar sus odiosos proyectos, y de que creia llegado el tiempo de quitarse la mascara. Las siguientes lineas no podian dejar al señor de Padilla la menor incertidumbre de que era así. «La critica situacion del señor de Padilla es bien conocida; pero todavia le queda una ancóra de salvacion. ¿No somos hermanos todos los desgraciados? y la desesperacion no es el lazo que mas los estrecha? Tan pronto como el generoso don Juan de Padilla consienta tender una mano amiga á los infelices proscriptos de Granada, puede contar con su ciega adhesión. Como una prueba de la sinceridad de su alianza, el príncipe moro Abbas Abdallah previene al señor de Padilla, que en el momento mismo en que le será entregado este mensaje, Abbas, con una fuerza respetable de los suyos, se hallara ya en las llanuras de Estremadura. Su intencion es acercarse á Tordésillas, y por un ataque simultáneo, atraer sobre sí la atencion del condestable, mientras que el caballero de Padilla, secundado de esta suerte, se dirigirá á Torrelabaton, y se apoderará sin gran dificultad de esa villa; pero ¡ay del capitán de la Liga si despues de la toma de esta villa paga con una ingratitud los buenos servicios de los moros de las Alpujarras, y les niega su apoyo! Caró ha de costarle á su partido y á él personalmente, porque sabe muy bien el señor don Juan, que de su modo de conducirse con los sectarios del Profeta, depende su intima felicidad, y la revelacion de aquel secreto, objeto de todos sus pensamientos, en que se interesan á la vez su destino y el de la señora doña Maria Pacheco.»

A semejante lectura, nuestro héroe, en el primer impulso de indignacion quiere correr detras del atrevido mensajero, que sospecha con sobrado fundamento que es Moreno en persona; pero la oscuridad le impide saber la direccion que el fraile ha tomado. Enviar en varias direcciones á su alcance, seria enteramente inútil. A juzgar por el paso de su mula debe estar ya muy lejos. Resignase, pues, don Juan á volver á Valladolid. Convoca al instante en las casas municipales á don Juan Bravo, don Francisco Maldonado, Jorge de Herrera, capitán de los voluntarios de Valladolid; Alonso Sarabia, alcalde, presidente del ayuntamiento, y á muchos otros hidalgos y del estado llano que mas figuraban en la Liga, y les comunica la carta que por tan extraño medio ha llegado á sus manos.

Las opiniones acerca de la acogida que debia dársele, eran enteramente diversas.

Algunos, poco delicados en los medios de salir triunfantes, no vacilan en afirmar en terminos algo equívocos, que solo en la prosperidad es lícito despreciar proposiciones tan ventajosas. El noble cora-

zon de Padilla, se exalta á semejante idea, y por la misma razon, que segun la carta, el mas que ningun otro parece debiera anhelar una alianza con los infieles, se declara con energia el primero por una negativa formal.

—Poseyendo, dijo, vuestra entera confianza, nada debo ocultaros. He creido, pues, de mi deber informaros de las proposiciones que se me habian hecho; pero por la indignacion que siento, creo igualmente adivinar la vuestra. En efecto, en el instante en que mas que nunca necesitamos de la ayuda de Dios, no es cuando debemos esponernos á merecer su enojo, haciendo alianza con los eternos enemigos del nombre cristiano. Seguramente mirarian muy mal los españoles que se han coligado para defender su nacionalidad, que incurriésemos en las mismas faltas en que cayeron sus padres. Acordémosnos de las funestas consecuencias de la venganza del conde don Julian, y no confiemos la defensa de nuestros intereses á los que no piensan mas que en destruir nuestro culto y en hacerse nuestros opresores.

—Sin embargo, replicó el presidente del ayuntamiento, cristiano viejo, pero tímido en extremo, y que sobre todo empezaba á cansarse de que Valladolid tuviese que estar tanto tiempo en pie de guerra, los socorros deben tomarse del modo que á Dios place enviarlos. El balsamo del samaritano curó las heridas del hombre del Evangelio, mejor que la desapiadada indiferencia del sacerdote y del levita....

—En aquellos tiempos plugo á nuestro Señor Jesucristo que se hiciera así, interrumpió con una dureza que descubria al hombre de guerra, el ardiente Maldonado, capitan de Salamanca, pero en los tiempos que corren, no solo será culpable en nosotros hacer causa comun con esos infieles, sino que ademas seria una torpeza por nuestra parte. ¡Gran Dios! En toda España se levantaria un grito general de reprobacion contra nosotros....

—Mas no de parte de aquellos que se sirven de los traidores, repuso ágricamente Alonso Sarabia, disgustado de sí mismo por haber emitido una opinion tan mal recibida de sus compañeros.

—Los servicios de los traidores, replicó el señor Padilla, dañan mucho mas que aprovechan....

—¿A qué viene esta discusion? interrumpió con mucha prudencia el previsor Juan Bravo. Dejemos á los moros que obren á su manera, y hagamos nosotros nuestros negocios por nosotros mismos. Creedme, no nos ocupemos mas de semejante escrito, y sin tardar llevemos á cabo nuestra expedicion sobre Torrelobaton.

—El parecer de nuestro amigo Bravo es el mas acertado, exclamó el señor de Padilla, y si la victoria corresponde á nuestros esfuerzos, sabremos probar á la España, que hemos conservado puro el honor de su nombre por la conducta que observaremos despues con los infieles, que parece tratan de confundir su causa reprobada con nuestra santa causa. Cruel desengaño han de llevar entonces los enemigos de nuestra fé, si nos creen tan viles ó á sí propios tan fuertes para tratar con nosotros como de igual á igual; y severo castigo tendrá igualmente el traidor que se ha lisongeado de que me induciria á compro-

meter el honor de mi partido, obligándose á este precio revelarme un secreto que solo á mí me interesa.

Tan generoso lenguaje produjo el efecto deseado en todos los presentes, hasta el punto de suplicar encarecidamente á Padilla, que marchase al instante sobre Torrelobaton. Esta vez fué general el celo, y no menos los gefes que los soldados, secundaron decididamente á nuestro héroe en su expedicion; unido esto á su ordinaria prontitud en ejecutar cuanto habia determinado, hizo que el 2 de marzo de 1821, él y su pequeño ejército se hallasen delante de Torrelobaton; y el 3 por la mañana, esta villa, dispuesta desde tiempo anterior á favor de la Santa Liga, les abrió las puertas, no viéndose socorridos por el condestable, y atribuyendo la inaccion aparente de este á algun funesto revés cuya noticia no habia podido llegar hasta ellos.

Padilla y los suyos por su parte estaban tambien llenos de sorpresa al ver la indolencia de los realistas. Pero al día siguiente de la entrada en esta villa, se aclaró el misterio cuando desde lo alto de las colinas que cercaban á Torrelobaton, vieron descender un crecido número de guerreros, cuyas armaduras y espadas brillaban á los rayos del sol.

A tan repentina aparicion, Padilla, advertido desde luego, mandó cerrar las puertas y envió á reconocer á la fuerza armada, que con bandera desplegada se atrevia de aquel modo á avanzar hasta debajo de los cañones de la plaza; pero cual fué su asombro cuando vinieron á decirle que en vez del estandarte imperial, era el reprobado de la media luna de los infieles el que marchaba al frente de los recién llegados. Por otra parte estos se anunciaban como amigos y de ningún modo como enemigos, y mandaron decir al señor de Padilla, que habiendo ellos cumplido sus promesas, llamando por algunos instantes la atencion del ejército real, venian á pedir á su vez, al capitán general de la Liga el apoyo y socorro que con tanta razon podian esperar de su reconocimiento.

A esta noticia, don Juan frunció las cejas porque conocia la ventaja que sus enemigos podian sacar contra él de esta circunstancia, y comprendia sobre todo el objeto del infernal pensamiento de Moreno. Ya no habia duda; aquel execrable apóstata contaba por medio de aquel golpe tan atrevido estraviar á nuestro héroe, para obligarle en seguida á entrar en sus criminales proyectos. La menor vacilacion por su parte podia hacer sospechar de su conducta y mancillar su reputacion; adoptó, pues, al instante el partido que debia tomar indudablemente.

— Las puertas están cerradas y ellos avanzan sin embargo! dijo el valiente Maldonado que con algunos voluntarios de Salamanca venia de reconocer el ejército infiel; señor de Padilla, ¿qué debemos hacer?

— Fuego! no haya cuartel para esos infieles.



XXVII. *ventaja del matrimonio; si el esposo, estando completamente perdido, y desde entonces el enemigo de los Pachecos se procura en contar en su ventura a Maria su noble hija y al espallido...*

Batalla de Villalar.

Sucedio, pues, que los sacros consejeros de la regencia, como daban al instante todo el partido que podian sacar de los acontecimientos...
Dueño ya de Torrelobaton, el señor de Padilla, parecia que debia marchar contra Tordesillas; sin embargo, lejos de esto tomó una resolución enteramente distinta. La generalidad lo estrañó y los envidiosos aprovecharon esta ocasion para perjudicarlo y imputándole como una falta el no haber querido utilizar la nueva ventaja que por la Liga se acababa de adquirir.

Pero como ni la indecision, ni la lentitud, eran cualidades propias del caracter de nuestro héroe, preciso fué que tuviese motivos muy graves para decidirse á permanecer en Torrelobaton, y no intentar desde luego la toma de un pueblo que encerraba lo que tanto él como su partido tenian de mas caro y mas precioso; sin embargo pocos son los que juzgan rectamente de los hombres y de las cosas porque hay muy pocos que antes de desacreditar quieran tomarse la molestia de trasladarse por un instante con el pensamiento al lugar y situación del que juzgan tan severamente.

Nosotros, pues, que hemos seguido por mucho tiempo á don Juan de Padilla, y hemos tenido mas de una vez ocasion de apreciar su prudencia y valor, no imitaremos á un vulgo tan ignorante como mal intencionado; é iniciándonos por medio de la reflexion en todas las dificultades de la situación en que se hallaba don Juan, espresaremos porque causa se vió en la imposibilidad de obtener resultados mas ventajosos de su nuevo triunfo.

Tal es la suprema voluntad de la Providencia: en sus impenetrables designios, que despues de haber llevado de la mano al mortal venturoso á quien favorece, de repente se aparta de él, siguiendo asi el órden de los tiempos que ella misma se ha obligado á cumplir. No obstante, en honor de nuestro héroe, diremos que la Providencia en la ejecución de sus misteriosos decretos, nunca encontró el alma de Padilla destituida de menos energia é inteligencia. Para que la fortuna se volviese contraria á la Liga, bastó dejar obrar la envidia y el curso ordinario de las rebeliones. En efecto, la defección y el desórden, contenidos un instante por el brillo del último triunfo, y por algun dinero que se encontrara en Torrelobaton, no tardaron en aparecer de nuevo, pues á consecuencia de un saqueo, que no se pudo evitar, empezaba á sentirse la miseria. Falsos amigos pagados por los realistas fomentaban la desercion en el ejército de Padilla y con odiosos folletos osaban empañar la gloria de aquel general á los ojos de sus propios soldados. Las infernales previsiones de Moreno debian cumplirse. El último movimiento de los moros tan ostensiblemente favorable á los proyectos de don Juan, no podia menos de producir resultados capaces de satisfacer el ódio del infame apóstata: si Padilla se decidia á aceptar la cooperacion de los hijos del profeta, la guerra civil se prolongaba indefinidamente en España con gran

ventaja del mahometismo; si al contrario persistia en rebusar aquel apoyo, estaba completamente perdido, y desde entonces el enemigo de los Pachecos se gozaria en confundir en su venganza á Maria su noble hija y al caballero Padilla.

Sucedió, pues, que los sagaces consejeros de la regencia, conocieron al instante todo el partido que podian sacar de los acontecimientos que por casualidad ó por otras causas ofrecian entre sí tan singulares coincidencias: por esto no se descuidaron en difundir por toda España la noticia, presentandola bajo un punto de vista enteramente desfavorable para el caudillo de la santa causa. Mandábanse emisarios en todas direcciones, publicando que Juan de Padilla hacia causa comun con los moros de las Alpujarras; y que la repentina aparición de Abbas Abdallah delante de Tordesillas, habia sido combinada anteriormente con la expedicion de Torrelobaton.

Estos mentidos rumores, no desprovistos enteramente de cierta verosimilitud, eran á propósito para engañar á los pueblos distantes del teatro de la guerra, y esta fué la causa de que un crecido número de reclutas esperados con impaciencia, no llegasen á unirse con el ejército de Padilla. Pero no es ciertamente de extrañar que tales imposturas hubiesen podido encontrar eco hasta en Torrelobaton, después de la noble conducta que Padilla acababa de observar? Y sin embargo esto es lo que sucedió.

Un dia en que don Juan recorria la ciudad, oyo muchas voces en la oscuridad que le injuraron, llamándole traidor y renegado. La aproximacion y la mirada tranquila del altivo capitán, bastaron para acallar tan odiosas palabras: pero el cobarde abandono de don Juan Basso de la Nega, teniente general de Padilla, que mandaba el cuerpo de voluntarios de Toledo, acabó de introducir la confusion en el partido de la Liga, y fué un golpe de muerte para el corazón de nuestro héroe. Sin embargo, tuvo bastante presencia de ánimo para disimular el disgusto que le producía tan vil defeccion. A pesar de sus tristes presentimientos, mostraba una tranquila confianza en el porvenir. Con el objeto de sustraer al desaliento los soldados que permanecian fieles, cuando supo que una porcion de sus propios conciudadanos acababan de abandonar la ciudad y que animados por el pérfido la Nega, tomaron el camino de Tordesillas: «Loado sea Dios! dijo; mas quiero ver á los traidores delante, que delras de mí.» Y entre tanto para impedir que tan detestable ejemplo tuviese imitadores, no pensó mas que en empezar las hostilidades: la vida activa del campamento era mas á propósito para contener á los soldados en su deber, que la monótona guarnicion de una plaza. Habia llegado á aquella triste posición, en que le era preciso fiar la salvacion del ejército al éxito incierto de una accion decisiva. Abandonándose, pues, á la merced de Dios, no tuvo mas que un deseo, un pensamiento, el de ir á presentar la batalla al condestable.

Como consecuencia de esto, informado hacia pocos dias de la toma de Valladolid por los realistas, queria dirigirse inmediatamente hacia donde creia que se hallaba el ejército, y caer de improviso con todas sus fuerzas sobre el enemigo, confiando poder sacar algún par-

tido: pero tan arriesgado proyecto encontró una fuerte y decidida oposicion. Juan Bravo y muchos otros gefes no eran de opinion de ponerse á perderlo todo en una sola empresa. Despues de algunos debates se resolvió que antes de presentarse delante del condestable se marcharia hasta Toro; esta ciudad, y todo el pais de sus alrededores estaban aun por los coaligados, y tenian la certeza que luego que estuviesen allí, se reforzaria el ejército de la independencia con un aumento considerable de reclutas.

En la mañana del 25 de abril, segun las ordenes dadas el dia anterior por el general en gefe sonaron las trompetas, y los tambores tocaron con un prolongado redoble asi dentro, como fuera de los muros de Torrelabaton, en los cuarteles en donde se hallaban alojados los cuerpos de voluntarios que no habian podido hacerlo dentro de la ciudad. Poros momentos despues se presentaron dispuestos todos los gefes, y activaron la marcha de sus respectivos soldados. Padilla que durante la noche habia estado despierto y casi enteramente consagrado al plan de campaña que pensaba desarrollar, no habia esperado a la aurora para vestir su armadura. Su frente respiraba una varonil y noble seguridad; pero su corazon estaba muy distante de abrigar la misma confianza que el dia feliz, en que vencedor de Toledo, corria á salvar á Segovia.

A los justos recelos que ofrece siempre el destino incierto de los combates, agregábanse tambien en su espiritu los mas tristes presentimientos. No basta ya que el corto descanso á que se habia entregado, haya sido interrumpido por el ruido que hizo al caer su larga espada colgada de la cabecera de su cama, es preciso ademas que la religion le dé misteriosas advertencias sobre la triste suerte que parece estarle reservada. ¿Qué viene pues á hacer á estas horas el reverendo padre Vazquez, uno de los cincuenta prebendados de su magestad en Toledo, que tanta admiracion profesa al héroe compatriota como él mismo le llama, que ha venido solo, y á pié á encontrarlo en Torrelabaton, á través de mil peligros? El santo eclesiástico tiene pues adquirido el derecho de hablar con franqueza al señor de Padilla.

—Señor don Juan, le dice, por el amor de Dios y de vuestros amigos no realicéis vuestro proyecto; permaneced aquí, creedme.

—¡Por vida de Cristo! que nada de esto haré, contestó nuestro héroe; el mejor clérigo, no sirve para nada en materia de guerra; retiraos puez y dejadme obrar á mi modo.

—¡Ah! mi buen señor! murmuró el adicto eclesiástico, á pesar de la severa prohibicion de nuestro Santo Padre, acabo de consultar en vuestra intencion mis conocimientos en astrologia. Hacía muchos años que no lo habia hecho, pero esta vez, doy gracias al cielo por mi inspiracion porque puedo advertiros á tiempo todavia el peligro que correis. Por favor, no os pongais hoy en marcha.

—Padre, replicó Padilla con una ligera sonrisa de incredulidad, lo que la razon ha concebido, debe ejecutarlo el brazo; esta antigua máxima de nuestros antepasados, en todos tiempos me ha parecido la mas sabia. Por otra parte, á despecho de la astrologia, la voluntad de Dios se cumplirá siempre.

— Así se al dijo el reverendo padre retirándose con ademán conser-

ternado. Don Juan acabando de ajustar su armadura de batalla encima de su coraza de hierro batido, de Toledo, se puso una sobrevesta, en medio de la cual había hecho bordar su bien conocido blason de azul, con tres sartenes de plata, acompañadas de nueve medias lunas también de plata, para ser mejor visto de sus soldados en medio de la confusión del combate; mandando luego tocar las trompetas, hizo desplegar las banderas y emprendió la marcha en dirección de Toro.

Apenas distaba tres leguas de Torrelobaton nuestro ejército ya acababa de atravesar la aldea de Callejos de Atornija, cuando de repente se vió rodeado de un enjambre de realistas. Con mas solidez de facción que disgusto de aquel ataque irregular que parecia proporcionarle la próxima realizacion del combate que deseaba de todas veras, avanzó hacia adelante y dando cara a aquellas atrevidas avanzadas que se replegaban hacia Tordesillas, no se separó de ellas un instante. Su esperanza era la de encontrarse con el condestable, y al obligarle a aceptar el combate. Pero le engañaba su deseo belicoso.

El experimentado Velasco no queria variar absolutamente de táctica; aunque con fuerzas muy superiores á las de Padilla, parecia poco dispuesto á venir á las manos, prefiriendo esperar que la desercion y la traicion debilitasen á su enemigo para alcanzar el triunfo. Don Juan creyó revelar este proyecto, y ansiaba mas que nunca obligar á su astuto antagonista á salir de su terrible inercia.

Pero ¡ah! todo parecia conjurarse contra el capitan de la Liga, el cielo y la tierra le eran contrarios tambien. En su anhelo de alcanzar al condestable no habia cuidado de examinar el terreno por donde habia pasar á su ejército, ni que acababa de esponerlo en una llanura pantanosa: el suelo se hundia bajo los pies de hombres y caballos, y la lluvia que empezaba á caer contribuia á aumentar las dificultades. Para colmo de su infortunio, el condestable lejos de presentarse con su ejército, parecia estar informado con la mayor exactitud de la posicion crítica de los comuneros; no hay duda, Velasco es el que ha dispuesto la reaparicion de las guerrillas; ya vuelven á presentarse en mayor número que antes, y á manera de incómodos mosquitos fatigan sobremanera las tropas ya medio desalentadas de Padilla.

Por fin, este á pesar de su perseverancia habitual se ve obligado á reconocer que debe renunciar á toda accion decisiva; y con el corazón tristemente oprimido no piensa ya mas que en salir de la fatal posicion en que se halla. Su objeto es volver atras, é ir, si puede, á reunirse con un cuerpo de voluntarios que la ciudad de Palencia debia enviarle. Pero los regentes han previsto sus intenciones; y tanto por la parte del Norte como por la del Mediodia le han cortado la retirada, y el vado del arroyuelo que cerca de Villalar va á reunirse con el de Horniga, que pocos momentos antes habia pasado sin dificultad, ahora se hallaba defendido por numerosas fuerzas enemigas. ¿Nuestro héroe estaria acaso rodeado por todas partes? En tan tristes circunstancias solo le queda el partido de llegar cuanto antes á

Villalar. Cerca de este lugarejo, el Horniga le ofrece un paso ficit; si logra poner este rio entre él y los realistas, estará completamente seguro.

Pero allí era donde le esperaba su diestro adversario, apostado precisamente en el único lugar en que Padilla no quería encontrarle. Hallábase don Juan ya muy de cerca de Villalar, cuando vio repentinamente aparecer por todas las avenidas de aquel lugar al ejército realista. Esta vez era muy numeroso, y mandábalo los mejores generales de don Carlos; el condestable era el que dirigía en jefe sus operaciones. Las fuerzas de los dos ejércitos enemigos eran casi iguales. Los regentes tenían bajo sus órdenes seis mil infantes y tres mil cuatrocientos caballos, de los cuales mil doscientos eran soldados. Padilla todavía contaba bajo sus banderas ocho mil infantes, quinientas lanzas y alguna artillería, débiles restos de aquel formidable tren de Medina del Campo, del cual en otro tiempo se había hecho dueño delante de Segovia.

En cuanto á la posición que respectivamente ocupaba cada ejército era muy grande la diferencia, y verdaderamente era preciso que la que sostenía el señor de Velasco le hubiese parecido muy ventajosa cuando se decidió á desplegar sus fuerzas de aquel modo. Su ejército se hallaba apoyado contra el lugarejo de Villalar; en este mismo punto había colocado su artillería de modo que pudiese dirigir sus fuegos al abrigo de los edificios, al mismo tiempo que la tenía menos espuesta á los ataques de los enemigos; después un poco más acá del pueblo, en un terreno mas sólido que el resto de la llanura, estendiendo sus grandes alas y el centro de batalla, aguardaba á los coaligados á pié firme, mientras que por su órden los fantasmas alemanes, mercenarios últimamente enviados por don Juan, marques de Brandeburgo, pretendiente á la sazón á la mano de la reina, viuda de Fernando de Aragon, debian como tiradores cargar los flancos y la retaguardia de Padilla.

Cerrado este como un ciervo en el bosque, conoció que había llegado el momento de vencer ó morir gloriosamente. A pesar de las dificultades que le ofrecia el estado del terreno en que se hallaba, no desmaya su valor. Divide su ejército en tres cuerpos: el manda el centro en persona y hace frente al condestable; á su izquierda están los voluntarios de Salamanca y de las provincias del Oeste y del Mediodia del reino, capitaneados por el valiente Francisco Maldonado, y á su derecha las tropas de Segovia y los auxiliares de las ciudades del Norte bajo las órdenes del intrépido Juan Bravo. Este último es el que debe atacar á Villalar, y desalojar la artillería enemiga, que ya empieza á causar grandes estragos en las filas del ejército de la independencia. A pesar del espantoso fuego, que el conde de Haro dirige detras de las murallas y cercados del pueblo, no se intimida el joven segoviano: los pequeños falconetes de campaña que Padilla ha puesto á su disposición se hallan ya en parte desmontados é inútiles; y á pesar de esto se le vé mas decidido que nunca. Obrando él mismo se lisonjea de llevar mas pronto á cabo su ataque, y marchando el primero para infundir valor con su ejemplo, se adelanta á

paso de carga hacia el lugar de donde salen la destrucción y la muerte.

¡Pero ay! ignórase si realmente es una estratagema del viejo general realista, ó una mera casualidad, pero es lo cierto que para llegar á la aldea de Villalar, tienen que maniobrar los soldados de la Liga, sobre un terreno tan pantanoso por las recientes lluvias, que en muchos sitios, se hundian hasta las rodillas. Para colmo de desgracia, acaba de levantarse el viento del Oeste con su ordinaria compañera, la lluvia azotaba con fuerza la cara de los soldados de Bravo, incomodándoles sobremanera en su marcha. Todos estos contratiempos unidos á las repetidas descargas del enemigo, que parecian continuas segun se sucedian unas á otras sin interrupcion, acababan de introducir el desorden en este pequeño cuerpo de voluntarios ya muy dispuestos á separarse de las reglas de la subordinacion y disciplina, y á no ser por los esfuerzos del famoso alcalde mayor de Segovia, Raimundo de Córdoba, la derrota seria ya completa en este lado. Poniéndose este detras de las filas para detener á los fugitivos:

¡Cobardes! exclamó con voz atronadora á muchos de sus conciudadanos que retrocedian y volvian las espaldas; ¡No se dirá de mis paisanos que mueren como infames, fusilados por detras!

Y hablando de este modo, hundió su espada en el pecho del mas cercano de los que se salvaban huyendo. Este terrible ejemplo de severidad contuvo un instante á los camaradas del muerto; pero una balacua fué á su vez á herir al esforzado alcalde, á quien la muerte habia respetado en el sitio de Segovia. El funesto proyectil hace todavia otras victimas, que caen mutiladas ó sin vida junto al cuerpo inanimado de Raimundo de Córdoba. Desde aquel instante, el terror es universal; el ala derecha se dispersa enteramente, y la confusion es tal, que arrastra hasta á los mas valientes; diseminándose fugitivos por la llanura. Finalmente, la mayor parte, arrancándose las cruces encarnadas, distintivo de los soldados de la Santa Liga, y reemplazándolas con otras blancas, signo adoptado por las tropas reales, acaban por rendirse á discrecion á sus enemigos.

El ala izquierda al mando de Francisco Maldonado, no era mucho mas feliz. Desde el principio del combate, la traicion habia disminuido mucho sus filas. La artillería que por este lado podia ser de mucha utilidad, fué casi al instante reducida á nada, no tanto por la incapacidad, como por la perfidia de los encargados de servirla. Las baterías, colocadas en mayor número en este punto por Padilla, á causa de la firmeza del terreno, hubieran podido moverse facilmente y estar dispuestas de manera, que con sus fuegos cruzados batiesen el cuerpo de reserva y el ala derecha de los realistas; pues lejos de obrar así, la mayor parte de los artilleros, cargados vigorosamente, casi de improviso, por ciento cincuenta soldados del ejército contrario, abandonaban sus piezas. Al contemplar aquella cobarde desercion, Maldonado volvió á su puesto, y dejando su plan de ataque voló en socorro de aquellas piezas, cuya custodia le confiara Padilla.

Pero ya era tarde: desgraciadamente habian quedado algunos traidores cerca de las piezas, y tuvieron la infame osadia de disparar-

las al aire en su misma presencia, y otros, en fin, cometieron la negra traición de prender fuego á las municiones. Desesperado el valiente jefe en vista de tan odioso proceder, sufre tambien el doble martirio de tener que dejar impune tanta maldad; porque en aquel mismo momento, se encuentra envuelto por la division del almirante. Un cuerpo de lanceros conducido por un hermano de Maldonado, mas joven aun que este caudillo, se presenta el primero á sostener la carga y á rechazar con denuedo al enemigo.

Pero la muerte de este jóven guerrero, causada por una lanza enemiga, introduce el desorden y la confusion en las filas de sus valientes. Francisco Maldonado, con la venganza, se precipita entonces en lo mas ríco de la pelea, esperando hacer con su ejemplo, que renaciera el valor en sus soldados; pero aunque emplea los mas heróicos esfuerzos, no puede conseguirlo. Viendo enteramente destrozada la compania de lanceros, que habia mandado su infeliz hermano, no desiste por eso de su empresa, y llama en su auxilio á un cuerpo de voluntarios de Toledo que don Juan de Padilla habia puesto á sus inmediatas órdenes.

Al principio respondieron bien á su noble llamamiento estos valientes toledanos.

Dos veces los llevó al combate don Francisco Maldonado, pero al fin se apoderó de ellos el desaliento, y huyeron á la vista de la caballeria que hacia horriblos estragos en las filas de aquellos soldados mal armados y poco aguerridos, al choque terrible de aquellas companias de hombres avezados al ruido de las armas y enteramente cubiertos de hierro así ellos como sus impetuosos corceles.

El tímido ciervo acosado por la valiente jauria no corre tan veloz como corría en su dispersion la infanteria de Toledo. Sin embargo, no son bastante afortunados para librarse de los filos de las espadas de la caballeria realista; el hierro arrebató la vida del cobarde como del valiente. En vano nuestro antiguo Matamoros de la calle de Jimenez á la cabeza de un puñado de sus amigos de los barrios bajos de Toledo, continúa resistiéndose denodadamente; la muerte no le perdona, como tampoco á su pobre vecino Gil Mendo el tabernero.

— ¡Por vida de Dios! nuestros señores alcaldes nos han tomado por corderos del rey don Pedro para enviarnos á semejante carniceria! exclamaba el barbero Lopez Cueva corriendo con toda la celeridad que sus piernas le permitian. Pero esta vez menos feliz que en Toledo, no pudo evitar el golpe mortal que acababa de herirle por la espalda, haciéndole caer en tierra.

Don Francisco Maldonado viéndose casi solo, no piensa ya mas que en vender cara su vida. Pronto se halla rodeado de tan crecido número de enemigos, que con trabajo puede hacer uso de su lanza ó de su espada. Los que mas prisa se daban para apoderarse de su persona, pagaban cara su osadia; mas al fin derribado de su caballo, rota la armadura y desarmada su diestra, todavia forcejeaba por desasirse de entre las manos de los que le llevaban prisionero.

En el cuerpo del centro, la batalla que con tanto ardor se disputaba, se inclinaba tambien á favor de los realistas. El señor de Padilla,

no fando desde el principio de la accion una especie de irresolucion en los movimientos de los flancos, pensó que debia atacar con su centro de reserva el cuerpo mandado por el condestable en persona. Este era el solo medio de escitar el valor de los suyos y de animar un poco la inaccion de sus alas. La operacion habia sido perfectamente concebida, y para que tuviera buen éxito, solo faltaba que el valiente don Juan hubiera sido mejor secundado.

Para mayor desgracia tres banderas y treinta lanzas se pasaron al principio de la accion á las filas enemigas. Padilla las habia colocado á vanguardia á las órdenes de los Herreras, con objeto de provocar al impassible Velasco á que saliese de su inmovilidad y avanzase en la llanura; pero al ver la famosa bandera de Covadonga, que el astuto viejo habia hecho desplegar á la cabeza de sus filas, una especie de vértigo se apoderó de los soldados y de los caballeros de la Santa Liga. ¿Es acaso posible que triunfen los que combaten bajo semejante égida? Mas vale someterse al instante que esponerse á una muerte infructuosa.

Esta triste creencia, fomentada vivamente por las perdidas palabras de algunos partidarios antiguos de Giron, secretamente corrompidos por el oro de la regencia, vino á neutralizar los generosos esfuerzos de Herrera y del corto número que á su ejemplo querian llenar dignamente la honorosa mision que les habia confiado el señor de Padilla. Estos valientes tan vergonzosamente abandonados, vieronse al fin obligados á rendirse. Don Juan, que seguia á poca distancia esperando á cada momento ver al condestable dirigirse contra él, no comprendió al principio lo que pasaba en la caballeria de Herrera; sin embargo, parecióle ver que reinaba allí el mayor desacuerdo, y presintiendo los males que de ahí podian originarse si él mismo no iba inmediatamente á restablecer el orden, arrojó el acicate á su famoso Alamez, y seguido de una partida de voluntarios del tercio de Castilla, que no le habia dejado desde la jornada de Toledo, y de doscientas lanzas que le quedaban, corrió á sostener á los débiles, y á contener á los traidores.

— ¡Santiago! ¡Libertad! ¡Santiago! ¡libertad! exclamó blandiendo su lanza con un valor sobrenatural; y para animar mas á los suyos con sus miradas de fuego y ser reconocido de ellos en medio de la pelea, levantose la visera; pero ¡ay! era ya demasiado tarde. El mal era irreparable; y si ahora el condestable avanza en la llanura con todas las fuerzas que tiene á su libre disposicion, despues que las dos alas del ejército de la Liga estaban completamente derrotadas, no era ya para aceptar generosamente el combate que poco antes deseara tan ardentemente el señor de Padilla, sino para envolver á este héroe desgraciado que habia quedado solo con un puñado de valientes como él, y á quienes inflamaban sus palabras y sus altas y extraordinarias proezas; porque don Juan en aquel instante, lo mismo que un leon furioso que hace frente á los cazadores, se batia con desesperacion.

Al saber que Bravo, Maldonado y casi todos los oficiales mas valientes habian muerto, ó sido hechos prisioneros, Padilla conoció que le habia llegado tambien su vez.

— ¡Por vida de Cristo! ¡no me cogereis sino muerto! dijo desmontando de un bote de lanza á don Pedro Bazan, que le gritaba que se rindiese. Arrojandose luego sobre Diego, el hermano de Bazan, le atravesó haciéndole caer a los pies de su caballo. No pudiendo servirse ya de su lanza que acababa de romper, echó mano de la espada; y desgraciado del que se atrevia á aguardarle á pie firme, ó pretendia coger la brida á su formidable Alamez!

¡Pero ay! en el momento en que nuestro valiente caballero castigaba con la muerte al escudero de uno de los Bazanes que acababa de hundir su puñal en uno de los costados de Alamez, don Pedro de la Cueva le descargó un golpe tan fuerte con su espada, que le atravesó una pierna hasta el hueso, mientras que don Juan de Ulloa, a traicion y por la espalda, le dió tan fuerte golpe con su maza de armas, que el infeliz Padilla cayó aturrido sobre el cuello de su caballo. El fogoso Alamez, irritado ya por el dolor que la herida le causaba y no sintiendo su ardor contenido por la vigorosa mano de su jinete, dió un bote y derribó en tierra al escudero de Cueva que habia intentado detenerle. Libre ya el brioso animal de la accion opresora del freno, corrió libremente por la llanura, conduciendo a su desgraciado dueño que, gracias a los altos arzones de la silla y a los grandes estribos de aquella época, pudo sostenerse sin caer en tierra. Bien pronto caballo y jinete se perdieron en la oscuridad de la noche que empezaba ya á cubrir con su manto de luto aquella escena de muerte y desolacion.

Viendo Alonso de la Cueva y Juan de Ulloa que el valiente general de la Liga se escapaba de sus manos corrieron en su seguimiento; pero el leal Alamez parecia haber adivinado con su delicado instinto el peligro de su dueño y parecia que volaba para salvarle del poder de sus enemigos. Herrera el menor que, acompañado de algunos otros caballeros y soldados seguia de cerca á Padilla, desesperados al ver á su capitan herido, y ardiendo en deseos de venganza, pusieronse delante de los dos caballeros obligándoles á detenerse.

Batiéronse por espacio de largo rato aquellos valientes como dignos émulos de la gloria del que les habia conducido al combate; y era en verdad un espectáculo imponente ver aquel escaso número de hombres, débil resto del ejército de la Liga, oponiendo una resistencia sobrenatural contra aquellas grandes masas de enemigos, atraidos á aquel lugar al choque de las armas: la oscuridad de la noche contribuia á prolongar la duracion de aquella lucha encarnizada, en que no pudiendo reconocerse amigos ni enemigos no podian saber cuál era su número ni á quien iban dirigidos los furiosos golpes que se descargaban.

La duracion misma del combate no servia mas que para acrecentar la irritacion general, de tal suerte que ya ninguno se cuidaba de elegir adversario. De la misma manera que el justo temor de herir á alguno de los suyos, cuyo número era indefinidamente mayor que el de los enemigos, no detenia á los realistas, tampoco desalentaba á los últimos defensores de la Liga la funesta noticia de la muerte de Padilla que habia circulado con increíble celeridad. Si el condestable

advertido de lo que sucedia no se hubiera trasladado á toda prisa al lugar del combate, acompañado de una fuerte escolta con hachones de resina encendidos, bien hubiera podido asegurarse que aquella horrorosa lucha habria continuado hasta bien avanzada la noche, y que mas pérdida que los coaligados, hubieran sufrido los realistas.

Con la triste claridad que despedian aquellas antorchas púdose juzgar entonces que los vencidos habian hecho pagar bien caro su triunfo á los vencedores. El valiente Juan de Herrera, la mayor parte de los caballeros toledanos y muchos voluntarios y soldados del tercio de Castilla, encontraron en aquella memorable jornada una muerte gloriosa. Los pocos que sobrevivieron yacian en tierra heridos ó desarmados; y á pesar de esto se vieron obligados á marchar en pos del vencedor á Villalar, donde se habian reunido los prisioneros. Aquellos héroes, dignos de mejor suerte, no se mostraron abatidos al impulso de tantos reveses, y todavia parecia que sus altivas y arrogantes miradas desafiaban á los vencedores: su soberbio y tranquilo continente los engrandecia aun en medio de su derrota.

Tal fué el resultado de la batalla de Villalar, batalla que dió un golpe de muerte á la causa de la independencia. Pero si la derrota de la Santa Liga de Avila puso un por algun tiempo, á las discordias civiles, si concedió algunos momentos de tranquilidad despues, á la Península, y si aumentó sobre todo, las prerogativas del poder real, de manera que le dió mas fuerza en tiempo de paz, aunque se la disminuyera, para días borrascosos, tambien es preciso añadir que el campo de batalla de Villalar fué la tumba de las franquicias y libertades españolas. Esta pérdida recayó no menos en perjuicio de la corona, cuyos consejeros sin prevision perdieron el mejor sosten del trono, que en el de los pueblos que vieron derribados en aquel aciago día los mas sólidos baluartes de su nacionalidad.

XXVIII.

Padilla herido.

El curso regular de las horas, inalterable siempre lo mismo en los grandes trastornos de la naturaleza que en las mayores agitaciones de los hombres, habia vuelto á traer los primeros rayos del alba. El viento del Oeste que corria la vispera habia calmado enteramente, la lluvia tambien habia cesado, y la naturaleza toda saludaba en la primavera la vuelta de aquellos hermosos días tan comunes en España á fines del mes de abril, sin detenerse en las escenas de muerte y desolacion que el sol alumbraba entonces con sus rayos.

Pero si el pajar cantaba alegre en la espesura, si las praderas de las cercanías de Villalar ostentaban su hermoso verdor, el hombre permanecía absorto y pensativo en presencia de los desastres que por todas partes se ofrecian á su vista en la llanura que rodea á este

pueblo. Un lúgubre y monótono silencio reinaba en el campo en que se diera el combate, silencio tanto más triste y melancólico cuanto que era interrumpido solamente por el acompasado ruido que hacían los azadones de algunos vecinos de la comarca, ocupados en abrir anchos fosos de distancia en distancia para enterrar los cadáveres de que se veía la tierra cubierta, ó por los codiciosos vecinos que con la esperanza de encontrar riquezas entre los muertos no temían despojarlos de sus ricos vestidos en los momentos en que creían estar seguros de no ser vistos, de las patrullas que recorrían aquellos lugares con la órden de asegurarse si entre aquellos montones de cadáveres había algún infeliz que aun respirase y tuviera necesidad de socorros para volver á la vida, ó de auxilios espirituales para entrar en el cielo.

¿Será acaso para llenar este santo y último ministerio para lo que ha venido á este lugar de luto el encapuchado franciscano que se ve pasear entre los muertos? Sin embargo no se le ve buscar ningún resto de existencia que reanimar entre los desgraciados que le rodean, ni para bendecirlos y enviarlos más puros á las manos de su Criador que los aguarda. Se creería más bien, al ver la apostura con que contempla este horroroso espectáculo, que encuentra un placer en considerar las obras de destrucción de los hombres; y como si no le bastaran las dos estrechas aberturas de su capucha para verlo todo, levántasela enteramente y deja descubierto su rostro. ¡Maldición! es Moreno!

Si, Moreno que atraído como el buitre por el olor de los cadáveres, viene al campo de la muerte á satisfacer sus instintos sanguinarios, y gozar contemplando todos aquellos cristianos sacrificados al furor de sus mismos hermanos. El ángel de las tinieblas no está tan espantoso contemplando las miserias con que atormenta á la humanidad, que el satánico moro considerando aquel espectáculo con la feroz sonrisa que dejaban escapar sus labios entreabiertos.

—¡Benditos sean Alah y su Profeta! suspiró el detestable apóstata. ¡Algunos días más como este y los verdaderos creyentes levantarán la cabeza con orgullo y nuestros padres quedarán vengados!

¿Pero qué busca en torno suyo con tanto afán este poseído de Satanás? ¿no está satisfecho aun con todos esos arroyos de sangre que enrojecen la tierra? ¿quiere acaso descubrir una nueva víctima para que su venganza sea más completa?

Pero de repente se detiene y escucha... ¡qué sordo rumor es el que ha herido sus oídos! Pasados algunos instantes continua su marcha y vuelve á detenerse creyendo oír una voz... Si, son palabras entrecortadas, súplicas como las que arranca el dolor. Ahora las ha oído distintamente y se dirige hácia el sitio de donde vienen esos gritos lamentables. No es ciertamente la compasión la que le guía, es por el contrario la bárbara esperanza de encontrar el objeto que tanto anhela tener á su disposición. Al aproximarse á una de aquellas encinas de que estaba poblada la llanura de distancia en distancia, descubre apoyado contra un árbol á un caballero cuya rota y ensangrentada armadura manifestaba su triste situación. Cerca del herido á

quien acababan de levantar, había dos mugeres que le prodigaban los más tiernos cuidados.

Sostentale una de ellas mientras que la otra se ocupaba en examinar sus heridas limpiando la sangre que destilaban abundantemente, y cubriéndolas con una fina tela de lino. Por el esmero y afanoso interés que pone esta última para procurar algún alivio á los dolores del caballero, fácil era conocer que un sentimiento más poderoso que el de la caridad ordinaria le había conducido á aquel sitio. Con el objeto de procurar algún descanso al herido desató las piezas de su armadura y le quitó el casco enteramente abollado.

—Al fin le encontré; murmuró Moreno reconociendo entonces al desgraciado Padilla. ¡Eles! ¡y vive todavía! ¡Oh! ¡gracias te sean dadas, poderoso Dios de los Albayaldos, por entregarme de este modo el último vástago de los verdugos de mis padres!

No se engañaba Moreno. La una de aquellas dos mugeres era realmente la señora doña María Pacheco; la otra su doncella Inés. El amor más solícito aun que el odio en buscar su objeto, había hecho que doña María encontrase al desventurado don Juan respirando aun bajo su pesada armadura, aunque tan debilitado por la sangre que había perdido, que le era imposible levantarse.

Alamez, cuyo inanimado cuerpo estaba tendido junto á su dueño, había servido también ahora de indicio á la amante desconsolada para encontrar á su desventurado don Juan. Bien merecía al menos la pobre María que sus diligencias no fuesen infructuosas, en recompensa de las penas y tormentos que había sufrido en tantos meses como había que estaba separada de su idolatrado esposo, sin más noticia suya que las que hacían circular en sus infames libelos los realistas contra Padilla y su ejército.

La jornada del día anterior había llevado su angustia al último grado de amargura. Distanto Tordesillas solo tres leguas del campo de batalla de Villalar, María no había cesado de oír con una pena mortal el estampido del cañon y las descargas de fusilería, desgarrando atrocemente su corazón cada una de aquellas detonaciones. Así pasó todo el día, y apenas la noche estendió su negro manto sobre los mortales, circuló con la velocidad del rayo la noticia de que el ejército de la Liga había sido completamente derrotado; y que don Juan de Padilla, habiendo desaparecido del lugar del combate, habría quedado probablemente entre los muertos. Juzguese de la desesperación de María al oír anunciar esta triste nueva entre los gritos y las demostraciones de la más loca alegría.

Pero como ya hemos visto en otras ocasiones, la desgracia en vez de abatir á la noble y altiva huérfana de los Pachecos, servía por el contrario como un estímulo para aquella alma sensible y apasionada comunicando una fuerza sobrenatural á su energía y decidida voluntad. En vez, pues, de abandonarse á un dolor estéril, se armó de valor y resolución, y acudiendo á la espermentada lealtad de su fiel Inés, que se apresuró á satisfacer sus deseos, aprovechó los momentos de agitación y desorden que reinaban en el pueblo, y salió acompañada de su amada Inés, cubiertas las dos con unos mantos oscuros,

salieron de Tordesillas logrando no ser reconocidas por los pocos soldados que custodiaban las puertas y que en aquel momento franqueaban condescendientes la salida á los muchos curiosos que se dirigian al camino de Villalar para ser los primeros en adquirir noticias del campo de batalla.

Luego que se hallaron fuera de las murallas, la intrépida doña María, animando á su compañera, apresuró el paso; tanta era la prisa que tenia por llegar antes de que rayase el alba al sitio fatal en que yacia tal vez sin vida el objeto de todo su amor, para ser la primera en socorrerle si aun era tiempo. El cielo como hemos visto no fué sordo á sus deseos, colocándola al lado de su Juan vuelto por ella á la vida, quien besa con delirio la mano adorada que le socorre.

¡Ah! no es bastante para su alma sensible arrancar á su amante de las manos de la muerte; María quisiera tambien ocultarle á los ojos de sus enemigos. ¿Pero qué hará? ¿cómo sustraerle al escrupuloso registro de las patrullas que recorren la llanura?

—¡Oh! ¡gracias, vírgensanta, patrona mia! exclamó María de repente viendo á Moreno que se adelantaba hácia ella; ¡un santo religioso en estos lugares! acercáos, padre mio, la divina providencia os envia....

—O la maldición del cielo, añadió con voz terrible el renegado descubriendo su rostro.

Al grito de horror que lanzaron las dos mugeres, levantó don Juan la cabeza, y al ver á Moreno, sintió repentinamente el caballero reanimarse su aliento y fueron tan violentas las sensaciones que imprimieron á todo su ser, los impulsos de su indignacion, que tuvo suficiente energía para levantarse, y con voz menos débil de lo que de su estado podia esperarse, le dijo:

—¡Miserable! ¿tienes valor para presentarte aun delante de mí?..... ¿qué es lo que te trae á estos sitios?... ¿Acaso nuevas perfidias? ¡Oh! ahora no te has de escapar de mi venganza.

—¡Tu venganza! ¿pues no estás por ventura ahora á merced de cualquiera? ¡Ah! Si en Torrelabaton no hubieras despreciado mis ofertas, no te encontrarías en la situacion en que te hallas. Sin embargo, aun no está todo perdido; todavía puede tu partido levantarse triunfante á tu voz; consiente eu ligar tu causa á la de mis hermanos, y yo olvidaré para siempre mis juramentos de venganza personal y te salvaré de la suerte que te espera.

—¡Atras, infame! ¡atras! exclamó Padilla; pudiendo apenas sus lábios temblorosos pronunciar estas palabras: esta arma puede aun servirme para arrojarte de mi presencia. Y al decir esto, relucia en su mano una afilada daga que acababa de sacar de la rica vaina que se miraba pendiente de su costado.

—¡Ah! ¡ah! ¿ese es el modo que tienes de agradecer mis generosas proposiciones? dijo Moreno con una sonrisa infernal. ¡Pues bien! en este momento voy á cumplir la promesa que tengo jurada sobre la tumba de mi padre. La sangre de Diego y de Alfonso Pacheco, heridos de muerte por mi mano, no es suficiente aun para calmar los manes irritados de los Albayaldos, ni tampoco la de Pedro Pacheco, á quien tú te encargaste de inmolár.

A tan terribles revelaciones una repentina convulsion se apoderó de todos los miembros de María y su brazo tembloroso se apoyaba en el de su amante, quien no pudo reprimir por mas tiempo el horror de que se hallaba poseido.

—¡Hombre abominable! ¡recibe el premio de tus crímenes! y al decir esto, Padilla, escuchando solo la voz de su valor y de su justo enojo, se adelantaba amenazante hácia Moreno.

Pero huyendo este el cuerpo con ligereza, prorumpió en una risa sardónica, mofándose de los impotentes esfuerzos de don Juan. ¡Oh! ¡oh! tu furor no puede alcanzarme. ¡Así son todos los cristianos! todo lo miran como un crimen en los demas, y se olvidan de los que ellos han cometido.... ¡Réprobos! creen que los demas hombres son solo unas criaturas viles y despreciables, útiles solo para servirles ó ser sus esclavos. Pero los esclavos despiertan al fin, y matan á sus señores, sirviéndose tambien de sus propios tiranos para cumplir su santa venganza. Escucha, Padilla, tú que has sido tan insensato que has creído que yo me habia hecho confiante de tus amores, sin mas objeto que el de servirte gratuitamente.... ¡Ah! te ahoga la rabia, continuó el perverso hijo de Albayaldos cruzando los brazos sobre el pecho y sonriéndose maliciosamente de los vanos esfuerzos que hacia don Juan para herirle; pero hasta el fin es preciso que me escuches, y que conozcas antes de morir, el abismo á que he conducido tus pasos. Si, yo he servido tus amores, pero tú entretanto me servias á mí para fomentar esa guerra civil, de la que yo esperaba aprovecharme un dia en beneficio de mi santa causa; hasta en el seno mismo de tu partido era yo quien alimentaba la discordia. Yo daba pábulo á los celos de Giron, porque queria despues de haberte escitado á la rebelion, reducirte despues á tales apuros que no pudieses sin grave peligro, reusar el apoyo de mis hermanos; y aunque te hayas resistido á tomar parte en mis proyectos, te has hecho, sin embargo, instrumento de mi venganza, dando muerte á Pacheco y Giron, descendiente de los asesinos de mi familia, y.... ¡Paciencia! no es esto todo: todavía te debo otras obligaciones, y no soy yo solo quien debe estarte reconocido; porque ¿no es á tí á quien debe la vida el gefe de los verdaderos creyentes, Abbas Abdallah?

A tan estrañas palabras, Padilla, que como el leon de la fábula guardaba un profundo y altivo silencio, volvió repentinamente la vista hácia el insolente que se atrevia á usar semejante lenguaje en su presencia.

—¡Oh! continuó el malvado con el mismo descaro, tu admiracion va á cesar cuando te diga que el preso de San Benito era el príncipe de Abbas Abdallah, que bajo el disfraz del heraldo de la regencia á quien habia despojado de sus insignias y quitado la vida en las montañas de Simancas, habia podido introducirse en Tordesillas con la esperanza de arrebatár del poder de sus partidarios á la reina Juana. Aquel religioso que recibió tus juramentos y los de tu amada, era tambien el príncipe Abbas, fugado de su prison, gracias al hábito religioso del ermitaño del Arenal. Francamente debo confesarte que el buen hombre no se hallaba muy dispuesto á cambiar de vestidos

ni de puesto con su alteza, pero ya encontramos medio de obligarle á todo. En fin, aquel salvo conducto que obtuve de ti para el religioso, mi compañero, sirvió tambien para el príncipe Abbas. Ya ves, pues, Juan de Padilla que te has hecho cómplice conmigo de la evasión del enemigo más decidido de los cristianos.

Mientras que Moreno hacia la odiosa relacion de sus infernales maquinaciones, el desventurado Padilla exalaba profundos rugidos, como el furioso leon cuando le falta la fuerza para defenderse del cobarde enemigo que se ha encarnizado con él; pero el infame moro no por esto dejó de continuar la relacion de sus execrables y aterradoras revelaciones.

—¿Comprendes ahora, cristiano orgulloso, como has sido el instrumento de mis venganzas? Dejemos para las almas vulgares arrojar lejos de sí cuando está satisfecha su venganza el instrumento de que se han servido; yo no lo desprecio, lo rompo, sobre todo si en su destruccion veo un nuevo medio de completar mi venganza. ¡Todavía les falta una víctima á los manes irritados de Albayaldos; sean, pues; satisfechos!

Y pronunciando estas palabras, dirigia en torno suyo miradas terribles y sedientas de sangre; luego, entreabriendo su tosco sayal desenvainó la espada de que iba armado y se precipitó sobre Padilla. Pero María tan veloz como el pensamiento homicida de Moreno, se interpuso entre su amante y el asesino. A este inesperado movimiento detúvose el traidor desviando con su espada á la señora Pacheco.

—Su vida es la que necesito y no la vuestra, dijo con acento de rabia; mejor que vuestra sangre, satisfarán mi odio vuestra deshonra y vuestra desesperacion. Si, quiero que bajen á la tumba con el amante, la alegría y el honor de su amada.

—¡Mónstruo vomitado por el infierno! exclamó Padilla, no pudiendo ya contener la cólera, te aguardo; y separando con su daga la espada de Moreno que se habia precipitado sobre él, intentó inútilmente herirle. ¡Ah! lejos de igualar sus fuerzas á su valor, se resistieron á obedecerle para alcanzar á su adversario, quien para servirse de su espada con ventaja, habia retrocedido algunos pasos y se disponia á descargar alevosamente un segundo golpe al malhadado don Juan, quien solo tenia por escudo la encina en que se apoyaba y cuyo tronco cubria en parte su cuerpo. Ya iba á ejecutar su criminal intento, cuando apareció de repente una numerosa patrulla de gente armada. A los gritos de doña María, y sobre todo á los de Inés, que al ver las sanguinarias intenciones de Moreno, habia corrido en busca de algun socorro, habia acercádose la patrulla.—¡Hola! ¡hola! estraños ausilios son los que administra vuestra reverencia, gritó el gefe de la ronda al fraile fingido.—Pero este tuvo buen cuidado de no contestar á esta interpelacion tan inesperada. Al momento consideró la inevitable suerte que le esperaba si permitia su mala estrella que fuera conducido al campo del condestable en compañía de Padilla, quien no dejaría por cierto de descubrir sus execrables maldades; y echándose la capucha sobre el rostro se retiró de aquel lugar.

Los soldados de la patrulla, lejos de sospechar los verdaderos mo-

tivos de su fuga, supusieronle uno de los suyos, cuyo defecto seria en caso ser demasiado celoso por su causa, y dejaronle marchar en paz, y dirigiéndose el gefe que la mandaba al caballero herido:

—De ninguna utilidad podrá seros continuar defendiéndoo; rendios.

—¿Quién sois vos para pedir de ese modo la espada á un caballero? contestó Padilla con ademan sombrío.

—Yo soy don Luis de Vega, sobrino del comendador de este nombre y uno de los oficiales de mi señor el condestable. El es quien me ha dado la orden de reconocer el campo de batalla y de apoderarme en su nombre de las personas de los heridos. Ahora, respondedme ¿quién sois vos?

—Señor don Luis de Vega, el caballero don Juan de Padilla, está pronto á seguivos.

Un sentimiento de respeto y admiracion se pintó en las facciones del oficial realista, al oír el nombre de Padilla, y orgulloso con la nombradía que iba á grangearle tan brillante captura, le dijo:

—Noble caballero, grande es el honor para un jóven como yo, que principia la carrera de las armas, recibir la espada de un noble tan cumplido como vos; y voy á mostrarme digno de él, no olvidando ninguna de las consideraciones á que teneis tanto derecho.

Reconociendo luego á la señora Pacheco, que se habia acercado á don Juan para sostener sus pasos vacilantes, inclinóse respetuosamente y le dirigió estas corteses palabras:

—Tranquilizaos, noble señora, mis soldados harán de manera que nada sufra en el camino el señor de Padilla. Y al instante mandó colocar á nuestro héroe sobre una camilla hecha con las lanzas cruzadas, y dispuso que le condujesen cuatro soldados. Marchaban á su lado la señora Pacheco y su fiel compañera, y seguian don Luis de Vega y su gente. En este orden se dirigieron hácia el lugar de Villalar, en donde acababa de establecerse el hospital militar de los realistas, con el objeto de buscar alivio á los dolores del infortunado general en gefe del partido de la independencía.

CAPITULO XXIX.

La reparacion.

En el camino de Villalar tuvo Padilla en medio de su infortunio el consuelo de ver que sus enemigos procuraban ocultar el júbilo que sentian interiormente por su prision; y mas de un semblante lleno de tristeza encontró al paso, y hasta llegó á persuadirse que sus posteriores desgracias le habian hecho mas grande á los ojos del partido vencedor. El temor es como la envidia: cuando un héroe no inspira ya temores, se le prodiga la admiracion.

Casi todo el ejército realista se compadecia de ver á tan gran

guerrero en aquel estado de afliccion. Estas demostraciones eran muy lisonjeras para don Juan, pero le fueron en extremo funestas. Algunos gefes, sobre todo los estrangeros, vieron con disgusto esta simpatia universal que inspiraba nuestro héroe, y opinaron que sin demora, se pusiera en ejecucion con respecto á él la ley marcial, que disponia la aplicacion de la pena capital á todo rebelde cogido con las armas en la mano; pero haciendo presente el condestable que semejante determinacion no podia tomarse sin noticia del regente, y sin el dictámen del juez Ronquillo, alcalde de casa y corte, ó gran preboste del tribunal supremo, á quien habia mandado llamar á toda prisa de Tordesillas; decidieron no resolver nada, antes de su llegada, sobre la suerte de don Juan de Padilla.

Entre tanto, pudiendo aun mas la humanidad que el espíritu de venganza en los individuos de la regencia, se puso al preso en manos de un facultativo que curó sus heridas, mas profundas que peligrosas; y con el auxilio de un excelente cordial reparó las abatidas fuerzas de don Juan, de modo que pudiera hallarse en estado de sostener la marcha larga y fastidiosa de un proceso para el caso que quisieran atenerse á las formalidades ordinarias de la justicia, lo que no era probable; porque asegurando de lo venidero á lo pasado, no debia creerse que fuera el desapiadado Ronquillo quien disuadiese á los gefes del ejército realista de aplicar la ley marcial al caballero Padilla.

El señor de Velasco, noble hidalgo, imparcial entre todos, aunque tenia motivos particulares de resentimiento contra don Juan, era sin embargo el que se oponia abiertamente á pronunciar de aquel modo, una sentencia de muerte, sin oír al acusado; y era de parecer que se instruyera con regularidad un proceso contra Padilla. Lo que en realidad se proponia con esto, era ganar tiempo, con la esperanza de que al fin los jueces se despojarian de su animosidad, y se apartarian de su primera severidad. Ahora que el condestable veia su triunfo asegurado, y el fuego de la guerra civil en la imposibilidad de volver á reproducirse en España; no hallaba ningun inconveniente en usar de indulgencia con Padilla imponiéndole una pena menos severa que la de muerte. Ademas don Inigo como anciano sabia que era reputado como enemigo personal de don Juan; por lo mismo consideraba como mas decoroso usar de moderacion en su sentencia; y entraba por otra parte en sus miras políticas no hacer correr la sangre de hombres tan valientes; y esforzados como Padilla y sus compañeros de infortunio. Valia mas, que por una oportuna compasion, la autoridad real procurara grangearse entre ellos fieles servidores, que no deshacerse de los mismos para siempre por una venganza mal entendida; ademas, si sondeamos el corazon del señor de Velasco, veremos que el digno castellano no podia dejar de pagar un tributo de aprecio á la destreza y valor de que su compatriota Padilla habia dado tantas pruebas durante aquella guerra, no menos que al orgulloso continente que habia sabido conservar el hidalgo jóven, hasta el último momento, á pesar de la mala estrella y de la traicion que le habia ido privando de casi todos sus partidarios; y parecia tanto mas justa

su admiración y aprecio en cuanto la vaga creencia que don Iñigo había puesto en el rumor de la alianza del gefe de la Liga, con los enemigos de nuestra fé, no existía ya para él; pues ahora veía demostrado que aquel rumor había sido una impostura, porque si realmente hubiese tenido semejante union, la hubiera visto probada en el campo de Villalar, siendo así que ni un solo infiel había sido visto en las filas del ejército de la Liga.

Siendo evidente la falsedad con que se le acusaba, contribuía en el condestable para hacerle tomar mayor interés por la suerte de nuestro héroe, el cual á pesar de los pérfidos tiros de la calumnia, y la pérdida ocasionada por la traicion y el abandono en que le había dejado la natural inconstancia de las turbas, no había dejado por eso de defender hasta el último trance los derechos y las libertades de la nacion, tanto contra los excesos de su partido, como contra las inescusables usurpaciones de los gobernantes estrangeros.

Tales consideraciones eran muy propias para inclinar á la indulgencia á un español de noble estirpe, como don Iñigo de Velasco; así es que deseando ser útil á Padilla, el condestable pensó tener inmediatamente una entrevista con él, antes del consejo de guerra que debia celebrarse á la llegada del cardenal regente y de Ronquillo, el gran preboste. Atendida la corta distancia de Tordesillas á Valladolid, no podian tardar en llegar aquellos personajes. Por consiguiente el condestable sin perder tiempo dispuso que el señor de Padilla fuese conducido á su presencia.

Nuestro caballero había sido trasladado á una de las casas de Villalar por los cuidados del generoso Luis de Vega. Despues de la batalla el hospital militar del ejército realista, se había instalado en aquella villa, que servía á un mismo tiempo de hospital para los heridos, y de lugar de detencion para los prisioneros, cuyo estado reclamaba los auxilios debidos á los enfermos. En aquella misma hora don Iñigo de Velasco paseábase por su aposento con aire agitado, como ordinariamente le sucedía cuando le ocupaba una idea interesante. Su misma impaciencia le impedía reflexionar con exactitud sobre la situacion de don Juan de Padilla, que era el objeto de la preocupacion de su alma.

Un ligero movimiento que hizo el tapiz que cubria la puerta de la tienda, le hizo volver la cabeza. Una mano había levantado el tapiz, pero no era la mano de Padilla, á quien el condestable aguardaba; era la de una muger cubierta con un manto oscuro, cuyo rostro se ocultaba bajo los pliegues de su velo caido. No obstante estas precauciones el señor de Velasco la reconoció al momento.

—¿Vos aquí, Maria? le dijo con notable acento de disgusto. ¿Cómo os habeis atrevido á venir sin mi orden?...

—¡Gracia! ¡monseñor! ¡gracia! no derrameis su sangre.... él ha amado demasiado á su patria... este es su único delito. ¿Y no ha de perdonarle un Velasco?... Maria no pudo continuar; las lágrimas con que cubria las manos del anciano, ahogaron su voz.

—Hija mia, lo que me pides, no está en mi voluntad.

Pero el acento con que don Iñigo pronunció esta fría respuesta

descubrió claramente su emocion. María lo conoció y redobló sus instancias.

—¿No sois vos acaso el que manda aquí? ¿no sois gefe supremo del ejército? ¡Ah! ¡monseñor, padre mio! no seais sordo á las súplicas de aquella á quien llamáis vuestra hija.

—¡Ay! hija mia, contestó el condestable, afectado por el dolor de su afligida pupila; mi poder es nada al lado del de la ley, y esta es inexorable.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡no hay, pues, un medio de salvarle; y su cabeza va á caer bajo el hacha del verdugo!.... ¡Oh! ¡yo voy á volverme local!... y nuevos sollozos ahogaban las palabras de María, y el anciano enternecido, levantándola la estrechaba entre sus brazos. ¿Y vos no podeis serle de ningun alivio? repuso, fijando sus miradas en los ojos de su tutor. Un profundo silencio fué toda la respuesta de este. ¡Pues bien! ¡ay de sus verdugos! ¡ay de vos! ¡ay de mí! matando á mi Juan, perdeís para siempre á vuestra sobrina, deshonorais su nombre, y comprometéis el vuestro....

—¡Gran Dios! María, ¿qué quereís decir?

—¡Ah! ¡temblais ahora! si no vacilais en pronunciar la sentencia de vuestro enemigo, tal vez os detendreis en firmar la deshonra de la nieta de María de Velasco; porque es preciso que sepais, monseñor, que vuestra sobrina María Pacheco, se ha entregado en cuerpo y alma á don Juan de Padilla, que no ha bendecido su union un sacerdote, y que sin embargo trae en su seno el fruto ilegítimo de sus amores....

—¡Desdichadal exclamó el anciano, lleno de indignacion; ¿y aun te atreves á suplicar por ese hombre? ¡un vil seductor!...

—¡Oh! no le acuseis, interrumpió con altivez la hija de los Pachecos atemorizada por el funesto cambio que repentinamente se habia verificado en las facciones de su tio; mi Juan es el mas leal de los hombres; si él y yo somos culpables, la falta no está en la pureza de nuestras almas, sino en la perfidia de Moreno, ese traidor que se ha burlado de nosotros y de vos. El infame renegado para salvar á un infiel como él mismo, no temió hacerle representar el sacrilego papel del santo sacerdote que habia de bendecir nuestra union. ¿Conoceis ahora, monseñor, si á la vida de don Juan está unido el honor de vuestra sobrina?

Estas últimas palabras desarmaron la cólera del señor de Velasco. Con bondadosa compasion volvió sus miradas hácia María, la cual con la cabeza apoyada en el seno de su venerable tutor, levantó hácia él sus ojos suplicantes:

—Hija mia, le dijo don Iñigo, ¿puedes dudar si debe serme muy caro tu honor? ¡Ah! despues de haber cuidado de tu infancia con tanto esmero, ¿puedo abandonararte cuando la desgracia te persigue? ¡Oh! si, creeme, si dependiese de mi solo, ya se hubiera hecho gracia de la vida al caballero Padilla; ¡pero paciencia! el consejo supremo va á celebrarse dentro de muy poco aquí mismo, y si mis esfuerzos pueden algo, tus votos serán cumplidos.

—¡Ah! el cielo os ayude en vuestra santa empresa, suspiró la

señora; y en el transporte de su reconocimiento besaba respetuosamente la mano de su tío, el cual en el colmo de su ternura aplicó sus paternales lábios sobre la frente de la hermosa huérfana, su hija adoptiva.

En este momento fué interrumpida tan tierna escena por la entrada de dos hombres de la guardia particular del condestable, que introdujeron al señor de Padilla retirándose luego.

Nuestro héroe, que no habia podido trasladarse al cuartel general sino montado en una mula, avanzaba lentamente apoyado en un asta de lanza que sostenia sus pasos vacilantes; su ademan era noble y resignado á la vez.

—Acercaos, señor don Juan, le dijo don Iñigo de Velasco, aqui no estamos ya en el campo de batalla. Aunque vos pertenecéis á un partido al cual por deber debia yo combatir, no por eso he dejado mas de una vez de hacer justicia á vuestro valor y á vuestro noble carácter; y con frecuencia he tenido un pesar en hallarme al frente de un adversario como vos, á quien hubiera preferido ver distinguirse á mi lado en otras guerras mejor que en las civiles.

—Señor condestable, mi idea era igual á la vuestra; he deplorado las fatales circunstancias que armaban de este modo á los hijos de una misma patria unos contra otros; y os lo confieso, entonces me sentí mas indignado que nunca contra los imprudentes depositarios de la autoridad, los cuales al principio, lejos de procurar prevenir semejantes calamidades, contribuyeron al contrario, impeliendo á la rebelion á almas generosas que no hubieran debido lastimar...

—Detencos, señor, interrumpió el anciano Velasco, con ese acento que solo comprenden los corazones nobles, yo mismo tengo tal vez algunos cargos que hacerme respecto á mi modo de proceder para con vos. Pero esta confesion no hubiera salido de mis lábios cuando la lucha estaba empeñada entre nosotros; ahora que la suerte de las armas se ha decidido á mi favor, os lo digo sin rodeos, me arrepiento de no haber conocido antes vuestro mérito.

—Condestable, respondió Padilla en extremo sorprendido, semejante lenguaje satisface cumplidamente todas las quejas, si es que haya podido tener algunas contra vos; ¿pero á dónde vais á parar?

—Lo sabreis al momento, replicó don Iñigo. Va á reunirse el consejo de guerra; la acusacion que pesa sobre vos es capital, no lo ignorais sin embargo tal vez se encuentre algun medio de suavizar con respecto á vos el rigor de la ley marcial. Por esto y por el interés que por vos me tomo, como el que me inspira una persona que me es muy querida, y aqui miró con bondad á su sobrina que á su lado guardaba un profundo silencio, he querido hablarlos á solas antes de la llegada de mis compañeros á fin de saber por mi mismo cuáles son vuestros sentimientos.

—¡Mis sentimientos! señor condestable, la desgracia no puede cambiarlos...

—Os equivocais ciertamente, don Juan, interrumpió el generoso anciano, si pensais que yo os he llamado aqui para obtener de vos una completa adjuracion de lo pasado. ¿Quién sabe? Mas de un es-

pañol ha participado quizá de vuestros mismos sentimientos y despos patrióticos, al propio tiempo que reprobaba los medios que habiais escogido para llevarlos á cabo. No temais pues, que yo os haga proposiciones indignas de vos. Solamente, con la franqueza de un hombre de guerra, os pediré me contesteis con sinceridad, no como á un juez, sino como á un amigo que os quiere bien. ¿ Si os salvára la vida, seriais en lo sucesivo para el emperador tan fiel y buen súbdito, como habeis sido hijo sumiso y desinteresado para la patria ?

— Señor condestable, contestó don Juan conmovido hasta lo sumo por tan leal y bondadoso lenguaje, reconozco en estas palabras á un Velasco, y vuestra franqueza la exige igualmente de mi parte; gracias á Dios, no debo sonrojarme de mi mismo, porque siempre he obrado segun me ha dictado mi conciencia y el bien de mi patria; si, pues, los soldados del rey me han hallado con las armas en la mano, vos, señor de Velasco, mejor que otro sabe que muy á mi pesar apelé á los medios de resistencia; ha sido preciso un encadenamiento de circunstancias que era imposible preveer, para que algun día llegase á ser rebelde. ¡Oh! no, no hubiera querido yo, que siempre he respetado los derechos de todos, desconocer los sagrados de la corona y destronar á don Carlos. Si los debates de la asamblea de Avila han llegado á vuestra noticia, decidme si este príncipe tenia en mi un súbdito mas fiel que ninguno de aquellos hombres complacientes que le rodeaban, ó de aquellos traidores que han adulado alternativamente al pueblo y al rey, cuando yo combatia las violentas proposiciones del infame Giron y de sus amigos, que entonces querian derribar la autoridad del monarca con la misma perfidia con que despues arruinaron la causa popular, vendiéndola vergonzosamente.

Cuando yo pedia la rehabilitacion del augusto nombre de nuestra reina Juana en los actos del gobierno, cuando empleaba toda mi influencia para decidir á mi partido á elevar una respetuosa esposicion al rey don Carlos, en vez de obtener justicia de él con las armas en la mano, abrigaba intenciones hostiles contra la dignidad real? Como buen español, creia servir bien á la patria y al trono pidiendo la conservacion de estas libertades y franquicias nacionales, que constituyen la fuerza del pais y del príncipe, cuando uno y otro se apoyan en ellas. En fin, señor condestable, mi único objeto era restablecer en varios puntos la buena armonia turbada en nuestro pais por imprudentes extranjeros. ¡Ah! ahora es imposible, pero algun dia quizá, la España reconocerá que tuvo en mi un hijo desinteresado que comprendia su honor y los verdaderos elementos de su prosperidad; y les reyes mismos, don Carlos tal vez, ó sus sucesores, un súbdito previsor que queria proporcionarles recursos y apoyos sólidos para tiempos desgraciados.

Al hablar don Juan de esta manera, sus pálidas mejillas se habian colorado con nuevo fuego, sus ojos de repente habian recobrado su brillo natural y sus penetrantes acentos hallaban eco en el corazón del noble anciano, cuyos párpados humedecidos revelaban la secreta simpatia de su alma.

— ¡Bien, jóven! ¡bien! ¡Ah! érais digno de mejor suerte; mas, si en

vuestro infortunio puede servir de algún consuelo la amistad de un anciano, contad con la mía; y tendió la mano á Padilla, quien la estrechó con efusion, y con voz conmovida:

— Señor de Velasco, le dijo: el aprecio de un hombre como vos, es cosa muy estimable para mí. Acepto con reconocimiento la oferta que me haceis de vuestros servicios y de vuestra amistad porque estoy convencido que jamás les dareis un precio que pueda manchar mi honor; sin embargo, no os incomodeis si pongo á esto una condicion: mi cabeza no debe salvarse sola, los dos gefes que dividian conmigo el mando del ejército de la Liga, merecen lo mismo que yo que se les perdone la vida. Señor condestable, don Juan Bravo y don Francisco Maldonado, son dos valientes y nobles caballeros que honrarán siempre las filas de cualquier partido que sirvan.

A esta inesperada peticion, se contrajo subitamente el rostro del condestable.

— ¡Ah! ¿qué estais diciendo? dijo á don Juan el señor de Velasco; demasiado trabajo tendré que emplear para sustraeros á los rigores de la ley marcial, para que intente mezclarme también en la suerte de esos valientes y desgraciados capitanes. Guardaos, pues, en vuestro pecho esa inútil generosidad, que no salvaria á vuestros amigos y os pondria á perderos con ellos.

— ¡No importa! repuso Padilla; mi suerte está ligada á la suya y en todo debo participar de su buena ó mala fortuna. Condenarles á muerte despues que yo me hubiese salvado, seria poner en duda la justicia del rey, y hacer sospechar de mi honor.

— ¡Noble jóven! ¡suspiró el señor de Velasco! ¡Oh! si, era digno por cierto de entrar en mi familia! ¡Ah! no sé si obtendré de mis compañeros que usen de indulgencia y de moderacion en estas circunstancias; pero al menos, por lo que á mí toca, quiero darte una prueba de que te has grangeado mi afecto para siempre, y el lazo que voy á formar entre nosotros, será eternamente indisoluble. Maria, hija mia, abraza á tu esposo.

En seguida, abriendo el anciano los brazos, apretó contra su seno paternal á los dos jóvenes que se habian precipitado en ellos; entonces hubo un instante de silencio; pero ¡cuántas simpatias esplendaba aquel silencio!

Por último, siendo el condestable el primero en romperle:

— Don Juan, continuó, lo sé todo; un traidor ha abusado de vuestra buena fé. A mí me toca sin duda reparar al instante vuestras faltas involuntarias; los momentos son preciosos y nadie de nosotros sabe si el cielo nos reserva nuevas desgracias. Separémonos, pues, ahora, para volver pronto á reunirnos. Vos, don Juan, volveréis á Villalar á la casa que se os ha señalado como prision; y dentro de muy poco tiempo, mi pupila y yo os iremos á visitar, acompañados de mi capellan con el objeto de que lo disponga todo para la ceremonia de vuestro enlace.

Al acabar de proferir estas palabras, el nombre del gran preboste resonó en la entrada de la tienda, y poco despues, apareció Ronquillo.

—Hija mía, dijo don Iñigo de Velasco á su pupila; pasad á una de las tiendas reservadas á las personas de mi comitiva y aguardad en en ella que vaya yo á buscaros. Despues, dirigiéndose á los soldados que habian introducido á Ronquillo: Acompañad al señor don Juan de Padilla, añadió.

A este nombre el magistrado fijó en él la vista, siguiéndole con mirada feroz, como si temiese que le fuese arrebatada su presa. Atento el condestable á aquella escena, vió la siniestra fisonomia del alcalde de casa y córte, y suspiró: acababa en aquel momento de comprender que el vengativo Ronquillo no habia olvidado su derrota de Segovia, y sabia tambien que este magistrado debia llenar sin piedad en el consejo su mision de fiscal.

XXX.

La capilla.

En un aposento bastante mal alumbrado de una de las miserables casucas de la aldea de Villalar, en la noche del 24 al 25 de abril de 1521, se celebraba una ceremonia religiosa: un sacerdote daba la bendicion nupcial; pero, ¡cuán lejos estaba esta ceremonia de ofrecer aquel aire de felicidad que la acompaña ordinariamente!

La misa tocaba ya á su fin, y la union de Juan y Maria acababa de ser consagrada por un verdadero ministro de los altares con todas las formalidades prescritas por la liturgia de la iglesia romana. No contento don Iñigo de Velasco con prestar su consentimiento al enlace de su pupila, asistia tambien en persona al casamiento, y servia de testigo á los esposos, acompañado de Inés, fiel compañera de la señora Pacheco. Sin embargo, lejos de reinar en aquel recinto la alegría, como parecia que debía suceder al ver colmados sus votos los dos amantes, existia por el contrario en aquel recinto la mas profunda tristeza; de manera que mas que una misa de desposorio parecia la que acababa de celebrarse un oficio de difuntos.

Todas las personas que figuraban en aquella escena tenian una fisonomia melancólica y meditabunda. Juan, con el semblante pálido, sin haber podido arrodillarse durante el santo sacrificio por impedirselo su herida, se mantenía de pié con una mano apoyada en su lanza y unida la otra á la de la señora Pacheco. Apenas recibió Maria la bendicion del sacerdote, pálida, acongojada y llorosa, dirigió una mirada escudriñadora á su tío. El semblante de don Iñigo de Velasco era sombrío, pero no dejaba traslucir sin embargo las penas secretas de su alma.

Compadecido el anciano de su sobrina, procuraba cuidadosamente ocultar en su pecho la profunda afliccion de que estaba poseido, porque ya habia perdido toda esperanza de salvar á don Juan de la muerte. El consejo, escuchando únicamente la voz de la venganza, y cer-

rando los oídos á la de una laudable y política indulgencia, habia condenado á la última pena á Juan de Padilla, Francisco Maldonado y Juan Bravo. En vano el generoso Velasco y otros buenos españoles, individuos del consejo, habian defendido enérgicamente á sus desgraciados compatriotas.

—Indudablemente es necesario un castigo severo y egemplar, habia dicho el condestable; pero tambien es preciso aplicarlo de manera que no sea perjudicial al estado ni al emperador. Asi, pues, ya que hemos dado á la rebelion un golpe de muerte del cual no volverá á levantarse, ¿por qué razon nos hemos de mostrar crueles en la victoria sin necesidad? La voluntad del emperador es ver la guerra civil apagada en España; esta voluntad, señores, se ha cumplido; pero tambien el ánimo de don Carlos era dejar abierto el camino del arrepentimiento á tantos nobles caballeros, y no privarse para siempre, por una severidad mal entendida, de los servicios que estos podrian prestarle, despues que hayan sufrido la pena que hayamos creído justo imponerles. Sirvanos, señores, de modelo la conducta del cardenal regente; el pretesto que hace valer para no presentarse en el consejo, nos manifiesta claramente su opinion sobre los fallos que estamos llamados á pronunciar.

Estas son sus palabras:—«Por elevadas que sean las funciones que me ha confiado el emperador, no pueden hacerme olvidar el carácter religioso de que me hallo revestido; ministro de un Dios de paz y de misericordia, no puedo asistir á una asamblea en que tendria tal vez que oír pronunciar un decreto de muerte.»

Por tanto, señores, sin temor de ser desmentido por el santo prelado que cree deber abstenerse de tomar parte en este negocio, me constituyo aquí su órgano, y voto porque las personas sobre cuya suerte estamos deliberando en este momento, sean condenadas á perpétuo encierro en un lejano castillo. En cuanto al tiempo que su prision haya de durar, solo el emperador deberá despues fijarlo.

Los extranjeros se hallaban tambien por desgracia en mayoría en el consejo, y el gran preboste Ronquillo, se presentaba mas encarnizado que nunca. Viéndose este magistrado sostenido por sus compañeros y despues de haber combatido con todas sus fuerzas y con éxito, al parecer, la opinion del condestable, concluyó en estos términos su sanguinario discurso: «Lo repito, señores, es preciso cortar el mal en su raíz. Toledo es la cabeza de esta hidra, y Padilla es el rey de Toledo. Mientras este rebelde exista, Toledo, su ciudad natal, no abatirá su orgullo; y mientras Bravo y Maldonado vivan, ni Segovia ni Salamanca entrarán en la obediencia de la ley.

Estas terribles palabras fueron la sentencia de muerte de don Juan y sus compañeros. Desde aquel momento quedó fijada la determinacion del consejo. Puesta á votacion la sentencia resultó por mayoría de sufragios, la de muerte, determinándose que al amanecer del dia siguiente tuviese lugar la ejecucion y que inmediatamente marchase el licenciado Zárate, alcalde de la chancilleria de Valladolid, á notificar la sentencia á los condenados. Cuando el ministro de justicia se disponia á llenar su mision, el condestable le llevó á un

estremo de la habitación, y pudo lograr de él que detuviera algún tiempo su visita á don Juan de Padilla.

Pero ¡ay! el tiempo corria veloz, indiferente como siempre á nuestra felicidad ó á nuestro infortunio. El enviado del consejo no podia detenerse mas tiempo en cumplir su encargo. María, la desgraciada María estaba allí, y ¿cómo habia de permitir su tío que estuviera presente á la horrorosa lectura de la sentencia de su esposo? ¿pero cómo decidirla tampoco á que abandonara aquel sitio? Presintiendo la infeliz esposa de Padilla la terrible catástrofe que tanto temia, siguió con la vista todos los movimientos del señor de Velasco sumergida en la mayor ansiedad.

¡Ah! cuán cierto es que la dicha embota nuestros sentidos y la desgracia hace mas activa nuestra inteligencia haciéndonos casi adivinar lo venidero. La desventurada María interpretó demasiado exactamente la causa de la indecision en que parecia hallarse el condestable, cuando este la dijo:

—Hija mia, es preciso que nos retiremos.

—¡Yo retirarme! ¡oh! ¡no! contestó María con exaltacion. ¿No estoy por ventura unida á él para siempre? El mismo Dios me lo ha dicho por boca de su ministro; mi deber es, pues, permanecer á su lado y no abandonarle jamás. Y diciendo esto se precipitó á su esposo estrechándolo fuertemente entre sus brazos. ¡Oh! ¡no! ¡no! añadió, y su mirada oblicua hizo estremecer á cuantos estaban presentes; ningun poder humano podrá en adelante separarme de tí.... Si te matan, moriremos juntos..... Que vengas, ¡mónstruos! ya los aguardo.

Nada, ni una débil lágrima venia á humedecer sus párpados ni á aliviar su alma oprimida por un profundo dolor. En un cielo tempestuoso, cuando los negros nubarrones están demasíadamente cargados de fuego, raras veces viene la lluvia á refrescar la atmósfera; de la misma manera, aunque el corazón de María se ahogaba de pena, sus ojos permanecian enjutos. Delirante, convulsiva, desesperada, oprimia con sus manos la cabeza de su amante cubriéndola de ardientes besos. Los testigos de aquella escena de amor y de locura, estaban mudos é inmóviles de estupor.

Pasaba el tiempo entre tanto y el notificador de la sentencia iba á entrar de un momento á otro. Preciso era de cualquier modo arrancar á María de aquel lugar; y el único que ocurrió al señor de Velasco fué distraerla de sus inquietos temores diciéndola:

—¡María! vuestro amor os engaña haciéndoos creer en la realidad de los temores, que solo existen en vuestro corazón. El juez vá á venir, es cierto, pero nadie puede sino él estar en la presencia de un acusado durante su interrogatorio. Y al decir esto procuraba separar á su sobrina de los brazos de su esposo, que aquella estrechaba fuertemente.

—¡Oh! por favor, amada mia, obedece á tu generoso tío, pues es indispensable que quede yo solo por algunos momentos, le dijo Padilla con resolucion.

En aquel mismo instante apareció á la entrada del aposento el alcalde, vestido de negro. Don Juan comprendió á la primera ojeada la

verdadera mision de aquel hombre, y ahogando todos sus tormentos y amarguras solo pensó en evitar á María tan acerbos sufrimientos procurando alejarla de aquel sitio de dolor.

—Tranquillizate, María, continuó con aquel tono imponente y aquel acento de seguridad que infunde la fé religiosa á los que se hallan en las puertas de la eternidad; ya podemos separarnos sin temor, porque un lazo indisoluble nos une para siempre.

—¿Pero te trae acaso este hombre la muerte? exclamó la jóven lanzando una severa mirada al juez, que bajó los ojos en prueba de lo sensible que le era desempeñar su encargo.

—Anunciéme su presencia aquí el fin ó la prolongacion de mi vida, ¿qué me importa? contestó Padilla. Acuérdate, María, si muero, del hijo que traes en las entrañas, y consérvate para él; su padre es quien te lo pide.

—Debo obedecerte, murmuró con sorda y aterradora voz. Y desasiéndose de los brazos de su esposo para seguir á su tío que la arrastraba fuera del aposento, exclamó: ¡Oh! si, yo volveré á verte. Y lanzó una mirada de fuego al hombre adorado que se veia obligada á abandonar.

—En el cielo, dijo este, concluyendo la frase de su amada María. Y sus ojos abatidos dirigieron una profunda y melancólica mirada á la muger que tanto habia idolatrado en este mundo.

Cuando Padilla se encontró solo y frente á frente con el alcalde, á quien el espectáculo de tanto dolor habia reducido al mas profundo silencio, le dijo con serenidad de alma. Llenad, señor, vuestro deber.

Entonces el intérprete de la justicia recobrando la impassibilidad propia de su ministerio, desarrolló el fatal pergamino, y antes de empezar su lectura hizo la siguiente pregunta de pura fórmula al condenado respecto á la identidad de su persona:

—¿Sois vos don Juan de Padilla, natural de Toledo, hijo de don Pedro Lopez de Padilla?

—Yo soy.

—Pues escuchad vuestra sentencia, don Juan de Padilla.

«Nos los individuos del gobierno de la regencia, y nos los gefes superiores del ejército real, que firmamos la presente sentencia, después de habernos reunido en consejo de guerra en el cuartel general de Villalar, considerando que en virtud de la ley marcial del reino, toda persona cogida con las armas en la mano en acto de conspiracion declarada contra la seguridad del pais, y de rebelion contra la autoridad real, debe sufrir la pena de muerte; considerando que el nombrado Juan de Padilla se ha hecho culpable de los delitos arriba mencionados; que su culpabilidad resulta de hechos demostrados por sí mismos, le condenamos á ser decapitado al amanecer del dia de hoy, debiendo tener lugar la ejecucion de esta nuestra sentencia en la plaza pública en presencia del ejército.

«Por tanto mandamos al alcalde de la chancilleria, portador de la presente, que use de los poderes y derechos que le confiere su ministerio, para transformar en capilla de condenados, el lugar donde

«actualmente se halla preso el dicho don Juan de Padilla, con el piadoso fin de que desde la notificacion de la presente, nadie sino el sacerdote que el condenado elija para su asistencia, pueda penetrar en su encierro, ni turbarle en sus últimos actos de devocion. Por todo la cual rogamos á Dios se digne recibir en su santa gracia el alma del condenado.»

Oyó don Juan con tranquilidad su sentencia de muerte, y preguntándole el alcalde si queria que le asistiera algun sacerdote determinado, dijo:

—Suplicad al reverendo capellan del señor condestable que no se aleje, pues voy en pocos momentos á concluir mis negocios con este mundo para no pensar despues mas que en mi salvacion.

Retiróse en virtud de los deseos de don Juan el juez Zárate; y cuando Padilla se encontró solo sacó sus tablillas y con mano segura escribió la siguiente carta á la ciudad de Toledo:

«A tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí, que por derramamiento de sangres estranas como de las tuyas, cobraste libertad para tí y para tus vecinas ciudades. Tu legitimo hijo Juan de Padilla, te hago saber, como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi buena voluntad, la cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder porti de lo que aventuré. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna, que jamás tiene sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos muero por tí, y que tú has criado á tus pechos á quien podria tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad; del cuerpo no digo nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir; porque al punto que esta acabo tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo, que temor de mi pena.»

Despues escribió otra concebida en los siguientes términos á la señora doña María Pacheco.

«Señora: si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bien aventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dan ni querría mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda llora vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie puede ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, deixo en vuestras manos. Vos, señora, haced con ella como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez, mi señor, no escribo, porque no osso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui heredero en la ventura.»

Aquí llegaba de su segunda carta cuando el capellan del condes-

table entreabrió la puerta, porque los primeros rayos de la aurora alumbraban ya el horizonte.

—Os entiendo, padre mio, le dijo con voz tranquila, la hora se acerca; entrad. Al instante estoy con vos.

Púsose el capellan á rezar á su lado y don Juan concluyó así la dolorosa despedida de su desconsolada esposa.

«No quiero mas dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Sossa como testigo de vista, y de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo que aqui falta; y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Acabada esta carta cerró sus tablillas y las entregó al sacerdote, rogándole cumplierse la última voluntad de un hombre próximo á morir, y las entregase en propias manos á doña María Pacheco, con el relicario de oro, regalo materno que llevaba al cuello desde su infancia. Tambien puso en manos del piadoso capellan para que les diera el mismo destino, el precioso velo que no se habia separado de su corazon desde el torneo de Tordesillas donde lo habia recibido de María en premio de su triunfo, y un rosario bendito en Santiago, que conservó en su poder para la piadosa oracion á que iba á entregarse, y que le daría al llegar al cadalso.

Al separarse el infortunado don Juan de la prenda de amor que recibiera en el torneo de manos de su amada, la besó con entusiasmo. Despues, arrodillándose á los piés del ministro de Dios.

—Ahora, padre mio, le dijo, ocupémonos de la salvacion de mi alma.

Desde aquel momento se dispuso á morir como buen español y cristiano, y el ministro del padre de las misericordias, perdonó al que acababa de condenar la justicia de los hombres.

XXXI.

Fin y esperanza.

El primer objeto que se presentó á la vista del ejército real al amanecer el día 25 de abril de 1521, fué el cadalso levantado en el centro de un círculo hecho con cuerdas sujetas á unas estacas, clavadas en tierra de distancia en distancia. Preciso habia sido emplear la mayor actividad para levantar en tan pocas horas aquel fúnebre monumento, cuya gran elevacion era absolutamente indispensable, porque en aquella época el pueblo no quedaba enteramente satisfecho sino podía presenciar con toda comodidad en el teatro de los suplicios aquellos últimos momentos en que los condenados pasan de la vida á la muerte.

Se ha supuesto generalmente que reinó en España un gusto mas decidido, y una aficion mas declarada á esas lúgubres escenas que e

en las demas naciones del mundo. Si fijamos la atencion sobre ciertas particularidades, nos convenceremos al fin que la ejecucion de una sentencia de muerte ha tenido en este pais menos atractivos que los que calumniosamente se les ha supuesto. Cierzo es que; como en todas partes sucedia, una multitud de curiosos se precipitaban al rededor de los sentenciados, pero no habia persona de elevado rango que no se abstuviese horrorizada de asistir á tales escenas. Hasta las personas de la última elase de la sociedad miraban como infames y privados para siempre de la *limpieza de sangre*, á la cual daban grande estimacion, á cuantos cooperaban de cualquier modo á la aplicacion de la pena capital; preocupacion trasmitida desde el Oriente á los españoles por los árabes victoriosos. Esta es la razon seguramente porqué aun en nuestros dias se hacen de noche los preparativos del suplicio; con el objeto de ocultar al público cuales han sido las personas que han trabajado en ellos.

El monumento de muerte que se habia levantado en el campo de Villalar, se hallaba tapizado de paño negro, fúnebre adorno que indicaba el carácter de nobleza de los que iban á subir á él: el gran número de personas que de todas partes afluan en derredor del cadalso era una prueba mas de lo ilustres que debian ser las cabezas que iba á separar de sus cuerpos el hacha del verdugo.

Apenas fué decretada la sentencia de muerte cuando ya se tuvo noticia de ella en todos los pueblos inmediatos. Los individuos de la regencia habian contribuido bastante á dar publicidad á esta triste nueva, con el objeto de causar una profunda impresion en el pueblo, escitando su curiosidad para que asistiera á aquel terrible ejemplo de la severidad de su justicia.

Por el profundo silencio y honda consternacion de aquel inmenso gentío que de todas partes habia acudido á presenciar el espectáculo sangriento, conociase que las mugeres no habian ido á buscar la diversion que ordinariamente experimentan contemplando aquellos sufrimientos que tan superiores les parecen á su naturaleza fragil y delicada; ni los hombres llevaban tampoco aquel poderoso interés que toman en una tragedia cuyo desenlace es la muerte verdadera del héroe, ni el de ver si el infeliz sentenciado desempeña bien su papel, es decir si muere con mas ó menos valor é impassibilidad.

No, nada de esto era lo que sentia aquel inmenso pueblo que circundaba el monumento de sangre; el mas profundo estupor afectaba en aquel momento á la multitud, estupor que parecia haberse trasmitido hasta á las mismas filas del ejército, que se habia mandado poner sobre las armas para que presenciase el castigo que se imponia á las personas de los caballeros Juan de Padilla, Francisco Maldonado y Juan Bravo, y sirviese de escarmiento al espíritu de rebelion. Para contener á la multitud é impedir su tumultuoso acrecentamiento, ó tal vez para ahogar en su origen algunas secretas simpatias que pudieran escitar al pueblo á entregarse al desórden y á salvar la debil barrera del cercado, el alcalde Ronquillo, como hombre previsor habia colocado de distancia en distancia numerosos retenes de cuadrilleros de la Santa Hermandad; de aquellos soldados

negros, como vulgarmente, se les llamaba en aquel tiempo, con la severa consigna de no permitir que nadie se acercase.

Cuatro religiosos capuchinos se ocupaban tranquilamente en aquel momento en rogar á Dios que recibiese en sus brazos el alma de los que pronto iban á dejar en aquel lugar las glorias y las miserias de esta vida. El verdugo y sus ayudantes eran las únicas personas que los acompañaban en el enlutado cadalso, preparando los instrumentos de la justicia, ó de la venganza de los hombres. Uno de estos llevaba en la mano el cesto que habia de recibir las ensangrentadas cabezas de los condenados, y el otro tenia el hacha que debia entregar al verdugo cuando llegasen los reos. Este funcionario, último eslabon de la cadena judicial, permanecía de pié y los brazos cruzados dirigiendo desde el cadalso, como el rey desde su trono, largas miradas de indiferencia y desden á la multitud, aguardando que le trajeran las víctimas de su odiosa profesion. Pero aunque el sol tocaba ya á la mitad de su carrera, estas no aparecian.

Sin embargo, el pueblo no manifestaba impaciencia porque hubiese pasado la hora señalada por los pregoneros. Si hubiera sido posible consultar la voluntad de la mayor parte de los asistentes, la ejecucion no tendria lugar. Casi todos se hubieran vuelto tranquilos y satisfechos á sus casas, sin proferir una queja por el tiempo que habian perdido.

Dejóse al fin oír en direccion de Villalar un sordo rumor parecido al de las olas del mar cuando saliendo de sus límites naturales se estiende por las playas, pero ni un grito de alegría, ni una voz de *¡viva el rey!* salió de entre tantos espectadores.

Rompióse el círculo que formaba el pueblo alrededor del cadalso, y dió paso á los tres sentenciados que cabalgaban tres mulas blancas sirviéndoles de escolta una compañía de arqueros.

Aunque no hubiesen los reos gozado de los privilegios de su elevada clase, exigia la humanidad que se les evitase la molestia de marchar á pie aquella distancia, no porque fuese demasiado larga, sino porque los tres guerreros, principalmente Padilla, habian salido tan maltratados de la batalla del día anterior, que les hubiera sido absolutamente imposible ir de otra manera al suplicio.

Cuando el fúnebre cortejo estuvo á poca distancia del cadalso, se adelantó el pregonero que marchaba á su cabeza y dijo en alta voz:

—Oid todos la justicia que S. M. el emperador, y en su nombre los consejeros de la regencia, hacen á los caballeros traidores y rebeldes.

Al oír estas palabras, indignado Juan Bravo, esclamó:—Mientes: no morimos por haber sido traidores, sino por haber defendido el bien público y la libertad de la patria.

—¡Bien! ¡bien! contestó el pueblo.

Poco satisfecho el alcalde Cornejo, que marchaba junto á los sentenciados, de este testimonio popular, dió un golpe con su vara en la espalda de Bravo.

—¿Qué osadía es esta? dijo fuera de sí el altivo caballero, disponiéndose á devolver al alcalde su brusca interpelacion en los mismos términos que se le hiciera.

Don Juan de Padilla, persuadido de que la resignacion era mas propia que la venganza en la triste situacion en que se hallaban, detuvo á su irritado compañero, y con noble y tranquilo acento le dijo:

—Bravo, ayer combatimos como hombres, hoy debemos morir como cristianos.

Estas breves palabras bastaron para calmar al irritado caballero, continuando su marcha en silencio. Pero apenas llegó al pié del cadalso, dió un salto de su mula, y subiendo á él ligeramente dijo al hombre del saco colorado:

—Verdugo, despacha pronto. Toma mi cabeza, que no quiero presenciar la muerte del mas cumplido caballero de cuantos tiene Castilla.

Conmovido el pueblo á esta escena, no pudo ya reprimirse en manifestar su admiracion, que pronto vino á convertirse en lágrimas y consternacion general, al ver caer en el cesto al golpe del hacha la cabeza del noble y valiente capitán de Segovia.

Don Francisco Maldonado fué el segundo que subió la escalera fatal, y se puso tranquilamente en actitud de recibir el golpe mortal. A cualquiera otro reo que hubiese mostrado tanta serenidad en el suplicio, el pueblo le hubiera aplaudido con entusiasmo, pero en esta ocasion le detuvo el respeto que le inspiraba la persona del ajusticiado. Por esto nadie se atrevió á manifestar la menor prueba de admiracion por la inalterable firmeza que mostró el bachiller de Salamanca bajo el mismo filo del hacha del verdugo.

Tocábale ahora su vez á don Juan de Padilla, el cual subió lentamente las gradas del cadalso; pero esta lentitud, cuya gloriosa causa es bien conocida, no hizo mas que aumentar el simpático interés que inspiraba universalmente. La sublime dignidad de su continente, nos recuerda todavía las escelentes cualidades de su alma, y la serenidad de sus facciones, es el mejor testimonio de la pureza de su conciencia. Llega por fin al sitio destinado, reinando el mas profundo silencio en los espectadores, hasta el punto de parecer que ahogaban el aliento, anhelando recoger las últimas palabras del héroe, suponiendo que vá á hablar, pues todos tienen como un honor, cumplir la última voluntad del mas leal de los españoles. Pero el pueblo se equivoca; Padilla no existe, porque su alma ha dejado de pertenecer á este mundo, que la arroja de sí, y es toda de Dios misericordioso, que la llama á su seno. Y este formidable guerrero, que la víspera no hubiera pedido gracia á un ejército que le hubiese acometido, ahora se arrodilla sumiso, levanta los ojos al cielo, y presentando el cuello al verdugo, recibe la muerte, exclamando: *Domine, non secundum peccata nostra facia nobis.* (1)

Una exclamacion de horror se oyó en aquel momento por todas partes; era el último grito de la libertad, que moria en la persona de Padilla.

Cuando los espectadores de aquel sangriento drama, se empeza-

(1) Todas las palabras que en este capítulo se ponen en boca de diferentes personajes, son literalmente históricas.

ban á retirar, profundamente afectados de su horrible desenlace, dió orden el gran preboste de esponer al público, clavadas en unos altos maderos delante del cadalso, las ensangrentadas cabezas de las tres víctimas. En presencia de este espectáculo, ya no conoció diques la indignacion popular, pareciendo tan temibles sus efectos á los jueces, que se vieron en la necesidad de mandar que cesase tan odiosa esposicion. Recobró el pueblo entonces su calma habitual, nosin proferir antes algunos gritos de: ¡fuera! ¡fuera los arqueros de la Santa Hermandad! y sin haber despojado al verdugo del lucro de su destino, quitándole los vestidos de que acababa de desnudar á los cadáveres, repartiéndoselos entre sí en pequeños pedazos y conservándolos como preciosas reliquias.

A pesar de las precauciones que adoptó el señor de Velasco, para tener oculto á su sobrina el terrible acto de justicia que se consumaba en la llanura, no le fué posible evitar que el rumor llegase hasta los oidos de doña María. Esta infeliz señora, obedeciendo las órdenes de su tutor, habia permanecido encerrada en su tienda; pero desde que se habia despedido de su esposo, su corazon habia quedado demasiado violento para que el sueño hubiera podido cerrar sus párpados. En su impaciencia de volver á ver á su amado don Juan, llamaba sin cesar la aurora, y ¡desgraciada! no consideraba que pedia que se acelerase la hora de la muerte de aquel por quien hubiera dado gustosa su sangre y su vida entera.

Sin embargo, un vago y horrible presentimiento penetraba hasta su espíritu y le hacia alguna vez perder toda esperanza; entonces el menor ruido aumentaba su alarma. De repente llega á sus oidos un ruido mas fuerte.... Su corazon palpita con mas violencia desde que ve que el dia empieza á penetrar en su tienda. Al fin no puede resistir mas tiempo; quiere saber lo que se ha decidido acerca de la suerte de su esposo.... Pero nadie parece. ¡Oh! esto es demasiado sufrir; preciso es que salga de la tienda, que vaya á preguntar á los guardias, á todo el mundo, no importa.

¿Pero logrará saber algo? Y si nada ha de saber ¿para qué infringir inútilmente las órdenes de su tutor tan bondadoso ahora para con ella? ¿No vale mas prestar paciencia?... El condestable ó alguna otra persona en su nombre no pueden tardar en venirla á buscar para conducirla al lado de su esposo. ¡Ah! ¡cuán dolorosos son los tormentos que tiene aun que esperar! En ellos sufre esos tormentos que nada basta á aliviar. Arrodíllase delante de un crucifijo y pide consuelos á la Virgen, su patrona. Delirante, loca, desesperada no ha hecho por espacio de algunas horas mas que coger el crucifijo, dejarlo y volverlo á tomar; porque su dolor no es uno de esos dolores lánguidos, abatidos, sino un dolor enérgico, permanente, profundo, activo, que irrita los nervios y exalta el espíritu. Finalmente cuando volvía á empezar de nuevo su fervorosa oracion á la madre consoladora de los afligidos apareció en la puerta de la tienda el limosnero del condestable.

—¡Ah! ¡padre mio, os aguardaba! ¡Apresurémonos!

Y esto diciendo se precipita fuera de la tienda.

—¡A dónde vais! le dijo el sacerdote conmovido.

—A su lado....

—Deteneos, hija mía, repuso el capellan; volvereis á verle, si; pero solo Dios puede fijar el momento.

Y al concluir estas palabras presentó á la señora Pacheco con mano trémula el relicario de oro, el rosario y el velo.

—¡Gran Dios! ¿qué significa esto? exclamó María aterrizada y sin acabar de dar crédito á la horrible verdad.

—Este escrito os lo explicará, añadió el religioso entregando á la viuda de Padilla las cartas de su esposo.

Con la rapidez de una muger que ama y teme por los días del ser amado, se apodera de ellos y los abre; pero segun adelantaba la lectura y descubria la espantosa realidad, un espeso velo cubria sus ojos; sus mejillas se ponian lívidas y apenas podia sostenerse de pié; sin embargo la esperanza no ha abandonado todavía su alma, sin duda su viva inquietud no le ha dejado comprender bien el sentido de las palabras de su idolatrado esposo. María duda aun y prestándole nuevas fuerzas su ardiente amor vuelve á leer la dolorida carta; pero lejos de conservar ya un ademan consternado, su rostro se cubrió de un vivo carmin y sus ojos recobraron un nuevo brillo; ¿será por ventura que vuelve la esperanza á renacer en su pecho? ¡Gran Dios! ¡si! ¡pero qué esperanza! la mas terrible que puede haber en el alma del desgraciado cuando esta es demasiado altiva, ó sus pasiones sobrado indómitas para someterse á la humildad de la resignacion. Al llegar María á esta frase os lego mi alma que es lo único que me queda:

—¡Oh! ¡si! adorado esposo, dijo, entiendo tus palabras y serán religiosamente cumplidas. Y volviéndose al capellan del señor de Velasco: Padre mio, añadió, id á anunciarme al señor condestable.

Cuando se vió sola con sus queridas tablillas, las cubrió de ardientes besos, las leyó y volvió á leer, aumentándose cada vez mas su exaltacion.

—¡Si! ¡si! decia con el mayor entusiasmo, tus votos, Juan mio, serán cumplidos. Yo misma llevaré á Toledo tus últimas palabras de despedida, y plegue á Dios que su contestacion sea como la mia ¡Venganza!!!

Entonces estrechando contra su corazon las preciosas cartas, marchóse con paso firme y resuelto á ver á su tío el condestable de Castilla.

XXXII.

Epílogo.

Conforme lo juró á los manes de su esposo María Pacheco, como buena española habia guardado su juramento de venganza. Con el consentimiento de su tío el condestable, que no habia podido rehusarle el permiso de ir á Toledo para cumplir las últimas disposiciones

de su esposo, que él mismo le habia encargado, decia, para con los Padillas, sus parientes, se habia trasladado á aquella ciudad con tanta precipitacion, que no correspondiendo sus fuerzas físicas á la estension de sus deseos, se habia sentido atacada de dolores violentos, despues de los cuales habia dado á luz un niño.

Pero cuidando poco de sí misma, á pesar de las recomendaciones que antes de su muerte le hiciera su malhadado esposo, de conservarse en memoria de él para el hijo que debia sobrevivir á su padre, aquella muger á quien la venganza animaba y hacia superior á la cualidad de su sexo, concediendo solo algunos dias á los cuidados que exigia el restablecimiento de su salud, solo habia pensado en escitar á la revolucion á los habitantes de la orgullosa Toledo, ayudándola poderosamente en esta tarea el célebre don Antonio Acuña, el belicoso obispo de Zamora, quien habiendo logrado escapar de manos de los realistas, se habia refugiado en Toledo con proyectos semejantes á los de la viuda de Padilla, asi es que uno y otro se prestaron un apoyo formidable.

Cuando María Pacheco, precedida de una bandera en la cual habia hecho representar el suplicio de Padilla y de sus amigos, recorria las calles de la ciudad con luengas tocas de duelo, montada en una mula cubierta de un caparazon negro, teniendo en sus brazos á su hijo que enseñaba á los toledanos, para escitarles mas á la venganza del asesino de su antiguo capitán, el obispo de Zamora, con hábitos pontificales, puestos sobre su armadura al frente de los individuos del clero de Toledo que habia podido reunir, paseaba tambien las calles de la ciudad, alentando á los habitantes á redoblar sus esfuerzos para sostenerse firmes contra el gran prior de San Juan, don Antonio de Zúñiga, que con un cuerpo de ejército considerable habia ido á bloquear á la mas constante de las ciudades rebeldes.

Pero viéndose al cabo de cinco meses reducida á los mayores apuros, no siendo ya socorrida de nadie, habiendo perdido en una salida al valeroso obispo de Zamora, hecho prisionero y conducido á la cárcel de Simancas, en donde despues murió ahorcado, siempre por orden del gran preboste Ronquillo, en menosprecio [de las leyes de la iglesia y de la humanidad, se resolvió capitular. La regencia aceptó la capitulacion y hasta accedió á conceder en nombre del emperador, á la sediciosa Toledo una amnistia igual á la de otras ciudades; y en 26 de octubre de 1521, don Gabriel Merino, obispo de Leon, arzobispo de Bari, encargado por el poder real de una mision de paz, verificó su entrada en la ciudad de Toledo.

Mucho tiempo pasó todavía antes que su autoridad fuese generalmente reconocida. Doña María permanecia aun en Toledo, y aunque aparentaba haberse sometido como los demas, se habia, sin embargo, encerrado en el Alcázar con algunos de sus fieles amigos, y desde allí mantenía en continua alarma al arzobispo, quien no se atrevia á emplear la fuerza contra la viuda de Padilla, porque no se le ocultaba hasta qué punto esta muger verdaderamente prodigiosa habia por su adhesión á la memoria de su esposo sabido grangearse la admiración de todos los realistas y de todos sus antiguos coaligados.

Entre tanto para sosiego de la ciudad y fortuna de don Carlos, el arzobispo titular, acababa de morir, cesando con él una de las primeras causas de la insurreccion de los habitantes de Toledo. Desde entonces estos se mostraron mas condescendientes; el número de descontentos del Alcázar disminuyó sensiblemente hasta el punto de parecer desierto el antiguo palacio; y como la multitud es siempre ávida de prodigios, María Pacheco, en otro tiempo el ídolo del pueblo, fué mas adelante tachada de mágia y de sortilegios; y aquel gran valor que tanto se admiraba en ella, pareció el resultado de medios sobrenaturales y culpables, de suerte, que aquel mismo pueblo acabó por atribuirle las desgracias que estaba experimentando.

Sucedió un día, el 10 de febrero de 1522, que se tramó una disputa entre las gentes del arzobispo de Bari y los partidarios de la viuda de Padilla, y vinieron á las manos en la calle llamada las tiendas de Sancho Minaya. Los secuaces de doña María, perseguidos vivamente se habian refugiado en el Alcázar; la multitud derribó las puertas y asesinó á cuantos pudo alcanzar. La misma viuda de Padilla solo debió su salvacion á un disfraz: de aquel mismo medio se habia valido precisamente dos años antes para salir de Toledo.

¡Pero ah! ¡cuánto habian variado los tiempos, y cuántas desgracias habian sobrevenido á María! Verdaderamente, muchas veces se sentiria uno inclinado á creer, como el vulgo, que un poder sobrenatural la daba tanta fuerza y valor, si sus amigos y nosotros que la conocemos, no supiéramos que encontraba el origen de tan extraordinaria resolusion en la memoria de su esposo y en las ideas del porvenir de su hijo. Su hijo sobre todo, era el áncora de salvacion que sostenia su existencia; ¡pero ay! este caro y único consuelo, tampoco debia conservarlo.

Retirada á Portugal, donde contaba amigos y parientes poderosos, á quienes esperaba interesar en su suerte, tuvo el doloroso disgusto de ver espirar en sus brazos á aquel hijo, prenda del amor mas tierno; venido precipitadamente al mundo en medio de las crueles angustias de su madre, habia recibido una existencia enteramente débil y delicada. Esta inesperada desgracia fué el golpe de muerte para María.

Desde entonces quedaron rotos todos los lazos que la unian al mundo; sus pensamientos se volvieron hácia la religion, manantial inagotable de verdadero consuelo, tomó el velo, y acabó pronto sus tristes dias en un convento de la ciudad de Praga.

Inés, su fiel compañera, que no habia querido dejarla en sus infortunios, la habia tambien seguido á la santa morada, de la cual no salió á pesar de la muerte de su señora. ¿Qué hubiera hecho en este momento la pobre maragata cuando todo lo que le era querido en este mundo lo habia perdido? A lo menos, en el silencio del claustro, podia ocuparse sin distraccion en la memoria de unos seres tan caros á su corazon. Allí podia rogar por los Pachecos, sus antiguos bienhechores, y tambien por el reposo del alma de aquel á quien amaba tanto casi sin saberlo; y á la manera que esas flores frescas y suaves que crecen en medio de las ruinas, y quitándolas lo que estas tienen de triste y lúgubre, embellecen su melancólico aspecto, asi aquel

pensamiento de amor tan puro, vivió siempre en el interior de su corazón confundiéndose con todas sus piadosas esperanzas; y á la hora en que la santa jóven se durmió en el Señor, hubo un nombre que no fué olvidado en su última plegaria; y ese nombre era el del infeliz Francisco Maldonado, el bachiller de Salamanca.

La toma de Toledo decidió la completa pacificación de la Península; pero cuando el emperador Carlos V, accedió por fin á los deseos de sus súbditos, y se decidió á volver á España, conoció la necesidad de hacerse preceder de favores y gracias que le reconciliaran con todos los ánimos; así es que no solo conservó la mayor parte de los fueros á los coaligados y á la nobleza, sino que les concedió además un sin número de favores particulares. La medida que sobre todo le atrajo los sufragios universales, fué la amnistía publicada por todo el reino para cuantos se hallasen complicados en las últimas guerras civiles, mandando á la regencia y á sus agentes que á nadie persiguieran por sus hechos y opiniones pasadas.

Solamente estaban escludidos á la amnistía, los moros, judíos y gitanos, convencidos de haber tomado parte en la intentona del infiel Abbas Abdallah.

Esta determinacion hizo muy pocas víctimas; porque la mayor parte de aquellos que tenían que temer, se refugiaron á su asilo de las Alpujarras, bajo el mando de Abbas Abdallah, que murió pocos meses despues. Allí se mantuvieron aun por algun tiempo, gracias mas bien á la tolerancia del emperador, que á sus fuerzas poco temibles, y solo mas tarde, en tiempo del desapiadado sucesor de Carlos V, se tomó una medida definitiva respecto á ellos.

Sin embargo, muchos lectores desearán saber, creo, con placer, que Moreno, el execrable Moreno, no llegó á ver el reinado de Felipe II: antes recibió el premio de sus maldades. Pocos dias despues de la batalla de Villalar, confiado como siempre, en su destreza y conocimiento de las costumbres cristianas, no habia podido decidirse á volver con sus correligionarios antes de haberse asegurado por sí mismo, de si la suerte de doña María era tal como él se la habia deseado, fué preso por los soldados del condestable, é inmediatamente el señor de Velasco sin querer ver siquiera á un hombre cuya presencia le causaba horror, le condenó á morir en el garrote, suplicio con que á la sazón eran castigados solo los infames.

Finalmente la llegada del emperador, acabó de restituir el orden y la paz á todo el reino. En un hermoso dia del mes de junio de 1522, desembarcó en la Coruña. En esta plaza le estaban aguardando un gentío inmenso y considerable número de personas notables de Castilla y Aragon. El cardenal Adriano no se hallaba al frente de ellos, porque llamado repentinamente al trono pontifical, gracias á la poderosa proteccion de su imperial discipulo, habia creído no deber tardar en trasladarse á Roma á las reiteradas súplicas de los miembros del sacro colegio. El noble personage que le reemplazaba en la primera línea del cortejo, era don Íñigo de Velasco, gran condestable de Castilla, últimamente creado duque de Frias y grande de España, títulos cuyos despachos le enviara S. M. desde Alejandria, en recom-

pensa de los grandes servicios que acababa de prestar al trono en las últimas guerras de la Liga.

A su lado estaba, magníficamente vestido, don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, nuevamente creado, tambien duque de Medina de Rio Seco, á causa igualmente de los servicios que habia prestado al trono en las últimas turbulencias, habiendo sido tambien comprendido en el número de los diez y seis grandes de España de que se componia la nueva reorganizacion de esta alta dignidad.

Pocos extranjeros formaban parte del séquito de aquellos ilustres señores de España. La mayor parte, cansados de los disgustos sin número que habian tenido que sufrir en la Península, se habian unido á la fortuna del nuevo papa, Adriano de Utrecht, y le habian acompañado á Roma. Otros se habian ido á buscar fortuna y empleos en otras partes, en los vastos estados del emperador. Uno solo, sin embargo, se veia en la primera linea, era este, Juan, marqués de Brandeburgo, hijo del elector que, habia visto colmados sus deseos, casando con Germania de Foix, la viuda de Fernando de Aragon.

En fin, en el número de los personajes que formaban esta diputacion, figuraban tambien detras del canciller de Castilla, muchos individuos del gran consejo y dos alcaldes de la chancilleria de Valladolid. Uno de ellos á pesar de la alegría general, tenia el continente tan sombrío como la negra tela de su toga; creo que ya se entenderá que hablamos del gran preboste Ronquillo, y segun los mismos autores contemporáneos, su alma era tan negra como su rostro y su traje, y parecia tener bien merecida por sus crueldades la suerte que tuvo algunos años despues, cuando un dia, este malvado juez, este asesino sacrilego del obispo de Zamora, dice la crónica, que oyendo la misa en la catedral de Valladolid, fué arrebatado en cuerpo y alma por Satanás, el cual se fué con tan desagradable presa por lo alto del techo; y desde entonces no ha dejado de verse el agugero en la bóveda de dicha iglesia, sin que jamás fuerza humana haya podido tapanlo.

Tal era el cortejo que iba á recibir al emperador Carlos V á su desembarco en España; pero esta vez el diestro monarca, amaestrado por la esperiencia, lejos de envanecerse como á su partida para Alemania, con su título de emperador, solo quiso ser recibido en sus estados hereditarios bajo la denominacion de rey de Castilla y Aragon, lo que causó, añade la crónica, gran placer á los pueblos de aquellas comarcas; asi tambien, segun noticia de algunos escritores, traia simplemente en la cabeza la corona cerrada de príncipe soberano, y sobre la espalda, el manto de terciopelo forrado de armiño. Parecia que habia dejado al otro lado de los mares el manto imperial de tisú de oro, y los demas atributos de aquella dignidad estrangera, tan poco apreciada de sus súbditos de la altiva Iberia.

Desde entonces Carlos V se unió verdaderamente á sus reinos de España y no los dejó sino con mucha dificultad. Es notoria la sabiduría y alta política con que gobernó sus generosos pueblos de Castilla y Aragon. La autoridad real, mas poderosa que nunca con la victoria de Villalar, hubiera podido, estaba en su mano, ser pesada é insoporlable para sus susceptibles vasallos; pero el hábil monarca se guardó

muy bien de usar de ella y de enagenarse de nuevo las voluntades. Cuando se vió casi el árbitro de los diversos pueblos de España, tuvo buen cuidado de arreglarlos y de no ofender á ninguno. Verdaderamente se hubiera dicho que había tendido á concentrar en su persona los derechos de todos, para mejor sostener despues la balanza entre ellos y para establecer mas completa armonia en todo el reino. Asi es, que del reinado de este gran principe se siguieron la prosperidad y la gloria de España.

Pero, que como sucede siempre, que cuando la prosperidad y la felicidad de un pueblo dependen no de sus instituciones, sino únicamente de la sabiduría y habilidad del que momentáneamente la gobierna, muriendo este hombre, desaparece con él la prosperidad; esto fué precisamente lo que aconteció en los reinados de los sucesores del emperador Carlos V.

Lejos de imitar la política diestra y moderada de su ilustre predecesor, los soberanos que le siguieron de la casa de Austria y de Francia, muchas veces no se propusieron mas que robustecer la cabeza del estado, á riesgo de debilitar el cuerpo, aun hubo entre ellos quienes para alcanzar mejor sus fines, y quitar á la nacion todo pensamiento de hacer valer sus derechos, muchas veces desconocidos, no han temido presentar como muy odiosa la conducta del noble don Juan de Padilla; y prohibiendo bajo las mas severas penas el que escritor alguno refiriese la vida del héroe de la nacion española, han esperado, no solo borrar de la memoria de los pueblos el recuerdo de aquel patriótico hidalgo, sino tambien destruir hasta la simpatía que podian hacer renacer la memoria de las franquicias y libertades, por la defensa de las cuales aquel digno español había combatido hasta la muerte.

Pero la verdad, que como lo bello y verdadero no se proscribe jamás, se ha abierto paso al través de los siglos. Reyes y pueblos se han hecho mas previsores sobre sus comunes intereses, y tal vez venga un dia en que en su reconocimiento, lejos de dejar subsistir una inscripcion injuriosa en el lugar en que en otro tiempo habitó el señor de Padilla, se elevará un glorioso monumento en honor de aquel que mas bien que en los montes Pirineos, ponía los baluartes de la nacionalidad española, en estas dos palabras: ¡Libertad! ¡Fueros! y los sostenes del trono en tiempos borrascosos, tambien en las mismas palabras: ¡Libertad! ¡Fueros!

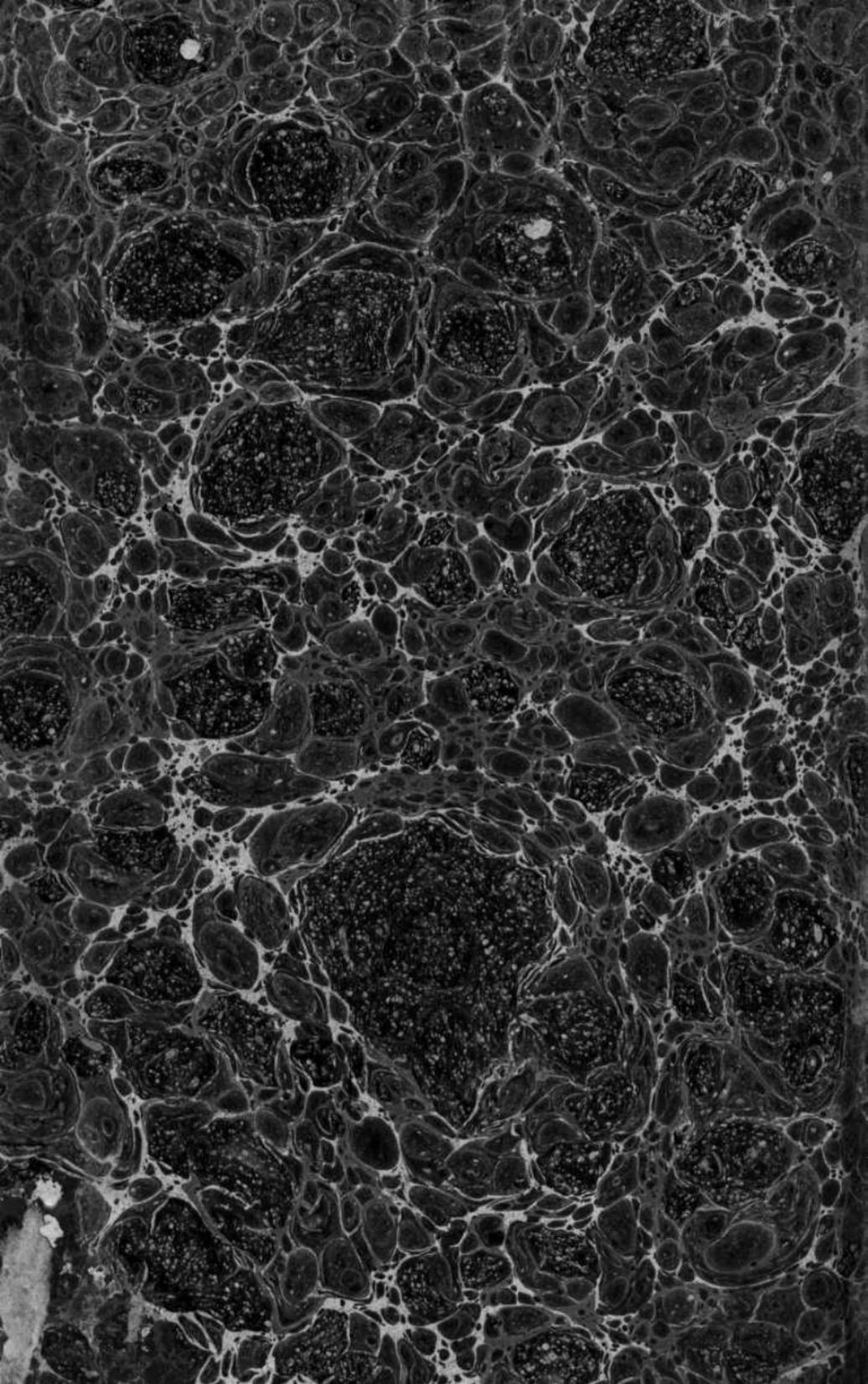
FIN.

INDICE.

	PAGS.
CAPITULO I. El preso	1
CAP. II. Panorama histórico.	11
CAP. III. La entrevista	22
CAP. IV. La sublevacion.	29
CAP. V. El siguiente dia de la sublevacion.	37
CAP. VI. La fuga.	47
CAP. VII. El sitio.	52
CAP. VIII. La caida.	61
CAP. IX. El monasterio.	70
CAP. X. La Santa Liga.	80
CAP. XI. La alevosia.	92
CAP. XII. La revelacion.	98
CAP. XIII. El elegido de Dios.	100
CAP. XIV. La reina Juana.	105
CAP. XV. Traicion.	115
CAP. XVI. Un dia de jubilo.	125
CAP. XVII. El consentimiento.	141
CAP. XVIII. La evasion.	147
CAP. XIX. Aclaracion.	152
CAP. XX. Felicidad.	159
CAP. XXI. La inconstancia.	162
CAP. XXII. Dos traidores.	171
CAP. XXIII. Nuevo triunfo y nueva desgracia.	181
CAP. XXIV. La demencia.	189
CAP. XXV. Justo castigo.	199
CAP. XXVI. Marzo de 1521.	207
CAP. XXVII. La batalla de Villalar.	214
CAP. XXVIII. Padilla herido.	225
CAP. XXIX. La reparacion.	229
CAP. XXX. La capilla.	256
CAP. XXXI. Fin y esperanza.	241
CAP. XXXII. Epitogo.	247







2800

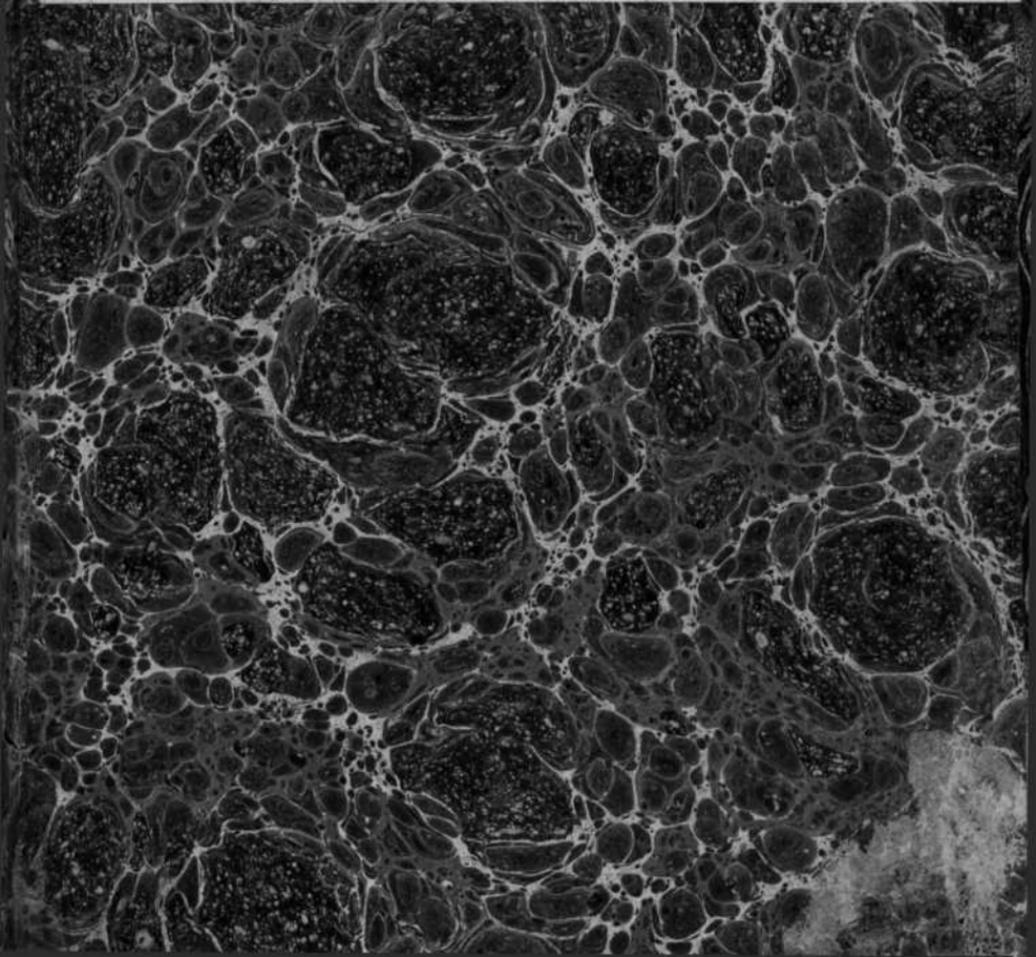
MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN XXVI

Libros y Escritos referentes a Avila.

Número.....	2775	Precio de la obra....	Ptas.
Estante 61...	Precio de adquisición. >
Tabla.....	4	Valoración actual.... >





2795.

LA LIGA

DE

AVILA

2103